

LA VEREDA MÁS LARGA DEL MUNDO



JAVIER PIZARRO



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Humberto Paz Burkli



Javier Pizarro Romero (Chiclayo, 1986) ha ganado el primer lugar en XV Premio Rúa Nova de Narraciones Juveniles de Galicia; el primer lugar en el I Premio Nacional Universitario de Cuento Nicanor de la Fuente NIXA; el primer lugar en el Concurso “Terminemos el cuento 2002” de Unión Latina; y el primer lugar en la categoría de cuento juvenil del XVI Concurso Literario Lundero del diario La Industria. Ha publicado en España la novela *juvenil Invisible: antes de caer* (Ir Indo, 2003). También ha publicado artículos culturales en periódicos y dirigió el proyecto cultural *Efecto Rashomon*. Actualmente estudia Literatura en la PUCP.

LA VEREDA MÁS LARGA DEL MUNDO

LA VEREDA MÁS LARGA DEL MUNDO

JAVIER PIZARRO



**FONDO
EDITORIAL**

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

La vereda más larga del mundo

Javier Pizarro

© Javier Pizarro, 2010

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2010

Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:

Fondo Editorial PUCP

Primera edición, julio de 2010

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-9972-42-934-7

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2010-09041

Registro de Proyecto Editorial: 31501361000531

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

La vereda más larga del mundo ha sido galardonada con el Premio Nacional PUCP de Novela en su edición 2009.

Se presentaron 141 novelas y el jurado estuvo compuesto por Alonso Cueto, Jorge Edwards y Abelardo Sánchez León.

Para Lucha

*Tout menace de ruine un jeune homme: l'amour, les idées,
la perte de sa famille, l'entrée parmi les grandes personnes.
Il est dur à apprendre sa partie dans le monde.*

Paul Nizan, *Adén Arabie*

ALMA ESTÁ MUERTA y solo a ti te sigue importando, Diego.

Aún te recuerdas caminando la tarde del velorio, protegido por los lentes de sol del escrutinio de Noel e Ignacio. Hacía mucho que no aterrizaran juntos en los antros de la ciudad y agotaban la noche en el malecón de Pimentel, la juerga adolescente usual, inútil ahora por el insuficiente dopaje para destruir la cotidianidad.

Esa tarde caminaban mudos y se contagiaban la angustia de sus trajes de velorio como hombres serios, cansados y conformes. Sin bromas ni tonterías: solo deseabas que el viento arrastrara tu cuerpo por los recovecos de tu barrio empobrecido. La muerte de Alma no te dejaba pensar en la crisis, solo recordabas los fabulosos carnavales de verano que tanto le gustaban de niña, las calles llenas de chiquillos en bicicleta y las fiestas en casa de Tacita. Ahora tenías miedo del futuro.

¿Para qué pensar en el futuro? Tu familia estaba en la bancarrota y el tiempo para que llenaran sus expectativas había caducado. No iban a ver en ti un tipo encaminado al éxito y dispuesto a enmendar el pasado. El paquete habitual era inaceptable: la paternidad, el anillo de bodas y el trabajo. Preferías tu marasmo. Odiabas la idea de depender de un sueldo, una mujer y unos hijos apiñados en un departamento comprado a plazos. Esa imagen servía solo para encajar los fines de semana en bares de empleados donde se detallaban elegantes frustraciones (logros para los demás), en medio de borracheras estrepitosas; o para buscar chiquillas pedigueñas que aquietaran los instintos y disolvieran la rutina. Sabes que la verdad no servirá, Diego: no eres la excepción de tu generación o un defecto de producción, solo cargas con reconciliaciones fallidas y odios sin caducar. Deberías vivir de otros sueños y crecer y aceptar que la madurez es una factura inoportuna.

Alma murió y necesitas una tregua. Su vida era una cuenta regresiva, pero esa tarde no podías entenderlo con tus ridículos veinte años. Caminabas con Noel e Ignacio como si se tratara de una obligación, o como si recogieras pasos postergados. Caminabas con ellos, pero en realidad querías huir y olvidar: Ignacio no iba a volver a manejar el carro de su padre para sacudir la ciudad con piques frenéticos, Noel huía de la policía y nadie se escondía ya en la vereda más larga del mundo.

—¿Adónde vamos?

—A la vereda más larga del mundo, ¿adónde más?

¡Despierte, comandante, despierte! ¡Cuidado! Esto no es Ayacucho, ni siquiera Lima; aquí tampoco está a salvo de terroristas y fantasmas. Todavía tiene miedo. ¡Mire a lo que lleva el miedo, señor! Parece un pordiosero rodeado de basura con esa ropa arruinada. ¿Huyó por los rezos de su mujer? ¿Por la cobardía de los civiles? En su casa lo subestiman, ¿verdad? A usted, al comandante Otorongo, al héroe que quiere seguir siendo. Olvídese de los muertos, del fuego y la sangre; hágalo antes de que las sombras se inmortalicen en su conciencia.

Ahora los zurdos acusan. No quieren pacificar el país e imponer orden, ni que el estado triunfe y haya futuro tras esta guerra salvaje. ¿Pero ellos qué saben? Nunca se movieron de Lima. ¡Cobardes! Se necesita acción. De nada sirve pensar en este país confundido, de alternancias e injertos insólitos, pero siempre peruanos. Hay que luchar y nada más. De qué sirve hablar del centralismo, de la capital que absorbe al país. No importa, para eso están ustedes, ¿verdad, señor? Para morir por su pellejo. ¡Civiles cobardes! Tuvo que aparecer la subversión para que entendieran lo que podía engendrar este agujero tercermundista. Al carajo el cura que le habló sobre Merton y sus adaptaciones estructurales. ¿Destruir

para construir, señor? No sirven las palabras, interesan los cojones y aniquilar a los subversivos.

Los sabiondos hablan de un país atrapado entre dos fuegos, y para ellos suena razonable, sobre todo cuando conviene desprestigiar a la institución. Le da rabia pensar en esos universitarios haciendo apología. ¿Para eso estudian, comandante? ¿Resentidos de mierda! ¿Y ustedes que mueran como ratas? Son inevitables los excesos en una guerra. ¡Y esto es una guerra, carajo! ¿Inevitables las fosas y las torturas para los que podían vengarse de la institución en el futuro? No más sentimentalismos, la disyuntiva es firme: vencer o ser vencido. Los subversivos podían atentar contra usted o su familia un día. ¿Eso explica los seudónimos, señor? Ustedes no debían ser reconocidos en los documentos de la institución, ni siquiera en las comunicaciones radiales en las zonas de emergencia. A usted lo apodaron otorongo, no jaguar ni pantera. Otorongo. Un animal fiero, un cazador insaciable, de rugido fuerte y alejado de parentelas. ¿Aún es así, señor? No piense ya en el tiempo que prefirió estar lejos de su casa, o que fue ajeno a la madurez de su hijo: con su influencia entendería la vida y este país con cojones. Es tarde ahora, muy tarde. Es un mimado y un detractor que critica las acciones de la institución. ¡Pura debilidad de civil! Es como su mujer, que la mañana que lo encontró con la pistola en la sien pegó un grito tan fuerte que sacó a todos volando de sus camas. Antes de eso su familia se creía curada de cualquier espanto. Ya sentían la inflación, los cortes de luz y podían esperar lo que fuera menos que usted se volviera loco... la última misión lo hizo un visionario, señor. Los lamentos de su mujer también aparecen en su memoria, dice que usted no puede ser el hombre de la casa.

Trate de olvidar el resto: los calmantes, las agitaciones, el miedo, las pesadillas... pronto su mujer y su hijo descartaron llevarlo al hospital. Tenían miedo porque usted hablaba de muertos y fuego, parecía un niño aterrorizado hasta que veía las hornillas de la cocina o los encendedores... tenía que quemarse, redimirse luego de los noticiarios. Decían que la subversión estaba venciendo y evitaba ver los muertos que se contaban

en la televisión. ¡También los inocentes tenían que joderse, carajo, así es la guerra! Y usted se vio afectado. Y su familia, no la olvide. Recuerde los golpes contra las puertas esas mañanas en las que perdía el control y los fantasmas exigían venganza. Recuerde las veces que rompió los espejos que reflejaban la culpa. La institución pudo perjudicarse con su enfermedad, pero sus amigos intervinieron a tiempo: lo trató un psiquiatra de confianza, pues ni siquiera era oportuno internarlo en el hospital de la institución. Sabían lo que usted sabía, lo sabían por alguna razón, y su culpa era también la culpa de ellos.

El psiquiatra le señalaba sus progresos y las restricciones necesarias para su mejoría, pero no era su aliado. Lo comprobó una noche que conversaban sobre la subversión. Tuvo que callarlo y sincerarse. Le dijo al loquero que había que justificar los excesos que conducían a la paz y no aceptó contradicciones, pronto perdió el control y le inyectaron un calmante. Aún lo escuchó ordenarle a su mujer que lo aislara de las noticias y a su hijo que vaciara los estantes de la biblioteca. Fue el colmo, pero no hubo marcha atrás. Trató entonces de portarse como un chiquillo, un anciano senil. Estaba harto de las prohibiciones bajo su propio techo y odiaba escuchar en las noches los comentarios de su familia sobre la situación del país. No sabían nada, solo llenaban sus bocas de horror por las primeras cifras de muertos reveladas, y eso no superaba la media hora o casi nunca sobrevivía a la comodidad de una cama tibia. Se enteró de todo a pesar del empeño en aislarlo. La muerte acaparaba las primeras planas en los quioscos de periódicos y los comentarios vencían los silencios de los comercios, las reuniones familiares y los feriados. Lo que había hecho no se podía borrar. El tiempo de tregua finalizó la primera noche que los fantasmas intentaron vengarse. Estaban al acecho, su voluntad la manifestaban voces que solo tenían eco en su cabeza. El psiquiatra le dijo que estaba mejorando, que notaba avances, pero usted estaba seguro de que no podía más, señor.

Fueron malos meses: el sur del país era una carnicería, la costa norte conservaba la calma y Lima no tenía idea de cómo mediar en esa guerra.

Ni siquiera le interesaba. El resto del tiempo que permaneció en casa fue igual de tortuoso. La rutina la rompió una chica que llegó a llorarle a su mujer una tarde. Escuchó la conversación escondido para que los fantasmas no lo encontraran. La chica fue directa: le dijo a su mujer que estaba embarazada. La idea no fue agradable. Su hijo no estaba preparado, no sabía nada de la vida, ni siquiera había acabado el fiasco de carrera que seguía en la universidad. La situación lo aterrorizó, como cuando le dijeron que iba a ser padre, veinte años atrás. ¿Acaso se repetían las historias? Su hijo estuvo insoportable los días siguientes: rabiaba por cualquier motivo, llegaba ebrio en las noches y ponía excusas para no trabajar. Quiso corregirlo e imponer su autoridad, pero fue inútil. Poco después los fantasmas atacaron con más fuerza y solo atinó a tomar los billetes que escondía su mujer en la cocina. En la calle compró el periódico y un par de botellas de ron.

Acaba de despertar de la borrachera, está rodeado de inmundicias y recuerda nítidamente su pasado. Tiene hambre y sed y no sabe si debe regresar a casa...

1987

Y entonces, como parte de su proceso de regeneración, vuelve lentamente, como entre algodones, como bajo una lluvia de píldoras tranquilizantes fundidas, vuelve, digo, a una literatura escrita para lectores serenos, reposados, con la mente bien centrada. A eso se le llama (y si nadie le llama así, yo le llamo así) el paso de la adolescencia a la edad adulta.

Roberto Bolaño, *Los detectives salvajes*

Te prometo que esto cambiará tu vida, Diego.

Sé que aún es difícil para ti tragar la confesión de Alma, sus palabras afiladas durante años. Esta noche solo estabas preparado para repetirle rimbombantes nimiedades amorosas memorizadas de alguna revista adolescente. No sospechabas que ella conseguiría valor para lanzarte contra la verdad precisamente luego del amor, cuando te sentías capaz de ser su compañero, su igual, cuando ya no era para ti el lejano anhelo de la escuela. Las cosas habían cambiado mucho desde el inicio de las clases universitarias al final del verano. El primer día que la viste en el aula Alma no era tan complicada: la saludaste con un beso en la mejilla, con naturalidad, y te sentaste a su lado para parecer seguro de ti mismo. Tus nervios no demoraron en traicionarte. Te preguntó qué te pasaba, pero lograste cambiar de tema. Ya sabías de su reciente ruptura con tu amigo Ignacio, que había decidido ir a la capital a estudiar y, aparentemente, no volver nunca más. Esperaste que Alma te contara lo sucedido para fingir un indignado gesto de sorpresa y darle la razón, pero ese día no mencionó el tema. No imaginabas que el sueño de secundaria era en realidad una pesadilla.

A lo largo de los primeros meses en la universidad su remota amistad colegial ganó confianza. Empezaron a andar juntos en cada clase luego de saber que estudiarían lo mismo. Esa extraña coincidencia solo supiste entenderla con una radical afirmación: estaban hechos el uno para el otro. Durante la secundaria habías estado enamorado de ella sin éxito, pero en la universidad la situación entre ambos parecía tener más posibilidades que la mera extensión de una ilusión. Para estar juntos más tiempo, aprovechaste los flexibles plazos universitarios con el pretexto de redactar las monografías de los cursos. Pasabas en su casa largas horas

desentendido de las labores académicas, haciéndola reír, escuchando música, conversando de amigos comunes, evaluando planes para las vacaciones. Pronto te contó sin detalles su ruptura con Ignacio y enérgico, como habías ensayado, le diste toda la razón: Ignacio, tu amigo, se había portado como un desgraciado y no merecía su perdón.

A diferencia del colegio San Hipólito, la universidad les dio mucha libertad. No entraban a clases si querían y pasaban horas en la cafetería o en las bancas conversando de lo que les gustaba más. Sus amigos los molestaban como al resto de parejas conocidas, como si una relación futura fuera evidente, aunque aún no hubiera indicios de un siguiente paso. Preferías entonces desentenderte de esos comentarios y deambular feliz con ella por la decadente Santa Victoria luego de las clases, como si no pasara nada, y por la vereda más larga del mundo en las noches, excepto los fines de semana, cuando Alma extrañamente prescindía de tu compañía.

No recuerdas cómo ganaron la confianza de los confidentes. En ocasiones era difícil creer lo que estaba sucediendo. Para ti ella era perfecta y tú solo te veías como un gordo inseguro, pero de buen corazón. No habías tenido enamorada y estabas convencido de que no le parecías atractivo a ninguna chica. En las salidas con Ignacio y Noel siempre eras el menos afortunado, el que se quedaba solo en la barra mientras el resto se comía a besos o se metía mano disimulando bailar. Tu físico y tu timidez te parecían problemas irremediables. Al final regresabas a casa a lamentarte y a evitar las ingeniosas burlas de tus amigos. Alma fue distinta, quizá se trató de tu primera amiga. A ella no le inventaste juergas improbables como a las otras chicas que conociste, con ella la verdad fue primordial. Poco a poco y gracias al valor que infundía el vino barato superaron el desgaste de hablar de trivialidades y desvistieron las primeras penas. La confianza comenzó torpe y efectista, pero pronto se hizo natural. Apareció entonces tu padre lejano y el suyo asesinado cuando era niña, la beata de tu madre que insistía en moldearte como su religión le mandaba y la

suya que la había cambiado por las comodidades que le ofrecía un nuevo marido.

Las señales de su cariño finalmente se hicieron evidentes. Ya no te sentías tan lejano y nervioso cuando te abrazaba y te daba un beso en la mejilla, cogía tu mano jugando o pellizcaba tu barriga. Las sonrisas tensas se disolvieron paulatinamente con su risa desenfadada y el ingenio de sus palabras te dio la seguridad que necesitabas. Por eso elegiste esta noche, cuando era obvio que no importaba estudiar para el examen final de Filosofía. Por primera vez te atreviste. Ella leía sentada en su cama, contra el respaldo, y tú fingías hacerlo en la alfombra, esperando el momento adecuado. Sin previo aviso, te acercaste y le diste un beso tímido en los labios. *Me moría por darte un beso, nunca había dado uno*, con la cara ardiendo de vergüenza. Sonrió, entendió el juego. Cerraste los ojos y ungió sus labios en los tuyos, te dejaste llevar. *Estoy enamorado de ti* y te atrajo para besarte como mejor sabía hacer. Nunca en tus dieciocho años te habías sentido así. *¿Quieres ser mi enamorada?* y ella solo sonrió.

No puedes olvidar ese momento. Tus deseos de primerizo, las miradas que se retaban, su boca suave que avanzaba con mordiscos caninos. No entendías por qué cada centímetro de su piel olía a jabón, solo obedecías a su voz mientras daban vueltas torpes sobre la cama. Aún recuerdas sus ánimos, sus senos firmes, su sexo pequeño. El estorbo del látex y el acoplamiento: temblaste, gritaste, te tapó la boca. Rodaste a un lado de la cama y agitado extendiste los brazos para atraparla. Se recostó en tu pecho y sentiste que efectivamente era el sueño por el que habías esperado tanto. *Es tarde, Diego, tenemos que estudiar para el examen* y te besó en la frente. *Es que aún no puedo creer esto*, sin hacerle caso, mirándola a los ojos. *¿Tanto me quieres?* y parecía muy extrañada. *No te imaginas cuánto*. Cerraste los ojos para extender cada segundo. *Debemos vestirnos, pueden tocar la puerta*, incomodada. *Así estamos bien, ¿quién va a tocar, Alma?* *¿Tu mamá?* *¿No que toma pastillas para dormir?* Y aún no intuías que algo iba a ocurrir. *No, ella no*. Eras feliz, nada podía arruinar ese momento. *¿Entonces?* *No me vas a decir que Freddy, él tampoco molesta*,

¿no? Se liberó de tus manos lentamente y se dio la vuelta. Dijo con la voz partida *no, no hay problema.*

Entonces se desató el huracán. *¿Qué pasa, Alma? ¿Por qué te pones así? Te deslizaste hasta la cabecera de la cama para verla de cerca. Dime qué te pasa, pero solo se secó los ojos con la mano. No voy a estar tranquilo si no me dices.* Fue hacia ti, te abrazó con fuerza, *ya no puedo más.* Intentó ser fuerte, pero volvió a quebrarse. No entendías. *Es muy grave lo que te voy a contar,* su voz tenía ira, miedo, pena, una mezcla densa. *Tienes que jurar que no se lo vas a decir a nadie.* Tragaste saliva y juraste. *Freddy es una basura, un maldito, cuando era niña me tocó y sentiste un vacío en el estómago, varias veces, una burbuja metálica y expansiva que trituraba tus costillas desde adentro. A los seis años me hacía cosas y yo me quedaba quieta.* Debías abrazarla. No imaginaste las amenazas, el narcótico, el infierno, las manos callosas, los baños repletos de jabón que no extinguían el olor del abuso. *A los doce empezó a violarme.* Los escalofríos se desataron. *Después ya no me pareció tan malo y hasta me daban ganas, Diego.* La abrazaste más fuerte, contrariado por la buena imagen de su padrastro; la besaste para cerrarle la boca, para no saber más, pero se separó de ti y tu corazón saltó de miedo. *Era tan puta que él solo tenía que decírmelo, no podía con mis ganas. Pero no pienses que aún lo hace, la última vez yo lo humillé, porque yo fui la violadora.* Y notaste su rabiosa confusión, su cuerpo tembloroso. *¿Sabes? A veces, cuando estaba con Ignacio, me acordaba de él. Me sentía sucia, pero me acordaba de él. Ya sé que estás pensando, Diego, yo también soy asquerosa.* Cómo contener las ganas de gritar. *Olvidate de todo, Alma, por favor,* pero ella solo estaba comenzando. *¿Todavía me quieres?* Asentiste automático, asustado.

Aún no tenías idea de la brutalidad de sus recuerdos.

LLEGAN A LA CASA de Noel y las risas de Alma aún resuenan por la avenida Libertad. No pueden creer que hayas vuelto de Lima después de tantos meses, Ignacio, y menos que ahora tu padre te deje manejar su carro nuevo. Diego bosteza en el interior cuando tocas la puerta de la casa y Noel demora en asomarse. En sandalias, sin polo, *ah, qué calor de mierda, ¿no?* y se rasca la barriga, indiferente. *¿Qué milagro es este, Ignacio?*, al fin. *Nada, asno, nos íbamos a la vereda y me acordé de ti.* Noel te dice que ya estuvo en la vereda, temprano. *Anímate, no seas quedado*, calurosamente. *Ya estuve temprano, mi viejo sabe de esto y no quiero que me esté fregando.* No es posible. *Es por el reencuentro, huevón*, y señalas a los demás, *¿cuándo crees que estaremos juntos de nuevo?* Ríe sin escapatoria, con complicidad. *No sé, pero igual tendría que bañarme.* No quieres quedarte atrás: *qué carajo, nosotros ya sabemos que eres cochino, échate agua en las alas y ya.* Las carcajadas traspasan el interior del carro. *Vamos rápido, no te hagas de rogar, sin rendirte. Bueno, que sea por el reencuentro.*

En esos años la vereda más larga del mundo estaba ubicada en la parte desierta de la urbanización Villarreal. Consistía en una plataforma de tamaño regular con un par de arcos de fútbol, un par de estructuras de básquetbol y una vereda de cuatrocientos metros que rodeaba la plataforma subiendo y bajando hasta lograr formas rarísimas. La ruta empezaba en la avenida Libertad, seguía en dirección contraria a la iglesia La Consolación hasta encontrar una acequia, recorrer su curso cuesta arriba y ubicar la plataforma. Después de vigilarla durante meses el último año de secundaria, comprobaron que no solo era usada para jugar fútbol, como sucedía en el día, pues en la noche se transformaba en el refugio ideal para fumetas náufragos. Poco tiempo después de bautizarla y avisar a los amigos se popularizó a niveles insospechados.

Después de fumar sobre las gradas de la plataforma y aún en esos años, solían caminar hasta una curva, cerca de la acequia, donde la plenitud de los efectos los diezmaba. Se mezclaban en la maleza las sombras de los escondrijos con lucecitas de colores que revoloteaban

como luciérnagas y la sinuosidad de la vereda que podía hacerlos caer de cara si no tenían cuidado y reposar durante horas, estampados contra la suciedad y el aroma nauseabundo que despedía el agua de la acequia llena de basura, debajo del polvo que llovía por toneladas de los chopes y del sonido de sus ramas secas que se balanceaban y crujían por la fuerza del viento de la ciudad. Todo sucedía a oscuras, mientras se atoraban de risa como desquiciados. La vereda era un carrusel, un pedazo de cielo en pleno suburbio chiclayano.

Nunca nos dijiste cómo fue que le pusieron Tacita.

A Tacita lo conociste cuando eran niños, porque se matricularon en el mismo cursillo de natación de la Aquatica. También vivía en la urbanización Santa Victoria y estudiaba en el San Hipólito, pero era dos años mayor. Después del cursillo siguieron viéndose para jugar fútbol los domingos y así se hicieron amigos. Le pusieron Tacita porque sólo tenía una oreja, una grande a diferencia de lo que estaba al otro lado de su cabeza: un tapón de cartílago y piel. *¡Tacita, aquí, pásala!*, comenzaron a decirle en los partidos hasta que más crecidos, y a pesar de sus enfados, nadie lo volvió a llamar por su nombre.

Ríen aprobatoriamente, incluso Diego, que parece evaluarte desde que fuiste a buscarlo a su casa: tal vez ya nota que estás dispuesto a volver con Alma y hacerlo a un lado. Noel no participa en la conversación, solo escucha y ríe si es pertinente. Diego pregunta cómo te ha ido en la capital, si es cierto lo que reportan los noticiarios y los periódicos, pero no quieres hablar de Lima porque estás harto de esa situación y has venido a Chiclayo a escapar. Solo te interesa dilatar al máximo las vacaciones y disfrutar del calor del norte para ir a la playa y agotar la vida nocturna. Noel y Alma estallan eufóricos, aplauden, les encantan tus planes. En medio de tanto entusiasmo, después de tantear por algunas calles, notas que has olvidado la ruta a la vereda. Ellos te atacan afablemente, mitad en serio, mitad en broma. Te dan unas pocas indicaciones hasta que la divisas a unos metros y no puedes creerlo: carros estacionados, pipas de brasas furiosas como estrellas intermitentes en la oscuridad, risas, el

rumor típico de las conversaciones, gente acostada mirando al cielo y soltando bocanadas grises que se disuelven en el aire tibio del verano, extraños que caminan en toda dirección, grupos que se van, procesiones que acaban de llegar, gente sentada en las gradas de la plataforma, en los costados, en todas partes. *No puedo creer que esto sea la vereda.*

Te orillas en un espacio a la derecha, bastante lejos de la acequia. De inmediato los rodea un grupo de vendedores, *moño rojo, tío, la mejor hierba*, pero no logras reconocer a ninguno, *la potente, la firme*, menos a Tacita o a sus hermanos. El desorden continúa cuando bajas y te animas a preguntar *¿dónde ubico a Tacita?* La ronda se abre derrotada y alguien se anima a avisarle: *¡Taza, tienes clientes!* Buscas en esa confusión de rostros hasta que ves su cuerpo saltarín que se asoma desde un grupo de desconocidos. *Mira nada más la peluca que te has dejado* y remueve tu pelo crecido. *¿Qué tal, Tacita?, ¿qué ha sido de tu vida?*, te abraza, *bien, todo bien*, lo examinas al milímetro, *¿y tú?*, su sonrisa, *acabo de llegar de Lima*, sus ojos no te engañan, *te llamé a tu casa, pero nadie contestó*. Se ve perdido, con esfuerzo logra sostener la mirada. *Esto se ha vuelto muy movido, casi no lo reconozco, ¿no les caen los tombos?*, curioso. *Imposible, Ignacio, los tombos se emborrachan conmigo*, parpadea cansado. *Estás metido hasta el fondo, asustado. De tanto chupar conmigo ya son patas; no hay problema mientras el negocio esté escondido*. Increíble. *Es lo máximo, Tacita, esto no lo encuentras ni en Lima*. Él sonríe sereno. *Los polis y los milicos corretean terrucos en la sierra y prefieren no tener problemas acá porque los mandan allá y una bomba y... así no te hayas arrepentido de... ¡mierda!... me fui, ¿qué te estaba diciendo?* Te da risa verlo tan perdido por efecto de la droga. *Las bombas*. Se ubica mentalmente y continúa. *Sí, eso, ¿sabías que hay apagones en Chiclayo?* La situación ya no parece sorprenderte. *¿Ah sí?, ¿igual que en Lima?* Duda. *No sé cómo será en Lima, pero aquí hay apagones, la semana pasada dos. Y tengo que ir a buscar a mis abuelos a La Consolación a la salida de la misa, no vaya a ser que al regreso se tropiecen y se rompan una pierna*. No quieres pensar que la situación

de Lima se repite en la provincia. *Sí, lo que tú digas*, mientras Alma y los demás conversan con ganas. Tacita pregunta *¿de quién es el carro?* Sonríes orgulloso. *De mi viejo*. Se detiene a admirarlo. A tu familia le va bien desde que tu padre está con el gobierno, pero no se lo dices. *Huevón, un día de estos nos metemos un pique*. Sin saber si habla en serio, asientes, *me avisas, pues*, cordial. *El negocio está bien, Ignacio, y hay que aprovechar*, pendiente de la plataforma, donde parece haber un altercado. *¿Dejaste la universidad?* y lo ves incomodarse. *Casi no voy porque enseñan con represión*, muy serio, *así no debe ser*. Sonríes un poco. *Ya hablas como un hippie de mierda*, menos tensos. *No, yo soy más original, Ignacio*. Te parece demasiado. *Más fumón, querrás decir*, pero no se queda atrás: *puede ser, pero entre gitanos no nos vamos a leer las manos y ríen*. *¿A cuánto me vendes un poco de hierba especial?* Ni siquiera lo piensa, *tú eres mi pata, para ti hoy es gratis*. Le das una palmada en la espalda, *gracias, Tacita, te pasas de vueltas*. Él hace lo mismo. *Amistad nomás, ¿cuántos moños quieres?* Estás tentado de decir una cantidad generosa. *Tu voluntad*. Revisa lo que tiene consigo y te pregunta *¿cuatro está bien?* Asientes y se despiden efusivos, pero te cita para que le cuentes de Lima. Se despide rápidamente de los que están en el carro de tu padre y camina hacia la plataforma. Noel saca encendedor y pipa, y ustedes lo siguen.

Cuando la sesión acaba, te animas a mirar a Noel por el espejo retrovisor: dice disparates apoyado en la cabecera del asiento con los ojos cerrados. Lo mandas a callar para concentrarte en tus pensamientos, pero continúa y ya no te importa. Te fijas en Alma: está rodeada del humo atrapado en el vehículo. Te gustan sus párpados caídos y sus ojos dominantes. Te la imaginas sobre ti, como cuando la tomabas y aún no te habías largado a Lima a vivir de apagones y dudas, cuando no habías cambiado tu éxito provinciano por una carrera capitalina que no te convencía, o por la droga que te hace feliz de ser un muchacho con miedo de quedarse o irse, de buscar dentro de sí y encontrar un vacío sin tregua. Quieres creer que ella recuerda las tardes en las que se

recostaban sobre la arena de Pimentel, en el malecón, con su cabello negro y flameante entre tus manos. Días de jugueteos, de arena en la espalda y en la cara; con el atardecer al frente, sintiéndola tan cariñosa que no podías hacer otra cosa que quererla. Recuerdas tus intentos amorios que no superaron esa pésima primera vez. Qué indescripible era cada vez que se entregaba y dejaba que recorrieras su cuerpo dorado por el verano. Abres los ojos y la encuentras espiándote. Aún es tu cómplice, la chica de la que te enamoraste. No te importa que esté con Diego por el momento, sabes que eso no durará. Ni siquiera te importa que Noel fume demasiado y tosa. Cierras los ojos para olvidarlos y pensar en Alma. *Pon música*, te pide y metes el primer casete que encuentras. Después de un silencio ansioso empieza la música a volumen moderado.

¡Summertime!, reconoce Alma.

Vigilas su mirada que quiere que te atrevas, que olvides que Diego está ahí. Ella empieza a cantar en un inglés pastoso esa canción que escuchaban en la secundaria y te busca con esos ojos de deseo. *No cantes*, Noel quiere concentrarse en su viaje. *Tápate los oídos*, ella quiere cantar. Cierras los ojos de nuevo y lo hace. Diego la apoya silbando sin saber la canción. Le vas a clavar una puñalada esa noche a Diego, esa sabandija traidora, y ya no te importa. Aspiras unas líneas para recomponerte. ¿Cuánto tiempo ha pasado? *¿Alguien quiere?*, ofreces tu brevete y la droga, *es para cortar la hierba*, acelerado, con el corazón en la boca. Noel y Diego aceptan. *Después a mí*, con sus ojos poderosos. *Para todos hay, tranquilos*. Ella se enrosca en el cuello de Diego y le da un beso largo. Quieres que haga una locura, piensas, pero tengo que deshacerme de él primero. *¿Dijiste que era un brevete falso?*, surge Noel, lo revisa con la luz tenue del carro. Te molesta que se detenga a preguntar tonterías. *¿Y por qué no diste el examen?*, lo sigue Alma. *Sacaré el verídico algún día*, para terminar con el asunto, *¿van a jalar sí o no?* Noel se apura. *Al principio poco porque es de la buena, no sabemos cómo van a reaccionar*. Repentinamente Alma envuelve tu cuello con sus brazos y te dice al

oído algo que no entiendes. *¿Qué haces?*, y ahora es Diego. Crees que reñirán. *Nada, nada, le dije una cosita a Ignacio*. Odias sus celos. *No me gusta que hagas eso, Alma*, eterno. *Solo le dije para ir a comer*. Diego no aspira. *No se hagan, ¿por qué te iba a decir eso al oído?* Noel también odia la demora desde su rincón. *Le dije para ir a comer y que me preste plata, ¿contento?* Diego te devuelve el brevete y aspiras por fin. *¿Por qué me haces esto, Alma?*, decepcionado. *Te complicas por las puras, Dieguín*, y tu cara está más adormecida. *Cálmense, vamos a comer, tengo hambre*. Los maxilares paralizados. *Vamos, ¿alguien quiere otro poco antes de salir al centro?* Solo Noel y tú aspiran. *¿Todo bien, Diego?*, en tono de burla. *El problema no es contigo*.

Salen a la luz de la ciudad por la avenida Libertad en el carro de tu padre que avanza inestable cuando eres incapaz de mantener el acelerador. *¡Carajo, Ignacio, qué haces!* Les dices que no pasa nada, pero tienes la cabeza a mil, omnipotente. *¡Estás manejando pésimo!*, pero no te importa, a lo mejor se bajan y te dejan con Alma. Fantaseas con llevarla a su habitación enorme, donde fracasaste por primera vez. Pisas el acelerador hasta el fondo y tus amigos se ajustan los cinturones de seguridad. *¡Estás loco!* *¡Maneja bien, no seas animal!* Doblas por una callejuela que da a un basural, uno de los límites de Santa Victoria. Haces rugir el motor, asustas a las parejas de enamorados que se besan en la oscuridad, a los locos vagabundos que tratan de dormir y sobre todo a tus amigos que te lanzan manotazos vigorosos. Tu corazón zapatea en el estacionamiento del Rumbasabor. *¿Entramos o pedimos para llevar?*

El lugar tiene muchos clientes, es el bar favorito de los jóvenes que ansían pronto ser viejos y vivir de la rutina, de tíos que los fines de semana celebran la explotación en horario de oficina, de desesperados que trataron de largarse al extranjero para siempre y que forzosamente volvieron para asistir tarde o temprano a reuniones de reencuentro que sirven de excusa para que sus enemigos les recuerden la mierda que es el Tercer Mundo. Se trata solo de bebedores de fin de semana o de empleados estresados que se sientan en el mezanine del lugar para no parecer tan poca

cosa. Eso hicieron las generaciones antiguas para alucinarse superiores en una ciudad de anónimos y mediocres. Eso hizo tu hermano-ejemplo familiar en Lima, Ignacio. Eso hizo tu padre y eso harás tú de acuerdo con su pronóstico: dejarás la droga y conseguirás un trabajo y te casarás con Alma y vivirán en Lima, en un edificio residencial con patio interior, con hijos que te harán extrañar estos días.

¿Qué vas a pedir, Ignacio?, y sales de tus pensamientos. Sándwich triple de pollo, automáticamente, para que no noten la distracción. ¿Dónde estabas?, cuando la mesera se va. Pensaba en esos huevones que nos miran. Ahí, Alma, ¿ves? Se fijan disimuladamente en los mezanines de la derecha. Creo que son amigos de Tacita, casi seguro. ¿Pero para qué les haces caso?, dice Noel, estamos en su territorio, es normal. Después del verano estudiarás con ganas y en unos años más acabarás la carrera. Me jode, solamente es eso, sin muchas ganas. Usarás saco y corbata, comprarás un carro, trabajarás en una trasnacional y no pedirás propinas. ¿Qué te jode, Ignacio?, aparece Diego, ¿que algún día seas como ellos? Tal vez es eso lo que sacan en cara, viven casi como viejos, piensas. Sí, y que nos miren tanto. No vas a dejar la droga. Lo hacen porque no son libres como nosotros. Alma empieza a aburrirse. Y tampoco fumones, dicho sea de paso, riéndose. ¿Pedimos sangría? Tengo la garganta seca. Piden una jarra. No me quitan la mirada. No les importa. A lo mejor les gustas y te van a coger a la salida, Ignacio.

Devoran los sándwiches y la sangría. Les dices que coman más despacio porque los están mirando, pero no hacen caso. *Se ríen de nosotros, nos señalan.* Te dicen que los ignores, pero no resistes. *Larguémonos,* dice Diego. *No, sigo con hambre,* dice Noel. Asienten felices y repiten. A la salida Noel te dice *mejor manejo yo,* pero te niegas y suben al carro. *Ahora por fin al Sudakas,* pero Noel no entiende. *También es un bar, pero ahí estaremos más tranquilos.* No parece convencido, *mejor al Espiral.* Le dices que es un sitio asqueroso y Alma te apoya, pero nerviosa. *Dejemos que esta noche decida Ignacio, no lo vemos hace tiempo.* Salen del bar y pisan el acelerador hasta el fondo, compites con los motoristas que hacen

piques imprudentes a lo largo de la avenida aledaña. La primera parte está desierta como la zona del Rumbasabor, solo hay fantasmales edificios de departamentos, quioscos de periódicos, oficinas empolvadas, bares desiertos y una gasolinera. Desaceleras cerca del inicio de un conocido desfile: muchachos de su edad invaden los sardineles arbolados de las avenidas principales para beber ron barato desde la noche hasta la mañana siguiente. Doblas a la izquierda, por una avenida llena de terminales terrestres, sucursales bancarias y restaurantes familiares. Luego a la derecha y de nuevo a la izquierda, hacia los bulevares arcanos que se prolongan por las callejuelas del centro de la ciudad. Creías haber olvidado las calles, pero Chiclayo es un perenne recordatorio de notables desconocidos y héroes perdedores.

En el estacionamiento tu corazón no puede ir más rápido. Ha sido una ida alocada, con nuevos reclamos y golpes por tu poco cuidado al conducir. Antes de entrar ya tienes una estrategia lista: le dices *Alma, ¿puedes quedarte un momento? Tengo que hablar contigo*. Su semblante se transforma. *Claro*, y se acerca. *¿Qué quieres hablar con ella?*, dice Diego. Te mira serio, hace el intento inútil de parecer feroz. *Es algo personal*, tranquilo, sin mirarlo. *Ya, Diego, deja que hablen*, aparece Noel y entran juntos. Ustedes se sientan en la parte trasera del carro y al principio no se dicen nada. La miras a los ojos, dudas, no sabes cómo empezar. *Alma, no sé cómo explicarte*. Pero no te deja. *No quiero que me expliques nada* y te besa. *¿No me odias?* Solo te acaricia y despierta tus ganas. *No es buena idea*, pero estás dispuesto. *Aquí no hay nadie aquí*. Se besan asustados y aflojas su ropa sin tino. *¿Has estado con otras chicas en Lima?*, desafiante. *Con algunas*, pero es mentira. *¿Ninguna como yo, verdad?* Y asientes. *¿Por qué estás con ese huevón?* y calla un instante. *No sé*, como si no importara. Te basta esa respuesta. No se inmuta y esta vez no hay ninguna carcajada que te sirva de excusa. Cubres tu sexo, te relajas y sonríes para que no note que. Cierra los ojos, se eleva y te detienes de pronto. Se queda paralizada. Rápidamente sabe que. Se separa y ve la tragedia con disimulo. *Te juro que en Lima no me pasó esto* y ella no dice nada. *Te juro que ya no estaba*

sucedido. Se viste y te dice *no te preocupes*. Quieres seguir mintiendo, pero prefieres refugiarte en la oscuridad y callar. En el silencio ni siquiera imaginas las ganas que ella tiene de verte humillado, pero la noche solo está empezando.

YA SÉ QUE A ESTA edad es normal que uno pelee con sus viejos, pero creo que esto empezó antes. ¿Te acuerdas que decían que en el camino a Reque había un puterío? En el San Hipólito, pues. No, no todo lo que dijeron los de segundo año era verdad. Acuérdate, el lugar lo pintaban de exótico, no sé ni por qué. Sí, espérate, deja que te cuente. Lo único cierto es que el sitio está lejos de la ciudad, en un hueco al fondo de un desvío. Te digo que es verdad, se entra por detrás de un grifo para no llamar la atención. Los de segundo tenían razón solamente en eso, lo demás era puro cuento... ¿en serio te has olvidado o te haces el huevón?

—No sé —te dice Diego, aburrido del Sudakas, el bar roquero—. No se me viene a la cabeza nada de lo que dices. Y ya no tomes, se te está subiendo el trago.

No, no, espera, deja contar. Me quedé en que mi viejo estaba feliz la primera vez que me llevó. Ya, el hecho es que yo salí de ahí pésimo, como estafado. Pensaba que era otra cosa, no eso. En el colegio era distinto. Es que estábamos en la edad y todos decían que habían ido. Tú sabes cómo eran, mentirosos que te juran que han tirado harto, ¿no? Son huevadas. Mi viejo, en cambio, se sabía el camino de memoria y conocía a todas las putas. ¿Te hago acordar? Tomas la Panamericana de frente y después de diez minutos en carro ves el desvío en un grifo, a la derecha. Por ahí doblas, vas recto hasta chocar con una pared de ladrillos y volteas a la derecha de nuevo. Sigues un camino al lado de una acequia y encuentras los puteríos.

—No sé por qué tenemos que hablar de esto de nuevo como si fuéramos colegiales. Yo no quiero ir. Seguro se te ha cruzado la hierba con el trago. Ya no te metas nada, Noel, tu viejo te va a fregar si se da cuenta.

Solo te estoy contando, tranquilo, ¿por qué tanto problema, Diego?

—Estoy preocupado.

¿Y qué te preocupa a ti, huevón?

—Alma, ella me preocupa. Se demoran mucho y no sé, a Ignacio no le ha gustado este asunto, no confío en él.

¿Qué asunto? ¿Que estés con ella?

—Sí, como que no le cuadra.

Otra banda sube al escenario del bar, se acomoda antes de tocar una canción en inglés que no les anima la noche. No sabes qué estás haciendo en ese lugar en el que nadie baila, con tipos que toman sangrías anclados en sus sillas, siguiendo ritmos. No los entiendes.

Ya no te hagas problemas, Diego. Ahora ella es tu enamorada y te quiere. Él se fue hace tiempo, no creo que pase nada.

—Sí, seguro, pero igual, no debí dejarlos solos.

Ya, olvídate, enérgico, harto. Mejor te cuento.

—Pero no tomes más —y empieza a fumar un cigarrillo.

Antes de eso mi viejo era mejor, qué me iba a estar jodiendo por estas cosas. Éramos uña y mugre en todo. Como te dije al principio, en el colegio ir donde las putas parece un sueño porque de chiquillo crees que la vida es tirar. Después creces, tienes unos polvitos por ahí y ya no le das tanta importancia. Se rompe el mito, ¿entiendes?, se pierde la emoción. Y es que no es espectacular, te diré, el puterío de Reque empieza en un estacionamiento chico, con tierra, y después recién se ven los locales a los costados y al fondo. Algunos eran de adobe la primera vez que fui, pero los tumbaron y construyeron los de ladrillo, los mejores, unos bien famosos.

—No jodas, me estás contando la historia del chongo de Reque —entre risas, antes de continuar bebiendo—. Pensé que a ti solo te interesaban las putas.

¡Bah!, pero si me las conozco a casi todas, hasta sus vidas me las sé... chiquillas inexpertas, se mueren de miedo cuando se encierran con uno. La mayoría baja de la sierra porque allá no hay ni para comer y por los terrucos que las matan. Nomás es cosa de hacerles un rato la conversación y te cuentan todo. Se meten a eso porque necesitan plata para sus casas. Si te has dado cuenta, lo mismo está pasando en el Espiral. Los fines de semana se llena de chiquillas que esperan que se las levante algún viejo con algo de plata. Pero bueno, eso es otra cosa. Te contaba de la primera vez que fui. Como te digo, no estaba preparado, tenía miedo porque no me sentía como los otros. La mayoría eran borrachos que apestaban a kilómetros y salían felices de los cuartos, carcajeándose con las manos en los huevos y comentando con los amigos. Yo no era así o todavía no lo era. ¿Tú qué crees? Sí sabes, ¿no? Desde primer año de secundaria le cogía las cintas porno a mi viejo, unas que tenía guardadas en un baúl de su cuarto. Y eso lo sabían los de la sección. Por eso me hicieron fama de putero, pero era mentira, yo miraba nomás, al chongo fui después. Está bien, no me desvió... no sé si era esa confianza que te digo, pero mi viejo decía que cualquier hombre tiene que saber de esas cosas desde chico y que yo estaba en edad para mis primeras experiencias. Creo que terminé volviéndome tan arrecho por su culpa. Porque cuando todavía no lo era, me lo echaba en cara a cada rato y me decía que si seguía en ese plan las mujeres se iban a reír de mí. Sí, qué carajo, a mí solo me gustaba ver películas de calatas. Lo malo es que todo se va desgastando. A los trece las cintas ya no me calentaban y a los catorce hasta los del San Hipólito lo sabían. ¿Te acuerdas que era la envidia del salón y me rogaban para que les preste las cintas? No te hagas el huevón, no fue secreto para nadie, tú seguramente también me pediste. Por eso nomás me hicieron mala fama con las chicas, de venganza, porque nunca les presté nada. Está bien, Diego, no me desvió, pero créeme que hasta mi viejo se hizo famoso entre los que nos sentábamos al fondo.

—De eso sí me acuerdo —una sonrisa cómplice y, a diferencia de ti, no apura su trago—. La arrechura típica de la edad.

Me decían tu viejo es lo máximo, ojalá el mío fuera así y claro que pensaba que mi viejo era lo máximo. Les decía como pendejazo me va a llevar a debutar. Pero cuando fui me di cuenta que no estaba preparado. De verdad, me moría de miedo. No creas que esto es fácil de contar. A ti te lo digo porque eres mi pata y no te gusta hacerle problemas a nadie. Ya, mira, creo que el problema con mi viejo es que no le cuento mis cosas porque es muy burlón. Es distinto a los otros viejos, no es como el tuyo o el de Ignacio. A mí no me dijo que podía coger una sífilis o una gonorrea, eso lo aprendí por mi cuenta. Él solamente repetía ¿para qué se inventó el condón?, ¿para qué están las medicinas? En un comienzo solo le hacía caso a él. Era un ejemplo para mí, en serio. Hasta nos volvimos un par de borrachos, creo que por eso mi vieja le guarda un poco de rencor. Cuando se enteró de las borracheras, nos dio una regañada que ni te imaginas. Yo nomás me reía, es bacán tener un viejo que parece tu hermano y te deja hacer lo que se te da la gana.

—¿Y la familia de tu vieja? —y mira a todas partes, es evidente que Diego también se siente aburrido, saturado en el bar de rock.

La familia de mi vieja odia a mi viejo. Lo creen de todo: borracho, mañoso y un montón de cosas más. Mi vieja no tanto, es como imparcial, ya no lo quiere, pero tampoco lo friega. Él fue el que más sintió el golpe cuando ella se fue, creo que hasta se puso depre. Ya estaban separados, solo que viviendo en la misma casa. A mí no me importó mucho porque cuando tenían sus líos me largaba a la calle, no me enteraba de nada. Pero como te digo, con mi viejo al principio nos llevábamos bien, nos emborrachábamos los fines de semana hasta la mañanita, imagínate. Mi vieja nomás nos regañaba, después se fue a Estados Unidos y la cosa cambió. Con ella siempre me he llevado bien, le puedo contar algunas cosas. No, hombre, no todas. Ahora que está lejos solo hablamos por teléfono. No le voy a contar de Reque y de la vida que estoy llevando. La otra vez habló con mi viejo para que me reciba de nuevo en la casa. ¿Sí te conté, no? Bueno, no sé si hizo bien. A veces creo que sí, otras que no. Si algo detesto es que decidan por mí.

—Mejor hablemos de fútbol.

No jodas, huevón, no me cortes.

—Bueno, sigue contando de tu viejo, pero no tomes tanto que de borracho eres insoportable. No quiero llevarte a tu casa sabiendo lo mal que andan las cosas.

Mi viejo me hizo un lugar importante en la familia. Mis tíos me decían ese Noel, carajo, bien adelantado. Ellos también son buenos borrachos. Lástima que la confianza solo duró hasta la época buena. Ah, eso sí, mi viejo nunca hace espectáculos en la calle o delante de los vecinos, prefiere hacerlos dentro de casa para que no lo frieguen. Odia a la gente de Santa Victoria, son pitucos hipócritas, blancos moralistas de la boca para afuera. No me estoy metiendo con tu vieja por si acaso, ella sí es beata con ganas... Solo es una broma, no te amargues. De tanto escucharlo terminé conveniéndome. Te decía que todo se jodió cuando mi viejo empezó a hacerme preguntas personales. A veces prefiero que esté medio borracho para que no se entrometa en lo que no le importa y suelte la plata más rápido. De borracho sigue siendo un cague de risa porque se echa flores solito; sí, siempre repite que es un triunfador y que su único vicio son las mujeres, ¿no ves que se hizo solo? No, no, tampoco es que me crea todo lo que me dice, pero al menos eso es cierto... ¿de qué te estaba hablando? No, hombre, con un par de tragos no me voy a marear. Ya me acordé, que me preguntaba cosas íntimas... a los trece me quiso llevar donde las putas porque yo era muy arrechó, ya sabía que le cogía las películas. No le hice caso un tiempo, pero siguió presionando.

—No sé qué tienen que ver las putas —y muere de ganas de ir al estacionamiento en busca de Alma—. Ya estás hablando cojudeces.

Calla, hombre, calla, no es eso. Lo que digo es que antes de cualquier cosa uno tiene que hacerse hombre. Cuando lo mandaba de paseo reventaba de cólera. Gritaba que te han metido en la cabeza los curas de tu colegio y la verdad es que en el San Hipólito había harta hipocresía. Ya sabes, por fuera mucha formalidad, como santos, ¿cómo es el lema?, que forman valores y eso, pero cuántos rumores hay en ese colegio. Así, igualito mi viejo decía cuidado, mucho cuidado, no quiero maricones en la familia. ¿Tu viejo no? Tu viejo trabaja lejísimos, Diego. Es que una noche, sin avisarme, me llevó en el carro. Seguro pensaba que me moría de ganas. No, pues, tenía

miedo. No sé si ya te lo conté. ¿No? Mejor entonces. Me dijo ya es la hora, ¿no? Sí, llegaban carros particulares, colectivos, taxis, de todo. El Colonial creo que se llamaba el primer puterío. No te rías, así eran los nombres. Ahí fue donde mi viejo me dijo vamos a ver qué tal están las hembras. Yo lo seguí nomás, no estaba preparado. Una cosa es ver calatas y andar calentón, otra irse así nomás y encerrarse con una puta. Si esto no te lo he dicho antes a ti es porque no se lo he dicho a nadie, menos a mi viejo. Pensó que lo hacía por mi bien, él creció así. De no ser nada llegó a tener plata, por eso cree que todo el mundo tiene que ir por el mismo camino. Debe pensar que soy maricón y encima drogadicto. ¿Qué estará pensando mi viejo de mí?

—¿En serio? ¿Maricón? —sorprendido—. ¿Así te ha dicho?

No, no me ha dicho nada, nunca dice nada que es peor. Le cuento que me voy al Espiral a ligar con chiquillas, pero no me cree, él dice que sí, pero lo conozco. Incluso me aparezco con algunas en la casa, las llevo a mi cuarto con toda la concha del mundo, pero él sigue igual, como decepcionado. Creo que por eso después de tirar me pongo raro. Me entra algo como asco, me jode que me abracen, esas cosas que hacen las mujeres después de tirar. No, mientras estamos en pleno sacudón no siento eso, solo después.

—Tal vez tu viejo sigue enojado por lo de la hierba.

No sé, puede ser, pero igual jode.

—Deberías vivir tu vida, hombre, que piense lo que se le dé la gana.

En eso tienes razón. Mi viejo vive resignado. Es como si me sacara algo en cara, pero no lo dice.

—Claro. No sé cómo se pondrían mis viejos si se enteran de que fumo esa basura.

En mi caso es peor porque él debería enojarse, lo sé. Dice que va a hacerme pruebas todos los meses para ver si sigo fumando, pero lo dice así, como si le diera lo mismo o no le interesara. Hace que me sienta como si lo hubiera decepcionado. Seguro tú no te llevas así con tu viejo, pero a mí me ha dado todo lo que tengo y me siento en deuda.

Después de atravesar la puerta principal, te dijo *la siete es la mejor y la más paciente, no te preocupes, ella va a tratarte con cariño*. En El Colonial, el vigilante saludó a tu padre. *Don Noel, cómo está, hace tiempo que no se deja ver* y él, entre orgulloso y cínico, te presentó. *Con trece años se va a estrenar bien ahí adentro* y el enano servicial enseñó su dentadura descompuesta al sonreír, atento a lo que tu padre le pidiera. *Toma esta propina, para los cigarros* y le extendió un billete. El vigilante le estrechó la mano, agradecidísimo, y se ofreció para cualquier otro servicio. Le preguntó por una tal Gloria que era la gloria en la cama. Le dijo que estaba en la siete y que tenía considerable clientela esa noche. Tu padre le dio las gracias y se despidió. Más allá sonaban unos vales, pero el ruido se hizo insoportable cuando llegaron al fondo, a los corredores donde las mujeres se quitaban los sostenes en las puertas de sus piezas. El burdel era un gran cuadrado, el perímetro estaba rodeado de cubículos con puertas numeradas y en el medio había mesas, una barra y un escenario circular donde las mujeres bailaban sin ropa. En algunos rincones divididos había espectáculos privados que pagaban a su jefe los empleados de alguna empresa como regalo de cumpleaños. A un lado había pósteres de mujeres y televisores que pasaban pornografía en circuito cerrado. Más allá, casi en la oscuridad, los clientes bailaban con las prostitutas de las piezas en una pista improvisada y les metían billetes en las bragas: una mano en el trasero y la otra en los pechos mientras les susurraban al oído que las sacarían de esa vida.

Siguieron por un costado hasta llegar a las puertas numeradas con un rojo brillante. Tuviste que verlas de cerca para notar que casi todas eran feas y que el pasillo apestaba. Tu padre se detuvo y te señaló la puerta número siete. Estaba cerrada. Esperaron mirándose las caras, él sin adivinar tu incomodidad y tú incapaz de manifestarla. Se abrió la puerta de pronto y salió un sujeto

que se acomodaba una chompa blanca. *Mira, Noel, ya te toca, entusiasmado. Gloria, ricurita, ¿cómo has estado?*, le dio un beso y le conversó animado, *a los tiempos que te veo*, y ella lo siguió chistosa, *pensé que te habías olvidado de mí, ingrato*, chillona, equina, *o que andabas con otra*. Tu padre le dijo que le era fiel, que nadie la igualaba y jamás la iba a cambiar. A ti te pareció solo una mujer fea y sudorosa.

—¿No te cansas? —con suavidad. La tercera banda de la noche toca insípidamente. La gente está atenta y la zona de las mesas apesta a humo de cigarrillo—. Llegamos a las putas de nuevo. Estabas contándome de tu viejo.

Tienes razón, pero...

—Además estás muy borracho —el sonido ochentero los alcanza y los otros asistentes se dejan envolver por ese ritmo. Se sienten como extraterrestres en ese bar, es definitivo—. No pidas más trago, carajo.

Ya, ya, está bien. Pero es que me jode que no diga nada, con su silencio me saca en cara todo lo que ha hecho por mí, ¿entiendes?

—Y también deja de fumar hierba. Hoy te excediste en la vereda. *Se hace la víctima. Tienes razón, no voy a permitir que controle mi vida.*

—Huevón, te estoy diciendo que dejes de fumar.

Cierto, cierto. Tengo que empezar con eso también.

Callan y la música suena cercana, por ratos más tranquila.

¿En qué estás pensando?

—¿En qué crees?

No seas cojudo. Escucha: si Ignacio trata de pasarse de listo, Alma lo pondrá en su sitio.

—Ya es mucho tiempo —preocupado, arrepentido de hacerte caso y haberlos dejado solos en el estacionamiento.

Mejor sigo contándote del chongo de Reque.

—Ya, pero no pidas más trago.

Pero, hijo, esta es de las buenas, al rato vas a querer repetir y guiñó un ojo con sabiondez. La miraste de nuevo y volviste a decepcionarte: la mujer tenía el trasero y el pecho caídos. Ya sabes, Gloriecita, estoy que te encargo una misión difícil. Tu padre conversaba tranquilo, le daba igual que los de la cola protestaran. ¿Cuál?, ¿cuál?, preguntó chistosa aún. Que te aguantes una encerrona con este muchacho que quiere estrenarse y ella soltó más risitas equinas. No sabías hacia dónde huir en ese lugar con olor a polvo guardado. Quisiste que nadie se enterara de que tenías trece años y era tu primera vez, por supuesto, has venido con la mejor de todas las chicas que hay por aquí. Repentinamente se abrió una puerta ruidosa al fondo y salió un tipo bajito. No te asustes, mi amor, cuando un cliente sale, un montón de pajaros corren a chismosear, quieren vernos calatitas. Otro sujeto entró en la habitación que acababa de abrirse y el resto regresó a su lugar en las colas. Escuchaste ese viejo ya se vaciaba desde el fondo y carcajadas tensas. Cualquiera quiere verlas calatas, para no desentonar y ella repitió su risita equina. Tiene tu chispa, Noel, tu hijo también tiene tu chispa. Entonces Gloria te preguntó si estabas listo para entrar en la pieza y te tocó el sexo, todavía flácido. Sí, ya estás, a pesar de todo, entremos, mi vida, estamos hablando mucho. Obedeciste con una sonrisa falsa y tu padre te susurró al oído no te olvidas, tú pagas y tú mandas. Luego cerraste la puerta.

¿Te has lavado el pajarito? y no pudiste evitar una sonrisa. Asentiste y a ella pareció no importarle. Quizá era una pregunta de rigor. Trece años, juf!, eres todo un hombre y supiste que te estaba tomando el pelo. Te sacaste la ropa, decidido, y pensaste en los amigos del San Hipólito. Ganarías respeto si te acostabas con esa mujer. Te voy a hacer gozar, con firmeza falsa. La cama está lista. Fuiste hacia ella y te acomodaste a su lado. ¿Cómo te gusta? y te alcanzó un preservativo. La miraste confundido hasta que

reformuló. *¿Quieres que esté arriba o abajo?* Abajo. Entonces la envolviste, separaste sus brazos y piernas y juntaron sus sexos. Se apoyó en la cama y se movió hasta conseguir la posición requerida. *¿Me tienes miedo, papi?*, no respondiste, temblando. *Relájate, voy a ayudarte a que se te ponga durita, ¿ya?*

—Carajo, Noel, no me interesan esos detalles.

Es como te digo. Se rió de mí.

—Estás borracho, cállate.

¡Qué vergüenza, hermano! Porfiamos un rato porque a mí no me gustaba; se me paró, pero no pude terminar. ¡Me dijo maricón y me asusté tanto que le solté más plata!

—Cállate, no grites. Todos te van a escuchar.

Mi viejo se decepcionó de mí, desde ahí fue, estoy seguro. No me perdonó esa vergüenza.

—Ya ves, te dije que no bebieras tanto...

Pero fui el sábado siguiente y me tiré a una puta más buena. Te lo juro por mi madre.

—Te creo, Noel, pero cállate, estás haciendo un espectáculo, nos van a botar.

Esa puta fea se lo contó a mi viejo y él cambió. Pero no soy maricón, de verdad.

—Te creo —asustado—, pero cálmate y deja de tomar.

La puta ahora le está metiendo ideas a mi viejo. Si yo tuviera su plata sería distinto, pero prefiero no decirle nada, mi viejo está molesto. Me requinta porque quiere que postule a la universidad. A cualquiera con tal que estudie, pero ni siquiera sé lo que me gusta, en el colegio me iba mal...

—Deberían hablar —como si empezara a improvisar un consejo—. Tu viejo no es tonto, es bien recorrido, ¿no dices tú? No creo que lo engañen.

Sí, seguramente, algo voy a hacer, pero ahora tengo que ir al baño...

La gente no te mira más cuando te pones de pie y el alcohol baja a tus intestinos. Caminas confiado, quizá nadie nota que estás mareado. Tienes ganas de vomitar, sientes la cabeza fragmentada. No entiendes por qué siguen el ritmo de las canciones con el pie. El lugar se ve estático, te asquea y quieres gritar. Te preguntas por qué terminas haciendo espectáculos. La banda acaba una canción en inglés y estallan los aplausos. ¿De qué te perdiste?, ¿estuvo bueno? Mientras ladran *¡otra!, ¡otra!, ¡otra!*, sales a un pasillo del exterior del local. Estás perdido. Encuentras un cartel que dice rest room y, al final, casi al fondo, men. Miras hacia el estacionamiento de casualidad y distingues a Alma e Ignacio detrás del vidrio. Te cercioras de que no estás equivocado, en verdad está sucediendo lo que tanto teme Diego. También es una sorpresa para ti. *Putá madre, pobre Diego*, susurras apenado y avanzas en dirección al baño, más indiferente, más preocupado de tus propios asuntos.

ESPERAS QUE ALMA le diga a Diego que ya no quiere estar con él y la droga te hace sentir menos culpable de lo que pasó en el estacionamiento del Sudakas. En la mesa te entretienes con Noel que está borracho y no espera siquiera veinte segundos para hablar de los problemas que tiene con su padre. Finges prestar atención, te divierte, pero la conversación solo demora un vaso de cubalibre. Alma te indica con señas que te pases a la otra mesa y te parece sorprendente que haya mandado al diablo a Diego con tanta rapidez. Te intriga saber qué le ha dicho. Se miran las caras un rato mientras una banda desafinada desbarata una canción. Propones ir a otro lugar, pagan y salen raudos. Abrazas a Alma y a Diego no le queda más que abrazar a Noel que se cae de borracho. Te dice que los esperen porque quiere vomitar y necesita la ayuda de Diego. Aceptas risueño, pero en el carro pierdes la paciencia. Te dan ganas de dejarlos.

Se lo propones a Alma, pero te convence de no hacerlo. Llegan al rato, Diego más asqueado que Noel, y aspiran nuevas líneas antes de salir.

Te encanta tener las mandíbulas petrificadas y las manos temblorosas mientras sales del feo centro de Chiclayo. Regresas a Santa Victoria para dejar al borracho de Noel. Son solo las tres y media de la mañana, qué bestia es para beber así, piensas. Vas muy deprisa por unas callejuelas pobladas, ignoras los semáforos y las otras señales. Algunos te insultan desde otros carros mientras tus amigos intentan hacerte recapacitar a golpes. La urbanización se presenta en poco tiempo. Ves un basural a la izquierda y el Rumbasabor al fondo, luego los consultorios médicos al lado de los faroles de la entrevía que cambian las calles hacia un blanco dominante. Llegan al óvalo enseguida.

Diego despierta a Noel, lo baja del carro y lo hace caminar hasta su casa. Ustedes, desde la vereda del frente, los ven cruzar la avenida de prisa. Lo deja apoyado contra la puerta, toca el timbre y corre como desquiciado por la avenida Libertad. Es una lástima que no se queden a ver el desplome de Noel cuando le abran. Avanzan lentamente y encuentran a Diego en la esquina. Alma abre la puerta, pero Diego no entra, se aleja y les hace adiós con la mano. Es excelente, te has deshecho de él sin siquiera intentarlo. Das la vuelta por el otro carril de la avenida y ves por el espejo retrovisor que Diego camina a su casa, calle abajo. Alma te reclama y no la entiendes, *no, pues, Alma, si lo cortaste es porque quieres estar conmigo*. Cruza los brazos, se siente culpable. *Está bien, vamos a Pimentel*, y se deja llevar por tus besos eufóricos.

Regresan por otra avenida que los conduce al centro y solo detienes el carro en los semáforos cuando quieres aspirar cocaína. Vas tan deprisa que en La Plazuela unas putas golpean el carro mientras gritan que las pudiste haber atropellado. Con nuevos virajes salen del centro rápidamente, dejan atrás el Hotel de Turistas, las tiendas de carros, el cruce con la ruta a otras ciudades y siguen por la vía de la izquierda. Te miras en el retrovisor por unos instantes y sabes que esas muecas son por la droga. Después de la iglesia Vianey es fácil. Aceleras con ganas porque

esa zona es desolada. De sesenta llegas a setenta kilómetros por hora y Alma te pide más. Estás tan drogado que le haces caso y cuando crees que vas a ochenta, estás en noventa. La carretera se llena de intermitentes lucecitas de colores y la velocidad del aire que entra por las ventanas los libra del olor de la hierba que fumaron antes.

Cuando están abrazados en el malecón de Pimentel se han olvidado de eso o no les importa. Siguieron de largo, pasaron colegios, institutos y urbanizaciones nuevas. Entraron a Pimentel por la derecha y Alma te indicó la ruta de la playa que sabe de memoria. Compraste una botella de cubalibre listo para beber en una tienda que sobrevivía a esa hora de la mañana y te estacionaste en el malecón solitario, frente al muro que separa la arena de las calles, las casas y los edificios. Jalaste nuevas líneas para no sentir el frío marino de la noche y pusiste música para evitar la incomodidad al momento de callar. Tal vez esa era una forma de olvidar el vacío y la soledad. Después de esa nueva noche de excesos volvías al punto de partida sin haberte encontrado. Quizá ella aún podía revivir en ti las emociones de la secundaria, cuando tenía sentido portarse como un chiquillo irresponsable. Por eso te gusta tenerla cerca, con la cabeza apoyada en tu pecho mientras hablas sobre los meses de lejanía. Te animas a contarle sobre los toques de queda de la capital, los terroristas y los apagones, de la vida en las residencias, de los fracasos en la universidad, de lo mal que estás y de lo mucho que la necesitas para encontrar un rumbo. Te pregunta de nuevo con cuántas chicas has estado en estos meses y confirmas la mentira: algunas. Sabes que no te cree. Le propones olvidar los rencores y vivir un verano feliz. Quieres ir con ella a todas partes y aprovechar los meses antes de regresar a Lima. Te promete que lo harán porque tienen los meses de vacaciones y te da besos suaves. Después de un rato de silencio, de repente, le preguntas *¿qué le viste a Diego?* Suelta una risa incómoda como si no tuviera ganas de contestar. *Es tranquilo, buena gente, pero busco algo más loco, él me aburre.* En ningún momento deja de mirar el mar oscuro desde la ventanilla y tampoco deja de acariciarte. El casete de Janis Joplin da vueltas infinitas.

¿Escuchas?, de pronto. ¿Qué cosa? y apaga el reproductor del carro. *Escucha bien, viene de los edificios*. Con esfuerzo oyes una melodía conocida, pero lenta. El intérprete avanza por los trastes de la guitarra con mucha torpeza. ¿Un novato? *Es Pubis angelical*, y solo así la recuerdas. No te gusta la música de Charly García. *Está aprendiendo a tocarla*. Las notas de guitarra eléctrica, dulces y tristes, progresan. *Estará más drogado que yo, son las cinco y media de la mañana*, pero ella sigue disfrutando con los ojos cerrados, no le importa cuando la sucesión se corta por un error o cuando los vecinos del edificio empiezan a reclamar. *Quiero salir*, ya no se apoya en tu pecho. Abre la puerta para descender a la playa por las gradas del malecón. Jalas un par de líneas, olvidas el frío y la sigues. Pisas la arena, no ves nada hasta que te llama, tratas de correr, pero tus zapatillas no te ayudan. *¿No es lo máximo?*, afirmando y señala el mar oscuro y su neblina que parece inagotable. No te importa el mar, la atraes hacia ti y la abrazas para besarla con ganas. Corretean en la orilla hasta tumbarse sobre la arena húmeda. Se meten mano con ansias, la atrapas con tus brazos y piernas y la tienes frente a ti. Se miran dispuestos a todo, pero desistes, te apartas incómodo y ya no la miras. No tienes valor luego de lo que pasó en el estacionamiento. No le dices nada, pero entiende, su gesto te dice lo que necesitas saber cuando se sientan en la arena más seca. *Si yo pudiera, viviría todo el tiempo aquí*, sin mirarte, sus ojos contemplan la oscuridad del mar. La abrazas porque crees que así pasarán los días siguientes. Vendrá la navidad con sus empalagosos villancicos y la salida de año nuevo, convencerás a tu padre de que no te obligue a tomar los cursos de verano en Lima y estarás todos los días con ella. Vendrán a la playa, te reengancharás a las fiestas de Tacita y saldrán de parranda con Noel y Diego si se resigna a verlos juntos. Harán estos meses inolvidables, compensarás el vacío y olvidarás la tensión de la capital al menos por una temporada.

¡ESTÁS LOCO, IGNACIO!, estalla trago en mano, frente a la piscina del Jockey Club. Algunas personas los miran con indiscreción. *Viejo, en serio, Lima me harta, tranquilo para que dejen de espiarlos, los apagones, los milicos, los terrucos. Estoy harto de todo.* Pero no se inmuta. *Tú has ido a estudiar, no a estar de juerga, tienes notas pésimas* y eleva su tono de reclamo. *Es que no me puedo concentrar, pero no es suficiente. Mira a tu hermano, sacó el mejor promedio de su sección y pide otro trago. Él es un genio, por fin. No dramáticos, hijo, en el primer ciclo tus notas fueron muy buenas, nunca es suficiente. El primer ciclo fue fácil, con cierta soberbia, con el vaso medio lleno. Por eso mismo, hijo, toma los cursos para que no se te acumulen y hagas algo productivo en el verano.* Es inconcebible. *¿En la universidad el año completo? Tengo bastante con ir hasta diciembre. Hacer los cursos de verano es un infierno.* Tu padre muestra al fin su intención más radical: *entonces quédate en Chiclayo y estudia en la Nacional.* No te inquietas, *en una nacional no, están llenas de terrucos y cholos.* Se ahoga levemente con el trago y ataca: *¡pero qué dices!* No entiende tu tranquilidad. *Cualquiera lo sabe, viejo.* El asunto se convierte en algo personal: *yo estudié en una universidad nacional y no soy terrorista ni cholo, Ignacio, tú no sabes nada... si sigues con esas notas te traslado de todas formas.* Niegas con la cabeza, es una elección dolosa. *Los tiempos cambian, si te digo que hay terrucos es porque hay,* con firmeza. *No tiene nada que ver. Si no eres como esos lunáticos, vas, estudias y no les haces caso.* No dejará que lo engañes. *De todas maneras, salir de una nacional te da mala fama.* Mala estrategia. *En tu cabeza solamente. ¿Por qué no vas a la Particular entonces? ¿Abí no estudia tu chica?, enojado. Ya malentendiste lo que te conté, viejo.* Quiero ir a Lima, *pero no en el verano, el verano es fregado por el calor y solo van los chancones,* despacio, mirando a unas chicas que lucen sus bikinis. *Eres un irresponsable, crees que la plata me la regalan,* harto. *¿Acaso te va mal en el trabajo?* y cambia de tono. *No mal, pero empiezan a complicarse las cosas.* No es suficiente defensa. *¿En serio? ¿Qué pasa con el hospital?,* con cortesía. *Me presionan para que contrate gente incompetente y ni modo, tengo que hacerlo. No me importaría mucho, es*

normal que entre gente del partido de gobierno, pero estos son sinvergüenzas, más que los otros. No hay nada que hacer, entran demasiados y no hay plata para pagarles. No te sorprende, ¿y a esos que entran les pagan sin hacer nada? Demora en responder. Hay tantos administrativos que ni siquiera alcanzan los escritorios: llegan, marcan tarjeta y se pasean por el hospital hasta la salida, no trabajan. Entonces recuerdas lo que se vocea: ¿y la abundancia? Ríe resignado. Olvidate de la abundancia, este gobierno se ha peleado con medio mundo por no pagar la deuda externa, estamos jodidos. ¿No has escuchado que somos un país inelegible? No entiendes qué significa eso, pero asientes. La plata se acaba y la inflación no pronostica nada bueno, preocupado. Te atreves a decir ¿y si recortan los gastos de las medicinas y la comida? Te mira asustado, ¿trabajo en un hospital, Ignacio! Te sientes tonto, pero es tarde. Bueno, esas cosas no pueden faltar, sin más ideas. El otro día una enfermera me contó que apenas le dan su cheque tiene que correr a cobrarlo, su tono es amargo. ¿Y eso por qué?, con verdadera curiosidad. Si no corre, se queda sin sueldo, ni siquiera los bancos tienen plata. A eso hemos llegado, abandonar el servicio para cobrar el sueldo. Para ti es un asunto sencillo: ¿por qué no la despides? Estornuda por la bebida helada, tendría que despedir a todos los empleados. Es increíble. ¿O sea que el hospital está patas arriba? Te mira intrigado, el hospital y el país, ¿no ves las noticias? Niegas, aburrido de lo mismo. Deberías, de eso depende que sigas estudiando en Lima, sin alarmarse. ¿Y qué se puede hacer?, con curiosidad. No lo sé, esperar, cansado. ¿Esperar que todo salga bien?, miras a las chicas de bikini hacer piruetas en la piscina. Nos hemos desviado del tema, ¿vas a tomar los cursos de verano? Tratas de ser persuasivo, anda, viejo, no seas mala gente. Él insiste, ¿por qué mala gente?, tus notas son pésimas. El último recurso: vas a desperdiciar tu plata si voy, no creo que aguante los cursos de verano. Tu padre también mira a las chicas de bikini. Estás loco por la hijastra de Freddy Bardales, ¿no?, con seguridad. Niegas rotundo. ¿Entonces qué?, incansable. Me gusta, salimos y todo, pero no es para tanto. Te da sus paternos golpecitos en el hombro y te dice que es mejor así. Quiero pasar este verano acá, hace meses que no descanso, como

un mártir. *Mejor te vas a Lima después de año nuevo, por enésima vez. Me va a ir pésimo, viejo, tú no sabes lo fuerte que es la universidad y peor con los que llevan cursos de verano, y piensas que es inútil. Deberías aprender de tu hermano, lo van a becar por sus notas, vuelve a la carga. Él es un genio, sin desviar la vista de las chicas. No, hombre, él también fue un vago como tú, solo que se compuso. Mejor no te doy la contra y vemos qué pasa. Ganas esta vez, Ignacio, pero si el próximo año no sales bien, te quedas hasta que apruebes todo.* Le agradeces feliz, *este verano me voy a divertir como nunca para ir a la universidad con las pilas cargadas, pero no le importa. Me has dejado pensando con eso de Lima, más preocupado. Estuvimos en estado de emergencia y toque de queda.* Asiente pensativo. *Sí, tu mamá estuvo muy asustada, sin incluirse. La primera vez que vi tantos milicos en la calle, y eres sincero. Es difícil, pero es lo único que tenemos para librarnos de los terrucos, convencido. ¿Y quién se libra de los terrucos?, cada vez hay más apagones, lo retas. Es un decir, Ignacio.* Insistes: *dicen que los milicos detienen estudiantes.* Se encoge de hombros, *no creas todo lo que dicen. Pero tú lo sabes: los de San Marcos prefieren comerse sus carnes antes que enseñarlos en las detenciones.*

En los caminos de la locura, su vida pasó frente a usted rápidamente como una película compuesta de recuerdos intensos, comandante.

Recordó que tenía el pelo engominado y hacía pasos de mambo y chachachá en una casa del Rímac. Acababa de salir del colegio, era un adolescente formal y estudioso, y su padre lo presionaba para que fuera médico o ingeniero, pero usted no estaba seguro, quería pensar con calma antes de postular. Una noche hizo un bulto con un poco de ropa y se embarcó en un camión de carga hacia las provincias del sur. No tenía idea de por qué lo hacía, quizá necesitaba encontrar una señal que le dijera qué hacer con su vida. En las noches de carretera empezó a

entender su país convulsionado, golpeado y dividido en plena dictadura. Se generaba una esperanza en su corazón, algo que solo se podía explicar siendo joven. Quería cambiar muchas cosas, transformar el país.

Recordó que lo recorría de mar a selva y de norte a sur durante tres años. Regresó cambiado, hecho un hombre, y le pidió dinero a su padre para matricularse en los exámenes de marzo de la Escuela Militar. Le costó convencerlo, comandante, sobre todo por la mala relación que tenían, pero finalmente aceptó y usted puso empeño al estudiar para la admisión. Aprobó las pruebas físicas, psicológicas, médicas y consiguió un buen puntaje en la entrevista a pesar de los nervios. Lo admitieron, pero en medio de la felicidad percibió también el desánimo secreto de su padre que lo felicitaba con sequedad, como si hubiera esperado que desistiera a último momento. Los ojos húmedos y tristísimos de su madre predecían que pronto se olvidaría de la familia. Ante sus consuelos ella le recordaba las pocas e ingratas cartas que le había enviado durante sus viajes interprovinciales de aventón. Estaba segura de que no era su hijo el que había regresado porque usted ya ni siquiera conversaba con ella.

Recordó que en la escuela era un perro más. La dureza de los tres primeros meses le impactaba, pero resistía el encierro, las amanecidas, los golpes de madrugada, las carcajadas de los superiores, los llantos de otros perros desesperados, las campañas extenuantes, las rendiciones de los amigos, los mismos gritos que le aseguraban que no iba a resistir la presión, la inevitable sensación de ser nada, el alejamiento de la familia. Fue duro no recibir visitas durante esos primeros meses, pero la situación mejoró cuando volvió a ver la calle el día de la bandera. Todo fue igual, siempre igual, sin novedades, con la misma gente, con las mismas reglas, con la misma convicción. Con esa rutina se cumplieron los cinco arduos años de estudio y encierro, con un día de descanso por semana. Y así también llegó el día que se graduó. Era bueno, dominaba los cursos de administración tanto como los temas de infantería.

Recordó que sus ideales se erosionaban con el paso del tiempo gracias a las prostitutas que había evitado frecuentar durante el tiempo de

encierro. No podía anular el sexo porque era parte de la experiencia vital y tangible, una fuerza que conseguía su más amplia dimensión con mujeres que lo buscaban en ciudades desconocidas, donde era enviado a tomar cursos o colaborar con cuarteles. La figura del oficial comprometido con su país se disolvía en los bulines los fines de semana, cuando podía olvidarse de la subordinación y la soledad, cuando lo mejor era revolcarse con alguna que lo hiciera recuperar los arduos años de preparación.

Recordó que el tiempo transcurría muy deprisa y que la vida en los bulines ya no lo ayudaba a escapar de la soledad. Llegaron los exámenes de ascenso, había olvidado partes esenciales del reglamento y, a diferencia de muchos otros, no tenía preparado ningún estudio que lo ayudara a ascender. Se arrepentía y se lamentaba, se culpaba y se prometía estudiar con más disciplina, pues no aprobó siquiera el primer examen. Vio los retoques sospechosos en el cuadro de ascenso en la madrugada de la publicación, pero mantuvo intacta su fe en la institución y en su estructura.

Recordó que maduraba con desánimo, decepcionado en secreto del último lapso de dictadura militar. Aprobaba un nuevo examen después de un tiempo, ascendía al año siguiente y sus compañeros de promoción se casaban apenas tenían suficiente tiempo de servicio. Usted, sin embargo, no se animó a conocer otras mujeres que no fueran las de los bulines a los que había regresado después del ascenso. Era evidente el contraste entre su frustrada vida sentimental y su hoja de servicios espléndida. Ni siquiera imaginaba que participaría en la elaboración de algunas de las principales estrategias para reducir a los rebeldes del sur de esos años, quienes parecerían niños juguetones dos décadas más tarde al lado de los terroristas de Sendero Luminoso.

Recordó que su vida se hacía una rutina desesperante, que una mañana cumplía treinta y ocho años y que su madre agonizaba. Le pidió que encontrara una buena mujer y formara una familia. Entonces lo derivaron al fuerte Cáceres, en la apacible Chiclayo, que oficialmente era ciudad aunque pareciera pueblo. Era verano y aún le inquietaba en exceso el último pedido de su madre. Decidió cambiar. La vida en la

provincia dejó de ser tranquila e indiferente al conocer a una muchacha guapa en la fiesta de un amigo. El ritmo de la música la hizo moverse lentamente junto a usted con un rostro encandilado. La aventura se acrecentó en las pocas semanas que le quedaban en esa ciudad. Dejaba de dormir preguntándose si en realidad esa mujer era lo que necesitaba.

Recordó que se sentía mal cuando dejaba ese lugar. Desde Trujillo le escribió cartas de deseo tórrido. Leía mucho para poder escribirle cosas románticas. De vez en cuando viajaba en colectivo de ciudad a ciudad solo para consumir un encuentro de amor clandestino. A mediados del sesenta y nueve su padre murió y sus hermanos solo supieron decirle ingrato. Fue una época muy dura, en la que se sentía culpable, como si la vida se le estuviera acabando. La muchacha ya no respondía a sus cartas trece meses después de haberse conocido. Entonces viajó desesperado por verla. Ella no quiso salir de su casa ni hablar. Regresó a Trujillo, triste y confundido. Una carta de la muchacha llegó dos días después con una noticia fulminante: estaba esperando un hijo suyo.

[1996]

KNOCK OUT en primer round, un factor inesperado cambia el curso de tu viaje, Noel. Su mirada desconfiada, sus párpados oscuros y sus cejas sobrecargadas de maquillaje, su cuerpo arrugado, incluso esa risa puteril que te recuerda los viejos tiempos. Reconoces pasmado a la mujer que abrió la puerta de la casa de tu padre. Carga en brazos a un impaciente bebé que tiene el inconfundible patrón de rostro familiar. Lo llama con el segundo nombre de tu padre: Teófilo. *Ya, ya, Teófilo, no llores, mi niño.* Te pregunta qué quieres y sigues mudo, congelado. La misma voz que te humilló, la misma impaciencia que te hizo fracasar el día que tu padre te llevó a ese prostíbulo, a la pieza de la mujer que ahora tienes al frente. *Busco al señor Noel Urbina,* con miedo irracional, ¿a que te reconozca?, ¿a que lo niegue?, ¿a que te insulte? Pero no lo hace, ¿quién lo busca? Cómo qué quién, su hijo Noel. Sientes celos, rabia, pena, un límite confuso. *El señor Díaz,* inventas un apellido, *tengo unos asuntos con Noel, somos amigos,* calibrando tu acento peruano y el bebé sigue inquieto. Al fin puedes recordar su nombre: Gloria, la gloria de Reque. *No está, ha salido a atender un negocio, ¿no puede regresar más tardecito, señor Díaz?* Estás tentado de decirle que quieres esperar y espiar adentro, pero no lo haces. *Regreso a las seis,* son las tres de la tarde, hora muerta en la avenida Libertad. *¿Quién es usted?,* con brusquedad. *Su mujer,* sin miedo, contundente, y te cierra la puerta en la cara.

Después de tantos años la noticia es un baldazo de agua fría: tu padre ahora tiene un hijo con su prostituta favorita. El primer mundo se esfuma de tu mente, te traiciona lo sudaca, ¿acaso no eres lo suficientemente tolerante como para aceptar que él tiene derecho a ser feliz de la manera que le venga en gana? Celos de hijo olvidado, decepción de miles de millas de vuelo, rabia guardada. No esperabas esto cuando compraste

tu boleto de Miami a Lima, Noel. Esperabas encontrar a Sandra en la pensión, enamorada aún, dispuesta a irse contigo para formar una familia, como si el tiempo no hubiera pasado, pero no, ahora tiene un marido, un hijo y no vive más en la capital. Tampoco esperabas que Gloria abriera la puerta de la casa de tu padre cuando decidiste venir a la provincia. Aterrizaste con media hora de retraso, una vez más, pero con ganas de enterrar una vieja pelea sin sentido. Mientras te dirigías a Santa Victoria a bordo de un taxi carcocha miraste las calles de la ciudad tratando de recordarlas y retenerlas en tu memoria. Ahora, después del fiasco, es imposible la reconciliación. No tienes siquiera un argumento, solo quieres huir y no tocar esa puerta de nuevo.

Con la maleta al costado, no sabes qué hacer en medio de la avenida Libertad. El lugar te parece sucio, descuidado, Santa Victoria no es el barrio de antes. Menos carros, menos vida, los sardineles del centro con opacas envolturas de comida chatarra y gente que busca en las bolsas de basura. ¿Qué harás?, ¿adónde puedes ir? No tienes noticias de tus amigos y no le das mucha esperanza a la idea de encontrarlos, pero ahora caminas en dirección contraria al óvalo, hacia la casa de Diego. Te inquieta la decadencia del barrio de tu infancia. No hay chiquillos en bicicletas, solo comercios que infestan las calles. Fuck, dos boletos de avión en vano, piensas.

TRATAS DE DORMIR en el segundo piso de la casa de tus padres porque tuviste una mañana aburrida, con las mismas estupideces cotidianas en la radio, en vivo, para que el puñado de ancianos de tu audiencia recordara tiempos mejores con música desenterrada de discos de vinilo, o te exigiera más información sobre la vida de los intérpretes de esos discos, la mayoría muertos. Tienes los ojos cerrados cuando sucede. Tu hijo ve la televisión a todo volumen en el primer piso y confías en que también

haga las tareas escolares. El timbrazo retumba en toda la casa. Piensas que en la puerta está alguna de las personas a las que debes dinero y bajas de prisa, descalzo, a decirle al pequeño Diego que no abra la puerta. Pero es muy tarde, te quedas en la mitad de las escaleras escuchando. Tu hijo no se acuerda de preguntar antes de abrir a ese extraño. *¿Sí?*, escuchas su voz de niño y lo imaginas con medio cuerpo flacucho fuera de la casa. *¿Diego Portilla vive aquí?*, la voz es tímida, tal vez se trata de un cobrador que viene por primera vez. El pequeño Diego le dice que sí y que espere un momento. Cierra la puerta y empieza a vociferar *¡papá, te buscan!* Sube las escaleras y te encuentra con mala cara. *¡Cuántas veces te he dicho que preguntes quién busca antes de decir que sí estoy!* Te sientes viejo gritando tanto, pero finalmente le dices que vaya a hacer su tarea. Te asomas descalzo y te enfrentas a ese probable cobrador. *¡Sorpresa, brother!* y demoras en reconocerlo. Joven, moreno, dentadura de publicidad de dentífrico, barba bien recortada y extraña forma de hablar. Dudas. *Soy Noel Urbina, ¿te acuerdas de mí?* Ese nombre, los recuerdos, le das un abrazo. *¿Qué ha sido de tu vida?*, con entusiasmo. *Estoy haciendo una visita quickie a Chiclayo*, y no entiendes qué visita es esa, *y no podía irme sin saber si estabas vivo, pues*. Lo invitas a pasar con amabilidad, Noel coge su maleta y promete quedarse solo un rato, lo cual es un alivio porque te sientes comprometido a alojarlo.

Lo invitas a sentarse en alguno de los sillones de la sala y le dices a tu hijo que baje el volumen de la televisión. *¿Él es Diego junior?* y asientes. *Es igual a ti* y se sienta en el sillón más feo. Te avergüenza esa casa que ni siquiera es tuya, con sus sillones parchados y llenos de polvo, los mismos que recuperaste después del embargo que originaron las deudas de tu padre. Las paredes descascaradas por el salitre con los garabatos de crayón que hizo tu hijo de pequeño; el piso parquet deteriorado, opaco y sin varias tablillas; los pocos adornos pasados de moda, algunos rotos, mal pegados, con un grueso exceso de goma: todo te hace sentir decadente y roñoso. Noel luce bien, te lleva dos o tres años, pero parece más joven, no tiene barriga, se ve ejercitado y su ropa es nueva. Ni siquiera quedan

huellas de su acné adolescente, ahora son manchas minúsculas, casi imperceptibles, inimaginables si no fuera por tu escrutinio disimulado. Le preguntas por los United States (lo pronuncias tan mal que no lo intentas de nuevo) y por su vida. Te habla muy orgulloso de su departamento pequeño, pero propio, en una callejuela de Overtown, en Miami. Dejas que hable, a veces con palabras en inglés difíciles de diferenciar. Dejas que note por sí mismo que no has cambiado, que sigues siendo el mismo del que se despidió.

1988

«[...] nothing so ridiculously teenage and desperate,
nothing so childish —at a better pace,
slower and more calculated,
no chance of escape, now self-employed,
concerned (but powerless),
an empowered and informed member of society
(pragmatism not idealism) [...]».

Radiohead, *Fitter, happier*

INTENTARÁS RECUPERAR lo que queda de la noche de año nuevo aunque aún te afecte la venganza que Alma perpetró contra ti hace pocos minutos. Estás en Chiclayo, esta provincia que odias y amas, con esta gente que no es tu amiga, que solamente quiere escuchar que estás desesperado, que Lima te harta y que la quieres mandar al diablo junto con la universidad a la que le pusiste empeño al principio para no pensar en tu soledad de migrante. Quieres deshacer de tu memoria ese primer ciclo universitario y las felicitaciones de los catedráticos que te avizoraron un satisfactorio futuro. Quieres ganarle los segundos a la noche y probarte que no eres un desvalido.

Te repugna ser como los chiquillos de clase media que te rodean, cuya ridícula petulancia sobra para que se juren millonarios. Y también detestas ser como los de abajo, que sirven solo para machacar una superioridad deleznable. Ya te enteraste de que los gastos de tu familia no son como los del año pasado, ahora los intereses de las deudas han crecido y no hay más alegría a la hora de poner excusas a los excesos. *Porque en Lima la vida no es como en Chiclayo*, te dijo tu padre para explicar la importancia de que tu hermano y tú vivieran en un suburbio acomodado, *el respeto no se gana igual en la capital*. Le seguiste el juego porque no soportabas el anonimato provinciano, pero Alma lo predijo con mucha más antelación durante el verano pasado, siempre con esa tranquilidad que no se proyectaba al futuro, a lo que pasaría en un par de meses; esa tranquilidad que tanto te hace falta, pues te ha desenmascarado y humillado frente a tus amigos esta noche de fin de año.

No quieres recordarla, tu pulso se dispara y tu corazón ronronea por la cocaína. Prefieres buscar alguna chica fácil para demostrarte que ella era el único obstáculo para. Pero la recuerdas, te topas con su sombra

y con la vereda más larga del mundo, con Tacita y sus hermanos y sus fiestas de verano en Santa Victoria, en las que de ahora en adelante nadie se olvidará de ti, el eyaculador precoz descubierto. Esta noche debió ser especial y no lo ha sido, pero aún puedes salvarla. Encontrarás una zorra, aunque sea fea y ordinaria, le pondrás una almohada en la cara y te la tirarás sin contemplaciones con muchos gramos de droga en la cabeza y volverás a tirártela hasta que pida clemencia para que todos, sobre todo tú, se convenzan de que lo que dijo Alma era mentira. Y cuando regreses a la capital no serás el mismo, no tendrás miedo de acercarte a una chica fácil y quedar mal a la hora de. *¿Ya te viniste?, ¡qué pasó esta vez, Ignacio!*, suena la voz de Alma desde algún recuerdo que rebota con vergüenza. Es como si ahora estuviera a tu lado reclamando su presa, tu sexo muerto entre sus manos incapaces de resucitarlo.

Te alteras, tal vez necesitas unas líneas adicionales. Siéntate, pide un trago. Pongamos las cosas en orden, ha sido un año atareado, molesto, lo sé. Para todos ha sido igual. Soñaste con una vida mejor en Lima, pero fuiste tan anónimo allá que preferiste pensar en la provincia. Alma ya lo había dicho: *Chiclayo es un estanque y nosotros somos los sapos que se comen a los peces chicos. En la capital es distinto, nosotros nunca seremos gran cosa.* Y eso que ella no vivió el estado de emergencia capitalino ni sintió el pavor de pensar que el agua de las cañerías podía estar envenenada; ella no se encerró en la habitación de un distrito acomodado a esperar el orden, no estuvo a tu lado en el toque de queda que impusieron para sobrevivir ni sintió el miedo de que hubiera una explosión a veinte metros de su cama; tampoco la entrenaron para tirarse al piso, separar las piernas, taparse los oídos con las manos y abrir la boca para que una onda expansiva no le reventara los tímpanos.

Eso fue Lima para ti en el primer ciclo de universidad; en el segundo, perdiste el control. Dejaste de ser el provinciano que estudiaba lo suficiente para sobresalir y te aferraste a la droga. No como esos que leían libros vetados o salían a protestar a las calles por la crisis y las matanzas de la sierra, o como los que se encerraban en conciertos de música ruidosa

y subterránea para decir pestes de un gobierno irreparable. A ti no te importaron esos escándalos, te contentaste con tu carné de universidad privada que generalmente garantizaba seguridad: la policía y los militares preferían arrestar a alumnos de San Marcos y a los de las demás universidades estatales.

Lo peor del segundo semestre fue el toque de queda. Pasada la medianoche, las calles capitalinas eran patrulladas y los alumnos amigos, en las residencias universitarias, solían acuartelarse en una sola habitación. Algunos grupos estudiaban los cursos, otros compartían lecturas, fabricaban volantes contra la violencia o discutían de política, y la mayoría, como tú, fumaba harta hierba sin fijarse demasiado en los estallidos lejanos. Bebías por aburrimiento, preferías estar ebrio en la madrugada antes que estudiar o hablar con fanatismo de causas perdidas. Para asistir a las clases de las horas posteriores, tus amigos te recetaron anfetaminas, al igual que para aguantar las amanecidas en vísperas de los exámenes. Solo entonces odiaste estar así, desubicado, con miedo a todo y con ganas de regresar.

Llegaste a la cocaína por otras razones. Padecías de aburrimiento crónico cuando empezaste a aspirarla, te deprimía estar encerrado como un prisionero. En el primer ciclo aprovechaste el cautiverio para estudiar y te fue bien, pero en el segundo fue bastante tortuoso seguir con lo mismo. Esperabas que en julio, por fiestas patrias, acabara el toque de queda, pero no acabó y tampoco regresaste a Chiclayo porque no te enviaron dinero para el boleto. Te quedaste en Lima con tu hermano, el ejemplo familiar, que te decía de vez en cuando *el primer año es así, ya te acostumarás*. Pero no hubo cambios. El toque de queda contaminó el segundo ciclo de universidad, entonces no aguantaste más y pisaste por primera vez lugares populares como el bulevar San Ramón, esa callejuela rara y miraflores. Podías llegar después de clases, fumarte un porro o subir suficiente alcohol al carro de un compañero para beberlo en el camino. Así pasaste las madrugadas, con amigos nuevos que jugaban a las cartas mientras Lima parecía un mal sueño.

Dejaste de asistir a clases y desaprobaste los cursos. Tú máxima nota fue seis. El paso de esos meses, la droga y la depresión hicieron que cuestionaras si el lugar adecuado para ti era esa ciudad paranoide. Extrañabas la tranquilidad de la provincia, la impunidad que tenías para drogarte en las azoteas o en la vereda más larga del mundo. Algunas noches soportaste que tu hermano te animara a seguir. A la mitad del segundo ciclo era imposible pasar al siguiente: ningún examen aprobado y un montón de faltas que descontaban puntaje. Te abandonaste creyendo que el ciclo siguiente lo harías mejor, que solo necesitabas unas vacaciones en Chiclayo. Los apagones hicieron que el resto de alumnos estudiara desesperado para los exámenes finales con lámparas de keroseno o velas.

Deambulaste por los alrededores de la universidad la semana que los demás dedicaron a estudiar para los finales y encontraste rápidamente a otros que detestaban el encierro y aprovechaban la luz del día para estirar las piernas. Juntos idearon un plan para salir de la ciudad, al sur, al este o donde fuera con tal de romper el hastío. No lo consiguieron y entre todos tuvieron que sobornar a un policía para que no los arrestara. *Nada, jefe, no somos terrucos, mírenos la cara.* Los carajeó por ser tan irresponsables.

¿Dónde estás, Ignacio? ¿Te reconoces en este extraño que bebe solo en un rincón, en lo que queda de una fiesta de fin de año de provincia? Alma regresa a tu mente y te da rabia. Volviste a Chiclayo por ella, para sentirte alguien, como en ese último verano en Pimentel cuando todavía eran dos chiquillos inofensivos. La traicionaste y ella esperó casi un año para vengarse, es lo justo. No te deprimas, estás en tu segundo ciclo en Lima. Lo recuerdas mientras vigilas a una presuntuosa que se sienta en la barra de esta porquería de discoteca que es el Espiral. Ya habrá tiempo para averiguar cuán probable es que ligués con ella. No ataques de frente, termina de ahogar la rabia. Estábamos en los últimos días del ciclo con esos amigos hartos como tú de soportar el toque de queda. Tal vez el problema empezó cuando te enseñaron guetos confiables en los que la cocaína era barata. Te advirtieron que la consumieras con calma porque los distribuidores solían adulterarla con diazepam molido o talco.

No tuviste cuidado ni ganas de disminuir el ritmo, oscilaste entre ser el amigüero sentimental y el retraído colérico, según el ánimo que te dictó la sustancia. Tu hermano te recomendó a las prostitutas de un bulín frecuentado por universitarios pudientes, pero las malas experiencias con Alma te hacían estar seguro de que no saldrías bien librado. Desde hacía tiempo ella aterrizaba en tu cabeza para ser culpable siempre, como la excusa de todos tus fracasos. No quisiste admitirlo, pero seguías enamorado de ella, tal vez más que en el verano. Abrumado por esos pensamientos terminaste el segundo ciclo universitario. Ya solo pensabas en tu regreso a la provincia, te morías de ganas de integrarte a su fauna nocturna de nuevo, reunirte con los amigos para olvidar la tensión.

Viniste en un autobús que se detuvo por el camino muchas veces. La policía buscaba terroristas y bajó a mucha gente. No todos regresaron a sus asientos, la inspección fue rigurosa. Se trató una mala noche para ellos y para ti, pues no pegaste un ojo. En cambio, la mañana fue feliz. Sentiste el aire poderoso y el calor veraniego que habías cambiado por el humo capitalino. Irías a Pimentel para quemarte en la playa, a la vereda más larga del mundo para reencontrarte con los amigos fumetas y a los bares arcanos para que te contaran lo que había pasado en el año de tu ausencia.

La zorra te inspecciona. Debes hacerte el loco al principio, mirar de soslayo, dejar que te coteje. Demora en hacerlo: le interesas. Por lo pronto pides otro trago y sonríes, pero todavía no la miras, quieres que parezca sorpresa. Bebes la mitad del trago que te traen. Debes ir al baño a jalar unas líneas, estás muy lento y necesitas esa omnipotencia para soportar una noche tan triste. En el baño encuentras arrinconados a algunos fumetas risueños y escandalosos y te arrepientes una vez más de haber aterrizado en el Espiral. Te encierras en uno de los compartimientos y orinas haciendo formas en el inodoro. No te atreves a tocar la palanca del agua, te subes la bragueta y sacas un par de sobres. ¿A estas alturas cuánto es suficiente? Una generosa línea en cada fosa lo es. Te apoyas en la puerta metálica asegurada mientras el efecto avanza. Excelente. Tus sienes

se mueven, viene la alegría, la prepotencia. Empujas a los mocosos que también son pediguñeos, llegas al grifo, no hay agua, carajeas. Sales, ves tu mesa, hay una pareja de idiotas que piensas echar, te fijas en la zorra que te vigila, le sonríes y parece complacida. Haces unas muecas, pero no lo nota. Estás durísimo. Olvidas el trago en la mesa que ocupan los idiotas, que paguen ellos. *Hola, ¿puedo sentarme?*, mientras lo haces y la zorra dice *no hay problema* con indiferencia. Sonríes y crees que este fin de año tiene salvación. *¿Quién te ha plantado, nenita?* y te arrepientes, *no me han plantado* y exige que le digas tu nombre, ella te dice el suyo, no la escuchas y piensas que Alma habría sido más fácil por ser así, puta. La zorra no deja de hablar y sonríes de rato en rato para parecer agradable. No sabes por qué Lima te saturó. Piensas en el día que regresaste a Chiclayo, un duchazo rápido y tu padre te prestó el carro. Las nueve y media, tenías toda la noche para disfrutar. Marcaste el número de Tacita, pero no contestó. No aguantaste las ganas, atravesaste Villarreal por la avenida Libertad hasta la casa de Diego y esperaste un rato después de tocar el timbre. Pensaste que no te reconocería después de esos meses, ese pelo largo y esos kilos de más, inadmisibles para un atleta de colegio. Te distrajiste con recuerdos capitalinos, universitarios y resolviste que Chiclayo estaba lejos de los toques de queda y los atentados para la televisión. Pensaste subir al carro porque nadie salía de la casa de Diego e ir directamente a la casa de Alma o a la vereda más larga del mundo. Te encantaba vivir en Santa Victoria, podías olvidar lo horrible que era el resto de la ciudad.

A los tiempos, hombre, cuando Diego salió de su casa. Su mirada nerviosa te hizo sospechar que algo andaba mal. *Aunque sea en el verano tenía que estar en Chiclayo*, vino un abrazo parejo, *bestial*, estaba sorprendido de verte, *pensé que no te moverías de Lima*, como si fueras un resucitado. *Quería ver a los amigos, hablar con Alma... tú sabes lo del verano pasado, las cosas terminaron mal*. Se puso tenso y te lo dijo de una vez. *No sabes, ¿no?*, con brusquedad, *¿qué cosa?*, su temor lo delató, *estoy con Alma, Ignacio*.

Así que estudias en Lima, la zorra acaricia sus manos atrapadas en las tuyas. Asientes, *¿y qué haces aquí?*, regresaste por una chica, *por una fácil*, ella sonríe, *además me gusta Chiclayo*, te deslizas de la silla, la tienes a tu alcance y la exprimes con un beso. *Vamos arriba, a los sillones*, antes de que puedas tocar sus senos. Zorra caprichosa, piensas. Suben, haces más muecas, los muebles del mezanine destacan en la penumbra y piensas que hasta es posible fornicar con discreción ahí. La acaricias, pero ella te esquiva, la sangre llega a tus sienes, tu corazón se acelera de nuevo. Le exprimes los labios y ella recorre tu espalda con sus garras, tus manos bajan y aprietan sus nalgas, pero extrañas sus senos, te muerde el cuello, *despacito*. Alma era distinta, piensas, continuas con torpeza y la imaginas con Diego en la misma cama donde fracasaste por primera vez. Te da rabia, como cuando te dijo que Alma era su enamorada.

¿Qué pasa?, le dices a la zorra que se calle, tus manos avanzan y ahora suelta grititos discontinuados. *¿Acaso Diego no sabía cuánto la habías querido?* Traidor. *¿Cómo es eso?*, sorprendido. *No sé, solo pasó*. Diego soltó un monólogo trémulo, *nos conocimos en la universidad*, lo odiaste más, quisiste golpearlo, *empezamos a salir juntos y nos enamoramos* y tú pensaste que había llegado a la cúspide de la cursilería, su tono rimbombante te destruía. *Te juro que nos queremos un montón*. Mostraste una sonrisa, pero fue tan falsa que no la creyó y trató de disculparse con alguna estupidez. *¿Por qué me dices eso, huevón?*, *¿acaso necesitabas mi permiso?* La zorra se detiene, pregunta qué pasa, qué carajo te importa, *no te pongas tenso, mi vida*, le dices *no me distraigas* mientras jalas sus orejas con tus dientes y hueles su perfume denso. *¿Ya estás mojada?* Le preguntas si quiere jalar. Acepta, pero es una novata. *Vamos a un sitio más privado* y te sigue. Pagas los tragos, suben al carro de tu padre y salen impacientes a la avenida. *¿En qué trabaja tu viejo?* Jefe de recursos humanos en el hospital regional, está con el gobierno. Se interesa cuando mencionas al gobierno, *eres una zorra interesada*, impulso de la cocaína, pero le gusta, se parte de risa, *quiero jugar allá abajo*. Dejas que abra tu bragueta y realmente se esmera.

Ahora entiendes a Noel, que prefiere venir a los antros de mala muerte como el Espiral. Le pides que se detenga, no quieres acabar. Te acomodas la ropa cuando llegan a un hostel con cochera. A pesar de que es año nuevo, hay habitaciones. Pagas y suben a un segundo piso. Jalan más líneas y de nuevo se aceleran. La empujas contra la cama. Te exige que la trates como una zorra interesada. Se da vuelta y te dice que empieces, sin preámbulos. Saca varios preservativos de su cartera y empiezas con fuerza, sus piernas pierden tensión. Alma se cuele en tu cabeza una vez más y la imaginas con Diego. ¿Él le dio eso que tú no podías? *Despacio*, pero no haces caso, tu mente está en otra parte.

Nunca has estado tan ebrio y excitado, Ignacio. Hasta hoy, la noche de graduación, preferías fumar porros con Tacita. *Alma, quiero hacerte el amor*, pero ella hace un gesto de silencio para que entiendas que estás algo ebrio. Ella lo está menos, camina sin problemas. Ríen a carcajadas cuando se ayudan a subir a un taxi que consiguen con suerte. En la fiesta se quedan bebiendo padres e hijos, los amigos de colegio que saben que no volverán a verse, que nada será lo mismo, que tratarán de salir al extranjero para no volver. Esta noche tiene que ser tu noche, lo has jurado. No quieres pensar en el viaje que harás en un par de meses, te gusta Chiclayo, pero le falta muchísimo para ser como Lima. *No todo es Santa Victoria o Pimentel*, te dijo tu padre, pero te gusta estar aquí.

Llegan a su casa, frente a La Consolación. Le pagan al taxista dos veces sin notarlo y corren. Alma te besa en la puerta con sus labios suaves y sientes más ganas, trazas su espalda y su cintura con tus manos y cuando vas a continuar te interrumpe para hacerte pasar. Solo piensas en ella, le prestas atención antes de caer sobre las escaleras. *Aquí no hay problema, no se van a dar cuenta* cuando llegan a su habitación. Es la primera vez que estás dentro, te sacas la chaqueta, ella se acuesta sobre la

cama, risueña, se protege con las sábanas. Enciendes un porro y después de unas bocanadas le preguntas por Freddy. *No hay problema, Freddy no dice nada.* Fumas deprisa, en alguna parte de tu mente está la voz de Tacita con su exhortación *ya es hora, Ignacio, si tienen como dos años juntos, ¿o es que no te quiere?* Te pide el porro y se lo das. Miras sus pechos tiernos y respingados. Tose, ¿y si alguien los está escuchando? *No retengas mucho humo,* después de atragantarte con el tuyo y hasta se lo repites con cariño, pero hace lo mismo. Te lanzas y todavía ríe. Te excitan sus besos caninos y la timidez desaparece. Cuando están listos, te perfilas y la tomas. Eres un inexperto, a ti también te cuesta, pero ella sigue emocionada. Vences la piedad con la fuerza, la atrapas, la rodeas y lo haces con firmeza, como te han dicho que debe ser. *Es mi primera vez, discúlpame,* y eso te excita. *Si no quieres hacerlo, dímelo,* pero se niega. No pasa demasiado tiempo cuando llega el pánico y parece muerta. Tratas de detenerle, pero es demasiado tarde o demasiado pronto. *Te juro que fue la emoción, Alma, esto no me había pasado antes.* Le explicas de mil formas que ha sido un accidente, pero ella calla. Tiene la mirada perdida, fija en la pared, y cuando empieza a carcajearse no dices más. La vergüenza te castra, te tapas con las sábanas y tratas de entender qué hiciste mal.

Terminas con un grito de rabia y no puedes creer que pase de nuevo. La zorra aún no entiende por qué te detienes, está sujeta. Rápidamente desanudas tus brazos, te separas de su cuerpo. *¿Qué? ¿Ya acabaste?*, sorprendida. No hablas, la miras aterrorizado. *No sé qué paso,* jadeando, pero sabes que es una respuesta repetida. Se carcajea. *No friegues, ¿en serio?* Callas humillado, piensas en mandarla al diablo y huir de esa habitación. *Nunca me había pasado esto,* te mira divertida, no te cree. *No hay problema, ¿quieres la revancha?*, aunque más parezca una orden. Te recuestas en la cama, boca arriba, miras el techo, cansado. *Está bien.*

Aspiras más cocaína y la atraes hacia tu sexo. ¿Por esto te dejó Alma? ¿Por esto te cambió por ese insecto?

Tal vez ya no te dolía tanto pensar en la traición de Diego. Le preguntaste por Noel, que estaba peleado con su padre. *Casi ni se hablan desde que lo dejaron en su casa medio muerto después de una fumada*, te contó junto con el resto de las travesuras que habían sucedido en tu ausencia. No tenía remordimientos, no había siquiera rastros de culpa. Si Alma estaba con él, ¿para qué estabas en Chiclayo entonces? No prestaste atención cuando te contó que habían echado a Noel de su casa por el incidente. Asentiste y te dio lástima. *No pasa nada, guapo*, y le ruegas que insista, que luego se arrepentirá de haberte pedido la revancha.

Entonces la sujetas, atraes su rostro contra ti aunque intuyas lo peor. *Pero eso no fue todo*, Diego ronda tu cabeza, la conversación de hace unos días. *La vieja de Noel pegó el grito en el cielo cuando se enteró. ¿Y Diego cómo sabía eso? Los chismes, al final su vieja lo regresó a la casa, pero su viejo puso de condición que lo iba a tener vigilado para que no siga fumando*. Ni siquiera imaginaste qué podía pasar si te descubrían a ti. *El lío es que si su viejo lo botó una vez, es capaz de hacerlo de nuevo*. Era un verdadero problema para Noel, pero no te importó, estaban a punto de llegar a la casa de Alma. Cuánto ha cambiado Diego, pensaste, ahora es más seguro de sí mismo. *Juntémonos los cuatro para ir a la vereda, Tacita tal vez está allá*. Diego te corrigió: *ese huevón siempre está allá*.

Ya se me adormecieron los pies, guapo, dejémoslo ahí. No quieres que se vaya, que humille tu achacado orgullo de macho. *Ya está despertando*, nervioso, disimulando, para que no se dé cuenta de tu miedo. *Cógelo fuerte, anda*, con seguridad al principio, pero luego con temor. La zorra hace un gesto de resignación y empieza la faena con más fuerza. Todos tus poros se abren al mismo tiempo, de nuevo, y crees que esta vez no quedarás en vergüenza. *¿Y cuánto tiempo tienes con Alma?*, de súbito, Diego dejó de silbar la canción de una radio que había sintonizado, *cinco meses*. Te quedaste helado, pero lograste estacionarte frente a la casa de Alma. Tocarón el timbre. *Ya, mi vida, ya está despertando*, esperanzada.

Cierras los ojos, *eres una grandísima zorra convenida*, y parece gustarle. Vuelves a tocarla como cuando estaban en el Espiral. *Podríamos ir al Espiral*, propuso Diego esa noche mientras esperaban que les abrieran la puerta. Te desagradaba el Espiral, ahí aterrizaban en la época del colegio, cada vez que el padre de Noel les prestaba su carro a pesar de ser menores de edad. Le dijiste que fueran a alguno de esos bares arcanos del centro de Chiclayo. *Me han dicho que tocan buena música en el Sudakas*. Diego te dijo que lo mejor era que lo decidieran todos. *Ya no me pegues*, la zorra abre la boca. Su cuerpo enrojecido te excita, *¿para qué pediste más?, ¿ya te fregaste!* y le das palmadas más fuertes. Salió la empleada y le dijo a Diego, muy amable, *un momentito, joven, ahorita la llamo*. Regresaron al carro, pero no entraron, se apoyaron en él, de espaldas, las manos en los bolsillos. Diego sacó un cigarrillo, *te quieren mucho por aquí, ¿no?* Movi6 los hombros como si no le importara. Al rato escuchaste que Alma gritaba tu nombre desde el portal con una sonrisa enorme. Corriste a abrazarla, confundido. Se abalanzó, rieron a carcajadas, dieron vueltas, felices, sentiste su cuerpo y la deseaste. *¿En cuatro!* La zorra te vio violento y obedeció, empezaron los quejidos, los miedos y los nuevos temblores sobre esa cama de hostal. *¿Cómo estás, Ignacio?, ¿qué ha sido de tu vida?* Quisiste abandonarte, decirle que Lima era un asco, que tus notas eran pésimas, que tus padres te habían amenazado con sacarte de la universidad, que nunca serías como tu hermano y que tenía razón, eras un pececillo en un estanque de tiburones. *¿No grites tanto, zorra!*, y la golpeas con más ahínco. *¿No llores, carajo!* Estás seguro de que te irá bien esta vez, pero el terror es inevitable. Es el fin, inspiras agotado, te refugias a un lado de la cama, avergonzando del nuevo fracaso. No puede ser.

Salen de la habitación y Alma te toma de la mano. *¡Corre!*, de repente y la sigues por el pasillo del segundo piso, descalzo, hasta bajar por la escalera a zancadas. No hay problemas ni obstáculos en este domingo por la mañana. Te calzas en el portal de la casa amarilla, amarras tus zapatos formales y sales a la calle.

Es inevitable notar La Consolación al frente porque sus beatas salen meditaundas y protegidas por chales negros, como aves carroñeras. Con este sol y eso encima, piensas, hay que estar loco. Le das un beso como si te excusaras por lo que pasó en la noche, ella te recibe cálida, con los brazos abiertos. Acuerdan ir a Pimentel mañana o más tarde, el clima es perfecto.

Estás cansado, la hierba te deja así. *Eres muy pollo, Ignacio, te emborrachas rápido*, con sus ojos posesivos, devastadores, pero sin rencor. Camina contigo, piensas que se quedará en su casa, pero te sigue, acaricia tu rostro con cariño y crees que no lo mereces. *Oye*. Ella te escruta, debe preguntarse por qué te detienes en la mitad de la calle. *Lo de anoche, de verdad, no sé qué me paso*. Te dice que no importa, pero no lo puedes olvidar. *Sentí que no tenía piel, Ignacio*, es feliz. Quieres dejarla en la esquina para que regrese a su casa y descanse, pero insiste en acompañarte a la tuya y no sabes por qué. *Solo son unas cuadras*. Luchas con la incomodidad y el calor, te sacas la chaqueta y la abrazas de la cintura. Alma se apoya en tu hombro y avanzan despacio sin saber qué decirse. No quieres que te tenga lástima. ¿Por qué? ¿Qué hiciste mal? Empieza una conversación menos tensa. *Así que por esto llegabas al colegio tan cansado*, te mira risueña hasta que asientes y bajas la mirada. *Me lo hubieras dicho, no me molesta*. Piensas que hiciste mal en invitarle hierba. *No sé dónde celebrar mi cumpleaños*, cambia de tema abruptamente, *me gusta Pimentel, pero aquí están mis amigos*. No quieres decirle que en unas cuantas semanas tendrás que estar en Lima para empezar la universidad, que solo pasarán juntos el verano. *¿Tú qué dices?*, con una sonrisa molesta que te saca de tus pensamientos. *En Pimentel está bien*, muy seguro, *pero solo nosotros, no necesitamos de nadie más*, te arrepietas, te sientes cínico. Cruzan la avenida Libertad. Ella asimila lo que dijiste y continúa: *había pensado en*

una fiesta con Tacita y sus hermanos. Es una buena idea y aceleras el paso para llegar pronto a tu casa. *O podría ser la fiesta con ellos y todos los amigos en Pimentel,* ella te da toda la razón. *Hablaré con ellos a ver qué les parece,* antes de terminar la frase ya te ha agradecido. Ojalá encuentre a alguien como tú en Lima, piensas. *¿Tienes más hierba?,* por fin. Asientes y dice fulminante *regálame un poco.* Tratas de disuadirla hasta que llegan a tu casa. *¿Estás segura?* Esperará afuera y no te opones. Esquivas el espectáculo casero y te encierras en tu habitación. Dejas la chaqueta sobre la cama y pones en tus bolsillos un par de porros que sacas de tu escondite. Tendrás que romper la promesa de no pedirle más a Tacita durante la semana. Te enfrentas al escrutinio familiar. *¿Dónde estuviste?* Necesitas una ducha. *En casa de un amigo.* Alma te mira feliz cuando sales a la calle, te escruta de nuevo como si fuera necesario, como si necesitara confiar en ti. Miras con precaución a todas partes. La calle es un desierto el domingo a las diez de la mañana. Le pones los porros en las manos y te agradece con un beso sorprendente. *Te amo, eres un campeón,* pero insistes, *lo de ayer, nunca me había pasado* y ella *no te preocupes.* No deja que la acompañes a su casa.

Eres un precoz de mierda, la zorra estalla, *he desperdiciado toda la noche contigo, precoz de mierda.* Estás cansado, pero tienes suficiente furia para asustarla. *¡Lárgate, lárgate de una vez!* Se viste y no se atreve a gritarte, solo escuchas susurros mientras miras al suelo, sentado en la cama. *¡Lárgate, lárgate rápido, no quiero verte!* Te encierras desnudo en el baño, te miras en el espejo y no entiendes. *¿Por qué pasa esto?* Podrías llorar por la impotencia, pero unas líneas nuevas no te dejan. Te lavas la cara y decides no quedarte más tiempo en Chiclayo. Sales y ella se ha ido. Te vistes en silencio sintiéndote realmente solo. Debes regresar a la capital. Diego ya no está con Alma, al menos hiciste algo bueno. Y es que esa noche ella notó al instante que estabas enterado de su nueva

relación. *No me ha ido muy bien en Lima*, cuando la tuviste cerca. *Los cursos, la universidad, el encierro*. Avanzaron hacia el carro y Diego salió a su encuentro, le dio un beso forzado. La abrazó con cariño como si tratara de apartarla de tu lado. Por primera vez el odio fue evidente. *¿Ibas a salir?*, le preguntó. *¿Yo?*, contestó nerviosa. *Bueno, pensé que podíamos salir, te iba a llamar, como nunca salimos los fines de semana...* Diego calló. *Has subido de peso, Ignacio*, para aliviar la tensión, *es la buena vida*. Le dijiste que ya no hacías ejercicio y rió. *¿Y a dónde pensabas ir, Alma?*, los cortó Diego. *A Pimentel*.

El verano en Pimentel todavía es maravilloso cuando están sentados en la terraza de un restaurante del malecón. La capital no te entusiasma tanto como debería, tampoco romper con ella aquí. *No es bueno que te encariñes a esta edad, tienes mucho que vivir*, te dijo tu padre y sabes que tiene razón. No todo está en la provincia. La vida es estudiar en una buena universidad, sacar el título, casarse, comprar una casa y un carro, tener un par de hijos, criarlos para que hagan lo mismo y uno termine sus días olvidado o haciendo que sus nietos se interesen en lo que no se interesaron sus padres, piensas. No estás muy animado por ir a la capital, pero allá está lo mejor para ti. Le dices a Alma *me voy a estudiar a Lima*. La tarde que se hace noche les gana en la terraza. Quisieras imaginarla pensando en las tardes infinitas sobre la arena, pero es una realidad remota.

¿Qué dices?, sorprendida, quiere que lo repitas. Tal vez ha entendido mal, pero tú eres duro y súbito y continuas. *Me voy a Lima a estudiar, tenemos que terminar*. Golpea la mesa con fuerza y no dice más. Los que están en el lugar se vuelven. *Lo siento, la decisión está tomada*. Entonces ves cómo aguanta el dolor hasta que no puede más. No sirves para dar consuelos. Puedes decirle que solo eres un chiquillo de diecisiete años y que te perdona. Pudiste comprarle flores, asegurarle sin certeza que regresarías

en julio y que pensarías en ella. *¿Esperaste este día para decirme, Ignacio? Sus ojos poderosos están fijos en ti. Sé que soy un canalla, con vergüenza, pero no quería perderte antes de tiempo* y eso suena a culebrón y tan falso que prueba que nunca has tenido ingenio para las disculpas. Esperas que te golpee o te insulte, pero retiene las lágrimas. *Lo siento.*

Ignacio no quiere ir al Espiral y hace tiempo que no lo vemos, dijo Alma, que él decida. Diego no opinó. *Bestial, vamos a ver al asno de Noel.* Se dirigieron al óvalo de Santa Victoria y Alma te comentó algunas reuniones con amigos del San Hipólito, pero no te importó. Tu propósito era volver con ella, por eso estabas en Chiclayo, podías admitirlo al fin dentro de ti. *Estás más guapa, ya salían hacia la avenida Libertad.* La tensión fue plena, el desafío estaba hecho, la noche era joven y estabas dispuesto a recuperarla. Eso lo recuerdas ahora, mientras conduces a toda velocidad por las mismas calles con una pena que se atora en tu garganta riquísima por la cocaína. Se ha impregnado en tu orgullo no haber podido tirarte a una zorra presuntuosa de provincia. No vas a quedarte. Apenas se recupere de su borrachera de fin de año, volverás a hablar con tu padre para que estés en la capital antes de la semana próxima y te matricules en los cursos de verano.

Las noches siguientes volvió a suceder.

Recordó que no quería escribirle a la muchacha de Chiclayo porque le daba miedo ser padre, comandante, mientras que ella lo hacía compulsivamente. Prometió buscarlo hasta en el más recóndito rincón de la ciudad en la que estaba como si fuera su última esperanza. Decidió escribirle tras una madrugada de insomnio y preocupación líneas llenas de furia ambigua que poco a poco formaron una poderosa amenaza: si

usted llegaba a verla, le arrancaría lo que llevaba en el vientre. No llegaron más cartas y se sintió bien, más tranquilo. Se emborrachó los fines de semana siguientes y se acostó con mujeres que le prometieron amor y solo le sacaron dinero.

Recordó que lo perturbaba la idea de formar una familia, pues ya lo habían hecho sus colegas. En el trabajo pensaba en su hijo hora tras hora, se preguntaba si podía ser un buen padre y un buen marido. Trasnocaba buscando una respuesta que casi siempre era negativa, se sentía incapaz de soportar la presión de llevarlos a cada ciudad a la que lo trasladaran. Se veía en el futuro muy viejo e imaginaba a sus hijos lejos de casa. La única que lo escuchaba hablar hasta morir era su mujer, muy vieja también. Pensaba en su edad, ya no era joven, se acercaba a los cuarenta años. Sus compañeros cuestionaban su soltería: era hora de tomar decisiones.

Recordó que viajaba a Chiclayo y que aparecía en la casa de la muchacha diez meses después de enviar la carta amenazadora. El hermano salió a su encuentro, furibundo. Usted lo redujo sin muchos problemas y luego pidió de buenas maneras hablar con la muchacha. La madre le dijo *no está*, asustada y dubitativa, *pero puede ver al niño si quiere* y no lo pensó dos veces, se acercó al moisés, alegre de que contuviera un varón. Lo examinó con mucha atención, no podía estar más orgulloso de que su hijo hubiera heredado su mirada. Preguntó cómo se llamaba y la madre de la muchacha le dijo *igual que usted* sin entusiasmo. No pudo contener su alegría.

Recordó que la muchacha llegaba por la tarde, después del trabajo. Su rostro apacible se transformó al verlo al lado del niño, concentró su odio en una mirada fulminante que le reclamaba en silencio. Entonces se arrodilló repentinamente ante ella y le rogó que lo perdonara, que olvidara esos meses de ausencia, que le diera otra oportunidad y se casara con usted. Ante su estupefacción le contó sus planes de establecerse y construir una casa ahí, en la apacible Chiclayo. Le confesó lo feliz que se sentía ser padre y tener el resto de su vida para criar a su hijo. La

muchacha lo perdonó y poco tiempo después del matrimonio, usted pidió su transferencia a Chiclayo. Compró un terreno en Santa Victoria y empezó a construir una casa con el dinero que le quedaba de quince años de servicio. Aunque ella se opuso a quedarse, pues quería vivir en la capital, logró convencerla de que el norte era lo mejor, la zona más tranquila del país. Se proyectó entonces como un jefe de familia que haría felices a su hijo y a su mujer durante los cinco años que como máximo podía servir en esa ciudad. Cuando tuviera que irse, dejaría a su familia en la casa de Santa Victoria, así su hijo no haría los molestos cambios de colegio y tendría un grupo de amigos estable.

Recordó que los años posteriores se hacían conflictivos. Estaba harto de la familia de su mujer, ansiaba cuanto antes ver terminada la casa de la avenida Libertad. Las impertinencias cotidianas lo obligaron a mudarse apenas pudo. Aunque tenía un exigente trabajo de logística en el fuerte Cáceres, estuvo dispuesto a poner énfasis en su relación familiar. Los problemas empezaron cuando le prohibió a su mujer que frecuentara a sus entrometidos parientes. Ella radicalizó sus llantos innecesarios, al punto que deseó verla muerta: las peleas se hicieron comunes, entonces se refugió en su trabajo y ella en la iglesia.

Recordó que trataba de ser un buen padre porque estaba convencido de que así también podría salvar su matrimonio, pero el tiempo transcurrió con prisa y fue imposible acercarse a su hijo debido al temor que le producían sus gritos y su furia. Recurrió en secreto a los bares y a las prostitutas como si completara un ciclo. Sus ilusiones de hombre de familia fueron machacadas sin piedad en su corazón que había tratado de apaciguar la violencia. La navidad fue invadida por peleas y reclamos, pero también sucedió un milagro que alteró su actitud: su hijo empezó a hablar. La alegría reanimó sus ilusiones, su hijo crecería y se convertiría en un hombre de bien que conocería la vida y su país como un militar. Pero a pesar de los esfuerzos, el rechazo fue decisivo. El llanto y los miedos del pequeño inquietaron su ira, comandante: podía mandonear a cualquier subordinado, pero no podía dominar a su propio hijo. Odió que acudiera

a su mujer para llorar y él odió su trato rígido que lo convertiría en una persona útil para la sociedad.

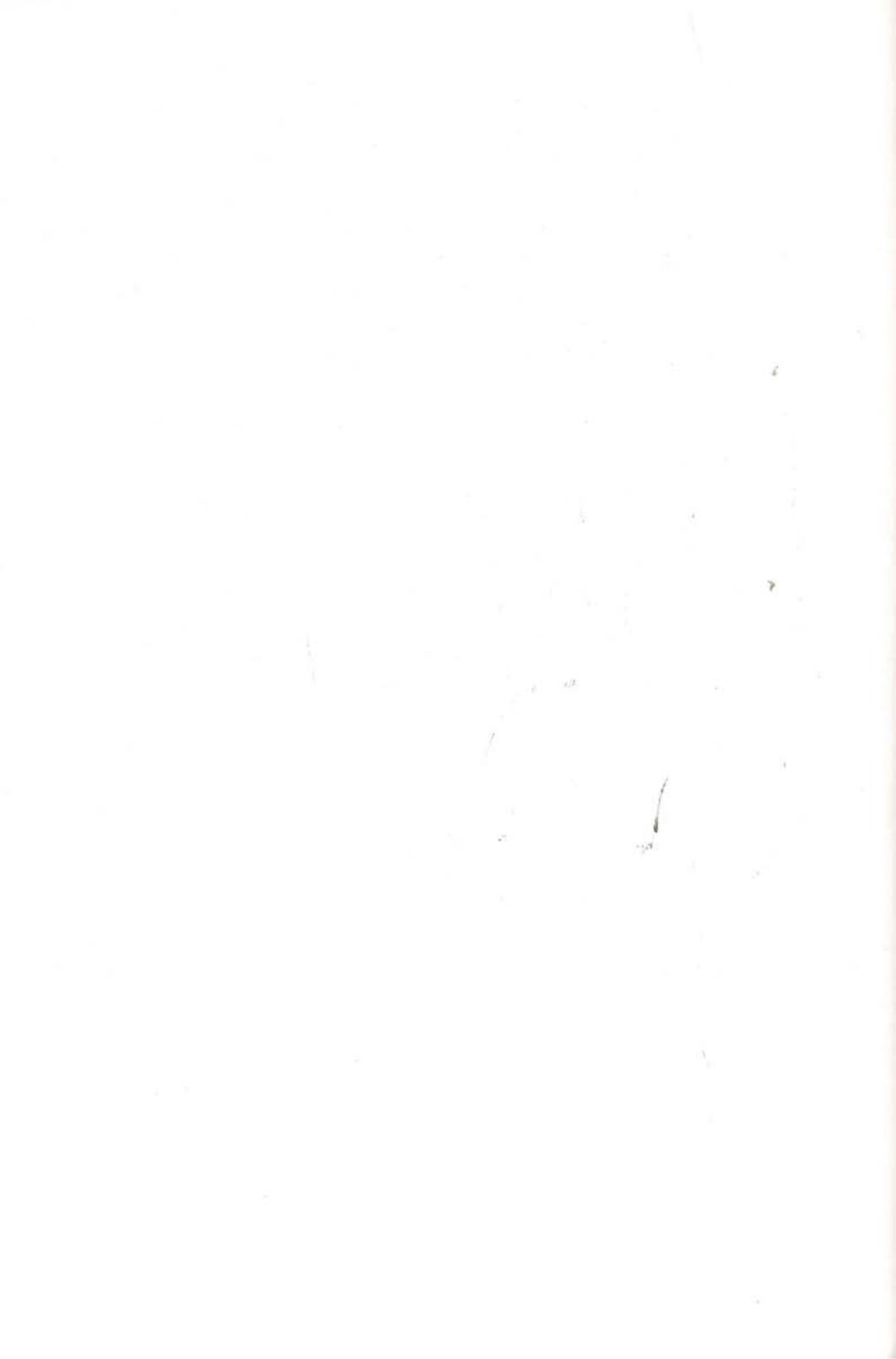
Recordó que no le decía papá como los otros niños a pesar de sus esfuerzos, usted era para él como un temible desconocido. Su mujer lo acusó de salvaje y quiso separarlos. Cuando su hijo cumplió cuatro años, no soportó más: pidió a sus superiores que lo derivaran a otra ciudad. Quiso huir, pidió un lugar lejano, pero solo llegó a algunas provincias del sur. Su mujer, arrepentida, no fue capaz de convencerlo de que desistiera, ni siquiera cuando le dijo que se perdería lo mejor de la vida de su hijo, estaba creciendo a una velocidad increíble. Continuó implacable. Las pistolas y los tanques de juguete, las bolsas de soldados verdes y el ajedrez que le regaló a su hijo en navidad no ganaron su cariño. No se sentía capaz de querer... su mujer y usted eran ya dos adversarios que guardaban las formas ante los demás.

¿Le ha gustado la historia? Todo esto pasó por su mente la segunda noche, usted siguió vagando en los basurales, bebiendo el ron que le quedaba. ¿No le dio vergüenza que lo devolviera a su casa un taxista horas más tarde, comandante? Cuando lo vieron, su mujer y su hijo no pensaron que estuviera vivo. Estaba sucio, magullado como un gato de techo y su pestilencia se mezclaba con el olor del licor. Deliraba, estaba borracho. *¿Qué quiere que haga, pues, señora?*, le dijo el taxista a su mujer, hartado de sus regaños, *yo lo encontré así, le revisé la billetera y vi la dirección*. Roncaba con la boca abierta, comandante; su hijo, que ya es un hombre, podía ver sus puentes blancos y parejos.

Su mujer quiso internarlo en el hospital al día siguiente porque le pareció imposible tenerlo controlado, pero los amigos de la institución no la dejaron. Con la ayuda del psiquiatra la convencieron de que ponía en peligro la pacificación nacional, la prensa buscaba escándalos que vender. Los periodistas impulsarían las denuncias que debían ahogarse en el silencio y usted podía ir a la cárcel. Eso la convenció de dejarlo en casa.

Los fantasmas molestaban cuando encontraba algo que podía lastimarlo. Veía los cuchillos de la cocina y ellos aparecían, se topaba con la navaja de afeitar de su hijo en su escondite y le hablaban. La estrategia había cambiado, comandante, lo presionaban, querían hacer que ejecutara el trabajo final. En las noches los oía respirar a su lado, se quejaban despacio, podía distinguir sus mensajes. *Pronto se enterarán, Otorongo, di la verdad.* Al principio no quiso darles el gusto, quería convencerse de que no había hecho nada malo.

Esta tarde no pudo más y llamó a su hijo. Hizo que se sentara frente a usted y le dijo que tenían que hablar de hombre a hombre. Los fantasmas se refugiaron en la sombra del balcón de la casa y los observaron con atención. Si iban a enterarse por otros de lo sucedido, debía dar su versión antes que nadie. Necesitaba desahogarse, conseguir el perdón de su hijo, tal vez su juez más implacable. Eso debía servir para que los espectros lo dejaran tranquilo. Y así empieza el relato, comandante, así sabremos qué hizo usted.



[1996]

NOEL CALLARÁ de repente, harto de hablar de Miami, y entonces le propondrás ir a la vereda más larga del mundo como viejos adolescentes. Aceptará encantado, como si hubiera estado esperando que se lo dijeras. Caminarán con calma por la avenida Libertad, por una ruta casi olvidada, y te preguntará qué ha sido de tu vida y le contarás que tu mujer ya no te soporta. Y también le hablarás de tu trabajo, de las deudas y de tu hijo que preferirías que encontrara otros ejemplos paternos que lo motiven a mirar alto. Te preguntará acerca de tu trabajo mientras examina esas casas nuevas que eran lotes sin construir antes de que intervinieran la vereda. Para romper el breve silencio le contarás sin muchas ganas que pones música para viejos en una emisora de amplitud modulada, que dices al aire infinidad de disparates de ocho a doce del día y que contestas llamadas de cascarrabias que, para variar, también dicen estupideces al aire, además de sus quejas y reproches. Le dirás que en las noches ayudas en una tienda mayorista de abarrotes y que solo puedes dormir en las tardes. Le dirás que con lo que ganas no tienes muchas ambiciones, quizá solo pagar algunas deudas para vivir más tranquilo. Noel te dirá *hombre, cómo han cambiado las cosas* o algo en inglés, y recordará la época del San Hipólito y luego, si es perspicaz y amable, solo pensará apenado en el buen Diego, en el estudioso Diego, en el empeñoso Diego, en el brillante Diego, pero no dirá nada. Se atreverá a preguntar por tus cuatro años en la universidad y esa manía tuya de estudiar una carrera rara (no encontrará otra palabra en su español), y también por tu esfuerzo que solo alcanzó para vivir como vives. *Qué mal*, se animará a decir, *debiste estudiar Derecho, Ingeniería o algo que dé plata... tú podías estudiar cualquier carrera*. Entonces sentirás descomunales ganas de confesarle que también trabajaste como profesor en una academia preuniversitaria, que enseñaste en el instituto que abrió la madre de Alma; pero te

desanimarás por los malos recuerdos, por una alumna que te persiguió y te hizo creer que eras un adolescente aún, y que con tal de aprobar tu miserable curso se enredó contigo y te integró a su vida juvenil, que rescató la tuya damnificada desde el nacimiento de tu hijo y la ficción de tu vida conyugal. Será muy tarde para cuando te animes a decírselo, estarán en lo que fue la vereda más larga del mundo. Le contarás que ahora es una urbanización de media caña que un amigo del alcalde de turno logró construir a bajo costo. No habrá vereda ni plataforma ni fumetas, solo la inamovible y apestosa acequia al fondo, casi imperceptible y cubierta del todo por casitas más feas que las ruinosas de Santa Victoria y Villarreal, pero diseñadas para gente de tu edad, solo que con mejores trabajos y con intenciones claras de progreso, apoyadas en sus sueldos de empleados encorbatados.

No obstante, Noel permanece en el sillón. No le hablas, te has abstraído; él se fija en los dibujos animados que mira tu hijo en la televisión. Noel no te pregunta qué ha sido de tu vida, ni siquiera han salido, no ha pasado nada de lo que imaginaste. Nada. Soló termina de contar lo bien que le va en Miami. *¿Tú crees que podamos salir por ahí?*, de repente con alguna seña, harto quizá de esa casa ruinosa. *Claro*, animado, convencido de que una juerga no es mala idea, *me pongo algo y nos vamos*. Subes descalzo y corres al ropero. Buscas tu mejor camisa, tu mejor chaqueta, tu mejor pantalón y tus zapatos menos viejos. Revisas que la ropa combine y no se vea anticuada. Encuentras a tu padre dormido en el balcón y no quieres despertarlo solo para pedirle dinero prestado. Entrás en su habitación, sacas algunos billetes y bajas las escaleras corriendo. Tu hijo te pregunta adónde vas, *por ahí*. Noel te espera en la puerta, se ve pensativo. Antes de salir le adviertes a tu hijo que no le abra a nadie.

En la calle le dices *conozco un sitio donde el trago es barato*, pero Noel parece incomodado. *Sorry*, *Diego*, te responde y trata de ser amable: *ya no bebo*. No lo puedes creer. Le dices *bueno, yo tampoco, solo pensé que querías echarte unos tragos*. Vuelve a disculparse y te dice *déjame invitarte un café o una Coke, ¿conoces algún restaurant tranquilo?* No menciona la

vereda más larga del mundo y caminan por la avenida Libertad hasta que consiguen un taxi.

En un momento de confianza le confiesas *sinceramente no pensé que te fuera a ir bien en Estados Unidos*. Noel sonríe sin muchas ganas mientras prepara una taza de café. *Yo tampoco, brother, al principio fue jodido, pero ahora no me quejo*. Todo es silencio una vez más hasta que un ruido del exterior llama su atención. Mira la Plaza de Armas de Chiclayo desde la ventana del restaurante en el que están. *La Plaza de Armas no ha cambiado mucho, ¿no?* Te sorprende su observación que combate el clima estático de la mesa en la que están sentados. *Solo los nombres de los bancos o algunas tiendas, lo demás sigue igual*, indiferente. Vuelven a callar, bebe el café de un sorbo y repite la preparación. *¿Almorzaste?*, le preguntas. *Sí, sí, en el avión, solo que extrañaba el sabor de este café*. Asientes mecánicamente y sorbes la Coca-Cola que pediste. Decides perturbarlo un poco: *lo que yo extraño son las fiestas de Tacita*.

Se carcajea nervioso, tú no; después te mira serio y pregunta *¿hace cuánto que no...?* Entiendes en el acto lo que quiere decir. *¿Que no fumo hierba?*, lo cortas. *Cuando Tacita salió de la cárcel me fumé un porro con él, uno solo*, y disparas: *¿y tú?* Parece incomodado. *Me fui de Chiclayo y dejé esa basura para siempre, ni siquiera en Lima*, muy serio, pero no le das crédito. *¿Qué pasó con Tacita?* Noel prefiere recordar a Tacita, pero él a ti no te importa, o eso crees. Quieres drogarte, emborracharte, olvidar lo que te espera en casa para consumir lentamente tu vidita sin importancia. *Salió de la cárcel hace un año más o menos, siguió en el negocio una temporada, pero de nuevo tuvo que esconderse*. Le quieres preguntar si no extraña los viejos tiempos, si ha olvidado el Espiral, las fiestas de verano, la vereda más larga del mundo. Se miran indiferentes un rato, parece preocupado por su amigo Tacita. *¿Y qué fue de sus hermanos?*, con interés. *Trabajan en cachuelos, en cualquier cosa; creo que el mayor está de guachimán en un supermercado, no sé*, desentendido, y sabes que no quiere saber del humo hedonista, de la alegría artificial, no la necesita.

Recuerdas a los hermanos de Tacita y la fuerza de las fiestas. Ahora son solo empleados que no merecen figurar en las planillas, como tú, o peor. Lástima que le cayera la policía. *Le va muy mal a esa familia*, sin que Noel te lo pida, *los abuelos alquilan la mitad de su casa para poder comer*. Y también recuerdas las confidencias de Tacita, las veces que juró que no se sentía huérfano porque sus abuelos lo habían criado como un hijo, a él y a sus hermanos, y las veces que juraba que no iba a ser pobre, y las que soñaba con que sería tan poderoso que sus amigos estarían protegidos, y las que estuvo feliz de encontrarte en la vereda más larga del mundo para hablarte del pasado. Es fácil entender que se hartara de trabajitos como los que tienes, Diego, Tacita prefería el riesgo antes que vivir con los bolsillos vacíos. *¿Pero por qué les pasa eso?*, sorprendido, *¿Tacita ya no se acuerda de ellos?* Te ríes, te diviertes su ingenuidad, sus torpezas cordiales. *Tacita está jodido, se fue porque aquí en Chiclayo compite con verdaderos delincuentes, lo quieren matar; además debe mucha plata, creo que hasta su libertad la debe. Lo que le quedó fue aliarse con los de la selva o con los colombianos, los grandes. Así me dijo, pero no creo que lo logre*. Noel apura su café, asustado.

Pide otra botella de agua para repetir la preparación y en silencio piensa en un tema nuevo. Quieres decirle que necesita una inyección intravenosa de realidad, que esto es lo que queda de ustedes, del barrio, y que también estás jodido, que en esta ciudad, en este putrefacto hueco del mundo no se puede encontrar más esperanza, pero no lo haces. Surge algo más insólito. *Sabes, Diego, estoy pensando formar una familia*.

1989

Fui adonde se aparecía la Virgen... no vi nada.

Lucrecia Martel, *La ciénaga*

ENCERRADO EN UNA casa de adictos tienes mucho tiempo para pensar. ¿Todavía recuerdas con odio a Alma? ¿Qué ves en esa fiesta de fin de año? Sabes que lo que te conviene es olvidar, pero aún tienes en la memoria la escena nítida. El tipo que le estruja las piernas y le muerde el cuello. Las veces que gritas su nombre y la forma en que te mira. Nefasta noche de año nuevo: los recuerdos atacan juntos. El regreso, el apagón, el Espiral, la furia, los nuevos polvos fallidos, la vergüenza. ¿Cómo ibas a calmarte? ¿Cómo podías postergar la conversación? ¡La habías visto! El escándalo en el Espiral, la música ausente, la gente de las mesas mirando, la gente de pie mirando, los conocidos de Santa Victoria mirando, la expectación generalizada, el año nuevo, todo mezclado con la pelea a gritos. Es un recuerdo ingrato, Ignacio, uno de tantos. Todos te miraban, todos se rieron después de que ella te proclamó eyaculador precoz. Sus palabras, su risa, tu parálisis. Su insulto fue contundente. ¡Qué vergüenza! Todos se habían enterado de tu más grande secreto.

En efecto, llegaste a ligar con una de esas chicas de la barra para no sentirte disminuido, pero volviste a fracasar. Renacieron así las ganas de volver a Lima. En la capital no faltaron las noticias de las bombas, los cortes de luz o los desaparecidos. Tu padre te llamó muy a menudo desde entonces, cuatro o cinco veces por semana, preocupado, mientras descubrías que la hierba ya no era suficiente. ¿Ese fue el inicio, Ignacio? ¿Desde ahí empezó la verdadera destrucción? No ibas olvidar, no podías haber sido engañado tan fácilmente. Diego no fue el único. ¿Con cuántos tipos se había acostado Alma durante los meses de tu ausencia?

Pero eso no es lo único que piensas en esta habitación-celda. También recuerdas por qué estás aquí: tus ganas intensificadas debido a la abstinencia, la crisis, las advertencias de tu hermano, tus tabiques sangrantes, las

paternales llamadas telefónicas desde Chiclayo. Tantas veces por semana y ni siquiera sospechaba que consumías drogas. ¿Aló?, ¿que querías más plata?, ¿que no sabías cómo estaban las cosas de difíciles, Ignacio? No te interesaba la situación, a ti te preocupaba la pesada cotidianidad y el calor de enero que se mezclaban para quedarse y complicar los cursos que desaprobabas con los mismos profesores que alguna vez te habían felicitado por tu desempeño. La vida no era como en los ciclos regulares y te molestaba ese cansancio que no había disminuido en absoluto durante tu breve lapso en la provincia. Por eso telefoneabas a Tacita de vez en cuando: vivías asustado y la dosis habitual no era suficiente para olvidarte de la capital. Lástima que él siempre estuviera ido, Ignacio, y no pudiera darte una solución. Lo definitivo era que la hierba no te ayudaba más, no te hacía feliz ni servía para anularte cuando los amigos de la clase de Estadística te proponían ir a los campamentos de verano en la playa. Querías desaparecer, olvidar. ¿*Qué, papá?* Que los senderistas casi mataron a unos sindicalistas en una plaza. Que fue en un paro nacional, Ignacio. No estabas enterado, estabas lejos de ese nido de terrucos, que no se preocupara y dejara de ver tanta televisión. Mientras tanto, ibas en busca del anhelado king size de cocaína en una zona llena de maleantes y putas. Pensabas en el contraste de tu barrio clasemediero y provinciano y esas callejuelas llenas de basura pestilente, negras de esmog y mierda. No imaginaste tener que pisarlas un día para conseguir un poco de droga, Ignacio, no con tantos secuestros y asesinatos. La voz de tu padre en sus molestas llamadas rebotaba junto con los anuncios del presidente para reducir la falta de leche, fierro y cemento en las bodegas y ferreterías del país colmado de especuladores. Rebotaba, pero no era suficiente. Días antes, tú y unos amigos habían acordado juntar dinero para comprar una provisión de cocaína que no los hiciera desesperarse en el tiempo de escasez. Entre todos debían conseguir algunos dólares que la crisis transformaba en un dineral. Tu padre te advertía que los terrucos se escabullían en las manifestaciones y que no se te ocurriera ir a una. Que te cuidaras de las balas perdidas de los policías, Ignacio,

que te olvidaras de esa tontera de la seguridad como tarea de todos, pero igual escapabas de la ciudad de vez en cuando. Algunas veces intentaste ligar con chiquillas desconocidas que te metían mano cuando fumaban de más. A pesar de tus esfuerzos, fracasaste en los intentos. No servían los juegos intermedios para evitar una eyaculación rauda, era como en las otras ocasiones. Nada se comparó con lo que sentiste al ver esa pasta rosada una noche de abril. Ibas a jalar unas líneas con tu carné universitario, pero unas gotas de sangre cayeron de tu nariz y tñieron el polvo blanco. Más que repugnante, fue aterrador. Medio mundo te examinó y dijo lo mismo: que tenías los tabiques jodidos, Ignacio, que te hicieras ver. Los tocabas y sentías un dolor intenso. Esa es la explicación de esa breve abstinencia, la imperiosa necesidad de droga esa noche de junio de 1989. A tus amigos no les importó lo que repetía tu padre de parte de sus jefes del gobierno, tus amigos ni siquiera pensaban en asuntos como la economía de guerra.

Al contrario, todos aportaron a tiempo el monto acordado, excepto tú, que solo llegaste a la mitad. Entonces no fueron tan amables, te reclamaron furiosos, te dijeron a gritos que ya no ibas a ser parte del grupo, carajo. Sin embargo, a alguien se le ocurrió que a cambio del dinero que te faltaba completar, fueras tú el que se sumergiera en el infierno para conseguir la droga. Que ellos te iban a llevar hasta una parte, pues, pero que el resto del camino tenías que hacerlo solo. No conseguiste más dinero y aceptaste. Estabas volviéndote pobre, se estaba cumpliendo lo que te había dicho tu padre en el Jockey Club de Chiclayo. Eso era la inflación, por fin la entendías. En esas primeras clases de verano la cocaína se hizo de importancia vital. Podías beber como vikingo en el bulevar San Ramón, asistir a clases y seguir despierto. Pero cuando empezaron las clases regulares y tus calificaciones resultaron malas de nuevo, tu padre te amenazó. Solo la droga parecía fiel, te buscaba con premura. La misma premura que tuviste al sumergirte en el infierno esa noche. Iban cuatro en ese carro veloz: un tipo que decía conocer la ruta, su novia, tu amigo al volante y tú. Dieron mil vueltas, pasaron por una

plaza que en realidad era un puterío callejero, doblaron por calles que poco a poco se hicieron más estrechas. No recuerdas los nombres, solo a varios chiquillos aspirando terocal, locos, vagabundos y delincuentes haciendo peleas. El infierno se hizo progresivamente más decadente. Una de la mañana, al menos ya no había toque de queda, solo revisión de documentos en algunas esquinas. Estabas nervioso, Ignacio, y cada vez más cerca de la droga. Cuando empezaste el ciclo regular, tu padre te llamaba por teléfono para recordarte que la moneda se estaba devaluando, que el jodido dólar se había disparado y que la inflación también. Pronto no le quedarían ganas de pagarte la universidad. Es lo que pensabas esa noche, eso recuerdas. ¿Cuántos años vas a estar encerrado en este lugar? Cuando salgas, las cosas seguramente habrán cambiado. Al diablo los que se juraban rebeldes o los que salían a protestar por los muertos de Cayara. Al cacho los paramilitares que querían matar a medio país, ellos y los terrucos que volaban los bancos. Después de todo no es tan malo estar lejos.

Querías tranquilidad y ahora la tienes, pero también querías drogarte en paz. Felizmente no hubo apagón esa noche. Las calles cada vez más pequeñas te hacían pensar que faltaba poco para llegar, pero era solo el inicio de la ruta. Pensabas en las otras llamadas telefónicas de tu padre, en tu madre histérica, en el alza de combustibles, en el sanmarquino asesinado en una protesta y en los cuatrocientos y tantos detenidos. Tus padres, desde la provincia, estaban más informados que tú de lo que pasaba en la capital. Vieron cada noche los muertos y el metal retorcido de los coches bomba en la televisión hasta que se dio ese acuerdo mediático para no asustar más a la gente. Todo te lo contaba tu hermano, que estaba atento a lo que pasaba. Ya tenías bastante con tus tabiques que palpitaban de dolor mientras transitabas por el infierno. De ninguna manera podías usar el seguro universitario para saber cuán carcomidos estaban por el cloro de la cocaína. No querías que se enteraran de tu adicción y te expulsaran. Temías que la policía entrara en la residencia universitaria como había hecho en las universidades nacionales.

Te preocupaba pensar en los ochocientos nuevos estudiantes detenidos y en el material subversivo decomisado. Te preocupaba porque en la residencia solo había algunos contados fumetas. Todavía te da risa esa llamada que tu hermano recibió a las tres de la mañana: tus padres estaban aterrados por el atentado dinamitero al sistema interconectado del Mantaro. La radio decía que nueve ciudades estaban sin energía y que en Lima se habían detonado al menos quince bombas en lo que iba de la noche. Te reíste porque en la zona de la residencia no había pasado nada, aún era segura, pero ¿por cuánto tiempo más? Te reíste como cuando el tipo que iba al volante cogió una nueva avenida después de algunas vueltas, esa noche de junio. Estaban juntas las ansias y la felicidad, el fin de la abstinencia se veía cercano y el miedo no podía traicionarte. Dobló nuevamente y por fin el guía que iba en el asiento trasero dijo *estamos cerca*. Entonces viste con claridad un cerro espantoso plagado de casas improvisadas. No dijiste nada, pero era notorio lo que sentías.

El fin de ese ciclo fue malo a pesar de que aprobaste los cursos que estabas repitiendo. A tu padre le dio cierta alegría, pero no quiso que regresaras a Chiclayo porque los pasajes eran muy caros y la escasez se había intensificado. Te dio igual en ese momento, lo que te preocupaba era que tus amigos te llamaran por teléfono sin resultados alentadores. Buscaban un distribuidor por todos los agujeros urbanos, pero nadie conseguía droga. Tu padre estaba muy asustado con las intervenciones estatales a los bancos y había escuchado rumores de un golpe de estado. No le convenía. Optaste por probar ketamina y olvidar lo demás, pues te habían dicho que era un excelente reemplazo. A los pocos días ya tenías unos frascos que te había conseguido un muchacho veterinario. Calentabas la ketamina, se solidificaba y la raspabas para aspirarla. La sensación era completamente distinta, lenta. Volabas, salías de tu cuerpo, rebotabas por la habitación, te dormías, el universo retorció sus colores y sus formas. Tu padre fue disminuyendo la cantidad de dinero que mandaba cada semana. Renunciaste a la ketamina cuando te enteraste de que en Miraflores existía un hueco donde se podía conseguir cocaína.

Era de baja pureza y muy cara. Palpas tu nariz aún adolorida y reconoces dentro de ti que en ese momento era imposible detenerte.

Querías una solución, evitar descender del carro cuando pasaste por el cerro y la avenida aledaña esa noche de junio de 1989. El muchacho que conducía se detuvo en una esquina solitaria y te hizo unas indicaciones. No podías creer que fueran a dejarte ahí, había aún mucho camino por recorrer. Y pensar que todo fue por la droga. Ni siquiera el sexo era más importante, eras capaz de mendigar unas líneas como un pordiosero. Eso, claro, después de que la droga escaseó y fue imposible encontrarla hasta en el más miserable y adulterador hoyo miraflorentino.

Cuando empezaste el nuevo ciclo en la universidad, tu padre empezó a llamar con la misma frecuencia que antes. Él repetía los argumentos del gobierno que le había dado el cargo. El presidente reconocía que se había equivocado en su política con gasolina, interés y dólar baratos mientras que varios terroristas saqueaban tiendas en el centro de Lima y los transportistas hacían paro. Se hablaba más de un golpe de estado, incluso tu hermano apostó a ello como el genio de la familia que era. Bajaste del carro con el corazón en la boca y caminaste hacia donde te habían indicado. La calle era tétrica, poco iluminada y sentías la humedad de una garúa previa. Llevabas el dinero en el bolsillo y mirabas a todas partes. *Una quinta que se llama Venezuela, la fachada es verde*, dentro del carro, antes de bajar. Sin embargo, te preocupaba algo más. *Hay una comisaría cerca, a unas cuadras de acá. Si pasa algo, corres hacia la derecha, no al otro lado.* Según ellos, la policía estaba tan ocupada con los terroristas que nadie se preocupaba de la droga. La calle solitaria parecía demostrarlo. Llegaste a la quinta Venezuela unos segundos más tarde. Era verde como te habían dicho y en el interior la luz era más rala que en la calle. Caminaste hasta encontrar la cuarta puerta de la izquierda. Golpeaste, te temblaban las piernas. Que habían matado a siete Húsares de Junín, Ignacio. Que habían detenido a quince mil personas en un operativo para dar con terroristas. Que si estabas bien, Ignacio. *¿Qué hay?*, se asomó al rato un tipo flaco y ojeroso. La voz de tu

padre en las llamadas telefónicas la percibías más tensa. *Quiero comprar blanca*, directo. Te advirtió sobre el alza de precio. *¿Tienes?* Asentiste. *A ver*, desconfiado. Le entregaste los billetes y te hizo pasar. Era una casa fea y vieja, con muebles feos y viejos también. El piso olía a combustible y las paredes parecían estar impregnadas de polvo. *Espera* y desapareció tras unas cortinas de plástico. Estabas menos nervioso ya, como acostumbrado por fin a la situación, cuando escuchaste las voces, los pasos rápidos y, al final, para no dejar de comprender el problema, la sirena. Abrieron la puerta de una patada y te apuntaron. Todo en un instante. Alzaste las manos asustado, te sacaron del lugar y te apoyaron contra la pared de la quinta. Uno te cateó y te puso las esposas. Algunos vecinos salieron a ver lo que pasaba. *¿Qué chucha haces acá?*, era un policía vestido de civil. Le dijiste *nada* y te golpeó en el estómago. *Nada*, enojado, *me has visto cara de huevón* y te mentó la madre. No demoraron en sacar al distribuidor, a una mujer y a un anciano y los metieron contigo en los patrulleros. En el camino a la comisaría trataste de ingeniar una excusa creíble que te librara, pero no se te ocurrió ninguna. Los alumnos de la universidad estaban a punto de culminar el ciclo, era el peor momento para una detención. Te metieron en una celda repleta, pero no pudiste reconocer un rostro completo. Apestaba a sudor y orines, el suelo parecía de tierra compactada. Casi todos estaban de pie, salvo tres chiquillos que discutían con más comodidad sobre una banca de concreto al fondo de la celda. Era el único sonido notorio del espacio, hablaban de política. Escuchabas palabras como comunismo y revolución. Estabas asustado, Ignacio, tal vez eran de una facción de Sendero Luminoso, fanáticos sanguinarios capaces de cualquier cosa. Lo que te tranquilizó fue el resto de muchachos. Algunos silbaban con levedad, trataban de dormir o se comían las uñas. Era difícil saberlo por la oscuridad. Que los paros de los obreros, que la huelga para bajar los precios de la comida, que los mineros despedidos también hacían huelga, que había renunciado un general y ya no iba a haber golpe porque ahora los diputados pedían la renuncia del presidente, Ignacio; que hasta unos curas norteños estaban

con los terrucos, que también los textiles y bancarios hacían huelga, que los paramilitares amenazaban a periodistas, que los milicos por fin tenían claro que la miseria del país servía de excusa a la subversión. *Levántate, Ignacio, está saliendo caca de los caños*, te dijo tu hermano una mañana, *creo que los terrucos han envenenado el agua*, y después los amigos bromearían con ese incidente, *ya nos jodimos*. Te sentías pésimo, tu cuerpo estaba abatido por la cocaína espuria que habías consumido en la noche; en cambio, tu hermano seguía atento las noticias de la radio y la televisión. Que no se te fuera a ocurrir beber agua del caño. Tantos recuerdos, Ignacio, esa noche de junio de 1989 fue atroz.

Pensabas en las cálidas llamadas telefónicas previas a navidad, en tus padres que temían tanto por las vidas de sus hijos. Pero qué se iba hacer, a seguir estudiando y a cuidarse de esos salvajes. Lo pensabas mientras te retorcías de frío en la celda de esa comisaría, entre paredes húmedas. Recordaste la sorpresa de navidad que te dio tu madre. Cuánta alegría le dio verte, ese abrazo fuerte, casi desesperado. Se preocupó de inmediato porque estabas flaco y demacrado. Que te cortaras el pelo y te cambiaras esa ropa sucia, hijo. El cariño materno no te servía en esa celda, pero no tenías más. El abrazo débil de tu padre... también estaba asustado, la crisis los iba a dejar en la ruina. Que sintonizaras la radio porque el presidente se había peleado con su partido y ella, todo lo contrario, que se olvidaran de la política por un momento (y de las treinta y dos torres de energía derrumbadas), ¡que era navidad! Una navidad tensa, pero en familia; con una preocupación creciente, pero en familia. Y tu hermano, insistente, que mandarás a rodar al partido de Caballo Loco, papá, que no te convenía. Y tu padre que no se preocupara nadie porque él hallaría una solución, como siempre. Y tu hermano que no entendía por qué el gobierno seguía devaluando la moneda. Y tú no entendías nada, y tampoco te importaba. Sabías tan solo que eran noticias pésimas y que no valía la pena reparar en ellas. Pero en esa celda no podías dejar de pensar en el futuro. ¿Cómo hacer que nadie se enterara de tu detención? ¿Adónde se habían largado tus amigos? Deseaste que también los hubieran apresado,

deseaste que padecieran lo mismo que estabas padeciendo. ¿Qué iba a decir tu padre si se enteraba? Te había costado tanto convencerlo de que te matriculara. Era imposible no percibir la situación, hasta las raciones de comida de la residencia se hicieron misérrimas y no servía de nada ir a reclamar. La puta crisis y su escasez de alimentos. Que si quería más, pagara dos platos, joven. Y tu padre, más enojado, que no jodan, que no les iba a enviar más plata. Tu hermano estaba seguro de que la crisis iba a empeorar y calculaba que solo con la beca podría terminar la carrera. Que ya eran mil setecientos veintidós por ciento de inflación, Ignacio, que tenías que mejorar tus notas para que el viejo te siguiera pagando la universidad. Estabas desamparado, eras nada al lado del genio de la familia. No era posible tener paz cuando tu madre te llamaba algunas noches. Sus llantos insoportables, perdidos; ella juraba que no sobrevivirían un mes más si la inflación seguía aumentando. Era imposible olvidar tantos sucesos tras esas rejas, en el hueco más infrahumano de Lima, en junio de 1989. Después vinieron las llamadas de tu padre, que te explicaba algo que no le habías pedido. Que había paros y huelgas en diez regiones del país, Ignacio; que los paramilitares eran del mismo partido de gobierno, que los precios controlados no servían de nada, que era la cuarta alza en menos de un año, que el gobierno no tenía política antisubversiva. A ti no te importaba la inflación, tampoco los terrucos. Querías aspirar algo que no te destrozara la nariz y te hiciera olvidar. Tu padre insistía. Que no les creyeras a esos rojos, que el gobierno no usaba el terror para hacer política, Ignacio; que de ninguna manera debían adelantar las elecciones, que no te preocuparas por los soldados y los policías que habían entrado en las universidades públicas porque a las privadas las respetarían; que el gobierno iba a ver cómo detenía la huelga médica y de construcción civil, que con los rastrillajes iban a controlar a los terrucos. *¡Basta, viejo, basta! No me interesa, yo necesito plata.* Y tus tabiques de gelatina, cómo dolían tus tabiques de gelatina. Te dijo que no tenía, que la crisis era fuerte. *¡Roba la plata del hospital, viejo, no me importa!* El dolor, la necesidad era tan fuerte. *Ni siquiera hay para robar, Ignacio.* No quisiste

dormir dentro de esa celda compartida esa noche de junio. Ni siquiera lo intentaste. Estabas seguro de que pronto podrías hacer tu llamada telefónica de ley como habías visto en las películas. Le ibas a pedir a tu hermano que te sacara y, solo cuando estuvieras fuera, le dirías que te habían cogido en una batida sin motivo alguno. La bulla dominaba el hueco abarrotado, los del fondo comentaban libros prohibidos y otros silbaban con paciencia y resignación cuando no se preguntaban sus nombres y las razones por las que estaban ahí. Un policía te sacó de la celda dos horas más tarde y te condujo hasta una oficina decadente. Pensaste que te habían rescatado, pero solo era el inicio de la pesadilla. El tipo que estaba detrás del escritorio era un tipo barrigón que fumaba un cigarrillo eterno. Pensaste en sobornarlo, como habías hecho con otros policías, y decidiste esperar el momento más adecuado para proponérselo. Te hizo sentar frente a él en una silla minúscula y empezó a hacerte preguntas que no entendías. *¿Quiénes están contigo?* Estabas desconcertado. No le dijiste nada y perdió la paciencia. Te preguntó furioso *¿con quién hiciste los pasquines, terruco-concha-tu-madre?* Le explicaste que no tenías nada que ver con pasquines, pero no te dejó hablar. Te dio dos puñetazos en la cara que te hicieron arrastrar de dolor. *No te hagas el cojudo, mierda.* No sentías la nariz, solo ardor después de que te volvió a golpear. Trataste de defenderte. Que no habías hecho nada, salía mucha sangre, que se estaba confundiendo de persona, tus tabiques estaban disueltos, que se iba a joder cuando tu padre se enterara, parecía agua porque bajaba hasta tu cuello, que era del gobierno. No te creyó y siguió golpeándote hasta que apareció quien te había conducido hasta ese lugar. Te sacó de la oficina y te llevó donde otro oficial. Te dieron un minúsculo pedazo de papel higiénico para que contuvieras la hemorragia mientras te preguntaban qué habías estado haciendo en la quinta Venezuela.

Al principio trataste de negar cualquier relación, pero luego te amenazó con incriminarte en delitos graves si le hacías perder más tiempo y no firmabas la confesión de una vez. Le dijiste la verdad y te dijo que no habían visto a ningún carro en los alrededores. Cerca de las cinco de la

mañana llamaste a tu hermano, tus amigos ya le habían dicho que estabas detenido por comprar droga. Le pediste que no le avisara a tus padres, pero no te aseguró nada, estaba molesto. Regresaste a la celda inmundada y encontraste un espacio libre en el suelo. Estabas cansado y no te importó que apestara a orines. Te apoyaste en la pared y trataste de dormir boca arriba, la poca sangre que aún manaba de tu nariz hacía que tosieras de vez en cuando. Nunca antes te habías sentido tan impotente, Ignacio.

El resto de la historia es más fácil de contar. Tu hermano no apareció, pero tus padres sí. Vinieron directamente del aeropuerto. Recuerdas el horror de ella cuando vio tu rostro pintado de sangre seca, el enojo de él por los gastos fuera de presupuesto que estaban haciendo por ti y el alivio de verlos: todo adquirió velocidad. Cuántas ganas tenía él de darte bofetadas, Ignacio. Que no abrieras la boca, carajo; que te callaras, te dijo. Te dejaron salir de la comisaría después de que tu padre se entendió con un mayor, tu delito no era muy grave porque no habían encontrado la droga en tu poder. Buena suerte, pero los dólares se quedaron en la comisaría. El resto de sucesos te arrastran en un remolino. La clínica a la que te llevaron para que te examinaran, el médico que no pudo disimular su horror cuando vio tus tabiques carcomidos por el cloro y machacados por los golpes, la dolorosa limpieza en el tópico, el yeso, los analgésicos, la noche que retornaron a Chiclayo en un bus de ruta, los días encerrado en casa, los rumores ciertos de que eras drogadicto, la mañana que tu padre te dio un papel y un bolígrafo. *¿Una custodia? No voy a firmar una custodia, no estoy loco.* Quisiste parecer fuerte, pero te dijo *si no firmas, me olvido que eres mi hijo.* ¿Fue su tono sereno lo que te hizo firmar? Tú en una casa de adictos, Ignacio, cómo era posible. Has sobrevivido hasta ahora. Menos de un mes de reclusión y cómo extrañas la cocaína.

PIENSAS EN CIGARRILLOS mentolados y reparas en su olor a calle, a humo, a ciudad, hasta que te dice *hijo, ¿cómo has estado?* Te inspecciona cuidadosamente antes de sentarse en una de las sillas de la habitación de la casa de adictos. Está segura de que estás limpio desde que empezó la reclusión porque no hueles siquiera a nicotina barata, pero eso es mentira porque en este lugar con unos billetes puedes conseguir cualquier cosa. Le dices que extrañas la calle y que no te atreves a largarte porque no tienes adónde ir. Ella solo niega con la cabeza con mucho pesar. Es un lugar seguro: no puedes saltar los altos muros del perímetro y las ventanas son minúsculas. Quizá es peor que una cárcel... en vano sería quejarte, ella no te creería. No tiene sentido contarle que otros internos han jurado que te sodomizarán o que los celadores te despiertan en las madrugadas para golpearte y bañarte con agua helada. Quizá en estas situaciones el silencio sea más corrosivo para ella: no respondes a sus preguntas ni dejas que coja tus manos cuando están sentados. Te irrita la tensión de su rostro, odias estar aislado como un delincuente. Lo sospechas, Ignacio, tu padre quiere deshacerse de ti por los problemas que le causas. Le preguntas *¿y no me trajiste los cigarros que te pedí?* después de que vacía su pequeño cargamento de una bolsa de papel.

Revistas de publicidad, bocaditos embolsados y unos casetes que envía tu hermano. *Te hice una pregunta, mamá.* La reclusión no ha hecho más que empeorar tu carácter, desde que estás aquí solo han desfilado en tu habitación curas que tienen mucha cuerda para sermonear y mencionar a tu familia cada vez que les parece necesario. Sabes que la crisis está arruinando a tu padre y que el futuro no se ve alentador. *Te dije que ya no te iba a traer cigarros, Ignacio, tienes que dejar ese vicio también.* Habla con voz temerosa. No eres un delincuente, pero sabe que eres capaz de avergonzarla. ¿A eso han llegado? Tiene miedo, pero no lo dice. Vuelves a preguntar *¿no los trajiste?* Ella se toma su tiempo. *No*, al fin.

¿Cómo se te ocurre, mamá? Y pensar que los esperabas con ansias. Te sientes pésimo, quieres vengarte, decirle que la odias, gritar su nombre completo para que sepan de quién es mujer. Lo piensas hasta que te

mira y te destruye, su mirada no es dura, sino desesperada. Habla de la crisis, tratas de no escucharla, es un pretexto. Necesitas unas líneas, hierba, cigarros, alcohol, cualquier cosa. Necesitas salir. *¿Me vas a dejar plata al menos?* Tu madre acaricia tu rostro, pero apartas su mano de inmediato. *No, Ignacio, estás enfermo.* Su voz es vulnerable de nuevo. La amenazas con la mirada: eres el monstruo que crió. Ahora deseas que se largue, ya no quieres hacerle un escándalo. Te desanima verla, te desaniman sus conversaciones de madre amorosa. No pueden hablar de nada, no se conocen tanto. *Hijo, escucha,* coge tus manos con toda la fuerza que tiene, no permite que te sueltes, *tienes que limpiar tu cuerpo y recuperarte. Sigue el tratamiento.* Piensas que es imposible, pero no se lo dices. *¿No será que no tienes plata?*, con menos paciencia. *Entiende, Ignacio, no debo dejarte nada,* y tal vez te engaña. *Ignacio, y toma aire, me duele verte así, sé que yo también tengo la culpa.* No sirve. *Mamá, yo no estoy enfermo,* empiezas a perder la paciencia, *estoy aquí porque tú y el viejo piensan que soy un adicto, pero no es así, estoy bien, sé cuidarme solo.* Te mira con lástima. *Quiero que escuches lo que te voy a decir porque es muy delicado.* No necesitas su lástima. *He venido porque tienes que hacerte un análisis de sangre.* Y crees entender la situación, la mirada que tenía cuando quiso saludarte. Estás flaco, la comida es un asco, ¿no podían pagarte un lugar mejor?

¿Análisis? Estás perdido, Ignacio, comprobarán que hasta en esta prisión te drogas. *No quiero que me analicen nada, mamá.* No se da por enterada, *es algo muy grave,* te asusta su seriedad. *No me gusta lo que te voy a decir, no acabo de entenderlo,* odias los rodeos, *dime de una vez qué pasa,* toma aire, te sujeta del brazo, *ay, Ignacio, es tu amiga Alma, está muy enferma...*

—CREO QUE ES EL momento de contárselo a tu mamá, Alma.

—¡De ninguna manera! —no le gusta que insistas—. Yo soy la que tiene problemas con Freddy, tú no te metas. ¿Te imaginas lo que sucederá si le digo, Diego? Ella va a sentirse culpable... no hay razón para eso... no ha sido la mejor mamá del mundo, pero tampoco es para darle noticias tan fuertes a estas alturas...

—Es peor que viva engañada, mentir no ayuda... ¿por qué no entiendes?

—A mí la verdad no me sirve —y parece más fuerte—. Además Freddy no le ha hecho nada malo a ella —intenta sonreír y ser indiferente, no puede—. Me voy a morir, Diego, no quiero dejarla sola. Ayúdame.

—¡Pero ese miserable va a quedar impune! —con rabia, miras al suelo, tragas saliva.

—Ahora es solo un viejo inútil y no puede hacerle daño a nadie.

—Un hipócrita y un miserable, eso es lo que es. Cada vez que me acuerdo que...

—No llegamos a nada con esos rencores, Diego, ya no nos ayuda odiarlo.

—Tú y tu mamá deberían tener la confianza para contarse todo...

—Ya es tarde. No hagas un drama. Las cosas sucedieron así y no se pueden cambiar.

—¡Te hizo daño, Alma, no lo puedes perdonar!

—¡No lo perdones si quieres, pero quédate callado! —con violencia, casi gritando—. ¡Yo tampoco fui una santa!

—Está bien, haré lo que tú me digas —resignado—, pero sabes que no estoy de acuerdo.

—Eres un buen amigo, Diego. No sé qué haría sin ti.

En silencio se miran a los ojos, incómodos. No la entiendes, podría cambiar las cosas acusando a su padrastro. ¿Por qué quiere tanto a su madre ahora? ¿Acaso no la dejó sola en el momento en que más la necesitaba?

—Recibí una carta de la gorda Tania el otro día —trata de ser cordial, romper el silencio—. ¿Te acuerdas de ella, no?

—Claro, la gorda Tania...

—Está en Francia, en amoríos con un pintor —sin recuperar la calidez de la conversación—. Es feliz, le está yendo bien.

Tú no quieres hablar de la gorda Tania, quieres que Alma cambie de parecer.

—¿Por qué al menos no intentas hablar con tu madre? —abruptamente.

—¡Otra vez con eso!

—No voy a poder con el secreto. No me hagas esto, Alma.

—¿Por qué eres tan débil? ¿No te da vergüenza?

No sabes qué decir ni qué es bueno ahora. Intentarás callar, ¿pero cuánto vas a resistir?

—Lo siento. No quiero complicarte más las cosas...

—¿Entonces puedo contar contigo? —y es casi una orden.

Asientes aunque te es difícil mantener la tensión de su mirada con la tuya. Lo mejor ahora es callar. Callar y esperar que las enfermeras te saquen de la habitación. Ella cree que eres débil, Diego, pero no sabe lo que te cuesta estar ahí.

—Diego —después del silencio incómodo—. ¿Hoy no vas a cuidar a tu papá?

—A esta hora está sedado. Si voy solo será para verlo dormir.

—¿Y cómo va todo? ¿Siguen conversando?

—De a pocos, porque no es fácil... nunca habíamos tenido tanta confianza como ahora... es una pena que tuviera que enfermarse...

—Lo bueno es que ya no son un par de desconocidos —casi maternal—. ¿Qué más te ha dicho? Cuéntame.

—Terroristas, muertos, cosas de la sierra. A veces no entiendo. Da muchas vueltas a lo mismo.

—Debe ser horrible acordarse de eso. Siempre es mejor olvidar.

—No, Alma, no te engañes. Él quiso olvidar, lo intentó, pero ya ves, ahora está más loco...

LAS SEMANAS PASARON de la misma manera, Noel, con la predominancia de la violencia y la rutina en casa. Tu padre traía mujeres los fines de semana, incluida Gloria, su prostituta favorita, mientras tú comprabas hierba en la vereda más larga del mundo con el dinero que le robabas sin que se diera cuenta. De vez en cuando veías a tus amigos, aunque solo Tacita y Diego te escuchaban hablar de tus problemas cuando estabas ebrio y triste. Odiabas la idea de ingresar a la universidad porque terminar la secundaria en el San Hipólito había sido terrible, definitivamente no eras bueno para los estudios. Los días pasaban sin prisa, las peleas no cesaban, ibas a los prostíbulos de Reque, les confesabas a las mujeres que eras un borracho infeliz, pero su compasión no servía luego de quince minutos. También ibas al Espiral a buscar chiquillas fáciles, pero ellas ahora preferían a los viejos adinerados y ni siquiera te miraban. Solo el ron puro te descomponía. ¿Qué debías hacer con tu vida?

Cuando acabó el verano de 1988, tu padre te lanzó el prospecto universitario de la Particular a la cara y te dijo que escogieras una carrera. Ninguna te interesaba, por lo que no asististe a la charla informativa ni desempolvaste libros. Alma y Diego, que habían ingresado el año anterior, te animaron a que te presentaras al examen porque era fácil, al menos eso dijeron. No ingresaste a Derecho, Noel, fuiste una de las excepciones, lo que confirmó que eras pésimo para los estudios. Tus amigos se empeñaron en animarte a que te presentaras al examen siguiente, confiaban en que si estudiabas en una academia ingresarías de todas maneras. Les agradeciste sus buenos deseos, pero decidiste olvidar la universidad para siempre. Tu padre no dijo nada los primeros días y seguiste con tu vida aburrida, haciendo visitas intensivamente para estar lo menos posible en casa.

Lo que más te interesó entonces fue conversar con Tacita, que te explicó cómo funcionaba su negocio en la vereda más larga del mundo: las ganancias se multiplicaban al comercializar la hierba especial, pues era más potente y cara que la ordinaria. Ello te dio una alternativa, pues pronto tu padre te dijo que estudiaras para el nuevo examen de admisión: él no iba a mantener vagos. Estabas harto y lo mandaste al diablo. Entonces te dijo que cogieras tus cosas y te largaras para siempre. Prometió que no te recibiría de nuevo aunque tu madre volviera a interceder por ti. Te puso tan furioso que la mencionara que se dieron de golpes, después cogiste un poco de ropa, un par de zapatillas y saltaste a la casa de Tacita con la intención de quedarte. No quiso reciberte hasta que le propusiste trabajar para él materializando la gran idea que tenías: ya que conocías el Espiral y la gente que lo frecuentaba, podías ser el distribuidor que extendiera el negocio más allá de la vereda más larga del mundo los fines de semana. La inversión estaba asegurada porque en el Espiral solo había vendedores esporádicos que cobraban demasiado por hierba de mala calidad. Después de discutirlo toda la tarde, lo convenciste y empezaron a planificar tus incursiones.

Ganaste clientes con facilidad, Noel. Apenas te acomodabas en un rincón del baño ya escuchabas vocecillas desesperadas. El plan avanzó sin problemas y las ganancias sobrepasaron lo calculado, pero eso no habría sido posible si Tacita no te hubiera puesto al tanto de los operativos policiales. Conseguía la información en sus borracheras con los policías, les pagaba los tragos y el burdel. Les fue tan bien esa primera temporada que uno de sus hermanos tuvo que acompañarte al Espiral para abastecer la demanda.

Pronto los distribuidores de la competencia se extinguieron y el monopolio se consolidó. Las noches de lunes a miércoles acompañabas a Tacita y lo ayudabas a trasladar las bolsas de hierba especial que sus conocidos le encargaban. Las transacciones se cerraban en la vereda que, en esos días, ya no parecía un fumadero. Las nuevas especies de visitantes eran más descaradas, sobre todo las parejas que se estacionaban cerca

de la acequia, en los rincones oscuros. Le dijiste a Tacita que no debía permitir que la vereda se convirtiera en un hostel, pero él fue muy claro y te dijo *¿qué quieres que haga?*

Todos los jueves a las once de la mañana tocaba la puerta de la casa un muchacho con una maleta grande. Era el proveedor, venía de Piura. Como no sabían su nombre ni debían saberlo, los hermanos de Tacita y tú le pusieron el Churre. Era gordo, lampiño como Tacita, y bizco. Juntos se encerraban en la habitación, comentaban los planes y armaban los sobres a comercializar mientras fumaban hierba. El Churre, al menos en el tiempo que viviste en la casa de Tacita, jamás se quedó a dormir. La noche de cada jueves metía en su maleta unos trapos y después se iba caminando al terminal de omnibuses.

Pasaron meses muy tranquilos hasta que el costo de la vida empezó a subir bruscamente por la crisis. Se decía que ningún precio ni clientela era estable, aunque a ustedes no les iba tan mal, había suficientes desesperados que pagaban las alzas de la hierba especial. Sin embargo, los días de bonanza y excesos decrecieron al punto que no se organizaron fiestas de verano el año siguiente. Tacita extrañó el dinero de las entradas y tú la euforia de esas noches, el reggae a todo volumen, el olor impresentable y el aire grisáceo que hacía ver a la gente con cabeza de rinoceronte, como decía Alma. Ella aún no sospechaba que estaba enferma ni era ese esqueleto gris las veces que la encontraste en el Espiral, rodeada de desconocidos.

El negocio siguió sin muchos problemas hasta que un inadvertido competidor introdujo el crack en la ciudad. Los chiquillos lo pidieron durante semanas y el negocio de la hierba especial decayó. Perdieron abundante clientela y entendieron que alguien los estaba sacando de competencia. Tacita mandó a hacer un seguimiento paciente para descubrir los orígenes del problema. Descubrieron el punto de distribución en un antro inmundo de una calle intrincada del centro de Chiclayo, en una zona famosa por sus prostitutas callejeras y sus proxenetas violentos.

La competencia se hizo más dura las semanas siguientes. Varios de los clientes que quedaban cambiaron radicalmente sus hábitos de consumo: no más hierba costosa, solo cocaína barata. El precio que el nuevo competidor ofrecía era inmejorable, menor incluso que el de la hierba especial que ustedes imponían en el tiempo de baja demanda. Tacita no podía entender cómo la competencia sostenía un precio tan bajo con una crisis tan prolongada. Decidió entonces que uno de sus hermanos comprara un poco de esa mercancía pasando como cliente. El resultado fue nefasto. Le dieron una golpiza brutal y regresó con una amenaza de muerte para Tacita.

Tacita se lo contó al Churre y él prometió averiguar más sobre el competidor. Cuando trajo la respuesta, una semana después, también estaba preocupado. Ese hueco del centro de Chiclayo era una de las nuevas sucursales de un narcotraficante peligroso que operaba con fuerza desde la selva. Tacita amaneció ojeroso por el insomnio los días siguientes. Desayunaba sin decir una palabra, preocupado. Incluso consiguió un revólver. Nadie pudo imaginar que la policía haría un operativo sorpresa en la vereda más larga del mundo. Sucedió un sábado en la madrugada mientras estabas en el Espiral. Tacita no tuvo tiempo de contarte los detalles, pero te dijo que repentinamente estallaron unas sirenas mientras los policías salían de la oscuridad. Al principio no entendió que lo estuvieran traicionando, pero reaccionó a tiempo para escapar. Las salidas más evidentes habían sido bloqueadas por las patrullas y la rendición significaba ir a la cárcel. Corrió hacia la acequia pestilente, la ladeó hasta la parte estrecha del camino y se metió en el agua llena de basura. Después de varios minutos de arcadas y escalofríos, salió a Santa Victoria y corrió como un loco. Cuando llegó a su casa, uno de sus hermanos ya te había recogido del Espiral. Toda la familia lo estaba esperando, no podían creer lo sucedido. Procuraste estar tranquilo mientras Tacita se duchaba para sacarse el olor fétido, luego te dio el dinero que te correspondía por la última semana de trabajo y te dijo que lo único que les quedaba era desaparecer. Estabas asustado. Le dijiste que te buscara un

escondite temporal, por si acaso, y aceptó. Quemó algunos papeles, cogió el revólver y la mercancía que le había dejado el Churre el último jueves, les dio instrucciones a sus hermanos para cuando apareciera la policía y prometió a sus abuelos enviar dinero. Después se fueron.

A las tres de la mañana los recibió un conocido suyo en una casa de Los Parques. El resto de la noche lo usaron para acordar lo que dirían si los atrapaban. Te dijo *no te preocupes, Noel, no has hecho nada, a mí me buscan, tú no existes*. Le hiciste varias preguntas, entre ellas, adónde iba a ir. Cruzaría la frontera con Ecuador en bus, te dijo que no te preocuparas tanto y te escondieras por un tiempo. *De mi boca jamás saldrá tu nombre* y sentiste un gran alivio.

Se fue antes del amanecer, pero te quedaste en esa casa hasta el mediodía. Luego saltaste a la de Diego sin pensarlo, pues en ese momento era la persona que más podía ayudarte. Ni siquiera se te ocurrió regresar a la casa de la que te habían echado. Diego permitió que te quedaras pocos días, tal vez por vergüenza, por la locura de su padre. Pronto los hermanos de Tacita te enviaron un mensaje: el día de la huida apareció la policía en su casa, los capturados en la vereda más larga del mundo habían confesado. Revisaron la casa pacientemente y hasta hicieron agujeros en el jardín. Tacita estaba muy comprometido, la policía tenía conocimiento general de sus actividades y existía ya una orden de captura en todas las comisarías. Paranoico y convencido de que era el fin del juego adolescente, seguiste de incógnito, saltando de casa en casa.

—ME LO DIJO mi vieja —Diego está frente a ti—. No puedo creerlo.

—Yo menos —pero no te mira, está completamente desanimado.

—¿Te hiciste los exámenes? —sin rodeos, no se fija en nada, es como si la habitación comunitaria de la casa de adictos le fuera más incómoda a él que a ti.

—Hace tiempo —apoya las manos en la mesa.

—¿Y? —su silencio te hace temer lo peor.

—Estoy normal —nuevo silencio—. ¿Y tú?

—También —menos preocupado—. ¿Pero cómo fue? ¿Alma te contó?

—Pasó bastante tiempo antes de que se diera cuenta —mirando el piso—. Si no fuera por los chequeos que le hicieron en Lima, seguiría pensando que tiene otra cosa. Yo la veía en la universidad todos los días, tenía buena pinta, estaba normal... solo una tos que no sanaba con nada y unas pústulas que le salieron en la cara.

—¿Pústulas?

—Granos de pus.

—¡Qué asco! —pero Diego no se siente afectado—. ¿Y no sospechó antes?

—Creo que no sabía de la enfermedad.

—Me han dicho que no tiene cura. La cojuda se fregó.

—No seas así, Ignacio, ya olvídate —afectado, piadoso—. Ella es orgullosa como tú, dice que está bien, pero no es cierto. Casi no va a la universidad y la niegan en su casa, ahora es cuando más necesita de sus amigos.

—No creo que esté en su casa —agresivo—, tal vez en Pimentel o puteando por ahí...

—Me preocupa —mortificado—. Está demasiado tranquila.

—¿Y eso qué tiene de malo?

—Me preocupa que se deprima.

—Piénsalo, si ya sabe que se va a morir...

—Lo peor es que sigue yendo al Espiral.

—¿No te digo? ¡Qué perra! ¿Por qué no cambia?

—No está bien, está peor que antes, tiene problemas.

—¡Problemas de la cabeza! Está enferma, enferma de eso, y sigue acostándose con media ciudad. Eso es criminal, no sé cómo la defiendes, Diego. ¡Es un peligro!

- ¡Cállate, Ignacio! —por fin—. ¡Hablas por la herida, estupideces!
- ¿Yo? ¡Faltaba más! Por la herida, dices. Estás loco.
- Ya tiene bastante con su enfermedad.
- Entonces que sea de ella y que no la esté regando por Chiclayo.
- Es nuestra amiga, deberíamos apoyarla.
- Diego, ¿por qué eres tan, tan ingenuo?
- ¿De qué hablas?
- Alma es un peligro público. ¿No te das cuenta?
- No es para tanto, además friega que te estén señalando. ¿Acaso te gusta que te digan drogadicto?
- Me da lo mismo.
- Hablas por la herida, porque te sacó la vuelta.
- No fui el único, acuérdate.
- Necesitas ser duro. Diego es terco, no quiere entender.
- ¿Trajiste los cigarros?
- Traje, Ignacio, pero me los quitaron en la puerta.
- Esos malparidos revisan con ganas cuando les conviene ganar cupos...
- Lo siento.
- No importa. Mejor termina de contarme eso de la vereda.
- Bueno. A Tacita lo busca la policía, ya lo sabes! Tienen sus datos y hasta fotos. Han ido a varias casas, pero no han conseguido más información. A la mía no han ido, pero en cualquier rato me tocan la puerta para preguntar.
- No jodas, ¿todo eso lo hacen desde el operativo en la vereda?
- Cogieron a muchos y ellos sí, con el susto señalaron a Tacita.
- ¿Pero Tacita no era amigo de los tombos?
- Era, parece que ahora otro distribuidor es más amigo de ellos.
- Qué tales pendejos, ¿no, Diego? Quizá hasta consiguen un ascenso.
- De eso no sé, lo seguro es que Tacita se va a la cárcel.
- ¿O sea que aparecieron los patrulleros, rodearon la vereda y cogieron a todos? ¿La cosa fue planificada?

—Ajá. Totalmente planificada.

—¿Y cómo hizo Tacita?

—Se metió en la acequia y escapó.

—Pobre Taza.

—Al menos no lo cogió la policía, Ignacio.

—¿Y Noel?

—Está escondido por si acaso. A él no lo han señalado.

—¿Y qué va a hacer? ¿Hasta cuándo piensa esconderse?

—Tiene planes. Quiere irse a Estados Unidos a trabajar, su vieja vive allá, se casó con un gringo y parece que lo van a ayudar a quitarse.

—Qué suerte tiene ese sarnoso, ¿no?

EL FIASCO Y TU SUERTE no se diferencian esta noche. Quizá lo piensas porque es un hecho o porque estás borracho y solo. Te preguntas qué buscas en este antro, te duele mucho que Alma no te necesite, que nunca te necesitara. Te destrozó, pero aún quieres que esté bien. Eres un gusano sin amor propio y lo sabes. Quieres verla, saber de ella. Se equivocó: no eres débil, Diego, nadie más podría resistir lo que has resistido.

Dame otro, pero el barman con mala cara solo hace caso después de que sacas los billetes. Derrotado, frustrado, la universidad no es lo mismo sin ella. No quieres saber de la crisis ni del terrorismo. Quieres olvidar a tu padre loco. Quieres olvidar que ahora eres el hombre de la casa y que las deudas se vencerán pronto. Extrañas a los amigos. Extrañas ir a la vereda más larga del mundo aunque ya no haya nada que te dope en las noches de insomnio. Esta vez sufrirás, no hay remedio.

Las parejas bailan con fuerza como si hubieran estado conteniendo sus ganas. Los viejos están sentados a las mesas del fondo, en el mezzanine; tienen a las chiquillas sobre sus piernas y les hacen cariños.

Los miras y te da rabia pensar que Alma hacía lo mismo. Recuerdas lo que te contaron y no la imaginas como el premio de sus concursos improvisados, sus apuestas. Ese espectáculo innecesario para conseguir sexo. ¿Dónde está? Debe ser como dijo Noel la última vez que lo viste. *La botaron del Espiral porque se enteraron de su enfermedad.*

Los extraños beben alrededor de mesas salpicadas de cerveza espumosa. Algunos como tú miran traseros en movimiento e ingieren más alcohol del que su organismo está acostumbrado a tolerar. De rato en rato se dejan ver por las ventanas del segundo piso los carros de los viejos que impresionan a las chiquillas desesperadas por seguirlos. Los que tienen cara de urgidos intentan hacerles la conversación, los instan los escotes y las piernas firmes, desprotegidas por las minifaldas. La fauna es variada en el Espiral, pero inocente es lo único que no se puede ser. Tampoco importa, Diego, has venido a emborracharte, beberás hasta que no puedas reconocerte. Aquí nadie espera que seas un buen muchacho.

Piensas que quizá, si dejaras de fumar esa porquería y frecuentaras otros amigos, podrías ser más feliz. Sacar a Alma de tu cabeza parece difícil, pero es vital. No te quiere. Sorbes el trago por completo y tu garganta se incendia de nuevo. No es tan malo, te estás acostumbrando. Quieres olvidarla, cambiar lo que te queda. Noel y Tacita huyen. Ignacio está en la casa de adictos. ¿Quién del resto de tus amigos no se alarmaba al verte fumar o aspirar unas líneas? Cualquiera otro se alejaría de ti, quieren ser decentes y responsables, sueñan con merecer su desgaste rutinario. Estás solo y le tienes miedo a tu propio presente. No imaginas lo patético que te ves, pero sí imaginas que eres diferente. La gente baila con fuerza, hace piruetas, salta. Se aprietan al descuido mientras ejecutan coreografías estúpidas, se aceleran, les encanta, se mueven con o sin ritmo. Prefieres mirar escotes y traseros tensos con puro ejercicio mientras bebes. Queda menos gente sentada, prefieres huir una vez más, entre la confusión de curvas y luces y humo y sudor, entre risillas arrechas y pasos de moda.

Llegas al baño, pero no encuentras vendedores. Solo hay fumadores de crack que hacen sonar sus cristales a propósito. Orinas sin concentrar-

te, mecánicamente, para librar tu vejiga de la presión. El compartimiento apesta a preservativo usado y a sudor de baja espalda, pero el ruido de la música de moda es menos insolente en ese agujero. Vuelves a toparte con los fumadores de crack que no saben pasar desapercibidos, te miran con asco mientras el suelo se balancea de un lado a otro. Tratas de caminar hasta el lavatorio, te ves demacrado en el espejo. Reniegas. No hay agua, solo papel higiénico. De repente aparece la seguridad y saca a los chiquillos. Ni siquiera te fijas, no te incumbe. Imbéciles, piensas. Caminas balanceándote, tratas de seguir el ritmo del piso movedizo. A pesar de que la amas, también la odias, la odias y la amas y estás borracho, Diego.

En la barra te sirven otro trago. Eres un gusano masoquista. Extrañas a Ignacio: sabía reírse de tus problemas. Distingues el humo turbio de los cigarrillos que avanza hasta la barra y buscas, buceas en ese mar de gente que baila con furia, que suelta las tensiones acumuladas en los días laborales. ¿Vas a terminar haciendo lo mismo? Los rezagos de tu dignidad adolescente te prohíben bailar para no hacer el ridículo. A la izquierda distingues a los chiquillos que regresan al baño y también a los mastodontes de seguridad que se ríen de ellos. Bebes lo que queda del vaso y por suerte no tienes ganas de vomitar. Te sientes ebrio y molesto hasta que ves a una chica sola que tal vez desea bailar. Está sentada, te mira. ¿Y si le preguntas *cuánto cobras?*, ¿y si tratas de ligar con ella siguiendo el método de Ignacio? ¿Eres capaz de ser tan práctico como él esta noche? *Un clavo saca otro clavo, es la ley*, te dijo una vez. Entonces se genera una especie de confianza en tus posibilidades de inexperto. Te acercas, sonríes, pero estás muy borracho para ser simpático, es imposible con esos ojos vidriosos y ese tufo lapidario. Aún tienes tiempo de arrepentirte, pero no lo haces. Le dices *hola, ¿quieres bailar?* Te dice *ya* sin muchos ánimos, para no darte esperanzas. Sonríes como el chico bueno que dicen que eres. *¿Cómo te llamas, chica bonita?*, pero su gesto te hace pensar que necesitas mejores recursos, un arsenal de palabras ingeniosas para empezar, y que no ligarás con ella aunque te esfuerces. Se te vienen a la mente las veces que Ignacio y Noel se burlaban de tus

fracasos como conquistador. *Eres un huevón*, Noel lo secundaba, *es el colmo que no sepas qué decirle a una chica para tirar*. Piensas en lo que te contó Alma, en el fiasco que es Ignacio en la cama. *Pero claro*, continúa él en tu cabeza, *tú, Noel, no deberías decir nada porque eres un cochino, te vas con la primera fea que ves*. Te preguntas por qué es tan difícil ser como ellos. *Eso al final no importa, Ignacio, no quiero irme sin tirar y en tiempos de guerra cualquier hueco es trinchera*.

Lucía. Te gusta su nombre, te hace pensar en alucinación. Bailan y no sabes qué pasa, tus pies obedecen con siglos de retraso. Sonríes, sonrío, los que bailan sonríen. *¿Y tú cómo te llamas?* Le dices tu nombre con una mueca tiesa, forzada. No eres un fracaso con las mujeres, Diego, y tampoco necesitas de Alma. La borrachera desata en ti cierta coquetería, tienes una valentía inusitada. Ahora estás más cómodo, menos fuera de lugar. *¿Cuántos añitos?* Menos molesta te dice *dieciocho*. Te pregunta lo mismo, *soy mayor* y mientes, *veintidós*. No puedes fallar, Diego. Lo que viene después es muy rápido. Se deja abrazar y besar, se ve triste como tú. No es muy bonita, pero no puedes fallar; estás enamorado de Alma, pero no puedes fallar. *Salgamos de aquí* y ella sonrío como si hubiera estado esperando la proposición. Bajan sin mirarse, tensos, toman un taxi y ella busca tu boca, tu cuerpo, y le correspondes. El taxista pregunta *¿adónde?* y no sabes qué decir. Miras a Lucía y ella le indica la ruta. Llegan en menos de cinco minutos. El lugar cuesta un dineral.

Suben las escaleras despacio, abrazados porque estás borracho. No ríen, olvidas su nombre, pero no importa, están emocionados cuando entran en una habitación de la izquierda, en el último piso. Dentro la besas con más ganas y rebotan un par de veces contra las paredes. La llevas a la cama dura y empiezas a desvestirla como a Alma le gustaba. Cuando está libre, te recorre con sus manos y te dice algo que no puedes entender, cierras los ojos porque la habitación empieza a dar vueltas, te concentras, hace frío. Te desvistes con torpeza, la misma de tu primera vez. Vienen los recuerdos, el alcohol se desplaza en tu cabeza, aparece Alma y puedes sentir de nuevo sus manos en tu cuerpo antes

de enseñarte a hacer el amor. Estabas dispuesto a cambiarla, Diego, de la mejor manera, porque lo tuyo era real, pero ella insistía *ya, niño, no fumes tanto, no te pongas la ropa todavía, ven, ven aquí, ven*. Después de que humilló a Ignacio se acostaba contigo para divertirse. *¿Apuestas?, sé que te voy a cambiar, Alma, lo sé, te vas a enamorar de mí*, y ella reía como cuando le jurabas que ibas a borrar los malos recuerdos. *Si quieres dime que soy una perra, pero no me busques más. Entiende, Dieguito, nadie me va a cambiar, no me interesa cambiar*, su voz era dura, quería que renunciaras, pero tú le pedías que se mordiera la lengua para no decir eso. *Es que es inútil, niño, ¿por qué no quieres entender? Anda, no seas pesado, vuelve a la cama*. Querías más que sexo.

No, Diego, no, no y no. Querías que se enamorara de ti. *¿Por qué eres tan fría?* Se reía, no le importaba lo que sentías. *No seas ridículo, sabes que esto no tiene futuro*. El futuro de su relación era la ruina. *¿Entonces por qué me llamas y no me dejas como a los otros?* Te cambió por Ignacio la noche que llegó de Lima. *¿Qué masoquista eres!* Odiaba que le reclamaras, se ponía furiosa. *Solo responde y me quedo callado, pero dime la verdad*. Se despojaba de las sábanas, te tentaba con su cuerpo desnudo. *Porque eres tierno, buenito, contigo es diferente*. Estabas dispuesto a cambiarla, pero no te ilusiones, *sabes cómo soy, estoy con quien quiero hasta que me aburro*. Entonces no podías resistir la incitación. Le hacías el amor a pesar del daño que te producía. Terminabas, terminas con una palabra que te delata: *Alma*.

¿Alma? ¿Qué Alma?, dice Lucía en esa habitación. Te mira extrañada, demoras en comprenderlo, el alcohol retarda tu respuesta. Le explicas *alma*, para despistarla, *eres mi alma*. Lucía te abraza y te besa. Su pecho late fuerte. Estabas dispuesto a cambiarla. *¿Por qué lloras, Diego?*, cuando nota que las lágrimas se escapan a pesar de que aprietas los ojos con fuerza. *¿No te gusto?* Te sientes miserable. *No, no, tú me gustas mucho*, has olvidado su nombre, *estoy feliz y muy borracho, es solo eso*, pero no entiendes lo que has dicho, Lucía tampoco.

—ALMA ME DIJO: búscate una chica buena y olvídate de mí —y él ríe con fuerza.

—¿Eso te dijo la muy puta?

Asientes tranquilo aunque desapruebes que la insulte. Percibes en Ignacio furia contenida y melancolía, quiso ser diferente y agotó la mentira, piensas. Finalmente es irrelevante. Alma va a morir y tiene que aprender a soportar la idea en el tiempo que le queda. Se alejó de ti después de que regresó de Lima, cuando escapabas incluso de las locuras de tu padre y tu carrera universitaria de inevitable ridículo provinciano.

—Pero no has venido a hablarme de esa perra. Me dijiste que hay una chica de por medio... ¿te la quieres tirar o qué?

—No, hombre, no es eso...

—Podemos empezar por otra cosa si quieres, hace tiempo que no hablamos —la cabeza rapada, la nariz partida, los ojos sanguíneos: su apariencia acorde con la habitación de casa de adictos: unas camas, unas mesas de noche, un crucifijo enorme en la pared principal, una radio con casetera—. Dime, ¿es cierto que tu viejo está loco, Diego?

Tu madre está harta del olor a alcohol que traes en las noches. En las últimas semanas te reclama por cuestiones irresueltas, en especial por la lejana relación que tu padre y tú mantienen desde que eras un niño. Odias la vida lenta de cada día, el silencio, la rabia inútil; preferirías estar con Alma, pero ella no necesita tus consuelos.

—No quiero hablar de mi viejo. Te quiero contar otra cosa.

Alma huyó a la playa, así te dicen en su casa. A cualquiera le perturbaría ser señalado en la calle, más aún sobrevivir a los chismes en Santa Victoria. ¿Cuándo te dirá que te necesita, Diego, cuándo? ¿Por qué te haces estas preguntas si nunca te pidió que te preocuparas por ella? Alma no es débil, no necesita de ti.

—¿Pero está loco o no? —divertido—. No me dejes con la duda, ¿hay confianza, no?

Hasta tu madre se enteró de la enfermedad de Alma gracias a sus amigas beatas de La Consolación. Juntas mezclan sus dardos más venenosos para esparcir los chismes.

—No está loco —decidido—, olvídате de eso. Lo que te quiero decir es distinto, es sobre esta chica —Ignacio parece prestar atención otra vez—. Ella... no sé por qué me enredo tanto con ella...

Recuerdas la vez que encontraste a Alma en la puerta de su casa, acababa de llegar de la capital. Es una de esas imágenes que no se van nunca. Estaba avergonzada, muda, le incomodaba mirarte a la cara. El análisis de sangre que te habían practicado arrojó negativo.

—¿O sea que ya estás con la susodicha?

Se lo contaste a tu padre y por primera vez le pediste un consejo. No supo qué decir, pero no lo odiaste. Tal vez el rencor estaba cediendo, ya no había malestar cuando recordabas esas navidades en las que llegaba a casa para poner debajo del árbol regalos que no te gustaban. *Necesita que alguien lo escuche*, dice tu madre, *no es correcto que lo odies por asuntos de niño, más bien deberías colaborar con su recuperación*.

—Se podría decir que sí.

A Ignacio siempre terminas contándole lo que te pasa. No hay nadie de más confianza entre los amigos que te quedan.

—¿En serio? —y dibuja una sonrisa poderosa. Te mira a los ojos para confirmarlo, es increíble que tú, que alguien—. ¡Cómo te lo habías guardado, pendejo!

—Pero no la quiero —Ignacio suspende la risa y te queda mirando.

—¿Qué?

Las semanas se han hecho estáticas desde que la gente vive abrumada por la inflación y sus miserables detalles cotidianos. La época de la escasez de azúcar ha sido la peor, los comerciantes mayoristas suben los precios y se aprovechan de la desesperación generalizada. Hasta pagar la universidad es un problema.

—¡Que no la quiero! ¡Está consumiendo mi vida!

A Lucía la conociste en el Espiral. Estabas triste, ebrio y ella se veía dispuesta a consolarte. Fue en las peores temporadas, la pena que sentías por la ausencia de Alma y lo imposible que resultaba tu cuento de hadas te habían hecho más vulnerable. Lucía y tú se metieron en una habitación de hostel para olvidar una noche irremediable. A la mañana siguiente no recordabas nada, solo te dolía la cabeza. Le preguntaste su número de teléfono, lo apuntaste al reverso del comprobante del hostel y tuvo que recordarte su nombre. Guardaste el papel en el bolsillo y te despediste con ganas de no volverla a ver.

—¿Pero qué pasa, Diego? —exaltado—. ¿Por qué te jode tanto?

Pasó un día. Ojeaste el reverso del comprobante durante horas, indeciso, acostado en el sofá. Llamaste a la casa de Alma y te la negaron por tercera vez el mismo día. Saliste a merodear por Santa Victoria, pero tampoco la viste. Regresaste a casa decidido a llamar a la desconocida. Miraste el comprobante, marcaste, te contestó una mujer que celebró tu nombre, *¿Diego Portilla?, yo conozco a tu mamá, nos vemos en un grupo de oración*, pero no te importó. Le preguntaste de nuevo por Lucía y la mujer siguió encantada. *No sabía que conocieras a mi Lucía*. Le dijiste que sí sin mucha gracia y por fin la puso al teléfono. La invitaste a salir y aceptó. Cuando llegaste a su casa, su madre te recibió con nuevos cariños. Lucía no demoró en aparecer. Se decidieron por el cine. Solo ahí se besaron y acariciaron con ganas, con una desesperación difícil de entender.

—Se llama Lucía —avergonzado—. Es hija de una amiga de mi vieja.

Usaste la mentira común: ibas a complacerla en lo que fuera porque estabas enamorado. Lucía parecía una chiquilla obediente, la exageración de la sumisión. Estaba de acuerdo con todo lo que le decías, aceptaba tus pedidos, se acostaba contigo, te llamaba, te ayudaba a buscar trabajos ocasionales, te escribía cartas ridículas. Su pasividad solo exigía que la presentaras a tus amigos como tu novia.

—No me digas —risueño—. ¿Tu vieja la eligió por ti?

Acostarte con ella dos o tres veces por semana te ayudaba a olvidar que la crisis corroía la débil estabilidad económica de tu familia, que el dinero guardado se hacía solo montones de papel, que tu padre no mejoraba, que las boletas de la universidad se hacían más caras, que los amigos estaban lejos, que Alma no daba señales de vida, que la vereda había sido intervenida y que las colas para comprar comestibles eran más lentas que nunca. La pesadilla se expandía y el único consuelo era Lucía. No la presentaste a tus amigos como quería, pero siguieron saliendo como cualquier pareja de enamorados.

—¡Carajo! —violento—. Mi vieja no tiene nada que ver. Estoy jodido, Ignacio, esa chica me ha cagado.

Aún estabas con Lucía y sobrevivías al país el mes pasado. Tratabas de descubrir en ella algo fascinante, pero en el hastío cualquier intento terminaba en sexo. Lucía se aferraba a ti sin tino. Le jurabas amor en la cama y luego te emborrachabas. Te decía que eras romántico porque improvisabas disparates, siempre estaba de acuerdo, te desesperaba su optimismo, era un remedo de mujer. Ibas a verla a su casa después del trabajo para aburrirte en interminables partidas de Monopolio, sonreías sin estar alegre y no lograbas fusionarte con su rutina familiar. Aunque autodestructiva, esa fue tu elección.

—Entonces habla bien, huevón —impaciente, los ojos invencibles—. ¿Por qué tantos rodeos?

Tu madre hacía enormes esfuerzos por conseguir víveres, pero estabas harto de sus órdenes, de que te tratara tan mal como los jefes de los trabajos ocasionales que conseguías. Detestabas que la gente supiera de tu padre loco y la ruina económica de tu familia. Así llegó diciembre y aumentaron las salidas con Lucía para no pensar en Alma. La primera quincena fue un fracaso triste. No te importaron las peligrosas tinieblas de los apagones dos veces por semana, sabías que en vacaciones, después de navidad, tendrías que conseguir un trabajo de tiempo completo para aumentar el presupuesto familiar. La situación no pudo ser peor la mañana que llegaron a tu casa abogados y matones y se llevaron los muebles

y algunos electrodomésticos. No estuviste durante la operación, pero tu madre te recibió desconsolada cuando llegaste. Varias deudas habían vencido y no hubo forma de detener el embargo. La abrazaste con fuerza y te dio tanta pena verla llorar que le juraste que recuperarían todo. *Ahora eres el hombre de la casa, lo único que me queda*, sentenció esa tarde.

—Voy a tener un hijo, Ignacio. Lucía está embarazada.

Lucía soltó la bomba días después. Te llamó una mañana y te dijo que fueras a verla. En su casa te dio la noticia. Resolviste que la harías abortar. Preguntarías por ahí, conseguirías el dinero y después de un tiempo el asunto quedaría olvidado. Le contaste tu plan sin ocultarle ningún detalle y ella aceptó. No querías verla, la llamabas para ponerle miles de excusas, le decías que no podías estar a su lado porque buscabas un trabajo para conseguir el dinero. Te traicionó en el momento menos oportuno. Llegaste a tu casa un viernes por la noche, quemado por el sol, con algunos tragos de más. La encontraste con tu madre. Ambas te veían distinto: Lucía tenía lágrimas en la cara y tu madre se veía iracunda. Ni siquiera borracho confundiste la situación. *Lucía me lo ha contado todo*, enojada, *¡y no puedo creer que tenga un hijo asesino!*, gritó por fin. Tuviste el desatino de preguntarle qué era lo que sabía con una sonrisa retadora, de borracho campante. *¡Si le haces algo a la criatura, te meto a la cárcel!* Te reíste en su cara para sentirte fuerte, para retarla, como habías querido hacer siempre. *Vete a dormir la borrachera, desgraciado*, mientras subías las escaleras. Le juraste a Lucía que ibas a ser el peor padre que pudiera imaginar.

—¡Un hijo! —impresionado—. Te fregaste, Diego, te fregaste.

Solo como un mueble podría pasar desapercibido hoy, comandante. Los fantasmas se esconden en las sombras de su casa, lo vigilan, y frente a su hijo no hay nada que le dé esa antigua autoridad paterna. Usted

conserva solo un bigote manso, una mirada indefensa, desconfiada, y su pelo cano. Sabe que su palabra lo sorprenderá. Mira la avenida Libertad a través de la ventana para perderse en esta ciudad tranquila que sirve para olvidar las culpas. Intenta huir, pero no puede, es momento de hablar y liberar, lo que los comprimidos de colores que le recetó el psiquiatra no logran. Odia ser un remedo lamentable del oficial respetado que fue, los fantasmas lo encaran en el silencio. Sus recuerdos son aleatorios. Es mentira lo que dice el loquero, no está sanando.

Su hijo insiste, debe empezar. ¿Hablar servirá también para recuperar los viejos años? ¿Servirá para recuperar su respeto? Hay una primera imagen importante. La mañana de agosto de 1985, el frío indescriptible, los soldados, un subteniente, un terrorista confeso y otro presunto que iba amarrado de manos y pies al helicóptero, suspendido en el aire. El subteniente se apodaba Coyote, interrogaba al terrorista amenazándolo con cortar la cuerda y dejarlo caer si no le decía lo que quería. Era un método usual y efectivo para conseguir información, era lo que se esperaba que hiciera un subordinado cuando debía interrogar. El subteniente cortó la cuerda luego de apuntar en una libreta la información conseguida. Los gritos del prisionero fueron silenciados por la velocidad de la caída y las estribaciones de Ayacucho. No exigió explicaciones, era el procedimiento habitual.

La puesta en marcha del plan que había ideado iba a ser un trabajo conjunto con el subteniente y dieciocho soldados. Siente que no ha pasado mucho tiempo desde que estuvo en la sierra, señor. Recuerda aún algunos detalles del plan operativo, los interrogatorios de madrugada, los días previos a la incursión y los seudónimos que utilizaron para actuar. No se ha ido la fijación ante esas muertes ni ha olvidado lo moradas que se le ponían las uñas por el frío, tampoco las hemorragias nasales que producía la altura en los soldados desacostumbrados y mal alimentados.

El subteniente Coyote era eficiente, había recopilado datos importantes sobre las autoridades sometidas por los terroristas. Se apellidaba Ayala y era natural de la zona, pero su familia había migrado a Lima

cuando cumplió ocho años. *Por cosas de la vida estoy aquí de nuevo.* Su expediente lo describía como un buen oficial y, aunque era nuevo, confiaba plenamente en el proyecto de pacificación que se practicaba en los pueblos de la zona.

—Mi mayor, Sendero utiliza a los comuneros de varias maneras—intervino Coyote, con respeto, el día de la exposición del plan que pondrían en práctica días más tarde—: los acompañan en sus patrullas, les facilitan municiones, hacen de soplones o les consiguen material para los explosivos. Todos son terrucos, mi mayor, si colaboran es porque son del mismo bando.

—¿Mayor? ¿Aún no eras comandante? —le pregunta su hijo.

—Ascendí después de eso, antes del retiro.

Se dividirían en tres patrullas. Dos avanzarían por el camino más corto y más accidentado. El helicóptero los dejaría unas horas antes de la incursión en el pueblo. Usted dirigiría la tercera patrulla. Partirían de una quebrada, seguirían un camino más fácil y más largo, y les darían alcance a los otros en el pueblo. De esa forma les cortarían el paso a los subversivos que intentaran huir. Las tres patrullas empezarían la incursión a la misma hora. Una vez que todos estuvieran ubicados en las inmediaciones, coordinarían el inicio de la acción por radio.

El territorio donde iban a actuar era una cadena de cerros que se extendía hasta el horizonte. Estaba salpicada por manchas de vegetación, una trocha esbelta y un río desconocido. Usted elaboró el plan a pesar de no haber estado en la zona con anterioridad, la conocía solo en teoría, a través de mapas.

—Si seguimos mi lógica, podemos rodear el pueblo y atacar directamente —dijo usted después de explicar el plan—. Los sorprendemos y los arrasamos, destruimos las escuelas populares y los campamentos. Sabemos dónde están, hemos reconstruido la ubicación a partir de los interrogados. Si dominamos aquí, les quitamos la mamadera. La zona estará bajo nuestro control.

—Me parece un buen plan, simple y eficaz —le dijo el comandante de la base contraguerrillas, entonces su superior, que había escuchado su exposición con mucha atención—. No tengo objeciones, mayor, confío en usted.

El resto de oficiales estuvo de acuerdo, era un plan sensato.

—Mi mayor, ¿y si alguien aparece en el camino, lo consideramos terrorista comunista? —preguntó el subteniente Coyote.

—Hay suficientes indicios para pensar que sí.

Coyote tenía la misma ambición en los ojos que usted el día que se graduó, pero también cierta arrogancia, cuya procedencia desconocía. Le llamaba poderosamente la atención su forma de hablar forzada, su dicción excesiva. Era quizá un oficial modelo, podía sentir en él la obediencia ciega a la institución, a los superiores, al reglamento. Usted, por el contrario, ya había dejado de recordarse que sin la disciplina todo se podría y que precisamente por eso el país estaba como estaba. La institución tenía la misión de salvar y pacificar con la fuerza cuando los otros recursos se agotaban, pero el deterioro ya se había apoderado de sus convicciones, comandante.

En el helicóptero, al empezar la misión, Coyote no dejaba de despertarle una engañosa sensación de familiaridad: el ímpetu de la juventud y el fresco optimismo de quien cree que es posible cambiar la realidad. Eso era fe y no los disparates de su mujer. Él también había probado que merecía ser subteniente, había sido lo suficientemente fuerte para superar a los ineptos. Su cabeza da vueltas, señor, sus recuerdos se estrangulan. Se encontraban a miles de kilómetros de lo que le parecía civilizado junto con los soldados de la tercera patrulla. ¿Las dos restantes, al mando de otros oficiales, ya estaban cerca del pueblo cuando usted pensaba eso, comandante? Los soldados de las otras patrullas tomarían un descanso después de la caminata de cuatro horas y esperarían sus órdenes por radio, al mediodía. Juntos entrarían en el pueblo, harían una asamblea y abrirían fuego en caso de resistencia; su patrulla apoyaría desde la dirección contraria y actuaría de acuerdo con la situación que encontrarán.

Pero usted sabe que fue un mal plan. Usted no podía ser el líder. Fue su culpa. Después de corroborar que no podían confiar plenamente en los mapas, tomaron un camino que señaló el terrorista capturado, quien debía reconocer a los líderes subversivos cuando el ejército tomara el pueblo. Coyote le preguntó la hora jadeando con disimulo. *Las diez*, con sequedad. Eran ya más de cuatro horas desde que el helicóptero los había dejado en el punto de partida.

—Ojalá lleguemos a tiempo, mi mayor.

—¿Qué pasa, Coyote? ¿Estás cansado?

—No, mi mayor, solo fue un comentario.

—Cállese y no desanime a los soldados.

El primer día que aterrizó en Ayacucho fue conducido de inmediato a Los Cabitos. Ahí le presentaron al teniente Lobo, el encargado de las torturas del cuartel. Después de ponerlo al tanto de la situación general, le pidió que lo condujera hacia donde estaban los capturados para corroborar información importante. Lo llevó hacia un sótano amplio que se dividía en varias cámaras oscuras que olían a excremento; Lobo le dijo que la mayoría de los prisioneros terroristas eran profesores o chiquillos obligados por Sendero Luminoso a pertenecer a sus filas, y le confirmó lo que había leído en los reportes: la disminución de los sueldos de los maestros y del número de plazas habían servido de excusa para que izquierdistas de todo calibre controlaran casi por completo la educación que se impartía en Ayacucho, sobre todo en el ambiente universitario, foco perfecto de adoctrinamiento. *¿Y qué tan necesario es tener a los chiquillos aquí?*, le preguntó. Al teniente Lobo le sorprendió la pregunta, pero respondió cordial: *no hay de otra, mi mayor, aunque solo usen bombas de lata, cuchillos o chungos, estos chiquillos patrullan con Sendero, conocen a los cabecillas y algún día los van a imitar.* Usted sonrió con normalidad y aclaró, *me referiría a cuánto pueden saber en comparación a los terroristas confesos.* El teniente le devolvió la sonrisa y le dijo *son peones de los más sabidos, mi mayor, pero como le digo, aunque no tengan fusiles o granadas igual se las arreglan para asaltar a los policías, les roban armas, plata, ropa,*

lo que haya. Saben cómo fregar. Acá en Ayacucho cualquier cosa les sirve para hacernos problemas.

Avanzaron por un camino laberíntico e igual de pestilente que el resto del lugar hasta chocar con una puerta, donde un par de soldados soñolientos se pusieron de pie y saludaron. *Vengan, vamos a hacer una función para el mayor*, les dijo el teniente. Usted siguió al trío hasta que se iluminó el lugar. El mal olor se hizo más intenso y más difícil de tolerar. El recinto tenía un fondo oscuro e impreciso, agua fétida empozada en los rincones y moscas pegadas en las paredes. Una cloaca. Los tres prisioneros estaban acostados sobre unas tablas de madera, maniatados, parecían muertos. *Levántense, mierdas, que hay visita*, dijo Lobo. Solo uno, el que más tarde se convertiría en su guía, no se incorporó ni dio vivas a Sendero Luminoso. El teniente ordenó a los soldados que iniciaran la tortura con el que se había quedado callado. Sujetaron sus manos a una polea y lo izaron hasta tenerlo a su alcance. Una vez que estuvo colgado, trajeron bastones de madera para golpearlo en las piernas, la espalda y los genitales. Fueron minutos de gritos bestiales. Cuando los soldados se cansaron, el teniente Lobo le dijo que ya podía hacerle las preguntas que quisiera. Solo le exigió información sobre los líderes subversivos del pueblo donde se llevaría a cabo la incursión, pero el prisionero negó rotundamente con la cabeza. Los soldados recibieron nuevas instrucciones: colocaron al prisionero en un pozo de agua fétida que estaba a pocos metros de distancia y sumergieron su cabeza hasta que salieron burbujas. Fueron varias inmersiones más, pero siguió callando. *Eres un terruco huevón*, le dijo, *de todas formas vas a hablar, por las buenas o por las malas*. El teniente Lobo ordenó a los soldados que sacaran al prisionero del pozo, pues tenía la cara morada y tragaba aire desesperado.

¿Qué sigue ahora?, preguntó. *La corriente, mi mayor, eso nunca falla*. Los soldados le arrancaron la ropa al prisionero y uno de ellos salió presuroso a encender un pequeño generador con tres terminales. Los sujetaron de las orejas y el ano del prisionero. Cuando la electricidad llegó a su cuerpo, se sacudió y gritó frenéticamente, arrastrándose sobre

el agua fétida. No hubo tercera descarga. Con la segunda le dijo a gritos los nombres que quería escuchar. A Lobo le dio risa la cabeza humeante del prisionero y recordó orgulloso que tenía fama de hacer hablar hasta a los muertos.

—¿A qué edad ingresaste a Chorrillos, Coyote? —le preguntó intrigado.

Debía tener veinticuatro aunque no los aparentara y lo esperable era que hubiera postulado al ejército en busca de ascenso social, como la mayoría. Tal vez no era un idealista como pensaba, ya no era la época en que los jóvenes se embarcaban en camiones frutereros para conocer su país. Con los soldados de la patrulla debía haber pasado algo similar: se incorporaban por levas o propaganda que les prometía educación y un futuro lejos de la miseria del campo. Al menos servía para alejarlos del adoctrinamiento subversivo de las zonas rurales; aunque nunca era suficiente, los terroristas reclutaban niños para hacerlos morir en sus filas.

—A los dieciocho, mi mayor.

—¿A los dieciocho? ¿Tan joven? —le pregunta su hijo, ansioso de los pormenores. Aún no está inquieta su sensibilidad de niño de mamá. Y usted ya no tiene armas, señor, es solo un viejo derrotado por sus fantasmas, una cabeza calva, un par de ojos de roedor y unas arrugas desbordadas en la cara.

—¿Cuántos tienes? —le pregunta a su hijo. La noción del tiempo parece complicada. No es fácil ser padre de alguien que siente como un extraño, que apenas conoce.

—Veinte.

—¿Veinte años y vas a tener un hijo? ¿Tan joven? —le devuelve sus imprudentes palabras—. Uno nunca sabe lo que le va a tocar, hay que estar preparado para todo. Yo en esa época creía estarlo. Espera, no te vayas, que mi historia recién empieza.

[1996]

QUIERETENER MUJER e hijos: Noel está loco. Lo miras con sorna. ¿Qué?

Puedes decirle sí, hombre, es estupendo, dejarás de dormir por las noches y cambiarás pañales hasta que te acostumbres al olor a caca. *Fuck, Diego, ¿qué tiene de malo?*, y recuerdas con humor los llantos de medianoche, la billetera sin dinero, los vómitos, las fiebres, las facturas del pediatra y las recetas. *Ahora tengo algo seguro y creo que es el momento.* Callas, piensas en la crisis de los treinta años. *¿Por qué estás con esa mala onda, man?, ya se arreglarán tus cosas.* Trabajar como bestia de lunes a sábado para cubrir los gastos y dedicar el domingo, el único día de descanso, a una salida familiar agotadora. Eso es ser padre para ti, Diego. *Bueno, Noel, no sé qué quieres que te diga, me parece una locura, eres joven, te ves bien, disfruta un poco más de la vida antes de suicidarte de esa manera.* Se ríe a carcajadas, parece sincero. *No hay remedio, mejor hablemos de otra cosa,* derrotado. *Mejor.*

« Habla de Miami, del día que salió del aeropuerto hacia Coconut Grove; te explica cómo es la avenida Flora McFarlane sin que se lo pidas y te describe el restaurante del marido de su madre, a espaldas de Peacock Park, pero no prestas atención, miras tu vaso medio lleno. Noel saca fotos de un bolsillo de su maleta y dice nuevas palabras en inglés que con esfuerzo logras entender. En las fotos ves bancas celestes, gente caminando deprisa, palmeras grandes y pequeñas en cada rincón, carros relucientes, gras verde y cuidado al costado de la acera y, al fondo, muy al fondo, una mancha morena con bermuda y lentes oscuros: Noel. En otras sale en sandalias, short y camisa floreada, *estas son en la Main Highway y las otras en Commodore Plaza,* con un inglés mestizo. Después lo ves delante de un crucero bellísimo, a la distancia, sobre el mar celeste verdoso, *esta es en Biscayne Bay, pero no vayas a pensar que me subí al*

crucero, solo fue una foto, le dije a un amigo que me la tome aprovechando que estaba cerca. Le dices ¿entonces vives ahí? Noel sonríe, ¿en Coconut?, asientes, ya quisiera, con cierta tristeza, el negocio de Peter, el marido de mi madre, sí está ahí. Habla del primer día que pisó Estados Unidos, del Atlántico que vio desde el avión, del paraíso que le pareció esa zona de Miami. No pienses que todo fue tan simple, Diego. Peter primero me envió donde su brother para que me ocupe, no dejó que me quede en Coconut. Te cuenta que empezó limpiando baños de bares horribles y pintando casas de yuppies en condiciones imposibles. Yo mismo tuve que conseguirme otra chamba porque me pagaban tres o cuatro dólares la hora y eso no alcanza si quieres progresar. Después fue vigilante de parkings, limpiapisos de malls y hasta le ofrecieron llevarlo al lejano Texas para hacer de peón, pero no aceptó, era un trabajo demoledor y la paga inconveniente. En las noches iba donde un mexicano que enseñaba inglés en la Pequeña Habana. Lo dejé a las semanas. Su madre lo llamaba de vez en cuando para decirle que tenía que soportar, que se trataba de una prueba de Peter. Para ir a Miami sin plata hay que tener ganas de chamber, si no, te regresas en un mes. Y esa era la prueba de Peter, quería saber si yo era de esa gente o solo un vago más. Es así, bro, hay un montón de latinos que están esperando que te vayas para tomar tu lugar. Yo no me rendí, no quería regresar. Milagrosamente le sigues prestando atención. Peter me llamó recién después de ocho meses y me contrató en su restaurante.

Así ya pude regularizar mis papeles. Empecé desde abajo, moviendo cajas y cortando cebollas. En un par de años subí a waiter, cuando aprendí a hablar mejor el inglés. El sueldo mejoró y ahorré lo que pude. Desde hace dos años soy el supervisor de ese restaurant y he conseguido mis cosas, demasiado orgulloso, pero ya no importa, no vas a darle por su lado reconociendo sus penurias y felicitándolo, vas a contraatacar. Si el Perú fuera como Miami, tendría un mejor trabajo, y ahora es él quien te observa atento. No exageres, Diego, por fin, después de sorber una enésima taza de café, sin terroristas y sin crisis es fácil encontrar trabajo aquí. Temes que terminen hablando de política como viejos perdedores, pero no puedes

soportar que Noel te hable de la situación del país del que ha estado ausente por años. *La crisis no se ha ido, ahora es más salvaje, aunque en otra forma*, con energía. Sorbe su café y aprovechas para lanzar nuevos argumentos. *Seguimos pobres, jodidos, y si consigues trabajo no estás más de tres meses porque a las empresas no les conviene tener empleados en planillas y pagarles beneficios.*

Noel te observa curioso, atento, presentes que quiere sonreír. *Hablas como comunista*, y olvida lo demás, casi burlón. *Yo hablo como cualquiera que vive en este país y tiene los bolsillos vacíos*, pero no escucha. *Esfuézrate, fija tu objetivo y da el máximo cada día; si le pones ganas conseguirás una buena chamba, no hay de otra. Aprovecha que no hay los problemas de antes, solo cuidate de la envidia.* Su consejo te suena a libro de autoayuda. *Cuando había terrorismo nadie daba un centavo por este país, nadie invertía. Ahora hay trasnacionales, plata, tranquilidad. No te quejes, man.* Te ríes nervioso para aparentar tranquilidad. ¿Y si Noel tiene razón, Diego? ¿Y si en realidad, como dice tu padre, solo tú eres el culpable de tu fracaso? ¿Acaso no te has esforzado lo suficiente? *Yo estuve en Lima a principios del 90 y te digo que si hubiera sido empresario no hubiera invertido aquí*, pero no lo escuchas, la conversación adquiere tensión innecesaria. Le cuentas de tu trabajo en la radio, de tus deudas y de las noches supervisando y moviendo paquetes en la tienda mayorista. *Admite que tienes la culpa, Diego, te metiste a la universidad para estudiar una carrera que no da plata y encima no la acabaste. Te pusiste solito la sogá al cuello.* Es un golpe bajo.

¿Eres el único culpable? Te gustaría que los demás lo fueran. Se te ocurre contarle del trabajo de profesor que te dio la madre de Alma, pero te arrepientes al instante. ¿La política nacional es tan asquerosa que ha contaminado incluso tu vida cotidiana? Piensas en Alma aunque te haga daño. Alma odiaba la política, odiaba pensar en el futuro; pero tú no puedes hacerlo, Diego, es imposible, tienes que pensar en tus deberes de ciudadano, de padre, en la situación familiar. ¿Tú eres como Alma? Eso te hace daño... ¿por qué no puedes?, ¿por qué tienes que recordarla en momentos como estos?

¿Cómo la pasaste en Lima? ¿Por qué crees que ahora estamos mejor?, después de un largo silencio. No hables de política, Diego, no sirve de nada, solo trae rabia, impotencia. Pasé muchas cosas malas, pero también me enamoré, y parece una respuesta estúpida, mucho más apolítica de lo que esperabas. Me llamaste para despedirte, Noel, estabas en el aeropuerto, ¿te acuerdas?

OKAY, DIEGO, te voy a contar...

Fue en mayo del 90, el Perú era un caos. Ya sabes lo que hice en el Espiral, que me corría de los tombos desde que pasó lo de la vereda. No me acuerdo de los detalles, pues, solo que estaba mal porque no me alcanzaba para nada. Me acuerdo que me prestaste algo de plata y con eso cogí el bus al lado de la fábrica esa de la salida de Chiclayo. No, man, no fue en el trip, conocí a Sandra después. Ajá, allá. Espera, ya me acordé. Me fui el día que se mató Alma. Claro, hasta ese día había estado escondido. Sí, y en el velorio los encontré a ustedes. De eso también me acuerdo, estabas tan mal, Diego...

Okay, okay, sigo con el trip. Me metieron al fondo del bus, viajé medio escondido. ¿El camino a Lima? Pésimo. No podía dormir y encima había tombos que pedían papeles en cada parada. No me dijeron nada, pero igual, no dormí ni una hora. En serio pensé que no me iba a demorar en sacar la visa, eso sale al toque, pensaba. Ya, no me adelanto. No, Diego, claro que iba a workiar. Eso que me diste no alcanzó ni para cuatro días. La crisis, pues, la crisis. Cómo subían los precios. Ya, no me pierdo, pero no preguntes después.

Llegué a Lima en mayo del 90. Lunes, me acuerdo. Compré el periódico porque quería encontrar algo, pero no había chamba para mí. Estaba bien equivocado, pensaba que iba a conseguir algo bien rápido. Vi unas direcciones, cogí la mochila y me fui directo. Era ahí mismo,

en el centro, man, pero me fue mal, no conseguí nada. No tenía fono ni dirección, pues. Toda la mañana estuve como huevón y a la hora de comer me metí a una chingana de por ahí. Salí diciendo que era albañil, pintor, cualquier cosa, pero nada. Ya no había vacantes, me pedían recomendación o solo querían gente con herramientas. Siempre faltaba algo. Hasta me fui a la municipalidad y me ofrecí de barrendero, de cualquier cosa. Me preguntaron si tenía el carné del partido. No tenía, pues, y no me dieron nada. En la noche me metí a un hotelcito de por ahí. El sitio era malo y encima la habitación estaba en la última planta. Había ratas y bugs en el techo, pero no hice caso. La plata no me iba a alcanzar, todo subía y la gente no soltaba un real. No, a mi viejo no le iba a pedir nada, primero muerto.

Al otro día le mandé una carta a mi vieja y vi otros ads. Ambulantes, bulla, humo, da dolor de cabeza acordarse. Igual me presenté en todos los sitios que pude, pero nada. Un mal día, bro. No tenía brocha para decir que era pintor, barrenderos había de sobra, los choferes conocían la ciudad y me faltaba recomendación de albañil. No conocía a nadie. La plata se iba como agua, creo que hasta coger el bus era caro. Por ahí me ofrecí de cargador, había que romperse el lomo, pero ni eso, nadie movía una caja por la crisis, los comerciantes acaparaban.

Okay, calm down que viene lo bueno. Me pasó una cosa malísima ese día, Diego... eran las seis y regresaba a la Plaza de Armas por el Jirón de La Unión para ver si conseguía algo. La calle estaba a full, la gente caminaba al lado de las tiendas y los restaurantes vacíos, y hasta en las esquinas había ambulantes. Solo quería un poco de plata... la cosa es que nomás pude andar unas cuadras. Así de la nada, ¡boom!, una explosión. Me quedé helado. ¿Sabes de qué me acordé? De la bomba de acá, la del Interbank. ¿Te enteraste? La detonaron los terrucos en el 87. Hasta ahora veo los vidrios en el suelo, los tombos que paraban carros en las calles. No sé si hubo muertos, pero fue como esa vez en Lima. Yo caminaba y justo revienta esa bombaza. A los segundos nomás empezó el pánico, la gente pensó que los terrucos iban a tomar Palacio de Gobierno o algo así. ¡Coche bomba!, gritaban. No tienes

idea, Diego, se vinieron contra mí y tuve que correr. Sonaban las ambulancias y los camiones de la policía. Las mujeres gritaban porque aplastaban a sus hijos. Los de adelante gritaban porque los agarraban a palazos. Quería gritar porque no podía salir. A varios los metieron en camiones, a mí no porque cogí la mochila y me escondí con unos estudiantes que rompían sus carnés. Salimos a empujones y corrimos como locos. Felizmente no me siguieron, eran pocos, pero igual gritaban métanles bala, son terrucos. Corrí hasta un hostel y conseguí un cuarto barato.

Quería regresar a Chiclayo, pero tenía que seguir. Esa vez no salí ni dormí ni fui al baño... ni siquiera comí, se me dio por creer que iba a reventar otra bomba. ¿Mi viejo? Ya te dije, his money never again.

El siguiente día fue peor, estaba más noico, pero necesitaba trabajar. Me acuerdo que me topé con una protesta en la calle. Me fui corriendo apenas la vi. No quería saber de bombas, bro. El centro estaba lleno de tombos y me moría de miedo. No tenía para más anuncios, así que nomás checkié los que tenía del día pasado. Nada, eran cosas con maquinaria, yo no sabía de eso. Pero al fin vino la suerte. El director de una compañía necesitaba gente para una fotonovela, algo así decía. Ni lo pensé, tenía hambre. Me fui hasta el sitio y pregunté. Me miró un mariconcito y me dijo no necesitamos actores, estamos completos.

No, Diego, ¿con esta cara cómo iba a ser actor? Buscaba otra cosa, barrerero, chofer, lo que fuera. Le dije quiero hablar con el director y me dijo que todavía no llegaba. Esperé, pues, y llegó a la media hora. Era un gordo con cara de mañoso. Me presenté normal, parecía buena gente. Le dije de frente que no quería ser actor, sino cualquier otra cosa y que me pagara nomás para comer. Me dijo si también ayudas a los tramoyistas con los escenarios, te quedas. Me sentí vivo otra vez.

Como sea, no llegué en un buen momento, el negocio estaba mal por la crisis, como todo. El gordo tenía varios proyectos, pero no podía hacerlos todos a la vez. Yo limpiaba los ambientes, me tenía que esmerar donde hacían las fotos. No era gran cosa. Las tomaban en el segundo piso porque ahí la casa no se veía tan vieja. ¿Los ambientes? Tenían hall, cocina, cuartos,

lo mismo que cualquier casa, pero de mentira. Había de ricos y de pobres, como en las novelas de la tele. Igual no sé por qué tanto, casi todas las fotos las hacían en las camas.

Al principio ganaba poco, después el gordo me pagó más, pero tenía que ir los fines de semana. No pude decirle que no, le debía plata. La cosa era fea, hasta tarde. Limpiaba esos baños que olían a polvo, era lo peor. No sabía de carpintería, pero les ayudaba a los tramoyistas a armar los muebles. Nada se podía malograr, todo se volvía a usar. Nomás dabas una pintada, cambiabas las sábanas de las camas y ya estaba listo otro ambiente. ¿De Sandra? Ajá, ahí fue. No, no, ella no limpiaba nada, ella actuaba. De verdad. La primera vez que la vi estaba sin ropa. Es que a veces lookiaba los vestidos por un hueco del baño, pues.

Sandra era la protagonista de la fotonovela principal, la buena, sí. Su carita no era lo mejor, pero me gustaba. Recuerdo que me gritó ¿no me vas a dejar en paz aunque sea un día? No te rías, Diego, estaba asada porque había mucho mañoso detrás de ella. No seas sonso, me dijo, no eres el primero que mira por ahí. Así hablaba, era renegona. Pensé que iba a hacer que me boten, quise hacerme el loco, pero no me dejó, me dijo ya sé que eres el tramoyista nuevo, no te corras. Estaba enojada, así que mejor le dije mi nombre es Noel Urbina, señorita, y no soy tramoyista. No sé de dónde saqué el coraje. No, aguanta, Diego. Nos hicimos amigos primero, la acompañaba a su pensión. Veíamos películas mexicanas lloronas de dos por uno en el cine, a ella le gustaban. No, no era de Lima, era de Huancayo. Quería ser profesora de primaria, pero la crisis también la fregaba. Hacía fotonovelas porque ahorra para su instituto.

En esos días me escribió mi madre, estaba asustada por las noticias de la crisis. Me mandó unos dólares y un papel. El papel se lo di a un tipo que atendía en una oficina de por ahí cerca, en el centro. Me iba a hacer el trámite de la visa, casi toda la plata era para él... el resto nomás me alcanzó para pagar deudas. No solo al gordo, debía el hostel y la comida. La crisis jodía, por eso me pasé a la pensión de Sandra, para pagar a medias. Hablábamos bastante, le contaba de Chiclayo, de ustedes, de la vereda y ella me decía

sus cosas. Hasta le conté que iba a viajar a USA, pero no me creyó. Claro, ahí ya estábamos, ya la quería. No fue... ¿cómo se dice? Eso, premeditado. Éramos como marido y mujer. Todo iba bien hasta que terminó esa fotonovela. Hubo fiesta. No, no me emborraché, el problema fue otro. Bailé con Sandra para alejarme de las tentaciones. Ella tampoco fue el problema. ¿Vas a dejar que te cuente?

Okay, pasó como a las cinco de la mañana. Entré al baño a mear y el director se apareció. Me sonrió y yo lo saludé normal. La cosa es que se acercó mucho y se puso a mirarme la cosa. ¿Qué?, le dije asado. Nada, dijo y al toque lo noté borracho. ¿Qué me miras?, le dije más asado todavía. No te molestes, me dijo y me quiso abrazar. No sé qué me pasó, Diego, al toque le metí un empujón, suave nomás. ¡Qué mierda te pasa! ¡Qué me agarras!, le dije. Nada, no se sorprendió. Tranquilo, Noel, ¿acaso no soy tu amigo?, me dijo. ¡Fuck, bro, me acordé del aumento! Sal de aquí, gordo maricón, le grité, pero se puso peor y cogió una peluca. Póntela, me dijo riéndose como pendejo. Le metí un puñetazo en la cara y lo tiré al piso. Le iba a dar patadones, pero se paró al toque y vino la gente. ¡El colmo, Diego! Me dijo ¡lárgate de mi estudio, maricón malagradecido! Lo malo fue que también dijo ¡llévate a Sandra y ya no se aparezcan por aquí! Motherfucker. Claro, le metí otro puñetazo. Le dije me las vas a pagar, mentiroso y me llevé a Sandra. Caminamos unas cuerdas y me agarró a golpes. Por tu culpa estoy en la calle, iba a trabajar en otra novela, te odio, me dijo con cólera. Se puso a llorar, no te imaginas. En la pensión le di agua para que se le pase. Me dijo Noel, eres un imbécil. Fuck, Diego, yo no tuve la culpa.

1990

No le esperaba nadie ni nada, pertenecía a esta generación a la cual se le ha dado ya, dicen, todo hecho —símbolos, victorias, héroes que venerar, mármoles que besar— dejándola sin posibilidad de una nueva senda, siquiera sin derecho a buscarla entre una marea de días prefabricados, dictados, días que se posan mansamente al pie del lecho todas las mañanas igual que perros apaleados.

Juan Marsé, *Encerrados con un solo juguete*

NO SÉ CÓMO EMPEZAR, Alma.

Tú me gustaste desde la primera vez que te vi en el San Hipólito, el primer día de clases de secundaria. Me acuerdo bien. No llevabas puesto el uniforme del colegio, sino ropa de calle: un jean flojo, zapatillas enormes y tal vez una camiseta blanca. Eras flaquísima, un palo, tanto que los chicos del fondo ya habían barajado varios apodos para ti desde la primera formación. Me partía de risa, pero en realidad quería descifrarte. Mirabas raro, como si no te importara la gente de tu sección, esos que se hablaban muy animados, sobre todo las chicas que hacían sus grupitos. Te veías harta y eso me encantó, me quedé fijado. ¿Yo? Era de esos que habían sido chancones en primaria, amable hasta con los desconocidos que tampoco se juntaban conmigo.

—¿Y así empezó lo del alquiler de amigos? —me apuntas con tu mirada—. ¿Ahí se les ocurrió la idea?

No, no, eso fue después, cuando me cambié de sección. Los primeros días de clase nada más me ignoraron, todavía no se les había ocurrido esa pendejada. Pero igual, no lo sentí mucho porque me había fijado en tu rareza... eras tan huraña. No sé si es porque estoy fumado, pero hoy te veo igual de interesante.

De verdad, no te estoy fregando. El primer día, por ejemplo, en plena clase pedí permiso para ir al baño. Después de un rato, cuando regresé, volví a pedirle permiso al profesor solamente para verte de nuevo. Y así en cada cambio de hora. No te fijabas en nadie, eras una intriga completa. En el receso lo hice de nuevo, te sentaste sola por algún rincón a comer la merienda, en la sombra del edificio de secundaria, y a mirar a los demás como si fuéramos imbéciles. Te veías autosuficiente, lejana, así querías parecer. Pasé unas cuantas veces más por la puerta de tu aula después del receso. Disimulaba mal porque te quedaba mirando como huevón, como si me estuviera

grabando tu cara. Me detuve varias veces, buscaba un gesto amigable para poder conversar. Ni siquiera notaste mi existencia hasta que en una de esas me dijiste ¿por qué me miras tanto, idiota? No sabes, me quedé paralizado por el susto y te pedí disculpas lleno de vergüenza.

—Me imagino —risueña. Ahora no me miras, tus ojos apuntan al mar, a las olas que van y vienen, y se mezclan con el olor a playa—. Si te sirve de consuelo —y esta vez me miras sonriendo—, mandé a la mierda a todo el mundo al principio. Odiaba el San Hipólito.

Lo sé. Por eso, porque soy terco, convencí a mi vieja para que me cambie de sección. Era una idea loca, pero estaba fijado. Ella me preguntó la razón del cambio y le dije que no iba a aprovechar los cursos en una sección tan bullanguera y que lo mejor era una tranquila. Había sido tan chancón en la primaria que no desconfió de mí en absoluto y esa misma tarde empezamos el trámite. Por eso aterricé en tu sección a la semana. Lo que tenía pensado era conocerte de a pocos, con disimulo, no quería que te enteraras que me había cambiado solamente por ti. A mis once años ya juraba que eras el amor de mi vida, Alma, y estaba dispuesto a hacer cualquier disparate para que te fijaras en mí.

—¿Ahí se les ocurrió lo del alquiler de amigos?

Ajá, ahí fue. Al principio tuve que resignarme con ir al fondo del salón, bien lejos de ti. No conocía a nadie en la sección nueva, pero todos sabían que me había cambiado. Cuando recién me pasé me trataron de lorna, de cojudo, no me respondían si les decía algo, me insultaban... después vino esa pendejada. Creo que no se les ocurrió a ellos, los de atrás no tenían tanta creatividad. Me parece que fueron los de la antigua sección que me odiaban por tráfuga. Es una contradicción, ¿no? Las secciones vivían para competir, para marginarse entre ellas, pero se les antojó unirse para fregarme. Pasaron el dato a la sección nueva para que me hicieran la ley del hielo. Y ya, pues, no me quedaba otra que decir que me daba igual, pero la verdad sí era fregado que no me hablara nadie. Un sinvergüenza me dijo un día si quieres tener amigos en esta sección, vas a tener que pagar, gordito. La cosa es que se extendió la pendejada que debió ser muy graciosa, ¿no?,

porque solo hablaban del alquiler de amigos, decían mi nombre y me quedaban mirando creyéndose vivazos. Como no pensaba soltarles ni un real, tenía que hacer los trabajos grupales solo, las exposiciones solo, todo solo. En el recreo tenía que esconderme porque me quitaban la comida y tenía que comprar la merienda en la cafetería. Ni modo que fuera a decirle al auxiliar de disciplina, cobarde no soy.

—¿Y llegaste a alquilar amigos?

Bueno, solo una vez.

—¿A quién?

A Noel.

—¿A Noel? No jodas.

Sí jodo. Habrá sido a mediados de primer año. Me había olvidado de hacer un trabajo que valía bastantes puntos y bueno, pues, estaba bien desesperado. Era un trabajo muy largo, lo habían dejado para la casa, ese era el problema. Si no hubiera sido tan largo, lo habría hecho en el aula. Así hacían siempre los vagos con los trabajos chicos. Pero era demasiado, no lo iba a acabar. Entonces apareció Noel y me dijo que podía poner mi nombre en su trabajo que ya estaba en limpio, a máquina de escribir encima, si le daba un poco de plata. Si fuera tu amigo alquilado sería normal ponerte en mi trabajo, me dijo el pendejo. Fue buena plata, no me acuerdo cuánto, pero no me gustó pagarle. Después ya no me habló y encima desaprobamos. Ni me saludó al día siguiente, eso del alquiler iba en serio. En fin, hice como si no me importara y seguí normal hasta que pasó lo de los ventiladores. ¿Te acuerdas lo de los ventiladores? ¿No? Resumiendo: unos huevones, Ignacio y Noel entre ellos, colgaron las mochilas de otros huevones en los ventiladores del aula. Obvio, se malograron. Eso fue en el cambio de hora, por eso no viste cómo quedaron dobladas las hélices. La que se armó cuando llegaron los auxiliares, ¡hasta llamaron a los curas! Los que tenían la culpa se asustaron y quedaron en decir que se habían malogrado solos. Era para partirse de risa porque el salón olía a quemado... bueno, yo me reía porque no había hecho nada, pero esos huevones de Noel e Ignacio ya se veían en sus casas porque los curas hablaban de expulsión, al menos temporal. A los de las últimas

filas nos dejaron encerrados a la hora del descanso, el interrogatorio empezó cuando ustedes salieron. Los curas dijeron un huevo de cosas. Que ya tenían los nombres y las pruebas, que si los culpables confesaban no los expulsarían del colegio... igual ellos no abrieron la boca. No había pasado nada, no habían visto nada. Hasta fueron tan sinvergüenzas que pidieron las pruebas, imagínate. Y ya, pues, como nadie hablaba, me sacaron del aula. Es que yo era el tranquilo, el primer puesto, el chancón cojudo que podía decirles lo que había pasado a los curas. O sea, querían un soplón.

—Entonces te vengaste.

No. Me hubiera gustado, pero una expulsión a esas alturas del año era como llevarlo de nuevo. Joderlos así era mucho. Además había escuchado que Noel ya había repetido dos años y que si repetía uno más no lo iban a recibir en ningún colegio. Al final les dije a los curas que no había pasado nada y que los ventiladores se habían malogrado por un bajón de corriente. Claro que no me creyeron, pero nadie dijo nada. Sacaron a otros, hicieron lo posible, pero nadie acusó.

¿Y crees que me agradecieron? No, pues, no lo esperaba, pero al día siguiente Noel me habló de la nada. Me preguntó ¿te gusta jugar partido?, tranquilazo. Le dije que sí, normal. Se fue, regresó después de un rato y me dijo ¿por dónde vives, ah? Y ya, pues, le dije que en la Libertad, en Santa Victoria. Me presentó a Ignacio y me dijo que ellos y otros muchachos salían a jugar los sábados, pero que casi nunca completaban su equipo. Así organizamos los partidos por un tiempo en la vereda más larga del mundo, con Tacita también, cuando eso no era un fumadero. Hace años, imagínate, así nos hicimos amigos. Después conocí a la gorda Tania porque atrás era el punto de atención. Era un cague de risa la gorda, tenía más apodos que tú y no hablaba con las otras chicas.

—Claro, fue después de conocer a la gorda —y jalas el humo de la pipa. El clima se vuelve cálido y aparecen algunas personas a lo lejos. En Pimentel el verano es la mejor época del año.

Se hicieron amigos y te viniste al fondo, con nosotros, y felizmente no regresaste más al lado de la puerta. Ya sabía tu nombre de memoria, pero la

vez que Ignacio y Noel vinieron con esa novedad me quedé mudo. Ignacio quiere estar con Alma, me dijo Noel, animadazo, me apostó a que llegan a estar antes de fin de año. Yo dije ¿qué Alma? e Ignacio me dijo enojado ¿qué otra Alma, huevonazo? La del salón, pues. Por eso se les ocurrió que nos hiciéramos amigos, para ayudarle a Ignacio a que estuviera contigo. Igual les conté cómo me habías tratado la primera vez que te hablé. Sí, ya sé que es una fierita, dijo Ignacio, pero Noel le recordó que la apuesta estaba hecha. Llegó el fin de año, no pudimos hacernos amigos e Ignacio perdió.

A fin de año me di cuenta de que me gustaba estar al fondo, no quería cambiarme por nada del mundo. Es que nadie que se sentara ahí se perdía lo que hacían los que se juraban vivazos. Claro, a ti te encantaba que hicieran esas sonseras. Así fue con lo de los cohetones, ¿te acuerdas? Los profes gritaban histéricos ¿quién ha encendido pirotécnicos en el aula? y todos en coro no sé, profe, no he visto nada y al fondo se escuchaba por fiestas patrias y nos partíamos de risa porque seguían preguntando por el culpable y ya, pues, cuando se cansaban decían tres puntos menos en disciplina a los de la fila de atrás, entonces se armaba el alboroto, protestábamos en coro, pero no es justo, nadie ha visto nada, no ha pasado nada. Al fondo nos poníamos de acuerdo para volar los fusibles, boicotear las clases de los profesores practicantes o cagarnos de risa solo porque sí de los videos de Sexualidad. Claro, yo colaboraba con mi silencio, no era el acusete de primaria. Había cambiado aunque ningún profesor se quejara de mí. Nadie pensaba que era capaz de hacer algo malo con mi reputación de niño intachable y mis buenas notas. Por eso te digo que no estuvo mal, fue una buena forma de pasar esos años. Sabes, en el fondo me moría por llamar tu atención, Alma. De eso también me di cuenta a fin de año.

—¿Y te acuerdas del verano? —con una sonrisa. A mí me da gusto que sonrías y te pongas alegre al menos un rato.

Cómo olvidarlo... cuando acabamos ese año sabía que eras de Santa Victoria, de la zona de La Consolación, pero ni siquiera me imaginaba que vivías a la vuelta de mi casa. Ese verano me cansé de esperar y me propuse ubicarte antes de pasar a segundo año. Estuve parado en el balcón que da

a la avenida, a toda hora hasta que una tarde vi que corrías a Los Pinos a toda velocidad. Bajé como loco, confundido porque no sabía muy bien qué hacer. Te busqué, pero no estabas. Entonces se me ocurrió ir a la vuelta, a La Consolación. Desde lejos me partí de risa, ¿te acuerdas por qué? Estabas llorando porque te habían mojado, el huevón de Martín Piscoya te había empapado a bombazos y le decías su vida a gritos. No te metiste a tu casa, te quedaste sentada en el umbral un rato porque más que tristeza tenías cólera. ¿Te acuerdas que me las quise dar de malosito? Me aguanté las ganas de reír y me fui directo hasta donde estaba Piscoya. Ese huevón no dejaba de partirse de risa delante de ti y al verme me imagino que se habrá sorprendido de mi cara de asado. ¿Qué pasa, Dieguito?, me dijo encima el pendejo. De frente le metí un puñetazo en la cara que me dejó doliendo la mano. Para colmo le dije como buenazo para que no te la des de abusivo. De ahí no sé, se desconoció, me cogió del cuello de la camisa y me reventó a puñetazos en plena calle. Me parece que es un año menor que yo, pero en ese rato se volvió loco: me agarró a cocachos y tú le dijiste que no me siga pegando y felizmente te hizo caso. Bueno, me insultó un poco más y me amenazó, pero se fue. Así te conocí. Me dijiste ¿estás bien?, ¿puedes ir a tu casa solo? Sí podía, te di las gracias y te dije tu nombre, entonces te acordaste que estudiábamos en el mismo salón del San Hipólito. Me dijiste que era un huevón y que no necesitabas que nadie te defendiera, pero creo que igual me diste las gracias. Me fui rápido a mi casa, me puse a llorar antes de tocar la puerta. Martín Piscoya pegaba duro.

Después, cuando entré, mi vieja me dijo Dieguito, ¿qué te ha pasado? No te rías, así es ella. Le dije bien firme mamá, yo me llamo Diego, no vuelvas a decirme Dieguito.

—Recién me entero de la segunda parte de la historia —con entusiasmo, después de las carcajadas y de las veces que me has interrumpido para complementar. Ahora acomodas una manta sobre tus piernas—. Ya no jugaba mucho a los carnavales en secundaria, pero ese payaso de Piscoya... no me cobré la que me hizo.

El puñetazo le debe haber dolido para reventarme con esas ganas.

—Te pasaste de huevón —risueña, pero enojada—. ¿Cómo se te ocurrió hacer eso?

De chibolo uno hace tonterías, tú sabes. Como cuando entramos a segundo año y me daba pánico hablarte. Me moría de vergüenza.

—Pero llegamos a hablar. En segundo no éramos grandes amigos, pero ya hablábamos.

Te hablé, sí, pero andabas de mal humor...

—¿Por qué dices eso?

Estabas a mi costado en un círculo que habíamos hecho para una tarea. Me dejé de cosas y te hablé.

—¿Y cómo te fue?

Estábamos en un grupo, las carpetas en círculo. Creo que hacíamos unos problemas de matemática, teníamos mucha prisa porque eran demasiados. Yo estaba al lado de la gorda Tania y al lado de ella estabas tú. Ignacio ya no se moría por conocerte porque Noel le había ganado la apuesta y ahora andaban tras una chica que les parecía más rara que tú. Así se divertían ellos. Yo las escuchaba conversar, fingía desarrollar los problemas, pero no avanzaba del primero y de algunos garabatos. Era tímido, las veces que había podido saludarte bajaba la cabeza y seguía de largo. Pero esa vez la gorda Tania se marchó y me dejó ante ti. No sé, me pareció que todos me miraban o que se iban a retir, que el olor a jabón que tenías se había multiplicado por mil, que el mundo se iba a desmoronar sobre mí. Pero tuve valor para hablarte. Te dije que tenías unos ojos muy bonitos.

Me atrevo a mirar los dedos de tus pies flacos, enterrados parcialmente en la arena de playa, tus piernas flexionadas y tapadas con la manta por el frío, tus brazos apoyados en diagonal como botareles y tu cuello torcido, terco hacia adelante. Arrojas un poco de humo y clavas la mirada en el mar de Pimentel. Acostado, alterno mi vista entre el cielo y tú y espero que me pases la pipa. Cómo quisiera pasar mi mano por tu pelo. Quiero, pero tengo miedo de dañar tu cuerpo enfermo. Me gustaría que estos días de verano no acabaran para no regresar a la ciudad y tener que enfrentarme a mi vida.

—¿Así me dijiste, sin más ni más? —preocupada. Vuelves a jalar el humo y tus ojos se hacen enormes. Tienen una fuerza extraña, me presionan.

Así de la nada.

Me pasas la pipa y vuelves a perderte en el mar, a rechazarme sin piedad, a sentir lo inevitable, porque quiero estar contigo, quiero destruirme contigo.

—¿Y qué te dije? —sin mirarme, más seria, con la sonrisa ausente. Tal vez es mejor así, se me hace difícil enfrentarte cuando me apuntas con los ojos.

¿Eso es un piropo?

Expulso el humo, evito los escalofríos y la tos. Pienso que tal vez fue una mala idea sentarnos en la playa a esta hora, ayer te vi mal, pálida por los vómitos que se prolongaron hasta la madrugada. Salí a correr esta mañana para olvidar tu agonía. No supe cómo rechazarte cuando te encontré en la puerta, al regresar, y me dijiste *vamos a caminar por ahí*.

—¿Estás temblando o me parece? —sin mirarme, tu vista transita rápidamente por mis piernas.

No, nada, ya se me está pasando.

En silencio me olvido del frío, del miedo, de la rabia. Lo pienso, no quiero un trabajo ni ser como mi padre, ni siquiera quiero ser padre, no quiero regresar a Chiclayo. Quiero morir contigo, Alma, quiero olvidar, escapar, tener más días como este para no pensar en lo que nos pasa.

—¿Así fue? ¿Eso es un piropo? —con indiferencia, como si no te importara haber sido tan dura en segundo año, porque mi vida es demasiado caótica, como si siguiera molestándote lo idiota que fui en la secundaria, porque todos esperan que haga lo que detesto, como si en realidad nunca hubiera significado nada para ti, porque no puedo desfogar con nadie más lo que tengo dentro, como cuando me decías *no eres nada para mí, vístete, no te quiero* después de que hacíamos el amor, porque estoy atrapado en lo que no quiero, como si te siguieras riendo

después de jugar conmigo, porque siempre fui un niñito de mamá, como si todavía me hicieras llorar—. No sé qué decirte, Diego.

Me dolió mucho porque estaba enamorado de ti.

Entiendes lo vulnerable que soy, lo mucho que todavía te necesito, pero solo acomodas el cabello que se amontona en tus labios. Suspiras, pasas tus manos por las heridas de tu cara, con cuidado. A mí también me duelen tus poros dilatados por los días de sol playero, Alma, a mí también me estremecen tus abscesos, pero ahora necesito tu piedad.

Me lo dijiste así, como si fueras a patearme si seguía preguntando.

—Debiste pensar que era una perversa, una loca del carajo...

Quería ser tu amigo, pero creo que en el colegio nunca estabas de humor, es un reclamo, yo también odiaba el colegio, reúno fuerzas porque necesito decírtelo, pero no tenías por qué tratarme así, como basura, y ya no puedo detenerme, incluso después, cuando nos fugábamos al Espiral con Ignacio. Me tratabas como si fuera una porquería.

—No era el colegio, ¡era Freddy! —y tus ojos se hinchan—. Sabes muy bien lo que pasaba con Freddy —mi corazón va rápido porque mencionas ese nombre, sé adónde quieres llegar—. Tú eres el único al que le he contado todo y el único que me reclama porque un par de veces te traté mal... y después dices que soy una histérica, la que se ahoga en un vaso de agua. No jodas, Diego, ve a llorarle a tu mamá.

Silencio inevitable, un rato que parece un millón de años.

¿Un par? Después también, cuando estuviste con Ignacio pasaba lo mismo.

—¿Qué querías que hiciera si estabas en medio de nosotros? —casi es un grito—. ¿Querías que te dé esperanzas? —me abrumas, pongo mi cabeza sobre mis piernas flexionadas y me cubro con las manos; sé que acabarás conmigo y no quiero que me veas destruido, me da vergüenza—. ¡Jamás imaginé que estaría contigo, Diego, ni siquiera eras una alternativa!

Podría darme risa porque en el verano te buscaba como loco, pensaba que fuera del colegio iba a ser más fácil conocerte... no sabía nada de Freddy, juraba que era el colegio lo que te jodía tanto.

Viene un silencio corto, no dejo que intervengas.

Hasta rezaba para que fueras mi enamorada, maldita sea, ¿te imaginas cómo me siento cuando me acuerdo de lo huevón que he sido?

Ya no me importa mirarte, vigilar tus reacciones, tus quiebres, no me importa.

Ahora suena tan imbécil porque ni siquiera era tu amigo. Pasó el verano y lo mismo, te volvía a encontrar de nuevo en el salón del San Hipólito, después de vacaciones, pero no estabas de humor.

—En vacaciones mis tíos venían a Pimentel conmigo, ya tenían la casa de playa... así me escapaba de Freddy, eran los tres mejores meses del año —como una autómatas, pero suavemente. No me miras, no tienes ningún gesto en la cara. No te importa si te creo, tampoco lo que acabo de decir. Es como si te hubieras acostumbrado a pensar en Freddy. El sol empieza a calentar y ya no tiemblo. El recuerdo de lo que te hacía cuando te dopaba. Algunos bañistas se asomaban tímidamente. La confusión que te producía, la contradicción entre placer y asco. En unas horas la playa estará repleta—. No sé por qué llegamos a Freddy, no quiero hablar de él.

Es por la hierba, la dejé un tiempo y ahora me mareo con unos toques, hablo demasiadas tonterías.

—¿La hierba? —con sarcasmo, como si de nuevo fuera un chiquillo torpe—. ¿No se te ocurre algo más original?

¿Por qué no te enamoraste de mí, Alma? Seríamos tan felices...

—Ya empezaste —con odio—. No hay remedio. ¡Eres un caso perdido, un rencoroso!

No habría Ignacio que se nos pusiera delante, viviríamos tranquilos...

—¿Tranquilos?

No me importa lo que pienses ahora. Es la hierba, lo sé.

Ignacio regresó en diciembre del 87, ¿no?

—Ignacio, Ignacio, Ignacio —harta—, siempre es Ignacio —tú también quieres desahogarte—. ¿Por qué no aceptas que nuestra relación

era una mentira? —y me tomas de los hombros y me miras a los ojos—. Yo no te quería, Diego.

Mentira. Seguiríamos juntos si Ignacio no hubiera regresado. Él echó todo a perder.

—No te engañes, pequeño, seguía enamorada de él —con vergüenza—. A ti te quería como un hermano... te quiero como un hermano.

¿Aún estabas enamorada de él a pesar de lo que te hizo?

—Quería vengarme, pero en el fondo aún lo seguía queriendo —con cólera, y me apuntas con tanta fuerza que tengo que mirar la arena—. Te pedí que vinieras a Pimentel, pero no para que habláramos de él, ni de hospitales o de terrucos. Quiero descansar, ¡entiéndeme!

Escogiste a la persona menos indicada, lo tengo todo guardado, pero no me entiendes y tratas de aniquilarme, necesito sincerarme, estoy perdido, de verdad, estoy perdido, no quiero ser tan débil, ni que me tengas lástima, siempre he sido el huevón de la historia, quiero soltar lo que solo puedo decir ahora, ¿a ti no te molestaría ser la idiota de la historia? y no espero que respondas. A mí me dolía que Ignacio hablara de lo bien que les iba juntos, de lo bien que la pasaban en el Espiral... hasta de lo bien que tiraban... ¿crees que no me dolía que me dijera eso?

—Pero si estaba con él, ¿qué esperabas? Además Ignacio era un fiasco en la cama, ya lo sabes.

Por eso mismo, el único que se creía las mentiras era yo, el huevón.

—Entonces no sé qué quieres que te diga —me pasas la mano por la espalda y por fin te decides a abrazarme con fuerza—. Las cosas pasaron así y no podemos cambiarlas —con ternura áspera, la de quien no está acostumbrada a consolar—, ahora tienes que trabajar y salir adelante por tu hijo —vuelves a desordenar mi pelo, pero no te creo; jalo el humo turbio hasta el fondo, cierro los ojos—, mira que yo ni siquiera puedo pensar en el futuro...

No es que me arrepienta, no es eso. Te juro que no dudaría en cambiarme de sección en primer año y perseguirte como un imbécil enamorado durante toda la secundaria. Haría lo que fuera para caerte bien en las primeras clases

de la universidad y lo que fuera para que no me dejes. Volvería a hacerlo todo con tal de que te quedes conmigo.

—Tienes unos arranques, Diego...

Ignacio me decía lo mismo.

—¡Ignacio otra vez! —harta—. ¿No puedes dejar de mencionarlo? El tipo está más jodido que nosotros, en una casa de adictos, ya no debería importarte...

No puedo dejar de compararme. Necesito probar que soy mejor, me siento menos.

—No te entiendo... ahora no tiene importancia, hombre.

¿Te conté de esa vez que se apareció en mi casa para despedirse, antes de viajar a Lima? Me tocó la puerta un domingo, estaba chinazo porque venía de fumar con Tacita. Dijo que teníamos que conversar. Yo estaba de pésimo humor, en una semana iba a ser mi examen de admisión de la Particular y no quería fumar. La hierba me pone brutazo. Le pregunté por ti y por todos, me había desconectado del mundo para estudiar. Me dijo que ustedes habían estado en Pimentel el día anterior y que no podía estar en la casa de Tacita porque sus abuelos tenían visita. De lo más fresco me pidió prestado el balcón de mi casa para fumar. A mí me jodía que fuera tan sinvergüenza, pero me convenció. ¿Sabes dónde había estado fumando Ignacio en esos días? En el baño de su casa. Que no te sorprenda que haya acabado como acabó. Se quedó trapo en el mueble un rato, andaba cansado, tenía los ojos hinchados. Felizmente no había nadie, mi vieja estaba en La Consolación y mi viejo seguía en Ayacucho. Lo desperté para ir al balcón apenas encontré mi pipa. Nos pusimos a fumar y se le dio por hablar del futuro. Le conté de mi examen de admisión que era la siguiente semana y me contó que tú ibas a postular y al parecer Tacita también. Le pareció bien que nos pasáramos del San Hipólito a la Particular, pero él no se incluyó. ¿Y tú, huevón?, le pregunté tan inocentón...

—Me voy a Lima porque ya acabé de divertirme con la estúpida de Alma —irónica, con rencor—. Seguramente eso te dijo.

Tranquila, tranquila, no lo soltó tan rápido. Me cambió de tema. Primero hablamos de la vereda más larga del mundo que se estaba haciendo un emporio. Después empezó con otra cosa y me distraje, me pegué mirando ese parquecito que está atrás de La Consolación. Ignacio habló de sus cojudeces, él también estaba volando... oye, ¿te acuerdas que medio salón se te quería declarar? En la sección decían que a todo el mundo lo mandabas al diablo, pero hasta el más despistado se daba cuenta de que te morías por Ignacio.

—¿Otra vez? —y me pones tus manos en el cuello, juegas a estrangularme—. Olvida que estuve con ese huevón.

Cuando íbamos a hacerle barra al estadio se te notaba a leguas, te ponías loquita por él, y eso que ni siquiera ganaba medallas. Tú eras fiel, te emocionabas cuando corría, gritabas su nombre, no creías en nadie más.

—¡Basta! Me estabas contando otra cosa.

Sí, sí, lo de la despedida... me juré que esa vez iba a ser la última, pero mírame, ahora estoy fumando de nuevo ¿Ignacio había terminado contigo el día anterior, no? Yo no lo sabía aún, me había propuesto olvidarte. Mi meta era encontrar en la universidad una chica que me quisiera, pero igual me sentía cobarde por no haberte dicho lo que sentía... En fin, me quedé tan dormido por fumar esa cosa que Ignacio me tuvo que despertar, me preguntó si estaba bien. Qué vergüenza, seguramente yo había estado hablando de más, pero más vergüenza me dio preguntarle. Le presté atención, lo escuché insultar a la gente del Rumbasabor, los odiaba a muerte, siempre ha sido un vago... y se puso nostálgico. Me dio palmadas en el hombro y me dijo te voy a extrañar, huevón, ojalá te acuerdes de esta última fumada. Entonces le pregunté que de qué última fumada hablaba. Ahí recién me dijo ¿no sabes? Me voy a estudiar a Lima. Me quedé frío, era una noticia bomba, y ya, pues, me contó que viajaba esa noche, que sus cosas estaban hechas y que había ingresado a Publicidad en diciembre, apenas salimos del colegio. Después de un rato recién me acordé de ti, ¿no te digo que la hierba me pone brutazo? Le pregunté si ya te había dicho. Él tranquilazo, ah, no creas que estaba triste. Me dijo que ya sabías, que tu reacción no había sido tan mala y que igual ya no podía hacer nada. Le dije su vida, que era un desconsiderado,

una cagada. Hasta le dije ¿y por qué no me contaste antes? Se rió nomás. No te hagas, te conozco, si te decía, corrías a contarle a Alma. Sí, la verdad es que te hubiera contado, no me gustan las pendejadas... el hecho es que me había caído un regalo del cielo, de nuevo tenía esperanzas contigo.

El resto de la historia ya la conoces: ingresamos a la Particular, nos conocimos, me mandé, estuvimos, me contaste tu vida, yo la mía... fue la mejor época de mi vida...

Me abrazas, sonrías, pero sigues mirando el mar.

Y también me acuerdo del día en que Ignacio volvió, en diciembre. Hasta de lo malo me acuerdo... terminaste conmigo en cinco minutos, esa noche que me dejaron botado en Santa Victoria con Noel borracho. De todo me acuerdo, por eso digo que Ignacio nos arruinó.

—Ignacio, Ignacio, Ignacio —te burlas de nuevo y juntas tu cabeza a la mía.

No te hagas, desde hace rato estoy hablando de él y recién te quejas.

—Tú no te hagas —risueña—. Espero que con esto te hayas desahogado —y me propones huir a la casa de tus tíos porque pronto los bañistas se apoderarán de la zona.

OYES EL RUMOR del mar a lo lejos y ves el muelle ruinoso estampado en un atardecer inconcluso. Diego te acaricia la cabeza, sientes sus manos de dedos mansos como si fueran enormes. No hace frío, estás cansada, el clima es perfecto. Reposas tu nuca sobre sus piernas y el resto de tu cuerpo sigue en el cómodo sofá. Cierras los ojos y tratas de olvidar de una vez por todas la última temporada en el hospital, las correrías por las transfusiones de sangre y los análisis para descartar el sarcoma.

Todavía recuerdas las conversaciones que tuvieron esos días, que en realidad fueron monólogos, pues tu garganta ardía demasiado para abrir la boca. Te conmueven aún sus intentos de hacerte sonreír en períodos

tan adversos, cuando la muerte parecía rondar la habitación antiséptica y un puñado de médicos jóvenes te estudiaban por ser de los primeros casos reportados de una enfermedad tan severa. Las veces que Diego no estuvo a tu lado no hubo manera de olvidar los apagones, el ruido y el miedo de la ciudad que les reprochaba haberse contado los demonios de sus años infantiles luego de algunas obscenidades tiernas. Esos días con Diego fueron lentos, iguales. Entonces ya no había sexo, habían superado esas ansias, pero estaban atentos a tus pocas mejorías. Lo veías y te recordabas a ti misma cuando querías a Ignacio. Parece un chico bueno con su chompa amarrada al cuello y los ojos cerrados: con tus traumas hiciste que jurara que eran las caras de una misma moneda, pero sabes bien que son historias distintas.

Coge tu mano con ternura aunque no se lo hayas pedido y muestra su sonrisa divina. Cierras los ojos tranquila porque sabes que no es compasión, sino amistad. A pesar de sus rígidas condiciones, el hospital no te impedía pensar en Pimentel, en su playa de arena tosca y en el ánimo ajeno de los veraneantes. Piensas en el tiempo que te queda, en la etapa terminal. Tumores e infecciones. Fiebres, vómitos, diarreas y quizá locura y ceguera. Serán años dolorosos, sin sexo, sin Espiral, sin treintones, sin abuelos. La enfermedad te consumirá lentamente. Nunca fuiste ambiciosa, cuando hubo excusas para vivir no pediste más. Ahora que no tienes ninguna solo quieres justicia.

No dices nada y a él no le importa. Tus miembros flacos y cansados se enfrían después de que el sol se oculta. Tu cara demacrada conserva una sonrisa en la penumbra. Sus ojos negros brillan y sientes que de nuevo te jura que te querrá para toda la vida. ¿Por qué se enamoró de ti? Tiene los ojos cerrados cuando abres los tuyos y sonrío con sus dientes grandes de conejo. Te gustaría saber qué siente y decirle que pasaste momentos muy buenos con él, que te gustaba sentirlo inocente a tu lado, pero no vas a vivir mucho tiempo y no es conveniente, debes dejar que se haga cargo de su familia. De todas maneras ya estabas satanizada cuando los médicos te prohibieron que te acostaras con más hombres. Diecinueve

años y esas malditas ganas. Según ellos la salud empeoraba al volver a tener contacto con el virus. Diego abre los ojos y felizmente no tiene idea de lo que piensas, su sonrisa es inagotable, no se pierde en el silencio. Te mira a la cara, quizá se fija en tus abscesos o en tus ojeras. A él le gustaría quitarle la máscara a Freddy. A ti también te gustaría, pero sabes que sería un exceso, alcanzaría incluso a quienes no lo merecen. No te esforzaste en ser buena con Diego, tiene razón, lo trataste como a un gusano. Hasta adivinabas sus mentiras piadosas, los supuestos buenos deseos que enviaban los amigos de Santa Victoria y del San Hipólito. Mentiras al fin y al cabo. Para todos esos supuestos amigos no eras más que una peste infinitamente despreciable.

Llama a tu casa y pregunta si hay novedades, le ordenas repentinamente. Él te mira extrañado. Le señalas el teléfono, te incorporas y enciendes las luces de la sala. Está sorprendido, pero obedece. Marca el número, la primera vez no logra comunicarse. La segunda vez le contestan. Lo escuchas sorprendido, asustado, el ceño fruncido, las manos inquietas. ¿Por qué lo alejas de ti? Te preguntas qué pasa y piensas en los cuerpos despedazados que dejan los estallidos de los terroristas. Piensas en lo peor. Cuelga y te dice *es grave, mi viejo se escapó, no está por ninguna parte*. Te pregunta cómo puede llegar a la ciudad deprisa. Tu tío puede llevarlo, vendrá pronto, pero él no puede esperar. Le indicas el paradero de colectivos desde la calle, te da un abrazo fuerte que crees el último y lo ves alejarse presuroso por el malecón hacia la ciudad. No debes inmiscuirte en su vida, ya tiene bastantes problemas.

YA ES MOMENTO de contar mi verdad.

No siempre fui tan puta como la gente cree, no estaba contaminada antes de que mi padrastro apareciera. Sé lo que ahora soy. En las mañanas de estos meses evito mirar esa cosa horrible que sale en el espejo, prefiero tirarme sobre

la alfombra y hacerme la idea de que moriré sin dolor. Estoy más enferma que antes y no habrá mejorías; la fiebre y los vómitos fueron invencibles hasta hoy que por fin tengo fuerza suficiente para apoyarme en mis piernas, caminar unos metros y abrir la ventana. No me gusta asomarme porque a veces encuentro beatas histéricas que me insultan desde La Consolación o chiquillos indiscretos que se me quedan mirando con curiosidad.

El tiempo de la enfermedad no solo lo pasé aquí, en Chiclayo, también estuve internada en un hospital capitalino para escuchar el mismo diagnóstico desesperanzador. Hasta hace poco no dejaba que una sentencia acabara con mis ánimos, iba al Espiral y me perdía con amigos fiesteros capaces de lo que fuera por un polvo conmigo. Fueron buenos meses, no tenía erupciones en la piel, no era este pedazo de carne enferma. No quiero dar lástima, no la necesito, pero me gustaría que Diego viniera a conversar conmigo un rato, a contarme novedades como si nada hubiera pasado. Es el único amigo que me queda y me apena no saber de él. También está mi madre, que se resigna a darme pastillas y rezar por la noche. Sabe que soy como soy y que así moriré, no dramaticemos.

Me gustaría seguir siendo la chiquilla que aceleraba sus últimas noches adolescentes para olvidar que la vida apesta demasiado. En estos días no tengo valor para pensar en lo que pasará conmigo si decido continuar. Prefiero regresar al pasado, ver encima de mi escritorio la fotografía de mi papá muerto que mi madre quiso cambiar por la de Freddy hace años. Está junto a un mechón de pelo amarrado con un lazo cubierto de polvo; y también está el último libro que leí de todos los que Diego me prestó. De ese no he olvidado el inicio, una confesión brutal: «Yo tenía veinte años. No le permitiré decir a nadie que es la edad más hermosa de la vida».

Aunque sea difícil de creer, alguna vez fui una niña rara e inofensiva, alegre sin amitriptilina. Quisiera recordar más, pero cada vez que lo intento vienen a mi cabeza las escapadas a Pimentel, siento en mis manos la cara tibia de Ignacio con arena de playa y el aire húmedo desde una terraza frente al muelle de luces oscilantes. Me recuerdo bailando en el bar de algún jironcito perdido: me gustaba unirme a los campamentos de desconocidos, beber hasta

no poder más y cantar las canciones menos tristes de Sui Géneris. El resto del año me refugiaba en el Espiral para olvidarme de mí misma. Ahora ya no puedo, me creen una peste y me han prohibido la entrada. No guardo rencores porque ahí pasé buenos momentos. Me destruía con ganas como si la vida no fuera tan larga. Cualquiera que me haya tratado como la niña del coro de La Consolación me desconocería ahora. Nadie imaginó este monstruo, ni siquiera yo. Aunque haya tratado de inventarme con madurez, con unas ganas de vivir irresponsables, dudo de si alguna vez logré ser valiente. Fui una niña normal, inocente antes de que el maldito se robara lo último que podía ser mío y me violara sobre esta misma cama.

No quise enterarme bien del asunto de la muerte de papá porque soy consciente, y esta habitación es testigo, de que a mí y a mamá nos incomoda demasiado hablar del tema, sobre todo cuando nos miramos las caras sin saber en qué momento empezamos a distanciarnos. A ella le desagrada que traiga el pasado a una conversación del presente para saber por qué dejamos de ser madre e hija. A pesar de ese odio común que tenemos, estoy segura de que muchas veces hemos coincidido en un reclamo de justicia, a una suprema, a una divina. Qué sé yo. Estoy segura de que a solas hemos llegado al melodrama ridículo sin obtener respuesta. Me pregunto si es necesario saberlo. ¿Por qué tuvo que morir cuando su relación no era esa rutina en la que se convierten todos los matrimonios después de un tiempo? Quisiera saber dónde dejé la amitriptilina para hacer algo más que recordar el pasado que no podrá cambiar. Sé bien que el presente se ve más aterrador con los terroristas y la crisis, pero no me importa. O tal vez sí. ¿Cómo explico que recurra tanto al pasado para explicarme en estas horas? Es la muerte de papá, el inicio de la reacción en cadena que es mi vida tiene que ver con su muerte. Ese día no nos movimos de casa, jugaba sin preocupaciones uno de esos juegos que de niña me gustaban porque él había prometido regresar temprano de hacer un cobro de feriado. Recuerdo cómo me regaló su sonrisa generosa con sus dientes blancos y pequeños de ratón la última vez, veo aún sus ojos negrísimo y su barba joven que no hacía daño, que se movía extraordinariamente cuando soltaba una carcajada como las de Diego, cuando me daba un beso después

de contarme un cuento demasiado falso, pero encantador. Todavía siento la noche y el suspenso de la llamada telefónica, la piel tensa y los golpes sanguíneos llegan a mi nariz antes de llorar.

Mamá se levanta, maldice la pereza y me encanta porque me hace reír. Tose, se apura en contestar y por eso va descalza. Descuelga el fono, espera y dice aló, sí, ella habla, ¿qué pasa? Me llama la atención la forma en que continúa, tan fría, como no es ella. Sueña desconfiada, toma aire y mueve los pies como si trotara. Eso lo hace cuando algo le preocupa, soy su esposa, sí, salió hace horas, ¿qué pasa? y su voz se quiebra un poco y luego es un cristal contra una roca. No puedo estar más atenta, me intrigan las intuiciones que tengo para las malas noticias. Siento miedo, trato de adivinar, pregunto y no obtengo respuesta. ¿Y cómo está él?, de quién habla, mamá, ¿quién es?, me acerco y me olvido de todo. Lo sé porque no soy tonta, muy dentro de mí lo sé, no, no puede ser verdad, es un error, solamente salió a una diligencia, se le quiebra la voz, trata de negarlo, escucha un rato largo, en silencio, sin resignarse, y tiembla. Luego me mira, sé qué significa esa mirada.

Pide los porqués, me esquiva, sus ojos son enormes y desolados, agradece sin gratitud al que ha llamado. Mamá, ¿qué pasa?, ¿por qué lloras? y me desespero.

Me dijo que estaba muerto después de muchos rodeos. Ha pasado algo muy grave y sus lágrimas se desbordan. ¿Qué era?, ¿por qué llorabas así?, ha sido tan rápido que no lo puedo creer, su llanto no la deja articular las palabras, no sé cómo decírtelo, suspira y yo lo sabía, trago saliva como ella, pero no me ahogo, tu papi ha tenido un accidente, mis piernas también tiemblan, mi terror infantil no quería que me dijeras eso, mamá, tenía que ser mentira. Está muerto, estalla con brusquedad. Continúa, habla perdida en un monólogo confuso, me dijiste que no había sufrido, querías

convencerte a ti misma, pero era falso, mamá, le dispararon a quemarropa para robarle y lo dejaron en la mitad de una avenida, estaba arrinconado en la morgue cuando me lo confesaste. Quería llorar, pero no podía; no pensaba en nada, estaba ida, mamá.

Parece como si hubiera sido ayer, es dolor en cámara lenta, rebota como el sabor del café y las pastillas que no se han ido de mi garganta adolorida, atrofiada por esta enfermedad. Resuenan todavía las llamadas telefónicas de la familia de Lima y los lloriqueos dolorosos de mamá, la recuerdo suplicando que vengan de la capital en el primer vuelo posible: no tenía ganas de recoger sola el cuerpo. Aún me afectan las palabras, lo que no entendían mis cinco años. Mamá atropelló la pena absoluta que no me dejaba llorar, se puso histérica y volvió a decirle por teléfono a la familia: muerto, ladrones, balas. Me dijo que teníamos que ser fuertes, que saldríamos adelante.

No fue fácil, pero la muerte de papá pasó como todo en mi vida. El velorio fue en nuestra casa, con los tíos y tías, primos y primas de la capital que alguna vez había visto en fotografías y que me miraron como si fuera un bicho raro. Me tuvieron pena porque papá estaba metido en un ataúd marrón y brillante, sobre unos soportes metálicos tan altos que no podía escrutarlo por mí misma. Me alzaron para ver su nariz taponeada con bolas de algodón, su pelo tieso por la gomina y la piel de su rostro verduzca por la afeitada.

Es de esas imágenes que no se van, es como sobrevivir en la escuela con las preguntas de las compañeras. Ahí empecé a mutar, me alejé de todos para ser diferente y odiar. Odié a las mamás de mis compañeras de kinder que trajeron arreglos florales al velorio para enterarse al detalle del chisme de la semana. Odié a los tíos que me dieron propinas y regalos para amortiguar el dolor. Cuánto te extraño, papá, si no te hubieran matado, no estaría aquí. Si estuvieras vivo, seguiríamos en la casa de Patasca, no habría estudiado en el San Hipólito y habría entrado de tu brazo a una de esas fiestas de quince años imbéciles y pomposas que tuvieron las otras chicas, ninguna mejor que yo. Y si igual hubiera conocido a Ignacio, te lo habría contado y tú me habrías dicho que esperara a alguien mejor, a Diego. Entonces no habría sido

tan puta. Sé que no saco nada de esta tortura, papá; estás muerto, Diego va a tener un hijo y yo moriré hoy.

Esta habitación es parte de lo poco que me queda, parte de la casa que fue pequeña, un remedo de lo que es ahora. Mamá pudo comprarla después de vender la de Patasca. Fue un pésimo negocio, pero al menos tuvo coraje, luchó contra el estereotipo doméstico. La primera vez que vi la fachada no me gustó porque era la más fea y la única de una planta en esta calle. Mamá se empeñó en comprarla por el precio y así nos mudamos aquí, con La Consolación al frente y la avenida Libertad a espaldas. En esta casa, mamá trató de salir adelante sin el apoyo de la familia de Lima, invirtió el dinero del seguro en negocios pequeños y perdió lo suficiente como para no volver a arriesgarse. No pasó mucho tiempo cuando confesó que no nos quedaba dinero. A mí no me molestó tanto vivir con la idea de ser pobre, dar los exámenes del colegio a destiempo por no pagar las boletas y lamentar mis seis años en una fiesta miserable que no vale la pena recordar.

Me incomodó el empeño de mamá por rechazar la ayuda de los parientes de Lima. Contesté el teléfono muchas veces y traté de leer en secreto las cartas que mis tías le escribieron. A mis seis años entendí que le pedían que pensara en mi futuro. Mamá no aceptó. No somos mendigas, fue su frase de batalla y me hizo mentir, si te preguntan, les dices que esta casa te gusta, con amenazas. Las tías trataron de conquistarme. De ninguna manera, no necesitamos de nadie, ¡qué se han creído! Mamá puso mil excusas.

De vez en cuando la odié con mis ridículos seis años porque me gustaba la idea de vivir con mis tías solteras que compraban montones de juguetes a sus sobrinos. Se lo contaba, se lo gritaba como una exigencia, entonces mamá me pegaba despacio y me decía tú no sabes nada, eres mi hija y harás lo que te diga.

Y de repente, un día, entró Freddy en mi vida.

Conocí a mi enemigo a la hora del almuerzo de una tarde de primavera. Estacionó su carro precioso frente a la casa, debajo de un árbol que ya no existe. No me hubiera llamado la atención un carro en la puerta, pero vi a mamá dentro de él. No quise adelantarme, pensé que ella podía estar

haciendo cualquier cosa con ese viejo de pelo y mostacho gris, cara colorada y lentes oscuros, cualquier cosa menos salir.

Después de esa tarde que conocí al maldito, las salidas de mi madre fueron nocturnas, y varias. Mamá me compró ropa cuando había dicho que no teníamos dinero, asistió a fiestas cada fin de semana y hasta me trajo regalos. Fui tan tonta que ni siquiera imaginé que mi enemigo estaba cerca. Mientras tanto, en la escuela, mis compañeras repetían con crueldad los chismes caseros. Dicen que tu mamá está buscándote un papá nuevo, querían hacerme llorar, pero no siempre lo conseguían. Las semanas de octubre pasaron y no me atreví a enfrentarme al problema. Empezamos a ir a misa de mediodía (antes mamá me obligaba a ir con ella a la de las seis de la mañana), entonces aproveché para pedirle a Dios que ella se olvidara de ese viejo horrendo, pero no fui escuchada. Mamá se veía feliz, tenía ganas de usar ropa colorida de nuevo, ponía la radio y tanteaba pasos de moda que coincidían con la música ensordecedora que rebotaba en las paredes.

Sus amigas también venían algunas noches de semana, yo me desvelaba escuchando sus conversaciones. ¿Y cuándo se lo vas a decir?, todavía está mi rabia al morder la almohada, es que no puedes seguir con eso, él se va a casar contigo y ella es tu hija, todavía las lágrimas tibias, ya, mujer, pero eso no es suficiente, mis propios ahogos, tienen que verse, tratarse, a Alma no puedes decírselo de la noche a la mañana. Eso nunca te lo perdoné, mamá, nunca porque tú te reías mientras yo estaba segura de que ese viejo horrible no podía reemplazar a papá. Miraba a ese señor que se lucía en las calles de Santa Victoria sin atreverme siquiera a comparar. ¿Qué me miras, lindita?, me decía Freddy con paciencia fingida. Lo veía venir como un meteorito, era imparabile. Ese viejo no tenía la voz de papá, sino una aguardentosa; tampoco sus manos cálidas para arropar porque las de él eran duras y frías. No he olvidado sus manos, cada vez que las recuerdo tengo que tragar saliva y seguir en silencio... no puedo olvidar lo mucho que Freddy se divirtió conmigo, ni siquiera con un baño de ácido podría limpiar el rastro de sus manos sobre mí. Era preferible pensar que no se tardaría y dejar que me dopara.

Una tarde, después del colegio, mientras comíamos, noté a mamá nerviosa. Cuando sonó la bocina del carro, empecé a sospechar. Me sentaron en uno de los muebles de la sala a pesar de mi negativa y me dijeron es algo muy importante con ese tono solemne que tienen los adultos. Ella empezó amable, pero con mis brazos cruzados de seguro provoqué alguna incomodidad. Entonces obvió la introducción. Freddy y yo nos vamos a casar en un mes, ¿qué te parece? Vas a tener un papá nuevo.

Me había preparado para el impacto con tiempo, así que dije lo más grosero de mi repertorio infantil: eres una estúpida, ¿te has olvidado de papá! A Freddy no lo quiero ni lo voy a querer nunca, ¿entiendes? ¡Nunca!

Nunca. Habría sido bueno.

Lo acepté después de un mes, antes de que terminaran los preparativos de la boda. No seas tontita, Alma, no tienes por qué decirle papá, solo si quieres, él es algo parecido, anda, no seas así, tú eres una niña buena. Regreso al presente, sigo aquí, avergonzada de mí misma. Miro La Consolación desde la ventana, está cerrada. Son las dos y media de la tarde, no hay gente y tampoco peligro si me asomo. Con los años no ha cambiado, aún está la estructura circular con sus columnas salientes, las rejas negras, los jardines entre el templo y el cerco, y ese enchapado de madera en el interior que se nota desde fuera. Me veo ahí el día de la boda tirando los pétalos de mala gana, como la doncellita-estupidita de las flores. Los lancé pensando que Freddy podía resbalar, caer de cabeza y morir en el acto. Lástima que no sucediera, también habría sido bueno.

Se casaron poco antes de que acabara ese año de colegio, cerca de navidad. Se fueron de luna de miel al Cusco y no me llevaron, me encargaron con una amiga de mamá. Esas dos semanas las pasé pudriéndome en mi propio rencor hasta que reconocí la batalla perdida. Me resigné a lo inevitable, pensé que a mis seis años estaba equivocada y les di la razón a los grandes. La tarde maldita no fue como esta, el calor de diciembre sugería huir a la playa mientras los escolares nos concentrábamos en los exámenes de fin de año y pensábamos en lo que el Niño Dios nos iba a traer... juro que no estaba contaminada hasta esa tarde...

Regreso al presente, a mayo, a 1990, a mis asquerosos veinte años. Alguien abre la puerta sin tocar. Tu mamá pregunta a qué hora vas a comer, me dice Freddy, amable. También me aproveché de ti, maldito, cuando te hiciste un viejo impotente, te lo saqué en cara, me burlé de tu sexo muerto.

Dile que bajo cuando tenga hambre, sin ganas. Él me examina apoyado en un lado de la puerta. Desperté como mujer cuando perdiste tu fuerza; te castré, maldito. Freddy asiente. Iba a disfrutar de la vida mientras te pudrías. No existe la culpa en su rostro. Me viste emerger en tu invalidez, pero no te lo diré, maldito.

—Freddy —antes de que cierre la puerta y se vaya. ¿Sí?, pregunta. En sus ojos noto por fin un rastro de miedo, como si esperara un reclamo—. ¿Tú sabes quién se llevó la amitriptilina de mi velador?

—Tienes razón —responde después de reparar en él, con amabilidad. Ya no es maldito, es un abuelo lastimero. ¿Es la culpa?—. Te la traigo —dice servicial, se va y deja la puerta abierta.

Esa tarde conocí por primera vez al maldito. Todavía te veo ahí, en la puerta, espías mis juegos de niña, mis piernas desprotegidas de tu mirada, mi concentración infantil. Tu respiración canina está en el aire y tus deseos en ebullición.

Antes de la boda te vigilaba, pero ahora estoy a solas contigo, maldito. Hoy solo hubo risas, solos eufóricos de Charlie Parker en el tocadiscos y anécdotas del Cusco. La empleada salió a proveer la casa de comida y mamá se fugó con sus amigas alcohólicas que le harán preguntas chismosas. Terminé mis deberes de primer año de primaria hace rato y escucho tu voz desde la puerta de mi habitación pequeña. ¿Puedo?, tocas tardíamente y no esperas a que dé mi infantil autorización. Entrás contento y colorado, con una cara para desconfiar. No, no has bebido. Sé que te sientes un tío ganador, maldito, te has casado con una mujer guapa y joven, ya debes saber que es solo por tu plata. Pero no te lo digo, eres un maldito y, aunque me haga la valiente, te tengo miedo. Imagino que viste chicas lindas en Cusco, eres parte de

un matrimonio que solo huele a conveniencia. ¿Qué haces, Almita? Te digo que acabo de hacer mis tareas y estoy jugando con mis muñecas sin prisa ni ganas, te siento amable y bonachón, inofensivo como un abuelo. Aún no sacas las garras. Quizá vienes a hacer las paces. ¿Puedo mirar cómo juegas?, tus ojos claros son demasiado amables y brillantes. No entiendo por qué quieres mirarme, pero continúo y sé que lo logras, maldito; quieres que te tenga miedo, sabes que te temo, por eso el suelo es gélido y siento escalofríos, tengo una pareja de muñecos, la vendedora y el comprador, te explico con cierta dicción, me esmero para que confirmes lo que dicen en el colegio, que soy muy lista. Tal vez vienes a probarme como enemigo. Me gusta el desafío, pero te temo, maldito, y no entiendo por qué cierras los ojos y haces ese gesto extraño que traduzco de placentero. Me llamas más la atención cuando continúo hablando, ahora que estás a mi lado, sentado sobre mi cama de tontita rosa. Cierras los ojos y pasas saliva de vez en cuando, lo noto en tu manzana que se agranda y en tu mostacho de alambres grises. Te concentras y no dices nada. Te odio, maldito, te odio porque haces que te tema. No te hago caso hasta que te acercas y acaricias mi cabello lentamente, como un padre. Estaba paralizada y alerta, pero ahora solo trémula. No lo habías hecho antes, maldito, y tampoco entiendo por qué dices eres una niña linda cuando sé que no me quieres, ¿por qué lo haces?, más que linda, lindísima y sigo con mi vendedora y mi comprador de juguete, trato de no hacerte caso, maldito, pero me detengo y me pongo tiesa de nuevo al sentirte, cuando me traes a mi cama, junto a ti. Respiro más hondo, muerta de frío y miedo, tus caricias avanzan por mi espalda y llegan a mi pecho plano con esa cara que me da asco, cierras los ojos y no sé por qué no grito, maldito. ¿Será porque me siento extraña y sola, y a la vez tengo miedo? Dejo que me toques hasta que te digo Freddy, ¿qué haces?, está mal, pero me dices que es tu forma de quererme, de padre a hija, dices que me quieres mucho, lo repites hasta el cansancio, que me quieres aunque

yo no, y me asustas y te miro. Vuelves a hablar y me dices que no está mal, y lo dudo, pero tú lo confirmas, maldito; entonces me dejas tocar como una tonta y no sé por qué demonios no digo nada, por qué no me defiendes, por qué no corro. No entiendo, sé que te odio, maldito. Te detienes, notas que estoy temblando y no grito. ¿Ahora qué pasa? Me haces prometerlo, dices que a mí también me gusta y no sé si es cierto. Será nuestro secreto y me haces jurarlo. Me siento sucia, pero obedezco mientras deslizas tus manos asquerosas de viejo, primero en mi pecho plano y luego más abajo.

—¿Te sientes mal, Alma? —dice Freddy que está de vuelta y me encuentra con los ojos hinchados, a punto de llorar. ¡Tú me lo preguntas, desgraciado! Pero no lo hago, no me verás llorar. Debería acusarte... y hacerle daño a mamá. Tiene un vaso con agua y el blíster en las manos. ¡¿Quieres saber lo que me pasa?! A ti te gusta, no lo niegues, decía Freddy cuando terminaba. Tenía miedo y ganas de contárselo a mamá. Si yo soy malo, tú también lo eres.

—No, no, estoy bien —con sequedad. Recibo el blíster y el vaso con agua—. Por favor, déjame sola y cierra la puerta.

Yo era cobarde. No lo gritaba, lo preguntaba temblando mientras él me vestía.

—No te olvides, es solo una pastilla, la amitriptilina es fuerte —dice Freddy y desiste de ponerme una mano en el hombro, como si estuviera prohibido.

Si hablas te mato, me decía con violencia. Tu mamá se volverá loca, entonces le rogaba de rodillas, llorando, y prometía quedarme callada. Así que no lo olvides, niña, es nuestro secreto.

—Por favor, quiero estar sola —repito.

Cuando se marcha, me lanzo a la puerta y la aseguro. Las lágrimas cobardes me afectan, el llanto hace que me duelan los músculos de la cara. Me tomo dos comprimidos de amitriptilina porque quiero estar feliz, dos aunque solo deba tomar uno. Intento dejar el llanto, es un caso perdido, igual pasará, pasará como esos encuentros con el maldito.

A lo lejos escucho gritos agudos, miro en el despertador del velador. Las tres de la tarde. ¿Los niños del coro de La Consolación? Me acerco a la ventana y compruebo que son ellos, llenan de vida la calle desierta que es Los Pinos a esta hora. Se sientan a esperar en las gradas, conversan, ríen y se dan leves empujones. Fui como ellos una vez, también pertenecí a ese coro y estuve en los ensayos. Me hago a un lado y los miro con precaución para que no me vean. No demora en salir la hermana Clara, que ya no es joven, que los hace pasar al salón de música donde seguramente permanecen un piano caoba, una pizarra de madera y unas bancas largas. Los chiquillos entran en desorden, ruidosos. Recuerdo que la hermana dijo que yo era la mejor mezzosoprano del grupo en el verano en el que Freddy nos dijo que iba a ampliar y construir un segundo piso en nuestra casita amarilla. Para cuando lo dijo, ya nos tratábamos con menos distancia, ante el asombro de mamá. Ella se preguntó desde cuándo le permitía tanta confianza al maldito, desde cuándo era tan cariñoso conmigo.

¡Pero basta! La amitriptilina ya hace efecto en mí, pronto disolverá la tensión del coro de La Consolación de mi memoria. La felicidad artificial acabará con la niña inocente que fui, destruirá de una sola vez mi estómago y los fantasmas del pasado; despejará el pánico a los demonios sulfúricos que se escondían en mi cabeza, no debajo de la cama, y que aterrizaban hasta en esas lecciones de canto. Con esta amitriptilina volaré tanto que necesitaré largactil para no vomitar por los mareos.

Me río de mi pánico infantil, me río de ti, hermanita Clara. Hace catorce años yo vivía fascinada con tu guerra contra el pecado, tanto que ni siquiera pensé que exagerabas. Por ratos quería ser como tú, limpia, pura. Recuerdo la alegría paciente con la que tratabas mis preguntas sobre el infierno al que me condenaba con Freddy. Yo siempre quise decirte que, estuve a punto de. Por supuesto que no, a ti tampoco te conté. Tu respuesta infalible, eso solo Dios lo sabe, sometía cualquiera de mis ocurrencias. Seguramente pensaste que era como las demás niñas, salvo que informarme al detalle sobre el castigo eterno parecía una necesidad. No te imaginabas que ese querubín de seis años ya jugaba con un maldito cuando se quedaban solos en casa: me

bebía el refresco que me dopaba y enseguida todo daba vueltas. En esos años aún no estabas liquidado, maldito; al contrario, eras de cuidado. Cuánto te molestó que tomara talleres adicionales en la escuela para no verte. Eras un viejo desesperado, te aferrabas a mí para no sentirte decadente. Cada tarde esperaba que te largaras y no volvieras... con suerte no te enfrentaba en semanas. Pronto construyeron la segunda planta y me diste esta habitación y esta cama. Miro arriba y todo se mueve de nuevo: este lecho me obligó a ser tu compañera. La amitriptilina me hace olvidar el frío y el viento de julio. Todavía siento náuseas, mis ojos no olvidan tu rictus y tus jadeos. Aún me das asco. No existía la cantidad de jabón necesaria para olvidarme de ti. Eso fue lo peor: me contaminaste, maldito, y eso nunca te lo perdonaré.

Mi vida se complicó desde entonces. ¿Te acuerdas de tus besos tiernos en la mejilla cuando nos recordaban la muerte de papá, maldito? Éramos una familia de fotografía. Me contrataste movilidad para el colegio como a los otros niños, una histérica tocaba el claxon de su camioneta cada mañana, de lunes a sábado, y me obligaba a salir sin desayunar. Me llenaste de horarios y mamá se alejó lentamente hasta depender de sus amigas. Cuando pensé en la disparatada idea de contarte mi dilema, mamá, ya estabas fuera de mi vida. Te había emputecido tanto la comodidad que nos daba Freddy que yo pensaba que eras capaz de creerle a él y no a mí... no iba a correr riesgos. Te odiaba porque eras feliz mientras que yo tenía que vérmelas con el maldito. Solo por eso me sentía menos pecadora en el coro, servía para purificarme, para ablandar mis pecados. Quería creer que rezaba dos veces si cantaba, lo hacía con convicción y después se lo contaba a Freddy aunque él no tuviera miedo del infierno, él era el infierno. Sé que ahora es una ironía, pero lo que más deseaba en el mundo era ir al cielo con papá y no quemarme en el infierno. Rezaba, mamá, no tienes idea de cuánto rezaba, en las mañanas y en las noches como decía el catecismo, pero Freddy era más fuerte, era real. A los once me atreví a no creer, pero a los seis la culpa me corroía.

Ven, ven, Señor, no tardes, ven que te esperamos. Me puedo ver al lado del altar de La Consolación, tú te derrites de orgullo, mamá,

te ves contenta, ni siquiera te imaginas que estas ganas de cantar las produce el pánico. Me acuerdo de ti también, maldito, de tu mirada que me desconcentra cuando llego a ven, ven, Señor, no tardes, ven que te esperamos. Somos dos rostros de un solo monstruo. Tú me decías que tenía que gustarme, maldito, pero te juro que quería salir corriendo. Me sentía como un pedazo de basura después de que me vestías y te ibas. Si te gustó, no tienes de qué quejarte, Alma, y me convencías de que no era mala, pero sí lo soy, sí lo era, ya sabes lo que pasará si le cuentas a alguien. Cuando los primos de Lima preguntaban, les decía que eras como mi papá nuevo y que te quería mucho. Luego te lo contaba para que te tranquilizaras. Ayudaste a desarrollar mi lado cobarde, maldito, acabaste con cualquier esperanza. Nadie iba a perdonar nuestra culpa compartida. Me veo al lado del altar, le pido a Dios que venga y no tarde, que me juzgue de una vez y me mande al infierno.

Fueron meses horribles.

Cantaste lindísimo, me acribilla mamá cuando acaba la misa. Horribles. Me felicitan sus amigas y tú permaneces a un lado, maldito. Sueltas una sonrisa que me dice que solo un idiota se sentiría a gusto ahí. Nos dicen que nos tomemos la fotografía del recuerdo al lado de la estatua del jardín de la entrada. Abrazas a mamá, la gente nos rodea con una sonrisa tiesa y viene el flash. Ahora una de la familia, dice un fotógrafo apurado, solo los papás y la niña. Hay un silencio incómodo hasta que ríes, no tenías idea de lo que era capaz con mi odio infantil: Freddy no es mi papá, mi papá está muerto. La gente petrificada, mamá nerviosa. Horribles. Cuando estábamos solos me decías riendo ¿eso te ha contado la monja? La culpa hacía que mojara la cama. Ya olvídate, Dios no existe, y la hermana Clara empieza a sonar estúpida, si se enteran, nadie te va a querer, porque querías que solo confiara en ti, ni tu mamá, meses horribles, ni tus amigos. Era tan cobarde. Si hablas, no vas

a tener a nadie de tu lado. *Ahora, a los veinte, mis antiguos amigos huyen de mí, las beatas me tienen asco y mamá me evita. De niña me imaginaba la vergüenza que podía pasar, pero no pensé que terminaría así. ¿Qué crees que va a pensar tu mamá? ¿No te das cuenta? Pobrecita, está tan contenta, lo mal que se va a poner si le cuentas. Podía ver a mamá histérica, maldito, te hacía un escándalo, o peor aún, podía verla incrédula contra mí. Tu mamá se va a quedar sola si le cuentas. Sola y triste como cuando papá murió, cuando no había plata. Tú no quieres que tu mamá se ponga triste, ¿verdad, Almita? Te callas y caen mis lágrimas cobardes. No quería que mamá se pusiera así, maldito. Entonces no llores, Alma, como eres una niña inteligente no vas a decirle a nadie. Me sonreías y me limpiabas las lágrimas con tus pulgares toscos. Luego, en la penumbra de mi habitación, encontrabas mi ropa. ¿Por qué no me dopaste esa vez, maldito? Quizá hoy no lo recordaría.*

La amitriptilina también me hace reír de los niños pegones que me correteaban por La Consolación. Vuelvo a mi habitación, al año 90. No estoy al lado de la ventana, pero puedo escuchar sus grititos, puedo sentirme niña y ser feliz en el receso. Puedo reírme al fin de los curas jóvenes que nos jalaban las orejas por pisotear las flores y de las muñecas de las niñas idiotas que los pegones tiraban al barro. Me río de mis apodos, extraño que me llamen tripa. Daría cualquier cosa por gritar, correr o saltar como antes. Me gustaría hacerlo sin toser e inflamar más mi garganta. Pienso en mamá, en papá y en el maldito. Estoy escabullida en la cocina para ver las telenovelas que la empleada sigue con pasión. Tantos besos y abrazos, ¿de grande iba a ser así de feliz? Claro que no, había que ser demasiado inocente y yo ya no lo era.

El verano era lo mejor del año. Los colegiales saltábamos de vacaciones por tres meses y los adultos solo sabían de la calle para deshacerse de nosotros. En Los Pinos limé asperezas con otros chiquillos, unos salvajes que mojaban en carnavales. Me volví fanática como ellos, compraba globos una semana antes del inicio y les disparaba a ciclistas y transeúntes, a adolescentes y

niños. No estábamos contentos hasta empaparlos. A las niñas siempre les faltó fuerza y ganas, entonces los niños me recibieron, pero me molestaron de machona hasta que se acostumbraron. Empecé a hacer las rondas con ellos, aprendí a montar bicicleta para llevar los globos con agua en balanceos insólitos. Mojábamos a las chiquillas que vivían al costado de la parroquia y a los adolescentes que se enamoraban por primera vez. Por supuesto, la verdadera guerra siempre fue contra el bando de la avenida Libertad. Nos atacaban y respondíamos, venían y nos bombardeaban desde sus bicicletas. Con la vergüenza de no estar invictos en el juego, íbamos y nos vengábamos, contrarrestábamos. Fueron veranos formidables, aún veo a las beatas de La Consolación que sermoneaban desde lejos y a los policías rezongones. Cambié el coro por los carnavales a pesar del enojo de mamá.

Respiro hondo sobre la alfombra, a ojos cerrados, mi cabeza está hundida y soy feliz. Debí tomar solo una, soy demasiado feliz. Lástima que el verano terminara con el inicio de las clases, en marzo. Lástima que los meses de clases fueran todos iguales. En esos años no dejaste de tocarme, maldito, y yo seguí callando. En uno de esos veranos de libertad, en el último de primaria, empecé a ir a Pimentel con mis tíos y primos de Lima. Escapaba de la ciudad, de ti. La playa era el mejor destino. En el 81 cumplí los once para empezar la secundaria y decidiste cambiarme a un colegio mixto. Dijiste que en ese colegio de mujeres solo enseñaban cómo ser buenas amas de casa. Quizá tenías razón, quizá también era hora de dudar de Dios.

Son los comprimidos, lo sé. Mis recuerdos se alteran, vienen como olas, golpean una y otra vez. Estoy drogada. Frío y pánico disuelto. ¿Dónde? Miro el techo blanco y parece una pantalla, como la de los cursos de cine: hay colores chispeantes, espuma de mar, ruidos procedentes de todas partes. ¿Pimentel? Ya estudio en el San Hipólito, avanzo en un camino envolvente y te veo a ti, maldito, estás sentado en un sofá de la sala, sé que es domingo y que Charlie Parker suena en el tocadiscos. ¿Mi habitación? Llego a la cena de repente, veo a mamá orgullosa de su proyecto de instituto. ¿El San Hipólito y los chicos bien?

Vuelvo aquí porque me arrastro de la cama a la alfombra, me río, no me duelen los huesos. Vienen los carnavales y la estancia en Pimentel con mis tíos, la arena y la espuma. No vi el mar de noche, me quedé en la ciudad estudiando para ingresar al San Hipólito. Fui un bicho raro la mayor parte del tiempo, odiaba tener que entrar a las siete de la mañana de lunes a viernes y asistir los sábados a talleres aburridos. En las tardes el barrio no era mejor, buscaba a mis amigos sin suerte, nadie salía en los meses de clases. Arena y espuma de mar.

Detesté el nuevo colegio desde el primer día. En los recreos prefería vagar por las canchas del fondo, miraba las losetas de los pasillos sin entretenerme. Así pasaron las primeras semanas hasta que apareció la gorda Tania, mi primera amiga. Me parece que ella fue la que se animó a dar el primer paso, se sentó a mi lado un día y me dijo ¿tú eres antisocial o qué? Todavía río. ¿Por qué no te vas con ellas?, y vi a las chicas tontas de adelante. Mirálas bien, las señaló, hoy están peleadas y van a sacarse los trapos sucios, pero la próxima semana estarán reconciliadas. Aprobé con una sonrisa y ella continuó. Si eres más hipócrita, puedes unirte, claro que cuando acabe el recreo y entres al salón debes soltar el mismo veneno para sobrevivir. Ten cuidado, no dejes que se den cuenta, que no te engañen sus caras de idiotas.

Aún me haces reír, Tania, a pesar de los años. Tal vez si variaran un poco serían más divertidas, pero te aseguro que así van a estar hasta que acabemos el año. La gorda Tania esfumó el rostro serio del principio y sonrió. Por lo visto te caen tan mal como a mí y me cambié de lugar ese mismo día, dejé la puerta y me pasé al fondo. Con la gorda Tania me hice parte de ese grupo que nunca se aburría. Debería dejar las carcajadas, pero no puedo, son demasiados recuerdos. Debería porque mamá y Freddy van a pensar que enloquecí.

Cuánto nos gustó Ignacio, ¿no, Tania? ¿Cómo que no te has dado cuenta?, siento que estás aquí. Es el chico más lindo de la sección, tiene unos ojos de muerte, no sabes. Ignacio... Está en la selección de atletismo, ¿lo ubicas? Me río porque enfatizabas tanto, gorda. ¿Ignacio Vela?, ¿el de

Villarreal?, y te emocionas más porque hablamos de la misma persona. Es lindo, pero medio loco, se sienta al lado de las cortinas, no sé cómo no te habías dado cuenta, Alma. *Confiesas que tienes su número telefónico, pero que no lo llamarás. Pasan las semanas, ahora voy a tu casa o vienes a la mía por las tardes para hacer las tareas. ¿Pero no le has dicho ni hola?, como confidente. No, la lengua se me enredaría. El asunto Ignacio iba en serio. Tienes que hacerte su amiga, pero tampoco te ofrezcas como mermelada. Te alucino a ti también, Ignacio, te veo deambulando en mi habitación. No debimos hacerte creer que eras guapo, las tontitas te seguían en manada, suspiraban cuando jugabas fútbol en los recreos aunque no hicieras un gol. En las horas de talleres te miraba de soslayo por los ventanales para que nadie se diera cuenta, calentabas en el gras antes de derribar las vallas que tenías que pasar. Indisciplinado y de condición pésima, pero lo mejor que había en el colegio. Pensaba en ti cuando Freddy me. Una vez quise decirte que. No te dije nada, ni a ti ni a la gorda que siguió sufriendo porque cambiabas seguido de enamorada. Los veo aquí, a los lados de la cama, me tienden la mano y me sonríen. Es la amitriptilina. Mis primos hablan de una Lima violenta en el verano del 87; tú me dices lo mismo, Ignacio.*

Estamos en Pimentel, en el malecón antiguo, para conocer sobrevivientes de la tarde, esos que se quedan a mirar el sol agónico en amarillo y el mar no tan celeste. Están felices de vivir sobre la arena, con fogata y guitarra. ¿Qué día es hoy? ¿Volvemos al verano del 87? ¿Recuerdas esa vez que nos acariciábamos rico en el carro de tu viejo frente al malecón de luces oscilantes mientras alguien trataba de sacar en guitarra una canción de Charly García a las cinco de la mañana? ¿Recuerdas a las parejas que se enamoraban bajo el relente y se hacían promesas que no cumplirían? No lo recuerdas, Ignacio, no tienes sentimientos. Que no te sorprenda que me las haya arreglado para saber cómo era el sexo voluntario. Empecé con un chico pecoso. Me invitó hierba y nos metimos debajo del muelle al atardecer. Nos desnudamos felices, estuvo bien y juro que pensé en ti. El pecoso era mayor y por eso me preguntó si era mi primera vez. Le dije que sí porque era incapaz de mencionar al maldito. Después de tantos años ya parecía habitual, en el verano ponía a

trabajar todo mi ingenio para evitarlo. Prefería no regresar a Chiclayo hasta que empezaban las clases.

Buscaba chicos en el malecón, tres o dos por semana. Pensaba en ti, Ignacio, en serio. Conseguir hierba y compañía en Pimentel es fácil. ¿Recuerdas las lluvias del 83? Chiclayo quedó tan mal que los desagües colapsaron y el mar estuvo contaminado durante meses, el celeste verdoso se fusionó con un tono gris. Los habituales veraneantes hicieron muchas fiestas de carnavales en Santa Victoria y así conocí a Tacita y a sus hermanos, pero no se me ocurrió pensar que eran fumetas. En realidad, nadie me hizo mucho caso en esos años de secundaria, no era linda como las otras chicas. Era flaca como una tabla y no había menstruado. Bailaba, conocía chiquillos simpáticos, pero nadie te igualaba. Seguiste cambiando de enamorada con frecuencia, me hiciste sufrir hasta tercer año, cuando pasaste de moda. Ya adivinaba en sueños tus labios calientes y suaves, pero para ti no era más que una flaca fea. Entonces vinieron esos cambios corporales increíbles, la tabla sacó curvas de quién sabe dónde y un día le pedí a mamá que incluyera toallas higiénicas en las compras. Así conversamos en los recesos del San Hipólito, delante de los compañeros. La gorda me odió por tu declaración de amor. Sí, gorda, se me mandó. Que no, ¿qué más le iba a decir? ¡Me besó! Alucino, ¿en dónde estoy?, las paredes de la habitación se disuelven, la puerta está asegurada, dame la mano, mi cabeza se estampa contra la alfombra. No voy a gritar. Lo siento, gorda, me gusta un montón. Te pedí tiempo para pensar, Ignacio, pero al día siguiente te vi besándote con una cabeza hueca. Las lágrimas que solté esa vez solo son comparables a cuando papa murió. Te escribí cartas depresivas y rastreras que quemé después. Al mismo tiempo, el maldito empezó a alejarse. ¿Me dejabas tranquila, Freddy? ¿Ni siquiera una vez esporádica, como antes; ni siquiera una caricia en la mano o en la cara después del almuerzo? ¿Qué estaba pasando contigo? ¿Ya eras un abuelo? Fue el momento perfecto para humillarte, para vengarme y hundirte. Te cambié. Un día de julio te declaraste de nuevo, Ignacio, y esta vez acepté dispuesta a no perderte, pero antes debía destruir al maldito.

Hace semanas te provooco porque ya no me llamas ni me encierras contigo cuando estamos solos en casa. Te miro y me esquivas; busco tus intenciones, maldito: pareces un perro viejo, huyes de mí. Tus nervios me dicen lo mismo, no tienes el deseo y la fuerza que me asustaban. Me evitas porque ahora eres inútil, porque soy una mujer de verdad y no una niñita miedosa. Te conozco, en estos años contigo sé que no has actuado sin pensar. ¿No quieres nada de mí? ¿Me dejas en paz por fin? ¿Crees que será tan fácil? Me acerco, me siento a tu lado. ¿Qué tal?, te digo con confianza inusitada. Me miras y no dices nada, me rechazas. ¿Qué te pasa?, me preguntas. Nada. Me temes, maldito, te alejas de mí. ¿Por qué?, te pregunto, me acerco y te rozo a propósito. ¿Por qué no? Te paso la mano por la calva, con cariño falso y sonrío. ¿Desde cuándo? Volteas furioso: ¡Basta! ¡Estás mal de la cabeza! No me importa, te abrazo, me aferro a tu cuerpo recostado sobre el sofá y me ofrezco. No puedes rechazarme. Entonces jugamos, maldito, tus manos y tu boca me recorren con desesperación. Lo que no sabes es que hoy yo seré la violadora. No me importan tus babas ni tus manos toscas, me reiré en tu cara, la repugnancia solo es temporal. Te digo que quiero ser tuya para que te excites, te digo las porquerías que te gustan. No tendrás excusa. ¿Crees que aún puedes conmigo? Claro que no, lo leo en esa mirada de miedo, ¿por qué no me tomas de una vez? ¿Solo eso?, ¿qué pasa, Freddy? y ordeno que te saques el pantalón. Me besas, me babeas, te haces el sordo. Te freno, insisto, dices alguna excusa estúpida, tratas de dominarme, pero tus ojos te delatan, tu gesto aterrorizado me dice lo único que necesito saber. Insisto, me río de tu pánico, te siento trémulo. Sácate el pantalón, ¿qué pasa? No te atreves. No puedo, dices, me apartas con brusquedad cuando trato, pareces un niño con un juguete nuevo. Trato de desabotonarte la camisa y también me apartas, lo hago a propósito hasta que la risa se hace carcajada: noto y te hago notar la mancha húmeda de tu pantalón. Ya no sé cómo describir tus gestos, una mezcla de terror y furia. Tiemblas,

te he descubierto. Me río como una loca. Eres un anciano inútil, te digo en tu cara, entre risas, y aprovecho el momento para tocar tu sexo. Tal como lo esperaba, ni siquiera se te ha parado, permaneces inmóvil, insisto, vejestorio inútil, ni siquiera se te para y me lanzas una bofetada que me hace caer a un lado del sofá, puta de mierda, me empujas, chiquilla imbécil, caigo, recibo otra bofetada que me duele hasta los huesos y no dejas de pegarme, arrodillado, una tras otra bofetada, solo puedo cubrirme con las manos. Puta de mierda, repites furioso. No hay nadie en casa y temo que me mates a golpes. No puedo aguantar más, no tienes compasión. Saco una voz firme en medio de tanto miedo, te digo ¡no me toques o grito hasta que venga la policía! No sé si mi voz o mi mirada son firmes, pero dices puta de mierda una vez más y te largas. Sé que he destruido tu orgullo. Me pongo a llorar y siento un gran alivio, un alivio que quería sentir desde hace tiempo.

Ignacio, ¿sigues aquí conmigo? ¿Por qué no hablas? ¿Te molesta que no te haya contado de Freddy? Lo siento, no pude. ¿Estás enojado por lo del pecoso? ¿Por qué mueves la boca sin hacer ruido? ¿La fiesta de promoción? Cierro los ojos para traer esas imágenes: zapatos de tacón en los pies y vestido de fiesta, todavía escucho los gritos entusiastas de mamá y me convenzo de que la picazón en la cara no es producto de la enfermedad, sino del maquillaje. Qué bonito lo que dijiste, Ignacio, repítelo, por favor, quiero parecer una chiquilla pánfila otra vez. Cuando hablas me gustas más, pienso en ti a cada rato, no puedo ni estudiar, me dijiste y te creí. Estamos en un parque. Te saboreas como si fueras a comerme, me susurras alguna tontería que no alcanzo a oír, cierro los ojos y quiebro con cuidado mi cuello para que me beses. No sé qué pasa, tu boca está en la mía y empiezo a comerte por tu iniciativa, me ensaño con tus labios suaves de niño. Estoy loca por ti, Ignacio, y quiero darte el mejor beso de tu vida. Juego con mis mejores ideas, muevo mi boca y mi lengua, pero de repente te separas asustado, apartas tus brazos envolventes. Abro los ojos, te carcajeas sin pena. ¿Qué pasó?, me preguntas

risueño, aguantas una nueva carcajada. Qué pasó pregunto yo. Ríes y me irritas. ¿Por qué besas así?, preguntas. Me dices que a mis quince años no sé besar y te juras un experto. Así beso yo, me defendo avergonzada. Es el beso más feo que me han dado, me dices y odio no poder impresionarte. Te disuelves para componerte de nuevo, te veo con la fuerza de cuarto año de secundaria, eres un Ignacio cambiado. Haces ruido con tus zapatillas deportivas, hay agujeros en tu jean ajustado, solo usas camisetas oscuras y siempre llevas al hombro una casaca de cuero. Eres un posero, hablas pestes de los curas porque está de moda; del colegio y las huequitas de la sección igual. Pero para mí tú eres original. Dejé las misas y me proclamé atea en casa ante el horror maternal. Mamá, escucha, el anciano impotente Freddy dice es la edad, ya se le pasará. Dame la mano, Ignacio, vamos al pasaje Woyke a tontear con los hippies tercermundistas, escabullámonos en una fiesta de rock y alcohol del centro, hagamos y deshagamos estos caminos, escuchemos música encerrados en tu habitación sin avanzar más allá de caricias torpes, hazme sospechar de tu vida nocturna en la vereda más larga del mundo.

Quiero vomitar, pero no tengo nada en el estómago, esta habitación da vueltas cada vez más rápido y es imposible no marearse. El blíster de largactil no está en la mesa de noche. Ven, Ignacio, no hagas que te odie. Déjame escapar de los talleres sabatinos para verte en el óvalo de Santa Victoria. Quiero sentir la velocidad de los carros y disfrutar del humo de un cigarrillo. Vagar contigo era lo mejor. Hablábamos de cualquier disparate, hasta de nuestra relación extraña. Aunque no tenga las fuerzas de antes, me gustaría seguir viviendo así, saltando al centro de Chiclayo o celebrando tonterías en los parques. En medio de tantas carcajadas, puedo escuchar los gritos de mamá en el último año de secundaria, vuelve a sacarme en cara mis bajas calificaciones y esta vez va en serio porque toma el nombre de papá.

Cuando acabamos la secundaria éramos un par de irresponsables, el odio del profesorado y los curas de La Consolación nos hicieron crecer. No nos molestó que nos señalaran desde sus altares como insolentes o transgresores, nosotros celebrábamos en el óvalo de Santa Victoria tanta atención: los insultábamos y vivíamos para jurarnos rebeldes. Esos años de pose fueron

buenos, nadie era más importante que tú en mi vida. Noel y Diego iban con nosotros al Espiral, eran parte del grupo, pero los dejábamos de lado. Íbamos allá porque no pedían documentos y, salvo por las lerdas inspecciones policiales, no había problemas por ser menores de edad, había luz verde para lo que fuera. No te vayas, Ignacio, que la gorda Tania también se diluye de mis recuerdos. No quiero estar sola. Tania viajó a Francia con su familia antes de la fiesta de graduación, se sacó las pantimedias rotas y los aros de las orejas. Se hizo formal. Cuídate, te voy a extrañar. No llores, gorda cobarde, nos vamos a parecer a las idiotas del aula... ven, qué demonios, no te olvides de mí, escíbeme seguido. Vi despegar tu avión, Tania, salí llorando del aeropuerto, Ignacio me abrazó y me dijo sé fuerte. No te vayas aún, Ignacio, no te mezcles con las paredes de la habitación, trata de hablarme que empiezo a entender tus ecos. Quieres huir del fiasco de la fiesta de promoción, pero no te preocupes, es solo un recuerdo y no seré dura. ¿Ves? Estamos en ella, me besas en un rincón y me abrazas con amor. Hoy estás excitado, no tan borracho, y te importa poco que esta sea la última noche con los amigos de secundaria. Dices de rato en rato no te pongas así, pero odio las despedidas. Entre besos en el jardín me lo propones y no me hago de rogar. Me pregunto qué fue lo que te dio valor. Huímos de la fiesta, corremos riendo. Eres feliz. Llegamos a mi casa y subimos. Aguanto mis ganas desde que nos besámos en el taxi, estás ansioso, lo noto en tu mirada. Nos reímos, somos felices, aquí no hay problema, no nos descubrirán si llegan, te digo. Es la primera vez que estás en mi habitación, te quitas la chaqueta y te espero en la cama, protegida por las sábanas y el pudor. Entonces apagas las luces y mi habitación queda como en este momento. La luz de los postes de la calle permite reconocer tus formas, me dices algo y no dejo que concluyas. Ven, Ignacio, acuéstate conmigo. Sacas un cigarro de hierba y no me sorprende, eran ciertas mis sospechas. Conservas un gesto despectivo y percibo tu aroma cuando te acercas a la cama, dejo de pensar en todo y me envuelves con tu cuerpo desnudo. Eres suave y sabes que estoy ansiosa, me clavas tu mirada y veo tus ojos arruinados en una cara que parece golpeada. Así me gustas, Ignacio, acabas con mi tristeza. No es bueno que retengas mucho humo, me dices porque también empiezo a

fumar. No te presto atención, jalo hasta el fondo y toso. Hace tiempo que no fumo hierba, desde los veranos y los noviecitos esporádicos de Pimentel, pero eso tú no lo sabes. Para ti soy una virgencita tímida, te amo tanto que estoy dispuesta a hacértelo creer.

Me deshago cuando me abrazas, podría morir segura contigo. Me acuestas en la cama para que esté más cómoda. De repente te mueves, empiezas. Es mi primera vez, discúlpame, te miento luego de los quejidos fingidos. Ni siquiera sospechas que el pecosó, que los otros muchachos de Pimentel, que de niña yo, que Freddy me. Te concentras, deajo que seas parte de mí y te atrapo entre mis brazos. Casi no me muevo, vuelo, no siento nada, me acorralas en un rincón, contra la cabecera, y crees que eres brutal. ¿Estás bien?, sí, si no quieres hacerlo, solo dímelo, no, Ignacio, quiero que te jures poderoso. Quiero perderme, pero es muy pronto cuando veo tu rostro y siento tu temblor: has terminado. Guardo un silencio terrorífico mientras me das excusas que no he pedido. Me río porque estoy volando y porque tienes la cara de Freddy, el mismo temblor nervioso y los mismos ojos pávidos de perro apaleado.

¿Me perdonaste, Ignacio? ¿Te he perdonado? No te vayas aún, por favor. A lo mejor tuve que decirte eso el verano que te fuiste. Ya sospechaba que los meses habían sido demasiado buenos para continuar sin cambios. Eres un ingrato, te quería tanto que no me importaba mucho el sexo, te daba ánimos en tus fracasos, insistía en el aliento de poco a poco irás mejorando aunque no lo hicieras. No me mires así, vas a hacer que me ría. Además no fue lo único que hicimos. En el verano me llevaste al segundo piso de la casa de Tacita para fumar su hierba especial. Cuánto me gustó ir en las noches a la vereda más larga del mundo, me encantaba vagar contigo. Me importaba tan poco la universidad que no estudié para el examen de admisión. Más interesante era nuestra pasión recóndita en La Plazuela, en las últimas horas de la tarde. Esquivábamos la caca de las palomas y disfrutábamos de las fumadas y los besos nocturnos. Todo iba bien hasta el día que me dijiste de repente me voy a estudiar a Lima. Jugaba con tu cara, limpiaba la arena de Pimentel de tus cejas. Era mi cumpleaños, estábamos en la terraza de un restaurante de la primera línea del malecón, al lado de las casas de playa y

los edificios de departamentos. ¿Qué? Pensé que era una broma, te miré a los ojos para encontrar la verdad. Me voy a Lima a estudiar. No es el miedo, Ignacio, no te burles desde el rincón de mi habitación. Tiemblo por el frío, porque eres un fantasma. Ese día dejaste de mirarme y me diste tus razones. Ya no te escucho, no estoy ahí contigo. Te amaba tanto, Ignacio, había sido buena y me traicionabas de esa manera. Cómo pudiste ser tan duro. Lo siento, la decisión está tomada. Estoy ahí, ¿me ves?, ¿sientes el frío marino? ¿Esperaste este día para contármelo, Ignacio? Trago mis lágrimas. Sé que soy un canalla, pero no quería perderte antes de tiempo, mientes, sé que mientes, no puedo creer que me hagas esto.

Mientras regresamos en un taxi por la carretera tratas de abrazarme como si necesitara tu consuelo... las luces titilantes revelan mi rabia y el olor marino de esa parte de la ciudad se fija en mi nariz. Te odio, Ignacio, te largaste y me dejaste aquí, así. Traidor, me afectó tanto tu partida que ni siquiera me alegré de ingresar a la Particular una semana después. Seguí pensando en ti por varios meses y quise vengarme. Veo a Diego el primer día de clases, se mezcla con mi odio hacia ti, Ignacio. ¿Por qué te vas? ¡Ignacio! Déjame estar histérica porque esa vez ni siquiera grité. ¡No te vayas, Ignacio!, repito unas veces más, pero eres cruel: te disuelves en la pared como la gorda Tania y no dices adiós. Entonces reacciono y escucho. Los golpazos contra la puerta. Los gritos de mamá más histéricos que los míos. Estoy aquí y no en el pasado, y puedo arrastrarme y quitar el seguro. Apenas abre la puerta, me atropella. No quiero que Ignacio se vaya, mamá, todavía tengo tiempo. Mamá me mira aterrada y atina a sujetarme mientras me arrastro. No quiero que te vayas, Ignacio. Estás muy caliente, dice ella y mira la ventana abierta y las cortinas alborotadas por el viento. Es de noche, las luces me marean. Vomitaría, pero no tengo nada en el estómago. La luz se acerca, parece inmensa. Estás ardiendo en fiebre, me corta mamá y me ayuda a trepar a la cama. Corre al pasadizo y siento que grita en mis oídos ¡Freddy, llama al doctor! Después de eso no recuerdo más.

Desperté hace unos minutos y reconocí las siluetas de la habitación, el orden usual de las cosas y el mismo frío que me mata cuando descubro mi cuerpo de la frazada. La noche aún es oscura, pero la luz de los postes atraviesa las cortinas de la ventana. Son poco más de las diez en el despertador, pero me vence como siempre la pereza que viene luego de abrir los ojos, la que me hace rebotar sobre la cama. Estoy sola de nuevo, sin figuras ni mareos. No recuerdo mucho de lo que pasó luego de la histeria de mamá, lo único que ahora tengo ante mí es la quietud y el silencio, la peor situación para enfrentar los recuerdos. Al menos logré arrancar un comprimido del blíster antes de que me lo arrebataran, cuando el dolor de la inyección me despertó. Trago la amitriptilina sin agua, estoy acostumbrada, y el comprimido llega a mi estómago sin problemas, estoy feliz de que mi cuerpo no me traicione en este momento.

Es triste comprobar que Ignacio y la gorda solo fueron espectros de medicina. Ahora debo esperar unos minutos antes de sentir el efecto en mi cuerpo débil. Sé que uno es suficiente para olvidar el dolor de estos meses, para volar y reírme de ellos como si estuvieran muy lejos de hoy. La amitriptilina quiere que me olvide de papá. ¿Qué es lo que él me diría si estuviera vivo? Debo escapar y contar lo que pasó, no puedo ser ajena a mi naturaleza cobarde. Necesito recordar, sé que hice daño, pero fui justa, también me lo hicieron a mí.

Ya lo dije: no siempre fui tan puta, algunas veces busqué más. Cuando siento estas sábanas tibias, recuerdo que compartí la cama con Diego. Me acuerdo de sus besos de niño, de su inexperiencia, de su piedad. Qué bueno que vengas, no quería empezar sin ti. Qué bueno que ahora estén todos, será más fácil delirar si los tengo a mi lado. Acércate, Diego, acuéstate a mi lado, abrázame. Te extraño, niño. Sé que ya no debería verte porque pronto tendrás un hijo. Ven, no tengas miedo, no haremos nada, solo deja que te cuente algunas cosas. Tienes que escuchar la parte dura, es necesario.

Sí, pienso en ti, Diego, pero no demoro en pensar en Ignacio. Obviemos lo que tuvo que pasar para que estuviéramos juntos. Te habría aceptado la primera semana de clases, el primer día que me senté a tu lado, pero tuviste

que empeñarte en ese cortejo soso... no iba a desanimarte, quería vengarme de Ignacio y era preciso que yo fuera lo que tú querías. No pienso contar esas semanas aburridas. No fue fácil olvidarme de Ignacio, lo prueban mis rencores frescos y mis disculpas en esta última noche. A cualquier hora me asaltaba su pelo lacio y desordenado, su cara colorada o sus caprichos de hijo de papá en el verano del 87. Quise resignarme a la rutina que significabas para mí, Diego, pero fracasé. Ni siquiera podía imaginarme cuánto me querías, tú que para mí habías sido el más despreciable del grupo. En mayo ya éramos conocidos en los pasillos de la Particular. Nuestra amistad era buena y había suficiente confianza para revelar los secretos de la infancia. Fue hace tres años, siglos... Entonces, maldito, mirabas con simpatía que tuviera enamorado. Estabas contento porque tú eras un viejo inútil. En los años siguientes no comentamos más esos episodios de mi niñez, callamos por comodidad mutua y hasta creíste que me había olvidado. Me encantaba verte horrorizado de vez en cuando, maldito, amaba asustarte, demostrarte que eras un impotente y que yo estaba llena de vida. Que no te sorprenda que te adiestrara en el sexo, Dieguito, lástima que a pesar de todo mi esfuerzo solo te convirtieras en un amante menos torpe. ¿Por qué no dejaste la piedad? Te quise moldear a mi manera, pero no conseguí desatar tu fuerza. Siempre fuiste tierno, Diego, desesperantemente tierno. Te gustaba amarme despacio. Tu consideración pronto me aburrió e intensifiqué mis salidas nocturnas y paralelas de los fines de semana, cuando te evitaba. Entiende: no podía dejar el sexo casual que encontraba en Pimentel. Te usé, Diego, ya te traicionaba antes de estar contigo... A ti te quise con furia, Ignacio, te quise hasta que te largaste a Lima. Recuperé mi dignidad despertando mi deseo feroz, tanto que al regresar encontraste a otra Alma, precisamente cuando querías ser un amante brutal. Tenía que vengarme, no te perdoné nunca que me dejaras como si fuera un estropajo. Busqué chicos en el Espiral, el final comenzó así. Era lo suficientemente bonita, solo tenía que hacerme la idiota un rato y enseguida tenía a varios comiendo de mi mano. Busqué amantes que pudieran darme placer y los encontré. Fueron pocos, sí, porque hubo también chiquillos primerizos. En todo propósito hay riesgos, Ignacio, puedes llevarte

a un primerizo a la cama o ser descubierto comprando droga en un agujero de Lima, ¿verdad? En fin... la primera vez que ligué con un desconocido fue extraña. Conversamos en un rincón oscurísimo y después de un rato me subí a su camioneta. Hablamos de mí todo el camino. Le dije algunas mentiras y al parecer me escuchó con atención hasta que llegamos al hotel. Empecé dócil, pero luego me desaté. No puedo olvidar su seguridad a la hora de hacer el amor, su experiencia, sus ganas, su fuerza. No me decepcionó...

Pensé que regresarías en julio, Ignacio, pero no lo hiciste. Me sentí ingenua y mi odio siguió creciendo. No iba a olvidarme de ti de ninguna manera, la cuenta estaba pendiente. ¿Crees que exagero cuando digo que me enamoré de ti? Después de que me dejaste, no me interesó reorganizar mi vida, menos aún planificar el futuro. Confieso que intenté ser la enamorada cursi que esperabas, Diego, y cometí el error de contarte mi gran secreto. Se lo dije cuando aún te extrañaba, Ignacio, le confesé con lágrimas en los ojos lo que no te había contado a ti. Eras raro, Diego, fiel como un perro. En cambio tú, Ignacio, siempre te creíste el centro del universo. A ti te revelé cada detalle escabroso, Diego, desmenucé cada una de esas emociones que creía haber guardado para mí. Te desesperaste con el relato de los episodios que el maldito y yo protagonizamos. Y sí, en algún momento quise cambiar, ser lo que buscabas, pero no pude, no tardé en recuperar el disfraz de chica mala. Odiaba salir contigo, quería acción con urgencia, no pizzas ni helados con charlas lamentables. Eras inocente, no te dabas cuenta de que quería probar mi juventud. Es aburrido adiestrar a quien que no hace daño, no puedes sentirte fuerte si peleas contra un insecto.

Las mentiras aumentaron. Me negaban en casa, iba más temprano a la vereda más larga del mundo para no encontrarte y aterrizar en el Espiral dispuesta a saborear carne nueva. Si te cuento cómo fue, seguramente no me creerás, y como no me interesa que me creas, te contaré. Todo empezó como curiosidad y enseguida se hizo fascinación... descubrí muy pronto el potencial que tenía. Estaba segura de que el Espiral podía hacer que olvidara a Ignacio. Me concentré en marcar a los tipos que me gustaban... en tres sábados ya me había acostado con los elegidos. Por eso agregué el viernes a las salidas

de fin de semana. El sexo ganó prioridad en mi rutina y usé al máximo mis habilidades de cazadora. Era cuestión de tiempo que los tipos que quería me prestaran atención, solo su ingenio determinaba cuán pronto me acostaba con ellos. Odiaba a los patéticos que me contaban sus penas. ¿Sabes cuáles eran mis preferidos, Dieguito? Los desesperados. Los más capaces de dar y hacer lo que fuera con tal de lograr su objetivo. Pero bueno, te hablo de los mejores días, el resto de mis opciones era mucho menos interesante. Ya sabes, nunca faltan los colegiales que buscan parejita para la fiesta de promoción. Me acosté con algunos cuando mis mejores candidatos se agotaron. El problema es que cuando una fila de chiquillos empieza a señalarte de puta significa que has caído muy bajo. Se pasaron la voz en el colegio, Dieguito. Ya me los imagino, pajerísimos, diciendo en el Espiral hay una que tira contigo si le invitas unas líneas o un trago. Decidí terminar con el asunto: no más niños. No me intimidaron sus insultos ni los chismes que soltaron, pero eso sí, mi mala fama creció por donde no debía, vivían en Santa Victoria.

Los chicos de la escala veinte siguieron semanas después. No te quejes, Diego, tenía que variar el menú. Y no estuvo mal, algo aprendí. También hice amigos, pero duraron poco. Sus hermanitos, primitos y amiguitos de Santa Victoria, que me habían declarado la guerra por rechazarlos, se encargaron de exagerar la vida y milagros de Alma, la puta. Nada volvió a ser como antes, se les notaba el asco en la cara. Ni modo, aún tenía otras posibilidades. Lo que me preocupaba era que te enteraras, Dieguito. Es obvio que no te quería, pero eres buena gente.

Mi incursión en el Espiral no se estancó por mucho tiempo. Estudié rápidamente los movimientos de la discoteca y entendí que otros cazadores, más cercanos a los treinta años, aterrizaban en el Espiral acorde con la proliferación de chiquillas foráneas, presas fáciles, dispuestas a arrimárseles. Créeme, Diego, se peleaban por los treintones porque no tenían dónde caerse muertas. No bastaba con que me hiciera la niña inocente, competía para ser mejor que esas menores de edad necesitadas de plata. ¿Mencioné que los tipos se iban cuando notaban que era mayorcita? Tú sabes, no buscaba plata ni quería oír promesas imposibles. Me costó enfrentarme a la desesperación

y la necesidad de esas chiquillas, pues yo solo lo hacía por placer. Los peores treintones eran astutos, buscaban a las más necesitadas y las embaucaban con mentiras. Había que estar realmente desesperada para caer y creo que ellas lo estaban.

Fue una época dura para sobrevivir en el Espiral. Pero riéte, Diego, riéte. Quiero que te des cuenta de que con amitriptilina soy más divertida, no hay otra forma de contarte esto que ya nos ha hecho bastante infelices. Pongámonos de acuerdo: yo soportaré las porquerías, tú disfruta. Y que no se hable más del asunto.

Te decía que sobreviví. Empecé a seguirles el juego a los treintones y como era bonita, todavía lo era, no fue difícil conseguir alguno. Claro que, por lo general, estos tipos no eran los clasemedieros arribistas de Santa Victoria; esos que se alucinaban millonarios, se emborrachaban en el Rumbasabor y dejaban de comer para comprarse ropa cara y matricular a sus hijos en colegios privados. Los treintones del Espiral eran más sinceros, iban a tirar y te lo decían en la cara. No sé cómo explicarlo, no es que le hiciera caso al primero que veía. Dejaba claro que quería hacerlo, pero había que hacer méritos para irse conmigo, quitarme los pétalos de a pocos como a una tierna florcita. Me palabreaban un rato y se hacían los interesantes: era una chica en busca de emociones intensas, no de compromisos que se mezclaran con hijos y matrimonios. Saberlo los calentaba, por eso eran mis favoritos. Comunes y corrientes, sin grandes pretensiones, corruptos y mediocres hartos de la rutina. Ya debes saber que las chicas como yo no nos quedamos con los buenos, Dieguito.

Fueron buenas las noches de esos años, la diplomacia se olvida cuando eres feliz. Dejaba de lado mentiras y promesas innecesarias para no desentonar, trataba de ser tierna, pero al menos en eso nadie era tan paciente como tú. Ya sabes que nunca faltaron los que me confundieron. Lo que más me molestaba al despertar era encontrar billetes sobre el velador. Para algunos no era más que una puta necesitada, una de tantas víctimas de la crisis. A pesar de todo, las noches del Espiral anexaron los jueves de cada semana y desecharon mi relación contigo, Diego. Hacía tiempo que nuestra ficción-

relación no era lo mismo, semanas tensas. En diciembre acabamos el segundo ciclo de universidad, saqué buenas notas y mi madre no tuvo excusas para regañarme por las salidas nocturnas de cada semana. La universidad ya era molesta, no me interesa contar eso ahora, a pesar de nuestras memorables travesuras en las butacas del fondo, en las clases de cine. ¿Recuerdas El acoirazado Potemkin? Los rojos estaban emocionados en los lugares de adelante, aplaudían con ganas mientras nosotros nos besábamos rico. Tenían ideales, estaban esperanzados en causas perdidas. El Espiral era lo mejor para escapar. El mundo podía estar acabándose, pero ahí te olvidabas de todo. Al menos yo lo hacía, Dieguito. ¿Tú?

Ignacio apareció en Chiclayo a mediados de diciembre. No me lo esperaba, pero tenía que vengarme. Fingí ser la misma idiota que dejó en el verano y me salió muy bien. Llegó contigo una noche, se veía extraño, como asustado. ¿Sabes qué se me ocurrió, Diego? Probarlo. Estaba segura de que no había superado su problemita, tú sabes. Dejé que se sintiera cazador esa noche, ¿recuerdas? Se portó como un chiquillo idiota, se aferraba a la droga y al carro de su viejo para ser alguien. Ya era una presa fácil para mí y la venganza no podía ser más propicia. Esa misma noche en el estacionamiento del Sudakas, antes de que terminara contigo, agregué un polvo fallido en el marcador. Así como con el maldito, mi cuerpo volvía a servir para vengarme. Quise verlo llorar, pero solo nos vestimos en silencio. Entramos al bar, terminé contigo y me aventé oficialmente a los brazos de ese precoc.

Al Espiral no me asomé, no me convenía que ustedes supieran lo que hacía por ahí los fines de semana. Los días siguientes preferí llevarlo al malecón de Pimentel. Cualquier estímulo hacía que se viniera, ¿puedes creerlo? Me gustó ayudar a que su miedo se intensificara, eso tenlo por seguro. Mi presión y su vergüenza arruinaron todos los intentos, la venganza debía ser sutil. Debiste ver su cara después de cada fracaso, y yo ahí, insistiendo. Ignacio sufría, huía de mí. Una vez hasta probamos en el baño de la casa de Tacita, en su cumpleaños. Ese diciembre fue uno de los más tranquilos para mí. Prácticamente estuve en abstinencia sexual, solo lo hacía con Ignacio. Entonces vino la fiesta de año nuevo del 88 en el Espiral y mi venganza no

pudo prolongarse. No esperaba que apareciera ahí, eso no fue planeado. De acuerdo, no quiero marearte. Ojalá la amitriptilina me deje ir en orden. El problema comenzó con el apagón de la víspera de año nuevo, ese que los terroristas provocaron. Lo desanimé de salir como los demás fiesteros y prometí que me quedaría en casa durmiendo. Quedamos en vernos al día siguiente, en Pimentel. Después de la medianoche un amigo treintón vino a mi casa y me convenció de ir al Espiral. ¿Por qué coincidimos, Ignacio? Tú odiabas el Espiral.

El alcohol dejaba escapar mis ganas, estaba harta de esos días contigo, Ignacio. Me viste sentada en las piernas de mi amigo comiéndonos a besos. Te pusiste furioso, es comprensible, pero hiciste mal en putearme delante de tanta gente. Mi amigo te habría partido la cara de no ser por mí. Yo podía sola. Te llevé a un lado para tranquilizarte y posponer la charla. ¿No sabías que los ebrios siempre dicen la verdad? No debiste fregarme la paciencia. Perdí la amabilidad y grité a viva voz que eras un eyaculador precoz, que con suerte durabas dos minutos y que nunca habías satisfecho a nadie. Aunque estaba ebria, me acordó que se rieron de ti, la música estaba apagada. Solo cuando algunos te reconocieron sentí el pánico en tu mirada. Reaccionaste mal y volviste a putearme. Te di en el orgullo, Ignacio. ¿Tú crees que lo dejé tranquilo, Diego? No me gustó que me puteara. Usa tu mano, recuerdo que le grité, no creo que hagas más con lo que tienes abajo. Tal vez me excedí, tal vez, pero mi audiencia estalló en risas. Desapareciste con el rabo entre las piernas, Ignacio, vencido. Me emborraché esa noche para olvidarme de todo. Mi amigo me presentó a otro treintón, pero ya no recuerdo ni su cara. Amanecí con ambos en la mañana y con una migraña fatal.

Regresé al Espiral sintiéndome libre. Pasé ese verano en las fiestas de Tacita y saltando de Chiclayo a Pimentel, Dieguito. Me contaste que Ignacio se había largado a Lima de pronto y empecé a salir contigo de vez en cuando para fumar un porro o tontear en tus vanos intentos de reconquista. Convenimos a Noel de que postulara a la Particular, pero el burro no ingresó. Lo animamos a que se preparara para el próximo examen y no quiso, se rindió. Los meses volaron, vinieron las clases del tercer semestre y, para mi sorpresa,

no cambiaste tu trato conmigo, seguiste siendo amable (creo que para que volviéramos, pero no sucedió).

Te enteraste de algunas de mis travesuras en el Espiral y quisiste reformarme. Me gustó probarte, Dieguito, decías que lo que buscabas de mí no era sexo, sino amor. Lástima que fueras tan débil y no soportaras la tentación. Me gustabas más de amante esporádico, contigo variaba un poco.

Noel se fue de su casa y lo encontré en el Espiral vendiendo droga unas semanas después del inicio de clases. Nos reconocimos, sí, pero respetó mi espacio y yo el suyo. Me gustó que no juzgara mi conducta ni me increpara nada, que tuviera lista una sonrisa amiga y algún consejo que más sonara a sugerencia. Porque claro, seguí con los treintones y hasta me hice amiga de un grupo estable, así las salidas de una sola noche evolucionaron a encuentros grupales los días de semana. Solo a mi madre le disgustó que me desapareciera por dos o tres días, pero estaba tan ocupada con su propio emputecimiento que no imaginó lo que hacía su arcangélica hija. Lástima que mis notas de la universidad no sirvieran más de excusa y soltara los reclamos.

Veo una sonrisa silenciosa en tu rostro, Dieguito. No creas que mi madre pudo detenerme, yo era un motor a chorro. El Espiral se convirtió en mi vida, en lo esencial y más salvaje. Exprimía cada noche y cada tipo nuevo era un paso adelante, un paso a... ¿a qué?, ¿a dónde? Claró que me lo preguntaba, pero no me quitaba el sueño responderme. Era como los problemas del país, la crisis, el terrorismo. ¿Valía la pena asomarse a ver lo que había? No, claro que no, el frenesí me empujaba al Espiral. Lástima que la intensidad no me permitiera soportar ese ritmo por mucho tiempo. Así consumí el 88. Casi no iba a clases, aprobaba los cursos con suerte y aprovechaba los días que podía para reponerme de las madrugadas. Las trabas temporales se definieron. Decidí pasar las vacaciones de fiestas patrias contigo, Diego, aburrida. Odié los consejos que me diste. Te grité porque no entendías que contigo solo quería diversión, no estaba enamorada de nadie y me dio rabia que te pusieras a llorar.

En el siguiente semestre de clases mis dolores de cabeza fueron constantes. Tomaba muchas aspirinas para aliviarme, pero el daño de las noches y el

licor terminaron de estropear mi salud. Fue una penosa coincidencia que eso sucediera al mismo tiempo que los treintones me eligieron como su amiga favorita. Me llamaban cada vez que planificaban un encuentro grupal, a mí y no a ninguna de las chiquillas desesperadas. Mi libreta electoral probaba mi edad, ellos no metían en sus casas a menores. Funcionarios mediocres, abogados corruptos, contadores evasores, de esa calaña eran los que participaban en las orgías. Las mujeres éramos menos, pero en esas ocasiones lo más adecuado era compartir. No fueron tan seguidas como crees, Diego, no te asustes. Solo te digo que me gustaba ser parte, era algo nuevo, distinto. Lástima que mi salud me traicionara en el peor momento con fiebres altísimas, toses y mareos. Mamá y Freddy se sorprendieron de que ningún médico de la ciudad supiera por qué demonios no me sanaba con las toneladas de medicina que me recetaban. Repentinamente viajamos a Lima, dejé el Espiral y la universidad.

Desde noviembre seguí varios tratamientos ya que aún nadie descubría la enfermedad. Reboté de médico en médico y de clínica en clínica. Coincidían en que estaba anémica, pero no pasaban de eso. Cuando se animaron a hacerme un examen completo ya era diciembre y estaba cansada de seguir internada. Con los exámenes de sangre pudieron encontrar una rareza, entonces me pincharon más para mandar las muestras a no sé dónde. Ya se sabía que la tos y la flema no eran de bronquitis ni de tuberculosis. A mediados de diciembre me dijeron que tenía una enfermedad mortal. Me explicaron que era el virus de inmunodeficiencia humana y que no existía cura. De golpe. No me quedó más que preguntarle al médico en cuánto tiempo iba a morirme... mi madre rompió en llanto. Son recuerdos que hieren todavía, Diego, nunca me sentí tan sola. Recuerdo la charla del médico, el pánico del personal. Nadie conocía bien la enfermedad, pero les sorprendía que fuera tan joven y estuviera contagiada. La navidad del 88 y el inicio del 89 fueron deprimentes.

Estuve internada más de un mes adicional para que pudieran aliviarme esa tos complicada y tuve breves terapias con un psiquiatra. Me dijo que estaba depre. No comía ni me bañaba, dormía todo el día y tenía pesadillas.

Solo la amitriptilina me resucitaba, generaba una innatural felicidad. Me animé a leer sobre mi enfermedad mientras extrañaba el verano en Pimentel. Era horrible y salvaje, me espantaba la etapa terminal que describían los reportes, las enfermedades que aparecían para destruir a los infectados como adhesivos indefensos. Tuve miedo, pero más que miedo, pena. Lloré, no podía creer que mi mundo se viniera abajo. No lo merecía.

Cuando leí sobre las vías de contagio, ni siquiera dudé: había sido sexual. Me pregunté quién me había contagiado, estimaban que llevaba dos o tres años con el virus dentro. Pensé en los chicos de los veranos en Pimentel, en las veces que no me protegí. Pensé en los tablistas del malecón, pensé en los otros. ¿A cuántos había contagiado yo? Pensé en ti, Diego, y pensé en Ignacio. La culpa volvía a destruirme en medio del desorden que era mi mente. La culpa era tan fuerte como cuando era niña y temblaba por el infierno.

Mamá se encargó de llamarte para que ustedes enviaran las muestras de sangre necesarias para los análisis. También pensé en ti, maldito. Tuviste suerte, estabas sano, me lo contaste aparte para que mamá no se enterara. Pensé en mis otras víctimas y miles de recuerdos se recompusieron para acusarme. No tenía valor para hablar con nadie, no sabía qué podía decirle a los treintones. Me sentí mal, ellos no me iban a entender. Me acordé de papá, en las pesadillas también me acusaba. Mamá me miraba con pena, se arrepentía de haberme parido. Yo quería morir de una vez porque era culpable, tenía miedo, no quería regresar a Chiclayo. Esos meses fueron más horribles de lo que puedes imaginar. Algún químico de la amitriptilina ya surtió efecto en mi cerebro y me obliga a huir del dolor. ¿No crees que mi felicidad en ese momento era morir de una vez? Ya estaba dispuesta, Diego, pero no tanto como ahora.

Mejoré con la medicación. Empecé a respirar mejor, vencí las fiebres y la anemia fue controlada. Antes de retornar, los médicos me advirtieron que mis recién recuperadas defensas disminuirían pronto si no me cuidaba. Debía dormir y comer bien, no consumir drogas ni alcohol y evitar cualquier tipo de desarreglo. El sexo estaba prohibido. Prohibido por el bien común. Partí de la capital con la cabeza hecha un caos y me abordaste apenas llegué, Diego.

Te dije que me dejes tranquila. Te quedaste paralizado. Te repito: nunca fui ambiciosa, cuando hubo suficientes excusas para continuar con esto, no pedí más; ahora que no tengo siquiera una, quiero justicia. Te extraño, Diego. Esta tibieza me recuerda tu cuerpo, pero también que el año pasado fue el peor de todos.

Me escondí en Pimentel el resto del verano, pero tuve que volver a la universidad. Poco después del comienzo de las clases, la dejé. No podía seguir, había perdido el ciclo anterior y mis depresiones eran tan fuertes que prefería estar en casa. Dormía, deambulaba como un fantasma y leía los libros que me trajiste una noche. ¿Te imaginas la incomodidad de Freddy cada vez que nos encontrábamos en casa? Me miraba como si fuera un monstruo, era un recordatorio incómodo. Estabas dispuesto a pagarme cualquier tratamiento que cubriera tu dinero, ¿verdad, maldito? ¿Tenías remordimientos a pesar de todo? No te preocupes, abuelo inútil, ¿olvidas que me enseñaste antes que nadie el calendario de fertilidad? Fuiste un buen maestro, la situación pudo ser peor. No me importa que una parte de mí señale a mis emputecidas ganas, eso no cambia nada, yo quiero que solo tú seas culpable.

La crisis y los impuestos hundieron tus negocios, maldito, y tuve que contentarme con la atención del Seguro Social. No era mi problema que sobreviviéramos por los préstamos de tus amigos, a mí me importaba poco que ese dinero sirviera para comprar la comida que vomitaba. Lo que quería era desaparecer del mundo, estallar y matarte. Eso o volver al Espiral... no te preocupes, Diego, no volví tan pronto. En mayo mi cuerpo no soportó la baja de defensas producida por mi inapetencia y recaí. No fue tan grave, me internaron otra temporada nada más... ¿En serio quieres que siga con esto? No creo que puedas soportar lo que viene. Porque tú lo sabes, no finjas, seguramente Noel te contó. Ya debes estar enterado de cómo me echaron del Espiral. Solo con mirarte me convengo de que no aguantarás el final. ¿Crees que no me iba a volver loca con tantas ganas? Era un motor a chorro, ansiaba recuperar la fuerza y la furia de esas noches. Así que no pienses que podrás juzgarme, no te dejaré. No podrás con el final, ni siquiera yo puedo, necesito dormir unas horas para acabar con este delirio, con todo de una buena vez.

ABRES LOS OJOS para enfrentar la luz procedente de la ventana y te percatas de que aún estás sola. No hay fantasmas ni fiebre y es tiempo de acabar con todo. Miras el despertador, las dos de la mañana. Aún permanece el dolor en las piernas, en los brazos y en el vientre cuando sales de la cama. Lo tienes pensado desde el verano que viste a Diego, pero él no lo sabe. Trataba de ordenar su vida. Despeinado, la cara sin afeitarse, era otro. Parece que lo vieras junto a ti de nuevo. Hasta su amabilidad era extraña, lo suficiente para evitar el tema de la enfermedad y hablar solo del pasado. Hoy escaparás del futuro, del sufrimiento de paciente terminal. La dificultad para hablar, la pérdida de memoria y de peso, los tumores y la vejiga incontrolable. No quieres vivir con pañales y dependiendo del buen humor de las personas. Ahora nada te sujeta al Espiral y a tu antigua vida.

Quieres pensar que todo es culpa del maldito. Te gusta imaginar una vida paralela, como una niña normal. Muchas veces quisiste acusarlo, pero si confesaras ahora, como te exigió Diego, dejarías a tu madre sola, sin nada y con el resto de su vida para llenar de culpa. Ya no hay más excusas. Tienes bien planificada la acción de esta noche y no has levantado sospechas. Te pones la bata y las pantuflas y avanzas hasta la ventana, entre las sombras y las figuras incompletas de los muebles de la habitación. Hay luz en la calle y ruido proveniente de La Consolación. Tratas de entender el sonido: voces de niños que ensayan a contra reloj las canciones del trece de mayo. Lo sabes porque de niña también lo hiciste. Das media vuelta y caminas al escritorio. Tanteas en la oscuridad sobre el tablero hasta que encuentras el mechón de pelo de tu padre que guardaste desde su funeral. Lo rozas contra tu rostro por última vez, como uno de esos besos de buenas noches que en momentos como este te hacen

falta. Antes de salir lo escondes dentro de un cajón de la cómoda, junto a su fotografía mal conservada. Sales caminando al pasadizo, rumbo a la escalera. Piensas en el Espiral, en el año pasado, en el sexo que terminaste mendigando. Sientes las ganas porque no las has perdido, aunque seas un pedazo de carne enferma. Es difícil recordar. Temblabas por los escalofríos de la fiebre, pero no dudaste en reintegrarte a esas noches. Los treintones te recibieron efusivos, felices, y solo así recuperaste la sonrisa que la enfermedad te había quitado.

Que dónde habías estado, perrita linda, dónde. Tú les decías que de vacaciones, por Lima, y ellos festejaban tenerte de nuevo. Bebías, te drogabas, eras feliz, tremendamente feliz. Olvidabas los malos ratos, las ganas no cabían en tu cuerpo ni en ese reencuentro. Ni una sola palabra de la enfermedad, ni siquiera sospechas. Era mejor así, no valía la pena hacer el papel de honesta y sacrificada y acabar con lo único por lo que querías seguir asistiendo. El sexo vino pronto. Con uno, con dos, con tres. Eso no importaba, cuando te despertabas siempre era igual. Y así durante tres fines de semana, jueves, viernes y sábado. El resto de días de la semana los usabas para sobremedicarte y reposar. Sin embargo, ese tratamiento no fue muy útil y te internaron de nuevo. Vino una tonelada de nuevos medicamentos y litros de transfusiones para estabilizarte. Decidiste hacer caso un tiempo, cumpliste el tratamiento como te indicaron para sanarte pronto. La recuperación demoró, pero cuando regresaste el Espiral no había perdido su magia y los treintones te esperaban ansiosos.

Cada vez eras menos exigente. Para acostarse contigo ponías menos condiciones y ellos sabían aprovechar. No notaban lo enferma que estabas porque el maquillaje todavía podía disimular las señales de tu rostro demacrado y la noche y el alcohol podían camuflar bien la coloración grisácea de tu cuerpo. Les dijiste cualquier mentira para justificar el tiempo de ausencia y volviste a escabullirte en sus orgías. El reencuentro fue tan dichoso que no llegaste a dormir a casa varias noches, estabas dispuesta a consumirte con tal de ganarle la carrera al tiempo. Tu madre prefería no preguntarte qué hacías los fines de semana, solo lamentaba

tus ganas de consumir tu vida. No dejaste que interfiriera, pero te ganaste otros problemas. Tu pérdida de peso fue tan brusca que los treintones no tardaron en demostrar su aversión. Comprendieron que estabas enferma y se alejaron súbitamente. Más demacrada y delgada que antes, hiciste una complicación respiratoria y tuvieron que internarte de nuevo. A fines de junio parecías un muerto en vida. Los médicos preferían no tocarte, salvo motivos de fuerza mayor, y el resto de personal se alejaba sin disimulo cuando transitabas por los pasillos del hospital desabastecido por la crisis. Te hacían sentir como una peste, pero le decías a Diego que no te importaba. Estabas débil, tenías que dormir muchas horas para reponerte, pero aún te creías fuerte. La intensidad de la fiebre, el dolor de cabeza y la sudoración perenne no te hicieron cambiar de parecer. En julio, Diego te visitaba seguido porque tu madre le había dicho que podías morir en cualquier momento. Trató de animarte, pero en sus ojos enormes solo viste pánico. Querías pensar en la mejoría para regresar al Espiral y atraer de nuevo a los treintones, tenía que haber alguna forma. Tu salud mejoró solo a fines de julio. Hubo algunas noticias impactantes como que Ignacio estaba en una casa de adictos, pero no te importó demasiado, solo querías volver al Espiral y sentirte viva y deseada. Después de una medicación disciplinada, pisaste la calle feliz y ansiosa a inicios de agosto.

Hoy estás lejos de la crueldad, Alma, pues solo tienes una opción para no ser infeliz. No deberías remover tus recuerdos dolorosos, aunque sea tu última noche ya no vale la pena. Deberías recordar lo paciente que fue Diego contigo... él no entendería una decisión como la que has tomado. Pero no está en tu pellejo, al igual que tu madre, a la que hubieras preferido no contarle sobre los hombres mayores que frecuentabas. Los chismes te hacían daño. Regresaste al Espiral a pesar de su espanto, pues sabía que cambiarte iba a ser imposible. Solo le perdonaste que de niña se hubiera alejado de ti por el dinero del maldito.

Reapareciste una noche de agosto. Tenías fiebre y sudabas mucho, el maquillaje se escurría por tu rostro y no lograba disimular nada. Fuiste

a la mesa de los treintones conocidos, te dijeron *no queremos saber más de ti* y se largaron. Te quedaste sola, con tu juventud a cuestas y unas ganas que no te dejaban en paz. Quisiste una explicación, pero ninguno se acercó a hablarte. Tu cuerpo te traicionaba, Alma, ya no les parecías atractiva. Los nuevos huían de ti como si en verdad fueras una peste, te sentías un pedazo de basura despreciable. Te quedaste en la mesa con varios cubalibres y vino la soledad con toda su potencia. No podía estar pasando, no en el Espiral. Estabas ebria cuando llegó el primer abuelo, alrededor de las cuatro de la mañana. Se sentó a tu mesa, te dijo *mira, te voy a ser franco, no quiero irme de aquí sin conseguir un polvo* y puso unos billetes sobre tu muslo izquierdo después de pasar su mano áspera. No era amable, se veía molesto y apurado. La caza había sido mala esa noche y le servirías de premio de consolación. Lo habrías mandado al diablo en otra situación, pero esa vez era diferente. Parecía una cuestión de supervivencia. Para olvidar que estabas enferma debías parecer feliz, engañarte, relegar la humillación. Te acostaste con el abuelo a cambio de un poco de droga, entonces fueron donde Noel y por primera te dio vergüenza encontrarlo. No abrió la boca, su mirada te hizo entender su sorpresa y su reproche. Le entregó la hierba al abuelo y siguió su camino. ¿Hasta dónde eras capaz de llegar? El abuelo te llevó a un cuartucho de hostel del centro de la ciudad. Ahí conociste su violencia. Cada torpeza tuya era un insulto o una bofetada. Su placer era egoísta, quería demostrar que estaba vivo con su excesiva brutalidad. Eras una prostituta barata para él y no te quedaba más que eso. Tenías que apaciguar sus ganas, Alma, sabías que estabas enferma cuando dejabas que los abuelos te golpearan. No eran como los treintones, no había siquiera un rasgo vago de la complicidad. Sin embargo, te aferraste a esa última oportunidad. Retornaste los jueves, los viernes y los sábados para que te trataran como basura. Ilusamente quisiste encontrar su piedad, pero fue inútil. Solo con un poco de droga eras capaz de soportar los maltratos y las rifas: los que no conseguían un polvo se juntaban al final de la noche a decidir quién se acostaba contigo primero. Deseaste sentir la felicidad,

sentirla en serio y no ver el precario autoengaño. Ya no reíste, ya nada fue gracioso. Tu aspecto empeoró.

A esa perra con condón, solamente con condón, comentaban algunos asqueados. No tenías voto, eran sus condiciones. ¿Por qué las ganas eran más fuertes, Alma? Te mirabas al espejo y no te reconocías. Solo en un lugar tan despreciable como el Espiral podías encontrar a alguien que se interesara en ti. Pero pronto los abuelos se hartaron de tus abscesos, tus ojeras y tu delgadez. Las últimas veces dejaste que te insultaran y golpearan, los complaciste para que no se fueran. ¿Cuántas dejaste que palparan tu cuerpo como una mercancía?

Una noche se acercaron dos mastodontes de seguridad y se plantaron frente a tu mesa. Era temprano, los abuelos con mala suerte aún no se habían reunido para sortearte, como lo último que les quedaba. Los mastodontes te cogieron de los brazos y uno de ellos te dijo *señorita, váyase*. Estabas algo ebria, lo suficiente para no dejar que dos empleados te arruinaran la noche. Trataste de apartarlos de ti con todas tus fuerzas, pero fue inútil. El mismo mastodonte repitió *váyase, la gente no quiere verla por aquí*. Entonces gritaste. Primero suavemente y después con tanta fuerza que hiciste un escándalo. Decenas de ojos se volvieron a mirarte. *Deja de gritar, callejera*, te dijo el otro mastodonte y te alzó de los brazos, ya sin paciencia. Tu debilidad no impidió que te zafaras. Pediste ayuda a gritos, desesperada, porque pensaste que alguien te ayudaría. Los primeros insultos llegaron del mezanine y poco a poco fuiste reconociendo los rostros. *Putas de mierda*, escuchaste, *sidosas, peste*. Estabas histérica, no pensabas en nada, solo en que nadie te sacaría del Espiral ni te quitaría lo único que te quedaba. Entonces bajaron los treintones del mezanine para perseguirte. Corriste sin rumbo por la discoteca, pero te atraparon sin esfuerzo. No te rendiste, plantaste tus uñas débiles en los brazos de los treintones y sentiste que tus dedos se partían. Cuando los golpes estallaron en tu rostro una y otra vez, sin parar, te diste cuenta de que era inútil pelear. Afortunadamente Noel apareció para salvarte. Se escabulló entre los treintones, la seguridad y los abuelos que te machacaban

y recibió los golpes y los escupitajos que eran para ti. *Putá, peste*, oíste por un lado, *zorra asquerosa*, por otro.

Todo lo escuchaste con claridad porque ya no había música. Noel te dijo que te colgaras de su cuello. Estabas tan adolorida y mareada que lo hiciste, y solo así lograron abrirse paso hasta la puerta del Espiral. No los siguieron. En la avenida aún te sentías mareada por los golpes y tu cara estaba empapada de algo pegajoso. Te palpaste la boca, manaba sangre; sudabas y los escalofríos de la fiebre estaban matándote. Noel te prestó su casaca y te ayudó a vomitar en el asfalto cuando estuviste más tranquila. Le diste las gracias y te sentaste en el borde de un sardinel. *De nada, ahora tomemos un taxi, voy a llevarte a tu casa*. Te negaste rotunda a pesar de sus insistencias. *Me voy sola, no te preocupes*, decidida, con el orgullo que te quedaba. Aceptó antes de que encontraras unas líneas de cocaína en un bolsillo. Trató de impedirlo, pero lo apartaste. Aspiraste en plena avenida y el dolor cedió. Te ayudó a acomodarte en el taxi, *no regreses, esto se va a poner peor* y se despidió. Fue la última vez que lo viste. Una semana después la policía intervino la vereda más larga del mundo.

Ahora bajas por las escaleras, despacio para que no te oigan, e intentas no recordar más. Recuerdas la humillación cuando tus piernas te traicionan. El dolor llega hasta los huesos. Dos, cuatro o seis años más así. La reclusión acabó a fines de diciembre porque decidiste huir a Pimentel, a la casa de playa de tus tíos. Dejaste los antidepresivos un tiempo y decidiste pasar las fiestas sola: la noche de año nuevo viene a tu mente porque no resististe y saliste a buscar hombres en los barcitos de Pimentel. Fue una cacería fallida. Pimentel era una fiesta para todos, excepto para ti. Ni siquiera los borrachos que se tendían en la arena de la playa querían que te les acercaras. La noticia de tu enfermedad había corrido a toda velocidad; además, era muy fácil distinguírte, parecías un muerto viviente: la piel pegada a los huesos, las ojeras enormes, los abscesos en la cara, el cabello arruinado. En febrero te animaste a llamar a Diego, a tus tíos les pareció bien que lo invitaras a pasar un tiempo contigo. Conversaron durante dos días de la secundaria y los amigos.

Te habló del operativo en la vereda más larga del mundo y de Noel, que pensaba viajar a Estados Unidos. Eran noticias lejanas, parecía tratarse de desconocidos. Diego regresó a Chiclayo la segunda noche, después de enterarse que su padre loco había huido de casa.

Pasó tu cumpleaños y ninguno de tus amigos se acordó. Regresaste a Chiclayo porque tu salud estaba deteriorada de nuevo y no dejaste que te internaran en un hospital. Diego volvió a visitarte y te trajo libros una de esas noches. Después no lo viste más. Avanzas en la oscuridad, a Freddy no dejaste de odiarlo, te apoyas en las paredes para no caer, no sirvió de nada que se convirtiera en un abuelo generoso, hasta que por fin reconoces la puerta de la cocina, no resolviste la tortuosa contradicción infantil de repulsión y placer. Encuentras el interruptor, Diego decía que eras una víctima, los fluorescentes de luz no demoran en encenderse, que esas ganas no surgieron de la nada, tu corazón está muy agitado, pero también eres culpable. Buscas un cuchillo para forzar la cerradura del gabinete de medicinas, en el tercer giro está abierto. Cuando te juró que te amaba y que iba a cambiarte, le dijiste *y si te confieso que alguna vez me gustó, ¿qué pensarías de mí?* Examinas el gabinete rápidamente, la luz de la cocina no debe estar encendida más tiempo del necesario para no ser descubierta. Escoges blísteres de amitriptilina, largactíl, haloperidol, adolonta y fortecortin.

Abres el refrigerador y no encuentras más que la mitad de una jarra de jugo. Consigues silenciosamente un vaso de los reposteros y apagas la luz antes de salir. Todo sale como lo has planeado. Aún puedes distinguir la sala que Freddy mandó a ampliar. Es un pequeño desastre a esta hora: los sillones desalineados, los adornos sobre un único mueble y la colección de discos de jazz embalados al lado de la puerta, listos para el remate. Piensas en la crisis mientras subes las escaleras. Nunca te importó realmente. Caminas sigilosamente en la segunda planta, haces equilibrio, el tránsito es impecable porque Freddy y tu madre, que duermen en la habitación inmediata a las escaleras, no te sienten. Caminas hacia el fondo, no retornas a tu habitación, y vas descalza para

evitar el ruido. Dentro del baño sientes que todo lo haces en cámara lenta a pesar de que tu corazón salta en tu pecho. Te miras al espejo, es inevitable, y tratas de darle tu mejor sonrisa. Ahora nadie se acostaría contigo. Aseguras la puerta y te desnudas. Te miras otra vez en el espejo y lo que ves es más repulsivo. Ya ni siquiera eres un muerto viviente, sino un perro desnutrido. Tus ojeras oscurísimas se parecen a los moretones que se forman con solo tocarte la cara. Sonríes. Desnuda tampoco estás conforme. Te acercas al espejo para ver los poros de tu cara abiertos, maltratados por el sol playero. Revisas los abscesos y los granitos con llagas alrededor de las comisuras de tu boca. Recoges lo que queda de tus senos con las manos. Son flácidos y tus pezones pequeños y negros. Tu piel tiene una coloración mortuoria. Tus brazos también son flacos y en tus dedos se pueden notar las falanges. Tu vientre y tu pubis están arrugados y tu sexo lampiño se ve trajinado. Más allá de los muslos no logras ver. *No voy a sufrir más*, le dices al espejo como si fuera un acto protocolar para convencerte a ti misma. Eres un pedazo de carne abominable. Ya no puedes con las ganas ni los odios, con el dolor de tu madre y los recuerdos.

Aseguras la puerta del baño y abres los grifos de la tina hasta conseguir agua tibia. Te colocas la bata para ocultar tu cuerpo, esparces las medicinas de la bolsa de papel y sacas cada uno de los comprimidos. Ciento treinta y dos. Pasas varios a la vez con ayuda del jugo para que no se queden en el esófago. Bebes lo que sobra del jugo de piña y pronto empiezas a marearte. Los surcos que hay entre las mayólicas blancas del baño se mueven, se confunden, se hacen borrosos. Te apoyas en el lavatorio para no caer y llegas hasta los grifos para cerrarlos. Estás asustada, el efecto es veloz. Te quitas la bata de baño y entras al agua tibia. Te sumerges hasta el cuello y tienes miedo. Te tiemblan las piernas y los brazos, pero no lo notas. El agua te refresca porque tu estómago y tu cabeza parecen volcanes. El cansancio llega gradualmente, la luz va desapareciendo, sientes que flotas en un líquido pegajoso. Tus piernas y tus brazos se tensan y se relajan rápidamente, tampoco lo notas. Sumerges tu cabeza para sentir el agua

tibia en la cara. Tu abdomen y tus miembros se hinchan hasta adquirir proporciones desmesuradas, como un globo de caricatura. Cierras los ojos por el cansancio repentino y entiendes que estás muriendo. Juntas las manos y las usas como almohada, sonrías aún. Eres una niña pequeña, cada vez más pequeña, hasta que regresas al vientre materno del que no debiste salir. Con los ojos cerrados tu padre te abraza con cariño. Sus ojos negrísimos, su barba que nunca te hizo doler. Aunque no lo conociste como hubieras querido, puedes abandonarte en él y acabar con el dolor.

—A LA VEREDA más larga del mundo, ¿adónde más?

Vamos, vamos, la avenida Libertad exhibe sus chiquillos ciclistas avanzando en grupos, *¿pero cuánto tienes?*, pegándose al sardinel central que tiene árboles nuevos y descuidados, *suficiente para los tres*, y alejándose ruidosos y rápidos, *¿y dónde conseguiste?*, hasta llegar al óvalo y regresar por el carril paralelo, *en el centro, pero por tu bien no te voy a decir más*, mientras ustedes cruzan la avenida y toman una ruta directa, *no necesito tu información*, un atajo a la vereda, *muchachos, han cogido a Tacita*, el camino es una zona lotizada y desierta, *¿qué dices?*, y forma una urbanización nueva que no se parece en nada a Santa Victoria, *¿hablas en serio?*, le faltan las casas bonitas que empiezan a hipotecarse o venderse para superar la crisis, *lo han cogido en Piura, así dice este periódico*, le faltan los carros que se empolvan en los garajes porque el combustible es impagable.

—¿Escuchaste, Diego? —Ignacio te sacude un poco—. En lugar de llorar por lo que no vale la pena, preocúpate por esto: ¡han cogido a Tacita!

—Déjalo, ya no lo jodas, huevón —irrumpe Noel.

El poderoso viento de la ciudad impide que sigas caminando como un autómatas, *cuánto lo siento*, intentas pensar en lo que Ignacio te dice, *todavía no puedo creerlo*, tratas de olvidar la muerte de Alma, *¿cómo pasó?*, pero no puedes, *ella estaba bien la última vez que la vi*, a pesar de que te

avisaron antes de ir al trabajo, a las nueve de la mañana, *se tomó muchas pastillas*, Lucía te preguntó furiosa por esa tal Alma, *¿es que no entiendes?*, te enfrentaste a tu madre, *Diego, reacciona*, que no quiso que fueras al velorio, *se quitó la vida*, tuviste que encerrarte en el baño para llorar como querías, *discúlpame, Diego*, pero pronto tuviste valor para arrastrar tu cuerpo hasta esa casa, *estoy alterada, compréndeme*, te encontraste con su madre, *estoy tan sorprendida como tú*, le diste un pésame sentido como el buen muchacho que eres para todos, *no sé qué más decirte, muchacho*, disimulaste tu rabia al ver a Freddy con una consternación que creíste fingida, *no me acostumbro a la idea*, te acercaste al ataúd para ver su nariz taponeada de algodón, *me da pena porque ni siquiera me despedí de ella, señora*, sus ojos cerrados y una sonrisa inesperada de niña, *tampoco yo*, oliste el fórmol y las flores de muerto, *la encontré en la bañera esta mañana*, y sentiste la mano de Ignacio en tu hombro, *abrimos la puerta del baño con una llave vieja y estaba así, acurrucada como una criatura*, te dio un abrazo que te permitió llorar de nuevo, *no sabía qué hacer, estaba fría, pero se veía tan tranquila*, Ignacio fue duro como una piedra, *así como está ahora*. No puedes olvidar.

—¿Dices que a Tacita lo cogió la policía?

—Eso es lo que Noel está diciendo —dice Ignacio a modo de reproche.

—¿Cómo es eso? ¿Quién te ha dicho, Noel?

Noel relee lo más importante de un trozo de periódico que saca del bolsillo. *Fue en una estación*, el lugar se ve desierto y la noche vence la tarde, *estaba esperando un bus que lo iba a hacer pasar la frontera con Ecuador*, y lo único que te puede aliviar son unas bocanadas densas, *más allá del Mercado Central de Piura*, ya no te interesa que Ignacio esté en tratamiento, *¿se acuerdan del Churre?*, igual volverá a la rehabilitación en unas horas. Asienten, *los cogieron a los dos*, estás seguro de que Ignacio solo piensa en drogarse y que realmente no le importa Tacita, *aquí dice que todo estuvo bien organizado*, Lima lo transformó, *los tombos bajaron*

de una camioneta y los arrestaron en plena avenida, de sorpresa, y empeoró en la casa de adictos.

—Carajo, las desgracias siempre vienen juntas —y no te atreves a limpiar las lágrimas que tienes ocultas tras los lentes oscuros.

—Pero no ganamos nada llorando. Alma está muerta, qué demonios, pero Taza está en la cárcel. Deberíamos hacer algo, no sé... ir a verlo... ¿por qué no lo vamos a ver?

—Yo no puedo, sería una estupidez ganarme el mismo lío con la policía —Ignacio y tú asienten. Están cerca de los restos de la vereda, las cortinas de polvo se alzan sobre las calles—. Al menos nadie ha dicho mi nombre, así que estoy a salvo por ahora.

—Ya sé que tú no, Noel, pero con Diego tal vez podríamos viajar a Piura. ¿El periódico dice dónde lo van a encerrar?

Es la euforia de la droga lo que le hace decir tantos disparates, piensas, conoces bien a Ignacio. Pero Alma, ¿ya olvidaste cuánto te importaba? Tu cabeza da vueltas. No te avisó, Diego, no quiso que te enteraras, ni siquiera se despidió. Qué día tan pésimo, aún no se puede creer, Alma está muerta.

—No, no dice nada —después de revisar el periódico.

—¿Ir a verlo para qué, Ignacio? De todas formas lo van a traer a Chiclayo.

—¿Cómo que para qué? ¿Para darle nuestro apoyo! —insólito, agrio—. Entiende, Alma ya se murió, no vas a lograr nada con tanto lloriqueo, no la vas a revivir. Ahora pensemos en Tacita.

Sientes que tu furia se desborda. Jalarías a Ignacio de la corbata, lo atraerías hacia ti y le conectarías un derecho en la cara. Si no cayera, lo empujarías con ambas manos. En el suelo lo patearías a tu antojo, en la cabeza y en el estómago con la punta de los zapatos. Al final lo cogerías de las solapas y lo golpearías contra el suelo hasta que te rogara.

—Eso que dices de la amistad es mentira. Si no tuviera un poco de hierba en el bolsillo, serías el mismo hijo de puta de siempre.

—¡Qué par de cojudos! —corta Noel—. La próxima vez no les digo ni mierda.

—El cojudo es él, está enamorado de una puta muerta —para provocarte—. ¿Ya sabes cuántos se la tiraron en tus narices, huevón?

Jalarías a Ignacio, le conectarías, lo patearías. No lo piensas siquiera, saltas y tratas de cogerlo de la corbata con la mano izquierda, pero su reacción es rápida y solo logras sujetarlo de la camisa. Ignacio aún no espera el verdadero golpe que viene de tu diestra. El puñetazo lo alcanza entre la nariz y el labio, hace que retroceda unos pasos, pero no lo derribas. Noel se hace a un lado y les deja el terreno libre. Estás furioso y ellos sorprendidos de tu rapidez. *Concha tu madre*, te dice Ignacio mientras se pasa la mano por la boca, *sigue peleando, maricón, ahora sigue peleando*. Te sacas la chaqueta negra y los anteojos y se los entregas a Noel. Ahora confirman que has estado llorando, tienes los ojos húmedos y rojos. Ignacio también entrega su chaqueta y te insta, *ven, huevón, ¿no te gustó que te dijera tus verdades, no?, pelea, pues, pelea si eres capaz*, y te lanzas sobre él sin pensar. Noel solo los mira desde una distancia prudencial.

Alcanzas a Ignacio en el estómago y lo pateas en la pierna derecha, pero él te espera con los puños arriba y te devuelve un golpe recto y certero en la cara. *Llora, huevón, porque me la tiraba a mi antojo y a ti no te hacía caso*. Lo atacas sin pensar: te lanzas contra él con intención de derribarlo, pero con un cabezazo no logras mucho; por el contrario, te cansas y empiezas a marearte. *Estuvo contigo por despecho, porque yo la terminé cuando me fui a Lima*, con menos piedad. Sus palabras alimentan tus ganas de matarlo, pero eres lento y tus puños flaquean cuando impactan su cuerpo. Tu cansancio se impone sobre tu rabia.

Ignacio te hace volver a la realidad. Conecta un golpe en tu pómulo y te patea el vientre hasta quitarte el aire. Caes agitado, toses. *Levántate, te doy ventaja si quieres, ¿o es que no puedes conmigo?* Sonríe victorioso, desde el suelo notas que los espacios entre sus dientes son líneas rojas. *Llora, huevón, te enamoraste de una puta*. El aire con polvo te da en la cara y tienes que escupir de rato en rato una saliva espesa que no te ayuda

a respirar por la boca. Noel los mira sin decir una palabra, Ignacio se pasea como un ganador. En un momento de descuido te lanzas sobre él y lo derribas contra el asfalto. *Te voy a matar*, para darte valor, más furioso y agitado que antes, *te voy a matar*, y lo golpeas en la cara, uno tras otro golpe con toda tu fuerza, *te voy a matar*, con los dos puños hasta que te cansas. Ignacio no puede resguardarse y tampoco esquiva tus primeras patadas cuando te incorporas. *Te voy a matar*, repites aún como un demente, pero esquiva los nuevos golpes y consigue espacio para ponerse de pie. *Ahora me toca a mí* es lo único que dice, adolorido. Se acerca y lo golpeas de nuevo, pero no demoras en caer. Esta vez Ignacio no perdona una sola oportunidad, sus patadas te impactan certeramente en el vientre y la cara y solo puedes cubrirte porque tu cuerpo no te obedece después de tanto castigo. Ignacio se detiene cuando nota que se ha caído la pequeña bolsa de droga de tu bolsillo y que está más cerca de él que de ti. Te pateas hasta estar seguro de que no puedes seguir. *Ni siquiera sabes dar unos cuantos golpes*, te pateas dos veces más y ordena furioso *¡levántate!, ¡pelea!, ya no te estoy pegando, dejo que te levantes, ¡pelea!* Estás magullado, no tienes fuerza ni voluntad. Le pides que ya no siga y la pelea termina con un par de golpes. Da unos pasos hacia la bolsa de droga y la atrapa con el pie antes de que el viento la arrastre. *Este es mi premio* y se lo guarda, avanza hasta donde está Noel y le pide su chaqueta, le dice algo que no entiendes, le da la mano y un abrazo. Empieza a caminar tranquilo, con la camisa crema sucia, impregnada a su cuerpo por el sudor. Contemplas la escena en silencio hasta que le gritas *me das pena, drogadicto de mierda* cuando está lejos. Ni siquiera se da por aludido, sigue indiferente su camino entre los restos de la vereda más larga del mundo.

—Ya no tengo más hierba —le dices a Noel mientras te ayuda a incorporarte.

—Par de cojudos, los dos siguen enamorados de Alma —lo primero que haces es ponerte los lentes oscuros aunque esté anocheciendo—. Al menos se desfogaron.

—A ese drogadicto no le importa nadie —tu nariz emana abundante sangre—. No sé cómo pudo decir eso de Alma.

—Lo dijo de la boca para afuera, hombre; Ignacio es así, se hace el malo, lo conozco bien. Oye, te está sangrando la nariz, siéntate un rato y alza la cara.

Obedeces y limpias la sangre con la manga de tu camisa. Ves el cielo nublado, cercano, como si fuera a llover.

—Alma era nuestra amiga, pero no una santa.

—Es que tú no la conociste como yo, Noel, ella tenía problemas.

—Seguro que sí, como todos —apenas lo toma en cuenta y respira antes de seguir—. Mira, no quiero que creas que estoy dándole la razón a Ignacio, pero Alma está muerta y ya no podemos hacer nada, en eso tiene razón. Además...

—¿Además qué?

—Además se mató porque no quería seguir así.

—Aún era muy pronto.

—No seas egoísta, Diego. Deberías estar tranquilo porque no sufrió. Deberías pensar en otras cosas.

—¿En qué, Noel? ¿En Lucía y en mi hijo?

—Claro, y también en tu carrera y en el futuro.

—No quiero saber de eso, hoy no.

—Te portas como un chiquillo. Tienes que enfrentar lo que hay, no queda otra.

—No te creas tan mayor ni me sermonees. Solo me llevas dos años.

—Son dos largos años que te hacen mucha falta, Diego.

—Es fácil hablar cuando no es tu problema, se dicen cosas y ya. Es distinto si el problema es tuyo. Ahí las palabras no sirven de mucho.

—Te lo digo como amigo. Mientras más te demores en asumirlo, más te costará.

—Ya, está bien, gracias de todas maneras —con tal de no discutir, y te palpas la nariz con cuidado—. Creo que ya paró la sangre, vamos a Santa Victoria de una vez antes de que se haga más oscuro.

—Quiero pedirte una cosa, Diego.

—Dime.

—Necesito plata, un préstamo. Quiero viajar a Lima hoy, ya está todo listo.

—No sé si me alcance. ¿Cuánto necesitas?

—Para el pasaje en ómnibus al menos... ¿no quieres comprarme esta ropa?

—NUNCA ME LO contaste —te regaña Sandra. La viste soñoliento hace un rato: se levantó con sigilo como todas las mañanas, se puso la poca ropa abrigadora que tiene y se calzó unas sandalias. Fue hasta la cocina a encender la radio eternamente sintonizada en Radio Programas, la dejó en volumen bajo, barrió la habitación y revisó si había algo para comer.

—No me gusta hablar de mi viejo —y ya extrañas su cuerpo caliente junto al tuyo—. Es un asunto enterrado.

—Como quieras, Noel, no te voy a obligar.

—¿Hay algo para comer?

Regresa al lecho, rendida, y te confirma que no hay nada en esa habitación de pensión excepto maíz de aves.

—Ni siquiera hay querosene para hervir los huesos —apenada.

Después de que el director de fotonovelas los echó, cuando se agotaron los ahorros, buscaron trabajos que les permitieran subsistir, lo cual parecía imposible por la crisis. Consiguieron entonces puestos ocasionales de pagas misérrimas que no servían para cubrir las alzas inflacionarias. Ahora no tienen comida. Extrañan la sopa que hacían a diario con los mismos huesos de res y algo de sal.

—Hay que aguantar unos días más, mi amor, el gobierno ha prometido que las cosas van a mejorar en estos días —después de que sugiere que enfrentes la calle y consigas comida de cualquier manera, que soluciones

el problema como un hombre. Te mira a los ojos, se estanca a tu lado porque en la cocina no hay nada que hacer.

—¿Unos días más? —y ahora mira al suelo—. ¿Qué día es hoy?

Te da el abrazo que necesitas para tranquilizarte, sigues el curso de su pelo largo que todavía es rubio, pero que empieza a desteñirse. Respiran, piensan.

—Ocho de agosto.

Escuchan la radio como si esperaran que el hambre los hiciera dormir. No te pones la camisa a pesar del frío de la ciudad y de lo heladas que están sus manos. Tampoco sales, quieres quedarte en la cama y comer granos de maíz duro.

—Tal vez si voy donde mi amigo, el que me buscó la otra vez...

Los celos estallan.

—¡Ni lo pienses! Tú eres mi mujer ahora.

—Podría darme algo de plata...

—Te he dicho que no.

Sandra podría vestir su ropa más pequeña, tocarle la puerta a ese comerciante y entregarse, piensas. Es mejor que se acueste con un hombre que pueda darle de comer. Te hierva la sangre de solo pensarlo, el estómago presiona.

—Sal a buscar algo, Noel —sería—. A mendigar o a robar aunque sea.

Por fin te lo propone. Pasa sus manos por tu pecho y miras fijamente al techo de tablones viejos que apestan a humedad. Te concentras en averiguar lo que hacen los que viven en el piso superior. También deben tener hambre y frío, piensas, igual que a los que solo les queda para refugiarse esa pensión en ruinas llena de ratas y cucarachas.

—¿Y que me agarre la policía? ¿Que me encanen para que no me vuelvas a ver? ¿Eso es lo que quieres para ir donde ese especulador?

—No podemos quedarnos así, Noel.

Salir a las calles del centro de Lima a enfrentarte a los ambulantes que las obstruyen, a mirar la miseria en las caras de la gente, a morir en

un atentado o a ser apresado por la policía. Tal vez a robarle el reloj a un despistado o a arrancar carteras. De ninguna manera, eres un cobarde, lo sabes bien. Mejor atiendes la radio que todavía funciona, que pierde la señal de rato en rato, que escupe noticias poco gratas. Por eso confías en que el gobierno recién elegido no dará el shock económico que te aniquilaría. Quieres creer que la situación mejorará, pero lo que más te importa es sobrevivir hasta que tu madre llegue a Lima, te lleve a Estados Unidos y no regreses jamás, como te prometió en una carta.

—¿Tú crees que soy un cobarde, verdad?

—Eres hijo de ricos, Noel, ¿qué puedo esperar? En mala hora me metí contigo.

—No hables cojudeces —harto—. Ellos no cuentan, ahora solamente estamos tú y yo y no tenemos dónde caernos muertos.

—Pareces un pituco: no haces nada, estás echado todo el día —y le desespera tu silencio, entonces el ataque es más violento—. Por tu culpa me botaron del trabajo.

No la miras más, pero sabes que cierra los ojos, arrepentida. Maldita mala suerte.

—¿De qué hablas? No fue mi culpa que te botaran a ti.

Con el ruido de los tablones notas que los vecinos se han reincorporado a estos días que huelen a desolación y que la muestran sin pudor. Tal vez si fueras a rogarles por un poco de comida. Estás harto de ver a las viejas lamentarse porque sus presupuestos no alcanzan para todo el mes. Siete mil quinientos por ciento de inflación, hasta cuándo, piensas.

—Lo que me pasa por estar contigo, Noel. Me fregué sola.

A veces piensas que no llegará el día que te vayas, quizá te quedarás con esta mujer que te quiere sin una razón aparente, que sospechas que tiene la tenue esperanza de que no usarás la visa cuando te la den.

—Sé que me quieres y por eso no me dejas —y tratas de parecer alegre.

Quieres hacerla reír porque no sabes cómo salir de esa tensión. Coges sus muslos fuertes para buscar algún tipo de consuelo. Lo haces

con cariño, como un amante tierno, y tratas de animarla aunque parezca imposible.

—¡No me agarres! —y se separa enojada.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta? —rápido, insólitamente risueño.

¿Qué hora es? Debe ser el mediodía, puedes ver un débil halo de luz que atraviesa un agujero de la puerta. El cielo de Lima es gris como el humo y las ratas que a veces pelean en sus narices. Por el gris del cielo los días pasan tristes, con desánimo.

—¿Por qué lloras? —te mira con rabia y se recuesta sobre su almohada, como si fuera a dormir.

No contesta. Te preocupa porque podría reclamarte, pero no lo hace.

—Pobres mis papás, deben estar pasando peores necesidades que nosotros. Esta crisis no termina nunca y a mí ya no me alcanza para seguir estudiando.

—Pero si tú lo has estado haciendo bien —a modo de consuelo—. Por ahora no se puede seguir pagando tu instituto, pero todo se arreglará pronto, vas a ver.

—No tengo trabajo. ¿Con qué voy a pagar el instituto?

—Tenemos que esperar. El nuevo gobierno va a cambiar las cosas.

—Promesas y promesas, estoy harta de las promesas. Los políticos hacen promesas, es lo único que saben. Dijeron que iban a controlar el terrorismo y mira, ya van como diez años y cada día es peor. Dijeron que no íbamos a ser pobres y mira cómo estamos, tenemos hambre... ahora prometen que nos van a sacar de la crisis sin paquetazo, pero yo ya no creo. No soy tan sonsa como tú.

—Tranquila, Sandra, no hay mal que dure cien años...

—Eso dices porque te vas a ir, pero yo no. Y encima te haces el rebelde con tu familia.

—Tú no entiendes, no sabes nada de mi familia, así que no hables.

—Vine a Lima para ayudar a mis papás. ¡Mira cómo les estoy fallando!

La abrazas fuerte para que se desahogue y a ti también te dan ganas de llorar. Habla con palabras entrecortadas, no la entiendes. Entonces vas hasta la parte de la habitación que sirve de cocina, coges el recipiente con maíz de aves y lo llevas a la cama.

—Come, mi amor —y ella rompe en lágrimas rabiosas.

—Ya pues, no seas así —insistes.

—¿Por qué estoy con un hombre inútil? —te duele, pero finges que no.

—Mastica bien, vas a ver que no sabe tan mal. Hasta le podemos poner sal.

Coges un par de granos y los acercas a su boca, pero ella no la abre. *Ya pues*, le ruegas y acepta por fin. Mastica los granos duros mientras las lágrimas rodean sus ojos y luego deja de comerlos de tu mano. Jalas una silla y comen juntos. No se dicen nada, luego se acuesta y se queda dormida. No tienes reloj, también lo vendiste. ¿Qué hora es? Dejas el depósito de maíz en una mesa y lo cubres, no quieres compartirlo con las ratas. Te da pena no tener siquiera un poco de querosene. Los precios de los combustibles se dispararon. Te acuestas sobre la cama, a su lado, y miras el techo de tablonos hasta que también te quedas dormido.

¿Qué hora es? ¿Siete, ocho, diez de la noche? La ves cerca de la radio, trata de ajustar la sintonía de la emisora. *Hemos dormido bastante, tú más que yo*. La sientes más relajada. ¿Qué hora es?, le preguntas. *No sé, por eso estoy arreglando la radio*. Empiezas a tiritar, no estás acostumbrado al invierno limeño. Te pones la camisa y una chompa vieja. Te tapas con las frazadas de la cama y tu estómago hambriento ruge.

—Soñé con mi familia, Noel. La están pasando mal, peor que nosotros.

—No te preocupes por ellos, están bien.

—Siempre dices lo mismo. ¿Cómo sabes?

Sintoniza la radio y vuelve a la cama. Te mira a los ojos firmemente.

—¿Cuándo vas a salir a conseguir algo?

Giras, vuelves a mirar al techo, extiendes los brazos, suspiras con fuerza. Podrías estar en Chiclayo drogándote, con mujeres. De pronto la radio llama tu atención, el locutor anuncia algo importante, mensaje del ministro de economía.

—Atiende, atiende —entusiasta—. Es lo que estaba esperando.

Le dan el pase al ministro y empieza a hablar. El saludo y los formalismos del principio. Confías en que serán buenas noticias sobre la crisis. *Paquete de medidas económicas*, escuchas, *shock*, tu corazón a mil por segundo, *estabilización forzosa*, empiezas a creer que es malo, pero no estás seguro, no entiendes los términos, *duro ajuste económico*, empiezas a estarlo, *duplicación de sueldos para contener el golpe*, pero no tienes empleo, *producto de la hiperinflación*. Termina con otros formalismos. *Que Dios nos ayude* es lo último que dice. Hasta el locutor de la radio parece impactado. Ya no escuchas, Sandra está asustada. No puede ser, piensas. El locutor tiene un invitado, la gente llama a la radio, *es un ajuste económico muy duro considerando que el presidente no activó los programas sociales de emergencia para los sectores económicos menos favorecidos*, dice el desconocido, pero no quieres seguir entendiendo.

—¿Es tan malo como parece, Noel?

Callas. Ella se desmorona, se desespera, te exige una respuesta.

—¡Estamos jodidos! —con rabia—, ¡jodidos de verdad!

Pasan los minutos, no te reclama, ya no es capaz de eso. Cuánto podrás resistir, cuándo llegará ese dinero que te ha prometido tu madre, cuándo te largarás de este mísero país. *Que Dios nos ayude*, la última frase del ministro retumba en tu cabeza, *que Dios nos ayude*. Atiendes a la radio, un enlace en directo, también parece importante. Escuchas *cierrapuertas total de mercados y centros comerciales*, ¿qué es lo que está pasando?, *las fuerzas armadas y la policía nacional vigilan que no haya problemas*, empiezas a entender, es la reacción de la gente, *en muchos establecimientos comerciales los saqueadores están logrando su propósito*, y también puedes escuchar a lo lejos las sirenas ruidosas, *el rochabús es insuficiente para contener a la gente que se lleva la mercadería*, el corresponsal indica dónde

está sucediendo. Otros corresponsales dicen lo mismo, ocurre en varios lugares a la vez y la policía no puede darse abasto.

—¿Escuchaste? Eso está cerca de aquí —ves los ojos brillosos de Sandra, maniáticos—. ¡Es tu oportunidad!, ¡debes ir!

—¡¿Estás loca?! —escuchan que cerca estallan las sirenas. ¿Policía? ¿Ambulancias?—. ¿Quieres que me maten?

—Eres un cobarde. Voy yo entonces.

Con suerte lograrás escapar de la multitud sin que te alcance una bala, con suerte traerás comida de verdad. Irás a toda velocidad, cogerás piedras grandes, las arrojarás contra un escaparate e ingresarás al establecimiento. O quizá, cuando llegues, el trabajo más difícil estará hecho y podrás robar a manos llenas.

—Quédate acá, Sandra —con resolución suicida, sin opciones—. Yo voy.

Te pones una casaca gruesa y sabes que las piernas no te tiemblan por el frío. Te hace la señal de la cruz en la frente y te despide en la puerta. La calle no tiene ambulantes, solo basura y policías en las esquinas que se ven tensos, expectantes. Los pocos carros pasan a toda velocidad, igual que las camionetas de la policía y la gente que se repliega a lo lejos, en las avenidas alledañas. Tienes que darte prisa, correr más rápido o llegarás cuando la policía tenga el control.

El panorama que encuentras en el supermercado no parece catastrófico. El rochabús descarga grandes chorros de agua contra los saqueadores que alcanza. Olas de gente aprovechan el caos y la poca cantidad de policías. No ves militares. Te fijas en la dinámica de un grupo, pues los policías no se meten en las tiendas como los saqueadores, entre los escombros de los escaparates. Los policías son menos y los esperan en las salidas para atraparlos junto con las cosas que tratan de llevarse. No pueden disparar, sería una masacre, piensas. Te acercas sigilosamente, esperas el momento oportuno para entrar sin problemas. Estudias en un instante la situación, esperas y al primer descuido corres a toda velocidad con un grupo suicida hasta el agujero de un escaparate. Crees que

logras pasar a la tienda hasta que sientes un golpe certero en la pierna derecha. Tienes suerte, otros se soban la cabeza y la espalda. Pierdes el movimiento por un segundo, te quedas en el suelo y ni siquiera piensas cómo ponerte de pie, solo huyes cojeando del agua del rochabús. Te alejas a una distancia prudencial, vuelves a examinar la situación y empiezas a desanimarte: llegan más policías. Maldices, el rochabús dispara contra los saqueadores, algunos resbalan, se incorporan y siguen corriendo. Estás a punto de lanzarte con una nueva ola de desesperados cuando ocurre un milagro, una de las mujeres que corren cae al suelo, se hunde en un agujero del asfalto y suelta una bolsa grande. No lo piensas dos veces, te olvidas del dolor en la pierna, corres, solamente corres, tomas la bolsa del suelo y huyes lo más rápido que puedes. La mujer te insulta furibunda cuando se da cuenta, está lejos y tal vez lesionada, pero nadie te sigue, cruzas la vereda de la callejuela y te alejas como todos los que han conseguido víveres. Solo te detienes en la avenida principal, donde dos policías te escrutan a la distancia, ven tus ojos temerosos, nerviosos y la bolsa en tus manos. Estás aterrado, pero no te detienes, caminas y ellos te miran indecisos. Cruzas por la acera del frente, no te siguen.

Corres con toda la energía que te queda rumbo a la habitación de pensión, olvidas tu dolor en la pierna derecha, te olvidas de cojear. Al fin golpeas la puerta. Sandra abre enseguida y la sigues hasta la habitación de pensión. Aseguras la puerta y echas tu mercancía sobre la cama. La revisa desesperada extendiéndola sobre la sábana. Entonces te abraza con todas sus fuerzas, feliz, más que feliz. *Esto lo podemos hacer durar dos semanas.*

LA ANGUSTIA de tu permanencia en la capital se alivia cuando el tramitador te da la gran noticia en su oficina: pronto te entregará los documentos necesarios para salir del país. También te alcanza un sobre con cinco billetes de veinte dólares y una carta. Tu madre te dice que se

está encargando de los pasajes, que en la carta está anotado el número de reserva y que no debes perderlo; el viaje será dentro de cinco días y debes estar listo, te buscará en esa oficina por la mañana. *Para ese día ya tendré los papeles listos*, te dice el tramitador y añade que no es necesario que vuelvas a presentarte en la embajada, como has hecho en las últimas semanas. Del resto del engorroso proceso se encargarán sus contactos. Te despides muy agradecido.

Cambias una parte del dinero en una de las calles aledañas. Eres afortunado por tener cien dólares en el bolsillo, la crisis está en su peor momento. Por veinte recibes un paquete de billetes devaluados y te diriges a la pensión. *Vendí mi reloj y me dieron esto*, le dices a Sandra. *¿Ya no lo habías vendido?* Niegas con la cabeza y le dices que prepare algo rico para el almuerzo. Después de que sale empiezas a leer el periódico que compraste en el camino. Aprovechas para esconder el resto de dinero y la carta. Decides meterlos en el cajón de un ropero viejo que no usan. Vuelves al periódico, pero no te concentras. La expectativa no te deja tranquilo. En Estados Unidos trabajarás mucho y ahorrarás para no regresar. Tu madre te ha dicho que la vida allá será dura.

En el almuerzo comen un guiso de pollo exquisito, pero ninguno conversa. A la hora de la siesta permanecen en la cama abrazados un rato. *¿Ya ves?, te dije que estaríamos bien*. Sandra asiente y te pregunta directa *¿te vas a ir pronto, verdad?* Tiemblas. *¿A dónde?*, nervioso. Reaccionas tarde y mal. *No te hagas, a Estados Unidos*. Lo niegas con extrañeza y no te cree. Le dices que los trámites tardan mucho tiempo. Sandra se harta y te dice que te calles, se da vuelta y te quedas dormido.

Los tres días siguientes son más tensos. Sandra es desconfiada y tus coartadas muy débiles. No tienes idea de cómo decirle la verdad. En la tarde del cuarto día la encuentras histérica cuando vuelves de la calle. *¡Mentiroso!*, y arremete contra ti apenas entras en la habitación. *¿Qué pasa?*, fingiendo calma. *Encontré la carta de tu mamá, ya sé que te vas mañana*. Tratas de calmarla. *¡Desgraciado!*, *¡mentiroso!*, repite muchas veces más, *¡te odio!*, *¡ojalá te mueras!* Te proteges de sus golpes y le recuer-

das que le advertiste de tu viaje desde el principio, pero no hace caso y sigue gritándote. Los inquilinos de otras habitaciones tocan la puerta, alarmados. *Esto es privado, no se metan*. Felizmente se van. *Me dijiste que todavía no te ibas a ir*, furiosa, pero sin gritar. No le haces caso y buscas en el cajón del ropero viejo. No encuentras nada. Te llenas de cólera y le exiges que te diga dónde están los dólares y la carta. Pierdes la paciencia de pronto. *¿Dónde están mis cosas?*, empiezas a gritar. *Por mentiroso te vas a pudrir aquí conmigo* y le sigues preguntando a gritos hasta que te dice *los rompí y los boté a la basura*. Pierdes el control. *¿Dónde están mis papeles?*, furioso, pero no responde. La tomas del brazo y se suelta con energía. Te desafía unos segundos más. *¡Habla, carajo!*, pero no dice nada. La empujas contra la cama para que no pueda escapar de ti. *¿Dónde-están-mis-papeles?* Te mira con odio, pero se rinde. Te dice *miserable* y señala la mesa donde cocina. El dinero está intacto y la carta tiene el número de reserva. Ella se incorpora y sale deprisa.

No vuelve en la noche y no puedes dormir. Das varias vueltas en la cama hasta que sueltas unas lágrimas, las primeras por una mujer. A las siete de la mañana terminas de empacar las pocas cosas que tienes. Te duchas en el baño comunitario de la pensión y la esperas hasta las nueve de la mañana. Dejas tres billetes de veinte dólares sobre la cama, coges la mochila, das una última mirada, escondes la llave de la habitación debajo de la puerta y te vas sin mirar atrás. En la avenida tomas un taxi. La oficina del tramitador está cerca. Te recibe atento en su despacho, te entrega los documentos y te felicita con energía.

Tu madre llega al mediodía, fatigada por el vuelo. Apenas te ve corre a abrazarte. Te pregunta cómo has estado, pero no te deja hablar. Paga el saldo del trabajo al tramitador, un viejo amigo suyo, y salen de la oficina con buenos deseos. Un taxi los lleva a un restaurante para celebrar el reencuentro. Tu madre se da cuenta de tu desánimo y te dice *parece que no me hubieras extrañado*. Le regalas una sonrisa y desvías el tema de conversación. Le hablas del suicidio de Alma y del hijo de Diego. No le mencionas el negocio del Espiral ni tu relación con Sandra.

Compran ropa nueva para ti y tienes que desechar la mitad de tu equipaje. En un momento determinado se anima a preguntarte por tu padre. *¿Y por qué te botó de su casa?* Te encoges de hombros y le dices *no quería estudiar en la universidad*. No le da mucha importancia, solo te hace prometer que serás más responsable.

Llegan al aeropuerto con tres horas de anticipación y así pueden pagar los pasajes reservados. Tu corazón late deprisa y no resiste hacer una llamada a Chiclayo desde un teléfono público de la sala de espera. Contesta Diego y no sabes qué decir. Le dices que vas a abordar el avión en un rato y te desea buena suerte. Cuando regresas al lado de tu madre, te sientes pésimo. No hablan hasta que los llaman para el embarque y enseguida nota tus ojos húmedos. *No pensé que fueras a extrañar tanto el Perú*, antes de caminar hacia el control.

—¿Y usted tiene familia, mi mayor? —le preguntó el subteniente. El camino no los había llevado a ninguna parte, ni siquiera podía divisar el pueblo como el terrorista prisionero le había asegurado horas antes.

—Una mujer y un hijo en el norte, en Chiclayo.

—Allá es tranquilo, mi mayor, no como acá —el sol frío de la sierra no mejoraba los ánimos—. Debe tener ganas de estar allá, a la familia siempre se le extraña.

—Sí, Coyote, pero lo primero es limpiar el país de terrucos.

—¿A él le echaron la culpa de la masacre, verdad? —le pregunta su hijo—. ¿A ese pobre diablo lo fregaron en tu lugar?

—No había opción, iba a ser un escándalo. Yo ya estaba en retiro y mi hoja de servicios sin manchas. Al menos no tuvo una sanción drástica, habíamos ido a combatir terroristas. Es justificable. ¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

—¿Pero qué estás diciendo? —le pregunta indignado. Temía esto, señor, que se confabulara con los fantasmas y lo acusara—. Tú has visto las noticias, sabes que esa vez mataron campesinos inocentes...

—¿En dónde mierda estamos? —preguntó, hartado de caminar. El terrorista lo miró con recelo—. ¡Habla, carajo!

—Estamos en el camino, falta poco —respondió al fin.

—Mi mayor, creo que no debemos fiarnos de este subversivo —dijo Coyote—. Sugiero que revisemos los mapas para estar seguros.

—Me gustaría que estos mapas sirvieran de algo, no dicen nada útil de esta zona —encolerizado, sin más remedio—. Al menos la brújula dice que estamos en buen camino.

—Mi mayor, si me permite, me gustaría revisar los mapas porque...

—¿Crees que no sé consultar un mapa, Coyote? —más furioso.

—Disculpe, señor, solo fue una sugerencia.

—Entonces seguiremos por donde yo diga. Si estamos dando vueltas, nos daremos cuenta de todas formas. ¿Algo más que decir, subteniente?

—Solo que no nos fiemos de un senderista, mi mayor.

—Qué ladilla ese tipo —dice su hijo.

—Solo trataba de hacer bien su trabajo. Terminó teniendo razón.

—Jefe, perdone que interrumpa de nuevo la marcha —dijo después de cuarenta y cinco minutos—, pero hay un soldado que conoce el camino.

—¿Conoce el camino? Tráelo de inmediato.

Era un chiquillo de unos dieciséis años que no dudó en cuadrarse y saludar con energía, como si por primera vez en su vida le prestaran atención. Respondió con un español simple a todas las preguntas que le hizo, y así se convenció de que había errado la ruta.

Antes de dejarlo ir, el soldado le dijo *yo era comerciante hasta que llegaron los tucos, mi mayor, mis cositas las vendía por acá* y antes de que lo mandara con los otros agregó *no me acordé antes porque cuatro años de soldado tengo.*

—Toda la caminata por las huevas, Coyote —después de que dieron media vuelta—. No vamos a llegar al mediodía, sino en la tarde, y no hay forma de avisar, este cacharro de radio no funciona bien entre los cerros, estamos muy lejos.

—¿Y si hacemos otras señales, mi mayor?

—Las únicas que se me ocurren pueden alertar a los subversivos, el objetivo es sorprenderlos; además falta poco para las once, seguramente al mediodía las patrullas entrarán al pueblo, harán la asamblea y la requisita. Nadie debe escaparse.

—Deberíamos eliminar al terrorista, mi mayor. Nos ha hecho perder tiempo valioso.

—Todavía puede servir de algo. Será el teniente Lobo el que se encargue.

—Lo que usted ordene, mi mayor.

—Me preocupa que los otros grupos no estén bien dirigidos, Coyote.

—Descuide, mi mayor. Los oficiales que puso al mando ya han hecho varios operativos en esta zona.

—¿Y entonces qué hicieron? —le pregunta su hijo con la certeza de que esta vez confesará lo que se esmera en callar.

—Seguimos el camino del soldado, nos apuramos y no hicimos más caso al terrorista —le dice y no nota en su hijo esos tratos débiles que tanto lo irritaban, esos que mostraba en las navidades que pasaba en casa, cuando venía de descanso. Todo lo debe haber olvidado, señor, incluso las peleas que usted alentaba entre sus amigos en las vacaciones escolares. ¿Aún es ese niño que lloraba apenas le tocaban el rostro, el que no se contentaba con recibir el helado que usted les compraba como consuelo, el único que corría a contárselo a su madre? No es el mismo, comandante.

—¿Y así llegaron al pueblo? —le pregunta incansable.

—No llegaron directamente —lo nota atento, lo escucha, significa algo para él. Debería estar orgulloso. Hizo lo que tenía que hacer—.

Antes encontramos unas chozas que habían hecho los terroristas —un silencio eterno—, eso era lo que estábamos buscando.

—¿Se enfrentaron a los terrucos?

—¡Ahora, ahora! —ordenó.

Los dieciocho soldados rodearon las chozas que habían encontrado hacía un par de minutos apuntándolas con sus fusiles. Algunos se escondieron detrás de unos arbustos, desde los cuales se arrastraron hasta llegar al blanco; otros permanecieron detrás de unas piedras y los últimos corrieron directamente al objetivo. Esperaban atacar por sorpresa, pero el terrorista prisionero se aproximó a las chozas y gritando dio vivas a Sendero Luminoso y a la guerra popular. Era una señal para alertar a sus compañeros. El subteniente Coyote lo calló a culatazos y la tensión cesó cuando revisaron las chozas.

Estaban vacías. Usted se puso furioso, había hecho el ridículo. El subteniente se animó a hacer una requisa pacienzosa y así halló propaganda subversiva debajo de lo que quedaba de unas camas improvisadas. Se fijó en las cenizas tibias que había en un compartimiento que servía de cocina, no hacía mucho que habían apagado el fuego. Carajeó con rabia: el prisionero les había señalado un camino montañoso, de difícil acceso, desde el cual la patrulla podía haber sido advertida con mucha anticipación por el enemigo. Los subversivos tenían dos opciones ahora: ir al pueblo (donde las otras patrullas harían la asamblea militar) o refugiarse en los cerros (donde era prácticamente imposible ubicarlos). Obviamente las otras patrullas no los encontrarían en el pueblo. Carajeó con más rabia. No era un jovencito, pero el enemigo lo había engañado como a un novato.

Coyote se acercó y le dijo que había contado las camas. *Unas veinticinco, mi mayor.*

—Descubrieron la incursión, tal vez hasta escucharon el helicóptero. Tenemos que hacer un cambio de planes, y es urgente.

—Mayor, matememos al terruco, podemos enterrarlo debajo de las chozas.

—¿Lo mataste? —le pregunta su hijo.

—No, ya te dije que me lo prestó el teniente Lobo. Que él se encargue en Los Cabitos. Solo decomisen la propaganda, llévense la comida y quemen las chozas. Falta mucho para llegar al pueblo, tenemos que avanzar más rápido.

—¿Qué hora es? —le pregunta a su hijo.

—Las dos de la tarde —responde.

—A esta hora las patrullas ya habrán entrado al pueblo y los terrucos estarán bien escondidos en los cerros. ¡Mierda! Conocen la zona, se joden si bajan, y lo saben —le dijo al subordinado—. Podemos reorganizarnos si nos reunimos con las otras patrullas, nos replegaremos y esto no habrá sido en vano.

Los soldados quemaron las chozas y juntaron la propaganda subversiva para llevársela. Usted jaló un panfleto y leyó. *Esto es pura mierda*, le dijo a Coyote y él asintió con respeto, *no existieron gamonales en esta zona, los terroristas están orgullosos de matar hacendados justos*. A Coyote le pareció bien escucharlo aunque no entendiera. *Los terroristas obligaron a los campesinos a que sembraran para ellos, lo que hacen es echarle la culpa a otros. Los hacendados no quisieron darles plata y comida a los terrucos, por eso los mataron*. Coyote se atrevió a preguntar *¿cómo es que sabe tanto de esto, mi mayor?* Sintió que el subteniente lo decía para levantarle el ánimo: era su culpa que la patrulla estuviera atrasada. No hizo caso y le dijo *lo raro de este pueblo, Coyote, es que al principio los terroristas no mataron alcaldes y terratenientes para poner a su gente como hicieron en otras zonas. Por eso los de la base estuvieron confundidos un tiempo, hasta que las autoridades se rebelaron. Terminaron mal, claro, los terrucos los mataron y pusieron a su gente. Precisamente ahora esos malnacidos deben estar en los cerros riéndose de nosotros*.

—Yo no sé de eso, mi mayor, solo sé que esta gente actúa por venganza: colaboran con el ejército si los terrucos matan a uno de los suyos y se hacen terrucos si el ejército se mete con ellos.

—En esta guerra pasa cualquier cosa —le dijo—. Los campesinos nos tienen tanto miedo como a los terrucos y eso no puede ser posible. Si te das cuenta el único que queda como cojudo es el que no aprovecha el pánico.

—Los campesinos son ignorantes e imbéciles, mi mayor. A veces pienso que le haríamos un favor al país si los matamos a todos. Siempre ha sido así. Nacen jodidos. Las mujeres acá paren como animales. Se mueren de hambre, pero si viera cómo paren...

—Ya no sé qué pensar, Coyote, este país está de cabeza...

—Para eso estamos, mi mayor, para poner orden. En el ejército se aprende a actuar.

—¿Eso pensaba Coyote? —le pregunta su hijo—. ¿Matarlos porque eran pobres?

—Tenía sus ideas simples, era joven como tú, quería creer en algo...

—Era vergüenza, le dolía parecerse a los campesinos. Sin uniforme él era igual a ellos.

—No digas eso de alguien que no conoces y menos de un oficial —le dice—. Coyote fue valiente. Hizo lo que tenía que hacer y pagó por eso.

—¿Qué hizo? ¿Tapar tus crímenes?

—¿Crees que somos los malos? ¿Acaso nosotros empezamos esta guerra? Tú no sabes nada, los terroristas no tienen piedad, son sanguinarios.

—Y tú hiciste lo mismo que ellos.

Avanzaron durante una hora y encontraron a una anciana en el camino. Llevaba un sombrero de paja de boca larga y bordes amplios que le tapaban casi toda la cara llena de surcos, tenía los ojos vidriosos y un gesto aterrado. Apenas los vio, se hizo a un lado y permaneció inmóvil debajo de un árbol de avellanas del camino serpenteante al pueblo. La tropa obedeció la orden de detenerse al costado de la mujer.

—Buenas —la saludó usted—. ¿De dónde viene?

La mujer no cambió su mirada pavorosa, siguió paralizada debajo del árbol sin decir una palabra. Usted repitió la pregunta con más fuerza.

—Viday carajo valenñachu, quknin qanun wañuchin, quknin qamun payakun.

—No entiendo nada. Coyote, ¿qué cojones está diciendo esta mujer? El subteniente lo dudó un segundo, pero finalmente obedeció.

—Que su vida no vale nada porque unos vienen a matarla y otros a pegarle, mi mayor.

—Dile que no la vamos a matar porque no somos terrucos. Pregúntale adónde va.

Coyote habló con la mujer. Ella le dijo que vivía en una cabaña cercana al pueblo y que había salido a buscar leña. Sin mayores precisiones la dejaron y siguieron el camino descendente. No lo dijeron, pero los soldados estaban cansados de caminar. Saber que esa parte era la más fácil de la ruta les dio cierto entusiasmo.

—Son casi las cuatro y media, tengo que ir al trabajo —le dice su hijo mirando su reloj por segunda vez—. ¿Puedes terminar de contarme después?

—Vimos al pueblo de lejos, más o menos a esta hora de la tarde. Vimos fuego y humo, los perros aullaban. Pensamos que había habido un enfrentamiento con los terroristas, que los soldados habían usado los morteros y las granadas para reducirlos. Llamé a los otros oficiales por la radio, pero nadie contestó. Estaba ciego de felicidad, creía que los terrucos se habían equivocado, que se habían quedado en el pueblo. No tenía ni puta idea de lo que había pasado...

Su patrulla llegó al pueblo en la noche, comandante, fue la última. Los soldados de las otras los recibieron contentos de verlos con vida. Sus narices coloradas y brillantes y sus rostros rebosantes fueron el primer indicio de que la situación se había salido de control. No solo fue la alegría, encontraba a los soldados exaltados, con las botellas de aguardiente en las manos mientras avanzaba. Uno de los oficiales lo reconoció al instante y le dijo *mi mayor, hemos matado a todos los terrucos* con el fusil levantado. Otros lanzaron vivas al Perú cuando supieron que la última patrulla había llegado. Usted y su tropa aún no imaginaban lo que había

pasado, solo se adentraron en medio de la euforia en los restos de ese fantasmagórico pueblo. Era difícil distinguir los detalles de las pequeñas calles porque caminaban en medio de penumbras, lo único luminoso era una fogata en la plaza principal. El humo salía intensamente de ahí y de una casa de piedra destruida. Trató de adivinar dónde estaban los pobladores, incluso se lo preguntó a algunos soldados, pero ellos solo le ofrecieron botellas de aguardiente. Ni siquiera reconocían sus galones y les era difícil estar de pie. Cuando se dio cuenta, los soldados de su patrulla también bebían el aguardiente que les ofrecían los otros; solo el subteniente Coyote estaba confundido, cansado y hambriento como usted.

—¿Qué fue lo que pasó? —le pregunta su hijo más ansioso.

—Un error, una confusión, una carnicería —perdido—. No lo sé, de veras no lo sé.

—La operación fue un éxito, mi mayor —le dijo después de cuadrarse y saludar el teniente que estaba a cargo de la primera patrulla. Su estado era lamentable, sus ojos vidriosos y su mirada lerda delataban lo mucho que había bebido. No parecía el oficial al que le había encargado el mando antes de subir al helicóptero, sino una caricatura ridícula, una vergüenza.

—¿Operación? ¿Qué pasó? —le preguntó con cólera—. ¿Dónde está la gente?

—Los matamos, mayor, todos eran terrucos. Su plan funcionó a la perfección, llegamos de sorpresa y ni siquiera hubo resistencia.

—¿De qué está hablando? ¿Y la asamblea? ¡Quiero una explicación, carajo!

—No se enoje, jefe, lo hicimos de la manera práctica. Eliminamos a los terrucos de raíz, aquí Sendero ya no existe ni existirá.

No supo qué hacer. Por fin entendía la situación. La anciana del camino que los miraba espantada. El fuego que divisó desde la altura. La celebración, la maldita celebración. Las caras alcoholizadas en plena misión. Quiso detenerlos por desacato, pero dudó, tuvo miedo, todos juraban haber matado terroristas y cantaban eufóricos alrededor de la

fogata. Incluso vio que un soldado alcoholizado se colocaba una falda y bailaba seguido de las palmas de los otros. Comían y bebían felices en la plaza principal. Caminó absorto entre las indicaciones amables de los subalternos hasta un banco rústico cerca del fuego. Los soldados lo felicitaron por su plan y lanzaron nuevas vivas al Perú libre de la subversión. Los rostros intermitentes por las llamas le provocaron un terror extraño, una sensación difícil de aniquilar. Luego vinieron los mareos y los temblores.

—Quiero que me digan qué pasó —con voz autoritaria. Un par de soldados se ofrecieron a contar los hechos y luego le alcanzaron un plato con carne condimentada. Supuso que habían saqueado las casas y sacrificado a los animales de los pobladores para el festín. Quiso borrar de su memoria cualquier hipótesis de lo ocurrido y escuchar. Se acomodó en un rincón y entonces uno de los soldados empezó a hablar.

—¿En verdad desaparecieron a todo el pueblo? —le pregunta su hijo porque usted se detiene a pensar en la forma de suavizar los acontecimientos.

El pánico lo desataron los disparos al aire de los soldados organizados en grupos. Siguieron el curso de las callejuelas del pueblo y sacaron a todos los pobladores, incluso a niños, mujeres y ancianos; buscaron explosivos y removieron los trastos de las casas en busca de propaganda, pero no encontraron nada.

Algunos pobladores salieron más presurosos que otros creyendo que se trataba de una asamblea ordinaria de militares o terroristas, los dos bandos entre los que vivían asediados. En las asambleas anteriores solo habían escuchado amenazas, pero esa vez iba a ser distinto. Lo supieron por los golpes con fusil y patadas que los soldados propinaron en las costillas y las cabezas de los jóvenes y los ancianos.

Media hora después estuvieron seguros de que no había ningún poblador escondido en las casas: tenían a sesenta y nueve personas y, según las cifras del cuartel, eran muchos más los que vivían en el pueblo; sin embargo, fueron prácticos antes que rigurosos. Al teniente que

estaba al mando no le pareció un inconveniente la falta de evidencias, decidió ejecutarlos.

—¿Cómo los mataron, papá?

Los hombres fueron llevados hasta una casa de piedra, a pocos metros de la acequia sin agua donde condujeron a las mujeres. Ahí los soldados se turnaron para violar a las más jóvenes. A algunas las amarraron a los árboles, pero al resto las golpearon hasta que fueron dóciles. Luego las llevaron a la casa de piedra, con los hombres, y les dispararon hasta que todos estuvieron muertos. Los niños se quedaron con los bebés en brazos y vieron cómo morían sus padres.

—¿Y los niños? ¡Asesinos de mierda! ¿También mataron a los niños?

El teniente que dirigía las patrullas se dio valor después de un rato y ordenó que dispararan a los niños. Los soldados dudaron, pero él los instó. Les dijo que si los dejaban vivir, crecerían para vengarse: se harían terroristas y los matarían, a ellos y a sus familias. Dispararon como pudieron en medio de llantos de terror, pero algunos bebés seguían vivos después del último estruendo. Como ningún soldado tuvo valor para dispararles de nuevo, el teniente ordenó que pusieran los nuevos cadáveres en la cocina de piedra. Enseguida lanzó una granada que esparció los cuerpos dentro del recinto y el techo de retama cayó sobre el fuego de la explosión. El teniente ordenó que lo avivaran con lo que encontraran a mano y los soldados obedecieron, después cogió a los bebés y los lanzó de a dos al centro de las llamas. *Esto es una guerra, gritó, ellos también son nuestros enemigos.*

—¿Y qué hiciste tú? —le pregunta su hijo, desconcertado. Usted calla, escucha a los fantasmas, sus reclamos son incesantes.

—Después celebraron —cierra los ojos, pero en las tinieblas surge fuego—, bebieron, cantaron, bailaron como si hubieran matado terroristas. Degollaron animales para comérselos y se llevaron las provisiones de las casas.

Las vivas y las sonrisas continuaron entre los hombres de las patrullas, el alcohol se llevó cualquier rastro de culpa. ¿Qué debió hacer? Sabía

que no estaba bien imponerse mediante la violencia como los terroristas. ¿Acaso no debían precisamente proteger a la gente? Trató de convencerse de que lo sucedido era necesario para la pacificación, pero no pudo. Miró a los soldados sin entenderlos, deseó ser tan práctico como ellos. Los perros aullaban, sus ojos le ardían de tanto mirar al fuego y la culpa se hacía insoportable.

—¡Si me vieran los limeñitos! ¡Si supieran lo que hago por ellos! — irrumpió el subteniente Coyote, ebrio—. Yo limpio el país de terroristas y ellos se encierran a temblar de miedo en sus casas de Miraflores. Porque a mí me costó llegar adonde estoy, colegas, si logré ingresar al ejército fue por mi convicción. Al principio nadie, escuchen bien, nadie daba un centavo por mí, yo era diferente —se golpeó el pecho con la palma de la mano y recibió una nueva botella de aguardiente—. Me decían serrano pezuñento, piojoso de mierda —su dicción obsesiva desaparecía—. No tengo la culpa de haber nacido aquí. ¡Pero ahora soy militar! ¡Mírenme! ¡No soy como ellos!

—Coyote estaba loco —pero no puede frenar su relato.

—¡No te atrevas a criticar! ¡No me mires así! Tú no sabes nada, eres solo un cobarde que ni siquiera ha hecho el servicio militar. No has peleado en una guerra, ni siquiera has pisado el campo. Solo sabes juzgar porque siempre has estado a salvo.

Coyote fue aplaudido por los soldados eufóricos, todos ebrios como él.

—Y tú los defiendes porque eres de la misma calaña —y los fantasmas asienten—. Taparlos es peor que ser un asesino —y usted es vulnerable, sus ojos de roedor no pueden manejar las palabras de su hijo—. Aún no me has dicho cuánta gente mataste tú.

A la mañana siguiente se levantó más temprano que los demás. Después de orinar detrás de una casa en ruinas, caminó desorientado, tratando de recordar cómo había llegado hasta el lugar en el que había pasado la noche. No demoró en identificar la casa de piedra donde habían quemado a los pobladores: aún salía humo con olor de carne

carbonizada de ella. Desde lejos vio una silueta presurosa que echaba agua de una olla a los restos del fuego que había sobrevivido a la noche. Se sobresaltó, alguien estaba conspirando contra ustedes. No lo pensó dos veces: sacó el revolver de la cacerina y disparó contra ese montículo. La tercera vez acertó, el cuerpo se desplomó de inmediato. Avanzó a paso ligero, mirando a todos lados. Una vez que lo tuvo cerca no lo pudo creer. Era una mujer y el disparo certero había perforado su nuca. La puso de espaldas, contra el suelo, y palideció al reconocer su rostro: era la anciana que habían encontrado camino al pueblo. Los ojos bien abiertos, súbitos, y la misma cara llena de surcos. Era casi una desconocida, pero sentía remordimientos. Le cerró los ojos, la arrastró hasta la casa de piedra y avivó el fuego. En medio de su confusión recordó al prisionero de la patrulla. Lo encontró amarrado, dormía de pie, casi colgando. Lo despertó de una patada y le apuntó a la cabeza. El terrorista entendió la situación enseguida y le imploró que no lo matara. Lo hizo caminar hasta la cocina de piedra y le disparó varias veces. Ahora que los campesinos estaban muertos, no podían dejar testigos.

—Matamos a dos más que encontramos en el camino y a todos los enterramos en una fosa grande —usted traga saliva y mira la avenida Libertad. Está lejos de esa carnicería, quiere estar seguro de que solo sigue en su mente, pero siente más tangibles los rostros de dolor, los huesos carbonizados, los ruegos, los llantos—. En mi reporte puse que no habían ocurrido enfrentamientos y que solo habíamos intervenido una escuela popular —ahora mira el suelo, serio, recuerda a esas mujeres de otros pueblos que le pedían que no matara a sus maridos. A ellas también tuvo que eliminarlas—. Entregué los panfletos de las chozas de los terroristas como si los hubiéramos encontrado en las casas de los pobladores, esa fue la única evidencia que pude sembrar —traga más saliva—. Regresamos sorpresivamente los meses siguientes y eliminamos a los que podían perjudicar a la institución —sabe que los terroristas huyeron de la zona después de la masacre—. Nadie debía enterarse, para

eso estaban las fosas y el horno de Los Cabitos. Pero eso fue hasta el 85, después la estrategia cambió.

—¿Por qué no te retiraste después de eso?

—¿No te das cuenta, Diego? —le dice a su hijo mientras los fantasmas lo rodean—. No podía detenerme, teníamos que vencer...

[1996]

ROBAR COMIDA, le dices sorprendido, *no pensé que la hubieras pasado tan mal.*

Noel mira la calle con nostalgia, no ha bebido café desde que empezó su relato. *La preocupación en esos días era comer, ¿te imaginas eso, Diego?, solo comer.* Pero no puedes porque eres débil y siempre estuviste a salvo. Piensas en Noel. Tratas, pero no lo imaginas establecido, casi como un marido, en una especie de alianza en medio de la miseria cotidiana. *No sé cómo Ignacio decía que Lima era el paraíso*, porque no sabes cómo romper el silencio, *parece todo lo contrario de lo que me cuentas.* Asiente sin fuerza, como si hablaras con un fantasma. *¿Qué sabes de Ignacio?* Ignacio, piensas, Ignacio y sus inagotables ganas de hacerte sentir miserable, Ignacio y sus polvos fallidos, Ignacio y la paliza que te dio el día del velorio. *Su viejo se salvó de que lo metieran preso, fue un escándalo.* Noel presta atención, abre bien los ojos y pregunta cuál fue la razón. *Malos manejos en el presupuesto del hospital, las cuentas no le cuadraron*, no recuerda del todo ese asunto. *¿Y cómo quedó eso al final?*, más curioso. *Se supo amarrar con los del nuevo gobierno, pero para no ser tan evidente se salió de la política y metió a su hijo en el círculo oficialista de Lima. Creo que ahora el hermano de Ignacio trabaja como asesor de un ministro, no sé, está bien metido ahí.* Noel parece sorprendido. *¿Y qué sabes de Ignacio? ¿Sigue interno?* Ignacio y su estancia capitalina plagada de cocaína. Fuiste a verlo a la casa de adictos después de la muerte de Alma, pero no te recibió. *Su hermano lo sacó de ese hueco hace tiempo, Ignacio también trabaja para el gobierno en Lima. Tampoco acabó la carrera, pero le va bien.* Noel se sorprende. *¿Cambió?* Niegas con la cabeza y le dices *no creo, la gente del barrio dice que a veces regresa a Chiclayo para drogarse. Al menos eso es lo que dicen.* Callan. Noel pide dos raciones de tostadas para acompañar las bebidas.

No me has contado de ti, Diego, después de un silencio prolongado. No hay mucho que contar. Alma, Freddy, tu padre, solo esos demonios no te dejan tranquilo. ¿Es pertinente escupir la verdad en este momento en que resulta notorio que no existe la confianza de antes? *¿Te conté que la mamá de Alma me invitó a su casa a cenar?*, y ya es muy tarde para arrepentirse: vas a revelar el secreto. Crees que vivirás más tranquilo si alguien se entera de la verdad y logra ver más allá de las caretas. Noel se pone serio, nunca estuvo de acuerdo con que te hicieras daño recordando lo que pudo ser y no fue. Te tortura el olor a jabón, el poder del maldito, el narcótico y todo lo que Alma te confesó después de enseñarte a hacer el amor. *Quería conversar conmigo sobre un trabajo* y Noel presta más atención. Quizá piensa que debiste alejarte de esa familia y esos recuerdos que te hacen mal y preocuparte de tus propios asuntos, tu mujer y tu hijo. *Me parece que fue un sábado.* El maldito te recibió con un apretón de manos, muy cordial, y te invitó a pasar. Le devolviste las atenciones tragándote la rabia. *Nos quedamos en la sala y al rato bajó la mamá de Alma, tomamos algo y nos pusimos a conversar.* Te dijeron que estaban a punto de abrir un instituto pedagógico y que habían pensado en contratarte. Habías sido un buen alumno en la universidad. Habrías egresado como un estupendo periodista si hubieras acabado la carrera. Necesitabas trabajar, pero muchos sentimientos estaban implicados, todos relacionados con Alma.

Discutimos los horarios y la paga. No puse condiciones, quería una cena tranquila. Sentías unas ganas descomunales de acusar a Freddy, de decirle a su madre qué tipo de monstruo tenía al lado. *Me preguntaron sobre mi vida, mis planes, lo que estaba haciendo.* Les hablaste de tu hijo que había nacido meses atrás: el maldito sonreía a diferencia de la madre de Alma. *¿Y qué sabes de tus amigos?*, te preguntó con curiosidad. *Le dije que Ignacio seguía en la casa de adictos y que tú vivías en Estados Unidos.* Guardaron silencio y los ánimos decayeron. *Ese muchacho, es increíble cómo se volvió drogadicto,* te dijo Freddy, *pero aquí entre nos, tú siempre fuiste el favorito, Diego.* Tuviste que beber mucha agua para soportar la impertinencia. *¿Y*

qué pasó después?, te pregunta Noel. *La mamá de Alma se puso a llorar.* Tu valor desapareció. No pudiste decírselo en ese momento, cuando lloraba por la muerte de su hija. El dolor era muy fresco para decirle que Alma había sido violada en sus narices, durante años, por su propio marido. *Pobre mi hija*, dijo la mujer, *todo lo que sufrió por las cosas que le inventaron. Ella no era así como dicen, ella era buena, estaba llena de vida,* soltó más lágrimas y continuó. *Qué cólera me dan esos mentirosos, Diego, no sabes cómo los detesto, ni siquiera muerta respetan a mi hija.* Noel te interrumpe: *no son mentiras, Diego, es la verdad, la pura verdad,* pero no le prestas atención, *su mamá ya no pudo hablar por el llanto.* ¿Por qué lloraba, Diego? ¿Porque, al igual que tú, no había podido cambiarla? Su madre también mentía, estaba enterada de las noches en el Espiral, la propia Alma te lo había asegurado. Freddy trató de consolar a su mujer y te sentiste incómodo. *¿Puedo subir?*, fue un impulso. Ella no abrió la boca y Freddy hizo un gesto de aprobación casi despectivo. *Todo estaba como lo recordaba, Noel.* Sabes que te hace daño. Viste la ventana de la habitación de Alma y corriste a asomarte. Con los ojos cerrados recordaste el coro de la Consolación, las clases de la hermana Clara, el infierno... podías ver cada detalle que te había relatado. Sobre la mesa de noche encontraste el retrato de su padre lleno de polvo, el mismo que ella te había enseñado infinitas veces.

Pensaste en sus cinco años, en el velorio y en su soledad de niña. La recordaste de nuevo a tu lado sobre la cama tibia, contándote esos detalles dolorosos. *¿Qué pasa, Diego? ¿Por qué no hablas?*, Noel está asustado. Sus labios con los tuyos. Su espalda desnuda y suave. Su mirada perdida. Cómo la extrañaste esa noche de diciembre que terminó contigo para irse con Ignacio. *¿Alguna vez has tenido tanta pena que no has podido llorar?*, escuchas en algún rincón de tu memoria. *Sí,* quieres decirle, pero es solo un recuerdo, Alma está muerta, *cuando me dejaste por Ignacio no pude llorar.* Te sientes perdido, cierras los ojos. *¡Fuck, Diego, háblame!*, te sacude del brazo, *olvidate de Alma, ella está muerta, ya no vale la pena.* Freddy, el maldito Freddy, el culpable. *Alma no era ninguna santa,* insiste,

¿es eso?, ¿qué te pasa? Y te vuelve a contar lo que él vio en el Espiral sin que se lo pidas: los hombres que ella buscaba, la vez que la salvó de la golpiza... pero no quieres abrir los ojos, sino destruirte imaginándola. La noche de la cena no pudiste acusar a Freddy, los llantos de la madre de Alma te acobardaron. *No quiero que ella se sienta culpable el resto de su vida*, la voz de Alma atraviesa el pasado, el presente. *Alma solo quería sexo, entiende eso*. No pudiste decírselo a su madre, pero Noel puede ayudarte a soportar el secreto. *Cuando se iba con los viejos me daba lástima, pero no podía meterme, era su vida*, y parece eterno. Quieres decirle que Freddy la violó y librarte del peso. *¡Basta, Noel, por favor!*, y abres los ojos. Se ve agitado, molesto. Consulta su reloj y te da vergüenza. *Sorry, pero es mejor que no sigas en lo mismo, ya no hay remedio*. Lo miras, crees que tienes el valor suficiente para gritar. *Es muy grave lo que te voy a contar, tienes que jurar que no se lo vas a decir a nadie*, te pide Alma desde algún rincón de tu memoria. Sus ojos no te dejan hablar ahora, la pena y la rabia se mezclan en su mirada. *Te decía que empecé a trabajar a las semanas, Noel, me fue bien, dicté el curso dos semestres*, con naturalidad, como si no hubiera pasado nada, como si no te hubieras desviado, *creo que es el trabajo en el que más he durado*. Noel trata de adaptarse al nuevo relato. *¿Y por qué lo dejaste?* Una sonrisa leve. *No lo dejé, me botaron porque me enredé con una alumna* y ya no te importa. Te pide los pormenores, pero no los cuentas. *Después Freddy me ofreció un trabajo de mierda, quiso ayudarme, pero no acepté. ¿Para qué? Freddy siempre ha sido buena gente con todos.* ¿Es el momento de hablar? *Ya hablé mucho de mí* y sorbes un poco de Coca-Cola. No lo es, eres débil, *ahora te toca a ti*. Noel sonrío, quiere que olvides, ¿puedes hacerlo, Diego? *¿De qué quieres que hable?*, pregunta. Se quedan en silencio, no sabes qué decir. *¿Qué pasó con esa mujer y contigo? ¿Cómo saliste del país?* Noel sonrío, le gusta hablar de esos días en Lima.

¿O sea que también volviste al Perú por Sandra?, sorprendido después de su relato. *Ya ves que no todo ha sido felicidad en mi vida*. Ambos

sonríen. *Llegué hace dos días. Antes de venir a Chiclayo estuve en la pensión. Obviamente no la encontré, todo ha cambiado... la dueña sigue ahí, pero los inquilinos son otros. Las calles, los carros, me parece que el lugar es más caótico que antes. Asientes sin saber de qué habla, no conoces Lima. La dueña me dijo que Sandra tuvo un hijo al poco tiempo, ¿puedes creerlo? No entiendes. Creo que es mi hijo, Diego, sin mirarte, como si le diera vergüenza su propia revelación, la mujer dice que Sandra tuvo al niño después de que me fui. No lo esperabas tan sincero. Pero solo sabes lo que te dijo esa mujer, a lo mejor es mentira, para tranquilizarlo. No creo, ¿para qué me iba a mentir? No se te ocurre una respuesta. También me dijo que Sandra se casó con un profesor de Huancayo y se fueron a vivir para allá con el niño. A eso puedes responder. Entonces ella ya ha hecho su vida y el niño también, no los busques. Noel traga saliva, ¿por qué crees que quiero buscarlos?, y te causa gracia. Te conozco, con sabiondez, se nota que quieres cuando hablas de hijos y familia. Sonríe. Se me ocurrió buscarlos para que se vayan conmigo a Estados Unidos, derrotado. Es muy tarde, hombre, esta vez has tenido suerte. Mueve la cabeza negativamente, suerte, suerte, levemente melancólico, suerte sería encontrar una mujer buena para formar una familia. Sorbes lo que queda de un enésimo vaso de Coca-Cola. Eres joven, has aborrido buena plata, vives en Estados Unidos: no te entiendo, Noel, con sinceridad. Tener hijos es la ley de la vida, y te parece antojadizo, hasta mi viejo ha tenido otro hijo; de eso me enteré hoy, ¿tú sabías? Lo sabes desde hace mucho. Bueno, sí, en Santa Victoria vuelan los chismes, es un infierno chico, sin inmutarte. ¿Y sabes quién es la madre? No sabes si se burla de sí mismo. Ni idea, mientes. ¿Te acuerdas de la puta de Reque con la que debuté? Asientes sorprendido, está enterado. Hoy ella me abrió la puerta de mi antigua casa, incómodo. ¿Ella es? y Noel asiente. ¿Cómo lo has tomado?, con cordialidad. De la peor manera, parece sincero. ¿Hablaste con tu viejo?, tranquilo. Me las ingeníé para que no sepa que estoy aquí, con una sonrisa. La mujer me tiró la puerta en la cara, termina. ¿Te reconoció? Niega con la cabeza mientras sorbe un poco de café. ¿Irás a verlo más tarde?, mirándolo. Se me fueron las ganas, trata*

de ser indiferente, *ya no tengo nada que hacer aquí*. Le sugieres que vaya, pero él es rotundo y no insistes. Miran a cualquier parte, en silencio. *¿Y que fue de tu viejo?, ¿sigue?* Lo atajas antes de que lo diga, *¿loco?* Asiente. *Sí, loco, pero no como antes; ahora va a misa, es muy religioso*. Sonríe. *Los viejitos se vuelven así*, con amabilidad. *Seguramente, siempre tenemos que arrepentirnos de algo* y ríen sin ganas. El silencio vuelve a apoderarse de la conversación hasta que dice súbitamente *ya es hora de irme, quiero volar a Lima lo antes posible, tengo una reserva para Miami*. Te pide que lo acompañes a comprar algunos dulces típicos de la ciudad. Se encarga de la cuenta y salen. Caminan por la Plaza de Armas, por el mismo lugar donde los terroristas detonaron una bomba varios años atrás. Después de pensar en la mejor manera de hacerlo, te detienes de repente, lo miras a la cara y le dices *¿me puedes prestar algo de plata?*

Al fin solos, Diego Portilla.

Calla, que no te escuchan llorar como un borracho patético. Deberías estar acostumbrado, tu vida solo ha sido un ciclo de pérdidas y reconciliaciones fallidas. Haz caso de lo que dijo Noel esta tarde: busca un trabajo y piensa en tu mujer y en tu hijo. Olvida la crisis y la confusión que parecían lejanas y que contaminaron lentamente la cotidianidad. Olvida los crímenes de tu padre y encuentra como él algo que te haga creer que eres un héroe. El tiempo pasará rápido si aceptas las convenciones que todavía están pendientes. No pongas más excusas.

Sé que el recuerdo de Alma te carcome, pero ella murió hace seis años. ¿Quieres recordar lo infeliz que te hizo? Deja de lamentarte. ¿Con cuántos se acostó mientras imaginabas que eran una pareja feliz? Su inocencia no te sirve, ella no fue una víctima. ¡Te usó como a los otros! Debes despertar y empaparte de la realidad que te golpeará al principio, pero que también te hará compatible con el entorno. Es tu

última oportunidad en este agujero. ¿Crees que no heredaste la locura de tu padre? Las historias siempre se repiten.

Te diré unas cuantas verdades. ¡Hacías el ridículo cuando escuchabas sus palabras de víctima! Alma nunca necesitó tu ternura, entendió a tiempo que eras débil y que así le hacías más daño. Te compadecía cuando te enseñaba a hacer el amor, pues no eras un hombre para ella, sino un niño al que podía confiarle sus traumas infantiles. ¿Acaso acusaste a Freddy de las veces que se divirtió con ella? ¿Se lo contaste a su madre? ¿Aún quieres que pase la vejez sola y con remordimientos? Alma no debió confiar en ti, tarde o temprano ibas a quebrarte.

Te secas las lágrimas y llamas a una de las chiquillas putas de la barra. Con voz etílica le dices que se siente a tu lado y lo hace en tus piernas. Noel te dio doscientos dólares con los que prometiste pagar parte de tus deudas, pero lo que ahora te interesa es complacer a la chiquilla. Le dices que pida un trago y elige el más caro de la carta. Me das risa, Diego, no sabes cómo son las chiquillas putas del Espiral. Te pregunta la edad y no cree que tengas veintiséis, sino muchos más, pero sin problemas se deja mordisquear el cuello y estrujar las nalgas en un sillón del mezanine. Ella no se queda atrás y te acaricia el sexo hasta erguirlo, pues el tiempo es dinero. La quieres llevar por ahí. Cobra cincuenta dólares por adelantado y tú pagarás el hotel. Van a uno donde la saludan con confianza. Se meten en la habitación y la desnudas para contemplarla: no es tan bonita, pero suficiente para disolver los recuerdos. Es dócil y quieres poseerla enseguida. Cree que gime, pero es muy mala actriz. Atraes sus piernas tersas a tu rostro y luego la tienes moviéndose a tu ritmo. Ves su rostro, sus senos pequeños, su sexo inhóspito. Te ves a ti mismo. Piensas en Alma y en el olor del maldito que se quedaba impregnado en su piel, en Alma y en los tipos del Espiral. Eres como Freddy, como los viejos, o un estado previo. Miras tus manos, tu sexo y te sientes un violador. No puedes seguir. Detienes tus caderas, miras al techo y la chiquilla cree que terminas. La habitación da vueltas, el universo se concentra en tu cabeza, el alcohol se desata. Caes de rodillas, confundido. No quieres

sentirte culpable. La chiquilla no sabe qué hacer. Le das un billete y le pides que se vaya. Te quedas solo, recostado hasta que el mareo pasa.

Sales del hotel con la ropa mal acomodada, caminas deprisa y sin rumbo. Ahora corres a casa a toda velocidad. Vences el frío, la confusión y el alcohol. Las calles de Santa Victoria pueden servir y La Consolación y el Espiral encajan como la droga y los miedos. Llegas por fin, abres la puerta sin hacer ruido y no te reciben los alaridos de tu mujer ni los llantos de tu hijo. En ti ha nacido un nuevo Diego. Encuentras la vieja máquina de escribir de tu padre debajo de unas cajas húmedas y la desatas sobre la mesa vieja. Enrollas una hoja y te enfrentas al vacío. Las voces de tu cabeza están listas para escupir sus historias. Balbuceas frases en distintos tonos. De pronto eres Alma y dices *no te necesito* y piensas en el maldito y gritas y ahora eres Diego y dices *quiero morir contigo*. Azotas las teclas hasta construir una línea y darle sentido al caos. Ahora eres el dueño de la verdad, el único que puede reconstruirla. Tienes que gritar, liberarte como tu padre y hacer un consenso con las voces para completar el círculo. Por fin encuentras la primera verdad radical y eres capaz de escribirla: *Alma está muerta y solo a ti te sigue importando, Diego...*

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN
LOS TALLERES GRÁFICOS DE
TAREA ASOCIACIÓN GRÁFICA EDUCATIVA
PSJE. MARÍA AUXILIADORA 156, BREÑA
CORREO E.: TAREAGRAFICA@TAREAGRAFICA.COM
TELÉFONO: 332-3229 FAX: 424-1582
SE UTILIZARON CARACTERES
ADOBE GARAMOND PRO EN 11 PUNTOS
PARA EL CUERPO DEL TEXTO
JULIO 2010 LIMA - PERÚ

Ganadores del Premio Nacional PUCP 2009

Ensayo

El acorde perdido

Ensayos sobre la experiencia musical desde el Perú

Eduardo Torres Arancivia

Novela

La vereda más larga del mundo

Javier Pizarro

Poesía

Libro de exilio

Miguel Ildefonso

Cuatro adolescentes se resisten a portarse como adultos cansados y conformes, postergan el momento con excusas y alejan todo lo que les recuerda su destino inevitable.

En la vereda más larga del mundo juegan a ser irresponsables cada noche y, aunque creen estar a salvo de su país arrasado por la crisis y la guerra, el tiempo no demora en ser implacable: la muerte repentina de uno de ellos desmorona el silencio en el que se refugian y revela los secretos que creen sofocados.

*Este libro ha sido ganador del
Premio Nacional PUCP de Novela 2009.*

ISBN: 978-9972-42-934-7



El Comercio

**Fundación
Carlos Rodríguez-Pastor Mendoza**